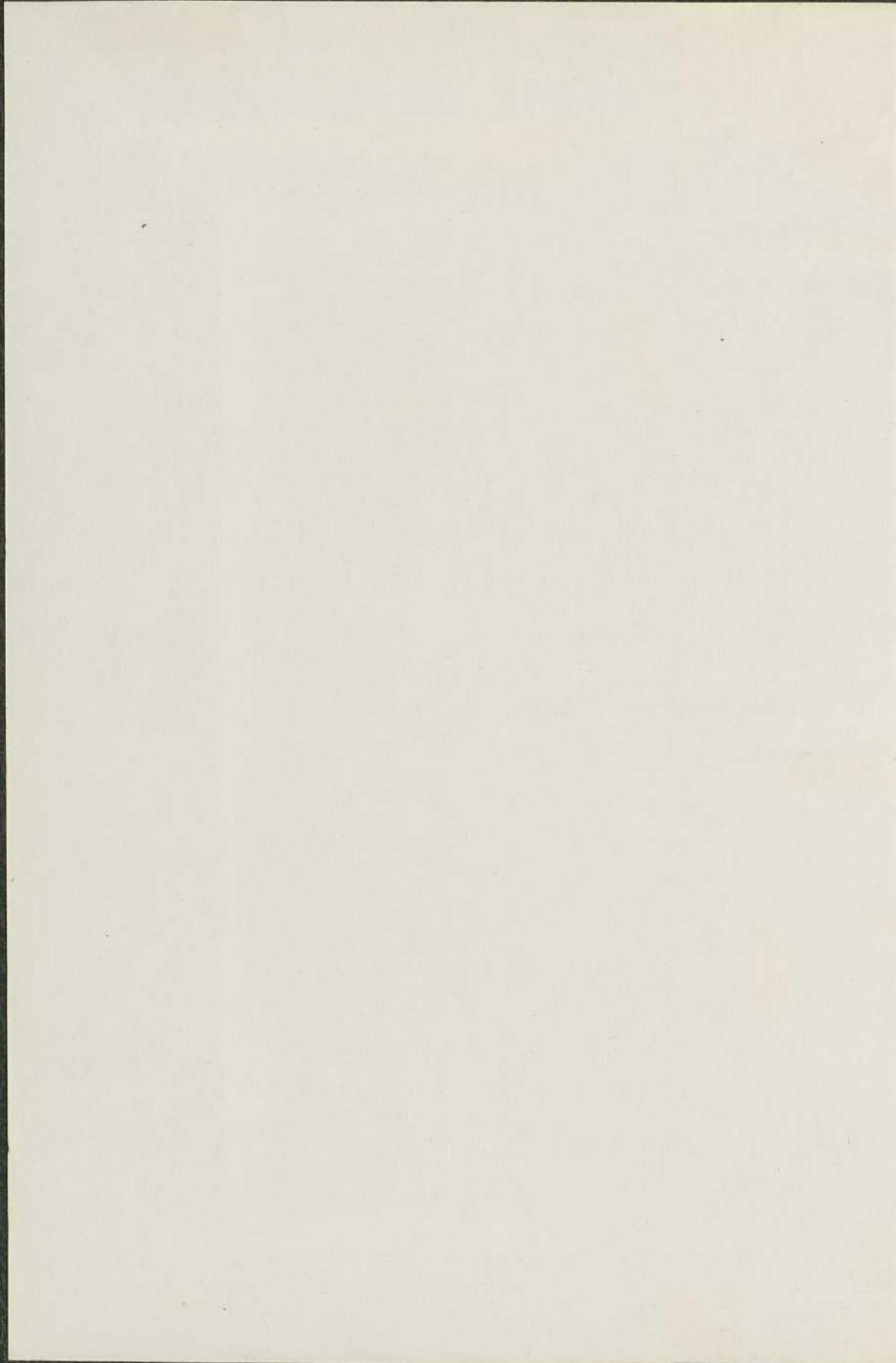


43



REPTILES & AMPHIBIANS

THE STATE COLLEGE OF FLORIDA

LAKE WORTH, FLORIDA

DEPARTMENT OF PHYSIOLOGY & ANATOMY

LABORATORY OF REPTILES & AMPHIBIANS

LAKE WORTH, FLORIDA

1961

NO. 1

RESEARCH

THE STATE COLLEGE OF FLORIDA

LAKE WORTH, FLORIDA

1961

NO. 1

1961



1361775
CIL-13

TEATRO AVENIDA

Avenida de Mayo 1222

Buenos Aires

Día 10 de Octubre de 1960

a las 21.45 hs.

Extraordinaria Función de Gala

El Instituto Argentino Hispánico, en homenaje al
DIA DE LA RAZA y en conmemoración del
150 aniversario de la Revolución de Mayo

PRESENTA

1º El Sensacional Estreno Universal

Rucamará

Tragedia en tres actos (basada en una leyenda argentina)
Original del dramaturgo y poeta Antonio Cillero Ulecia

La Interpretación estará a cargo del Conjunto Vocacional
GONZALO DE BERCEO

ESPAÑA y ARGENTINA en una época gloriosa

Una página arrancada del 1775

Pasión — Poesía — Historia — Tragedia

2º **Coronación de la Reina de la Colectividad
Española**

3º **Fin de Fiesta con el más representativo
Folklore de España y Argentina.**

NAVARRETE

Siglo XIV-XV.

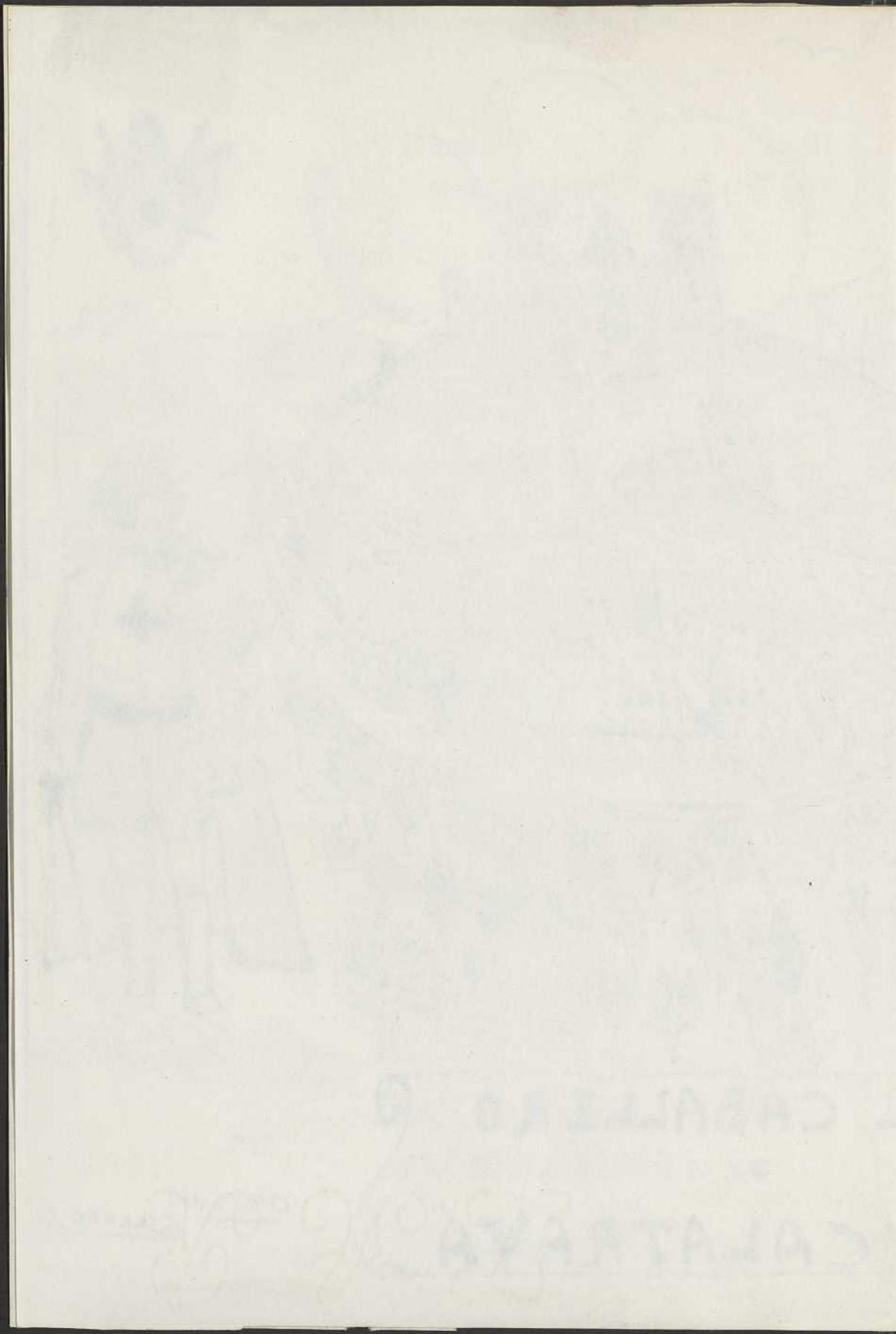
- 1 Castillo fortaleza. Aljibe.
- 2 Iglesia románica.
- 3 Murallas. *Y el foso. Después el camino de Santiago*
- 4 Iglesia en construcción. Plaza. *(S. XVII)*
- 5 Entrada principal. Puerta del Caño.
- 6 Foso. (Después Camino de Santiago)
- 7 Puertas de entrada a la Villa.
Almudena subida por el Arrabal.
Santiago. Caño. Verónica. La Cruz
San Juan. *(SEIS PUERTAS, SEIS CAMINOS)*
- 8 ^{1er} Palacio del Duque Forte. *DESPUES HIZO OTRO EN LA PUERTA DE LA ALMUDENA DESDE EL S. XIX CASA DE ARTONA.*
- 9 Palacios y Arcada del Certijo.
- 10 Barrio de Ollerías.
- 11 " de San Juan. *(B. de Judíos)*
- 12 " del Arrabal *(de los Judíos.)*
- 13 Palacio de los Marqueses de San Martín y Condes de Rodezno y Valdellano. *Y EL DE LOS RAMÍREZ DE ARELLANO*
- 14 Casa de La Villa. *DESDE EL S. XVII*



EL CABALLERO
DE
CALATRAVA

POR
ANTONIO
CILLERO U.

1952
B. AIRE



Quando tenía diecisiete años escribí mi primer intento de novela, que titulé "NAVARRETE ÁRABE", y lo hice en Buenos Aires el año 1934.

El año 1952, nuevamente en Buenos Aires, escribo "EL CABALLERO DE CALATRAVA", cuando tengo 35 años.

Se da la curiosa coincidencia de que las dos están motivadas por el recuerdo hacia mi tierra española, a La Rioja, y al pueblo en que me nací.

EL CABALLERO DE CALATRAVA

Novela

Lleva este libro un Prólogo del escritor y Profesor de Literatura Española en la Universidad Columbia de Estados Unidos, y, de la de Piedras de Puerto Rico, Federico de Onís, aquel Federico de Onís que fue gran amigo y promotor del viaje que hizo a Estado Unidos García Lorca, con el que lo unía una gran amistad.

No he querido rectificar nada de aquel primer libro que leyó Onís, pues, entiendo que modificar ahora el título sería quitarle lozanía y juventud, a unos planteamientos que nacieron llenos de ilusión y cariño hacia mi tierra y sus gentes.

Todos los personajes que aparecen en esta novela son imaginarios. Es realidad total el marco en el que se mueven dentro de aquel Navarrete del siglo XVI, cuyas calles y casas son exactamente igual a como aquí se detallan.

Buenos Aires 1952
Rca Argentina.

Antonio Cillero Ulecia.

ANTONIO CILIBERO ULECIA

EL CABALLERO DE CALATRAVA

Novela

Buenos Aires 1922
Rca Argentina.

En una carta que le envió el 19 de agosto de 1957, desde Nueva York)
me dice Federico de Onís.

ADVERTENCIA

Cuando tenía diecisiete años escribí mi primer intento de novela, que titulé "NAVARRETE ÁRABE", y lo hice en Buenos Aires el año 1934.

El año 1952, nuevamente en Buenos Aires, escribo "EL CABALLERO DE CALATRAVA", cuando tengo 35 años.

Se da la curiosa coincidencia de que las dos están motivadas por el recuerdo hacia mi tierra española, a La Rioja, y, al pueblo en que me nacieron.

Lleva este libro un Prólogo del escritor y Profesor de Literatura Española en la Universidad Columbia de Estados Unidos, y, de la de Ríopiedras de Puerto Rico, Federico de Onís, aquel Federico de Onís que fue gran amigo y promotor del viaje que hizo a Estado Unidos García Lorca, con el que le unía una gran amistad.

No he querido rectificar nada de aquel primer libro que leyó Onís, pues, entiendo que modificar ahora el texto, sería quitarle lozanía y juventud, a unos planteamientos que nacieron llenos de ilusión y cariño hacia mi tierra y sus gentes.

Todos los personajes que aparecen en esta novela son imaginarios. Es realidad total el marco en el que se mueven dentro de aquel Navarrete del siglo XVI, cuyas calles y casas siguen exactamente igual a como aquí se detallan.

Antonio Cillero Ulecia.

Cuando tenía diecisiete años escribí mi primer
 intento de novela, que titulé "NAVARRETE ARABÉ", y lo
 hice en Buenos Aires el año 1934.
 El año 1952, nuevamente en Buenos Aires, escri-
 bi "EL CABALLERO DE CALATRAVA", cuando tengo 35 años.
 Se da la curiosa coincidencia de que las dos es-
 tán motivadas por el recuerdo hacia mi tierra españo-
 la, a la Rioja y al pueblo en que me nací.
 Lleva este libro un prólogo del escritor y
 Profesor de Literatura Española en la Universidad
 Columbia de Estados Unidos, y de la de Rhipedras de
 Puerto Rico, Federico de Onís, aquel Federico de Onís
 que fue gran amigo y promotor del viaje que hizo a
 Estado Unidos García Lorca, con el que se unió una
 gran amistad.
 No he querido rectificar nada de aquel pri-
 mer libro que leyó Onís, pues, entiendo que modifi-
 car ahora el texto, sería quitarle fuerza y juven-
 tud, a unos planteamientos que nacieron llenos de
 ilusión y cariño hacia mi tierra y sus gentes.
 Todos los personajes que aparecen en esta
 novela son imaginarios. Es realidad total el marco
 en el que se mueven dentro de aquel Navarrete del
 siglo XVI, cuyas calles y casas siguen exactamen-
 te igual a como aquí se detallan.

En una carta que me envió el 19 de agosto de 1957, desde Newburgh (New York) me dice Federico de Onís.

"En esta novela que he tenido el placer de leer
" Mi estimado amigo:
Recibo su carta del 9 de agosto y me apresuro a escribirle para decirle que, en efecto, recibí su carta y el manuscrito de la novela, cuando llegué aquí, después de mi viaje a Chile."

.....
" Estoy ocupado ahora en la terminación de algunos trabajos que tenía comprometidos y además con la preparación de la segunda edición de mi Antología, para la cual necesito consultar libros que solo están en Nueva York. A fines de setiembre pienso ir a Cuba para estar allí todo el curso próximo en la Universidad Central Santa Clara y allí tendré más tiempo.

Su novela me interesa mucho y la estoy leyendo con placer.

Fue muy grato para mí conocerle en Buenos Aires y puede contar con el aprecio y la buena amistad de su compatriota."

Federico de Onís.
de modo que cada uno adquiere un valor nuevo al ser iluminado por los otros. Y este es lo que, en mi opinión, presta a la novela valor y originalidad"

Federico de Onís

Mayo 1958.

En una carta que me envió el 19 de agosto de 1957, desde Newburgh (New York) me dice Federico de Onís.

Querido amigo: Recibo su carta del 9 de agosto y me apresuro a escribirle para decirle que, en efecto, recibí su carta y el manuscrito de la novela, cuando llegué aquí después de mi viaje a Chile. Estoy ocupado ahora en la terminación de algunos trabajos que tenía comprometidos y además con la preparación de la segunda edición de mi Antología, para la cual necesito consultar libros que solo están en Nueva York. Voy a ir a Cuba para estar allí todo el curso próximo en la Universidad Central Santa Clara y allí tendré más tiempo. Su novela me interesa mucho y la estoy leyendo con placer. Me muy grato para mí conocerle en Buenos Aires y puede contar con el secreto y la buena amistad de su compatriota. Federico de Onís.

Antonio Gillete Vial

P R Ó L O G O

"En esta novela que he tenido el placer de leer antes de su publicación- hay tres planos que conviene distinguir para apreciar su carácter y valor:

El más visible desde el título hasta el fin es el histórico, o sea, la reconstrucción fiel del pasado de España, examinada desde un punto, un pueblo de La Rioja, región que jugó un papel primordial desde la unificación nacional llevada a cabo por Castilla en la Edad Media, hasta la culminación del Imperio español en tiempo de Felipe II.

Otro es el plan novelesco, la trama de conflictos dramáticos encarnados en unos personajes inventados por el autor, que mantiene vivo el interés del lector a través de las peripecias a que se ven arrastrados por su carácter o destino.

Otro en fin, es la realidad actual del pueblo riojano, patria sin duda del autor, vista por él en sus gentes, paisajes, costumbres y lenguaje a la luz del recuerdo.

Estos tres planos no están superpuestos, sino enlazados en cada momento a través de toda la obra, de modo que cada uno adquiere un valor nuevo al ser iluminado por los otros. Y esto es lo que, en mi opinión, presta a la novela valor y originalidad"

Federico de Onís

Mayo 1958.

"En esta novela p me he tenido el placer de leer
 antes de su publicación- hay tres planos que convie-
 ne distinguir para apreciar su carácter y valor:
 El más visible desde el título hasta el fin es el
 histórico, o sea, la reconstrucción fiel del pasado
 de España, examinada desde un punto, un pueblo de la
 Rioja, región que tuvo un papel primordial desde la
 unificación nacional llevada a cabo por Castilla en
 la Edad Media hasta la culminación del imperio espa-
 ñol en tiempo de Felipe II.
 Otro es el plan novelesco, la trama de conflictos
 dramáticos encarnados en unos personajes inventados
 por el autor, que mantiene vivo el interés del lector
 a través de las peripecias a que se ven sometidos
 por su carácter o destino.
 Otro en fin, es la realidad actual del pueblo rio-
 jano, patria sin duda del autor, vista por él en sus
 gentes, paisajes, costumbres y lenguaje a la luz del
 recuerdo.
 Estos tres planos no están superpuestos, sino
 entrelazados en cada momento a través de toda la obra,
 de modo que cada uno adquiere un valor nuevo al ser
 iluminado por los otros. Y esto es lo que, en mi
 opinión, presta a la novela valor y originalidad"

Federico de Onís

Mayo 1928.

PRÓLOGO

DEDICATORIA

A mis hijas Maria Aurora, Angelines y Martita:

Esta "hermanita" os confía el que vuestra vida os dio, cuidadla cual cosa mía ya que en mi mente creció.

Amadla con el calor que sus páginas merece y tendréis siempre el favor del corazón que os la ofrece.

Vuestro padre.

1952

DEDICATORIA

A mis hijas Maria Aurora, Angelina y
Marifia.

Esta "hermanita" os conlla
el que vuestra vida os dio,
cuidada cual cosa mis
ya que en mi mente creció.

Amada con el calor
que sus páginas merece
y tendréis siempre el favor
del corazón que os la ofrece.

Vuestro padre.

1922

PRÓLOGO

Sobre un pequeño montículo circular, a semejanza del gorro cónico que sacan algunos payasos de circo, pero, faltándole la parte final del vértice -no sabemos si debido a obra humana para hacer la fortaleza o a las erosiones- se encuentra, en la mitad de una rica vega y en pleno centro de la provincia de Logroño, una villa hermosa de verdad, llamada Navarrete.

A nuestro paso por dicho pueblo, hemos sentido verdadera curiosidad por conocerle. Y es porque nos ha parecido desde lejos, una reminiscencia de aquellas ciudades-castillos de la época medieval, dentro de las cuales siempre parece flotar el espíritu que les dio gloria y fama.

El pueblo vive una jornada de grandes faenas labriegas. Son las dos de la tarde de un veintiocho de julio y, todas las calles, sobre las que cae un sol casi tropical, están desiertas. Algunos niños juegan a cubierto del sol en la sombra que producen las casas. De las calles próximas suben carcajadas, al parecer de mozalbetes. Un niño que nos acompaña, nos asegura que "esos son los zarramplines". Zarramplín se llama en este lugar, al ayudante de albañil y, aquellos, parece que están jugando a la pelota hasta que llegue la hora de comenzar el trabajo.

Hemos recorrido las calles principales de Navarrete, admirándonos de la gran cantidad de escudos heráldicos que hay en sus fachadas. A juzgar por el

porte y tamaño de las residencias, nos hace suponer que fueron en su día, hogares de altas personalidades políticas, guerreras, o de jerarquías eclesiásticas, tan abundantes en aquellos tiempos de ambición y violencia.

Todas ellas están hoy habitadas por gentes sencillas, laboriosas en sus faenas de campo o de alfar, pero, dignísimas, y que contribuyen con su noble esfuerzo a elevar mucho más el porvenir de la nación, que aquellos aguerridos y violentos jefes de las mesnadas feudales.

Le preguntamos nuevamente al niño, si nos puede decir dónde encontraremos a la persona que nos sepa explicar algo sobre el origen y sucesos más importantes acontecidos en Navarrete. El niño ríe y no sabe qué responder. En sus ojos interpreto lo que no se atreve a contestar:

¿Cree usted que Navarrete, tiene algo que contar? ¡Vaya pueblo, pa' que haiga cosas importantes...

Le pregunto por el sacerdote, pues, sabido tenemos es la persona que, hasta estos tiempos que corren, tiene mejor información del lugar donde vive y, el niño dice:

- Me paice a mí que ese ha ido a pedricar a Viana...; Si viera usted qué labia tiene?... Lo llaman de tó' los laos... pero, no crea que es muy bueno pa' entenderse con el... ¡Jo; ¡Tiene unas moscas... Oiga, si quiere usted hablar con el señor José... el también sabe mucho de esas cosas...

- ¿No dormirá la siesta?...
- No señor. Ese no se la echa nunca. Allí lo tendrá us

té metido entre librotes. Un día como dice mi madre-
acabará volviéndose loco.

-Grave sentencia. ;Vamos para allí;

Bajamos desde casi la punta del cerro, de una calle que llaman de Las Ollerías. Desde esa alta y fea vía pública, veía la parte norte de la torre y el crucero de la imponente iglesia de Santa María de la Asunción. Bajamos por una callejuela empedrada, muy pendiente, saliendo a la calle Mayor Baja, cuya denominación fuera mejor titularla: Calle de Los Caballeros.

Unos pasos más, siempre descendiendo y llegamos a la casa de ese buen señor que, hasta los niños sabían que se iba a volver loco por leer. ;Ah, desgracia española; ;Cuánto daño se hace a los niños con esas torpes suposiciones;

Después de saludarlo y hacerle saber nuestras inquietudes, nos hace pasar a su humilde casita y nos va contando las suyas, llenas de gracia y sabor. Don José tiene setenta años llenos de historia y vicisitudes. De las últimas, vividas hace unos años tiene tristísimos recuerdos que le han puesto el alma de luto. ;Aquí cebó la bestia sus fieros instintos y dejó el terror clavado en cada casa; ;Pobre España con su terrible guerra incivil;“

Don José no quiere hablar, prefiere callar y que la vida vaya pasando...

Su mirada es franca, de ojos grandes, profundos. La nariz larga y carnosa. Los labios finos y la barba larga y ancha, semejante a la de los vascones, o berones, para ser más exactos. En toda esta zona estuvieron asentados aquellos conocidos como primeros po-

bladores de La Rioja Media y Alta.

La estancia donde éste viejo riojano pasa sus mejores horas rodeado de libros y de soñadas fantasías, tiene pocas cosas interesantes para hacer mención. Su señora entra -nos dice- por las mañanas para limpiarle los estantes y, por las noches, para decirle que ya es hora de descansar. Si a don José no se le llama, se olvida del tiempo que corre. Su pensamiento está junto a Víctor Hugo, junto a Unamuno, al lado de Ortega... Así pasa la vida hora tras hora. Su coloquio es con los libros ya que, desde hace unos años, se ha roto el diálogo en su heráldica villa. No puede fiarse de nadie después de las delaciones que vio en las que pagaron los más infelices cristos, "vidrios" que ni conocían. Paz, paz y silencio. El tiempo asentará los posos y se hará un día justicia contra tanto crimen.

Sobre su tosca mesa, tiene don José un cuadro con la Virgen de Valvanera. Debajo de ella un calendario. En la pared derecha, un documento muy viejo por lo arrugado y en mal estado que se hallaba. Sus trazos eran apenas descifrables para el anciano, mas, nos dijo, que, todo lo había descifrado con no poca paciencia. Lo tiene con gran ilusión porque es un regalo del último aristócrata de la Villa.

Al ver nuestra curiosidad por esa joya nos dice:

- ¿Le ha chocado, verdad? Todo el que lo conoce se admira. Es un documento antiguo, muy antiguo.

- ¿Conoce usted el contenido?

-Le conozco. Su origen es el final de una historia maravillosa.

- ¿Quisiera usted contarla, don José?

- No tengo inconveniente, pero, antes, bueno será que sepa usted cómo y cuándo se fundó este pueblo.

Con voz clara y alegre nos fue trasladando al siglo IX explicándonos que, por aquel entonces, éstas tierras eran protagonistas de grandes avances y espantosos desastres. Los árabes, si no fueron los primeros en las luchas, ya conocieron bastante de este triángulo comprendido entre el Ebro, el Majerilla y el Iregua. Los reyes de Navarra, los de Castilla, los condes de León y el propio Fernán González, supo de estas tierras y en ellas cosecharon triunfos y decepciones.

Por esas fechas, mire usted aquí; aquí, en estos cuatro puntos que tengo señalados en éste rústico mapa, a mitad de camino entre el Ebro y el Majerilla; entre Lucronio y Nájera, hay metidos en un valle, cuatro pueblecitos que se sirven por la ruta romana que va de Varia a Tritium. Sus nombres son: San Antolín, San Llorente. San Pedro, y Nuestra Señora del Prado. Cada pueblecito, allá por el siglo X tiene su iglesia, sus pequeñas jurisdicciones, sus alfareros, que, después los traerían a la villa, y, su pequeña ganadería. Pero, todos tienen el grave problema de no tener defensa ante unos reinos que, año tras año, se devoran con guerras por conquistarse terrenos. De ahí que, reunidos los cuatro alcaldes y los hombres importantes de Carcuetos deciden ir a Carrión, donde se celebran Cortes y solicitar al rey un cambio de viviendas y sumados a Navarrete, a éste lo harán más grande y será más temible, estando ellos con mayor defensa. En el cerro Tedeón

hay mucho lugar para seguir edificando, y otro tanto en el barrio de San Juan y arrabales. El rey apoya la idea y se verifica el traslado.

- Qué bien conoce usted la historia de su villa.

- Lo he creído fundamental. Primero debe saberse el origen de donde uno viene, después, la de la provincia y, por último, la de su nación. De eso me vengo ocupando desde que tenía dieciocho años. Claro que, a esta afición no faltan muchos, -pero entienda que son los ignorantes- quienes me tratan de loco, y yo prefiero estar loco que no abotargado y convertido en madera como ellos ¿me comprende usted?

- Del todo. Siga, por favor.

Y el hombre siguió diciendo:

Navarrete hace sus grandes murallas y sobre ellas edifica grandes palacios. Toda la villa estará cercada y con seis puertas que le dan entrada: La Almudena. La de Santiago. Caño. Verónica. La Cruz y San Juan. En lo alto edifican un poderoso castillo con su aljibe.

El año 1195, el rey don Alfonso el VIII les concede sus Fueros ;Y qué fueros; Igual que los de Alava, Guipuzcoa y Vizcaya. Entre otras cosas que no le he de aburrir pues ello es largo, les hace libres y francos, sin aquellos tributos tristemente célebres de sayonía, fonsadera, anubda, manería y vereda. No deben estar sujetos a los fueros de batalla, fierro, celda y pesquisa. Como ve usted tenían muchos más privilegios que los que hoy contamos -y no sé cómo piensa usted, pero, ya me dirá qué libertades tenemos en este tiempo de dictadura terrible que padece el país-

Aquellos vecinos tenían que pagar un pequeño impues-

to por casa abierta. El rey tenía un horno para el vecindario y el que quería cocer su pan en el, sólo tenía que entregar un pan como pago y por hornada. Podían comprar y vender libremente. Cultivar las tierras yermas.

Pastar sus ganados sin pagar herbaje y segar hierba en terreno libre. Se aprovecharán de aguas para riegos, molinos, huertos y otros usos. Pueden cortar leña para quemar y madera para hacer casas. Serán libres de portazgo en Navarrete y Logroño, en fin, una maravilla de Fuero. Pero, oiga, ¿conoce usted Navarrete?

- Pues no no. He venido hasta su casa bajando de las Ollerías, no le conozco.

- Yo le llevaré para que vea la mejor arcada de esta tierra elevada sobre las murallas y bajo los mejores palacios de la Villa. Se le llama "El Certijo". Una delicia de edificación. Lo haré entrar en la iglesia para que se deslumbrase con la fogata de oro que aquella gente metió en un altar barroco, riquísimo en láminas áureas y en estilo churrigueresco. Una verdadera fantasía de buen gusto y riqueza. ¡Lástima que, el pueblo, pasaba hambre a desgarrar...pero, había muchos ricos...y querían ganar el cielo después de vivir aquí como Dios ¿entiende?. Verá usted la Calle Mayor, Alta y Baja, llena de palacios que no los hay mejor en Toledo, y le indicaré dónde estaban las seis puertas que le he citado. En aquel tiempo, Navarrete tenía jerarquía y poder. Esta villa deslumbraba sobre Logroño, un Logroño pobretón en el renacimiento español, y también sobre la navarra Viana. ¡Bah! ¡Navarrete podía con todas las villas y ciudades de estos contornos;

- Cómo se le ve la pasión por su pueblo...

- Es justicia.

que reconozcamos los valores de los padres -si los tienen- no es sino hacerles justicia, y eso hago yo con mi pueblo.

Con semejantes familias y poderío, se van formando aquí caballeros de Calatrava, Santiago y Terraza. Corriendo el tiempo, Navarrete tendrá hijos que lleguen tanto al papado como al trono, donde ejercerán de secretarios o de confesores. Oiga, que, en los Corcuetos, en el de San Pedro, nació un Santo; San Funes. Navarrete ha tenido desde santos hasta obispos, almirantes, capitanes generales, escritores, ministros, una tira de todo ello, con decirle que no hay pueblo en España, -considerando poblaciones- que le aventaje a éste en ^{el} que me nacieron. Pero hay más y esto no se sabe en España, pero, yo voy haciendo no poco para que se rectifiquen errores: La Batalla de Nájera no fue para titularla así, sino que debió llamarse de Navarrete, que se dio a tres kilómetros de esta villa y, lo que es más, aquí se ventilaron los famosos juicios contra los apresados de don Enrique. Y, él mismo no cayó porque huyó el primero buscando Nájera salvando el Najerilla, pero cayeron desde Du Guesclín hasta Ayala y cien grandes figuras más. Vea usted esta daga y esta punta de lanza, pues son de aquella batalla y las encontré a kilómetro y medio de Navarrete. Claro, Nájera era ciudad, fue en lo antiguo corte del reino de Pamplona y Nájera, y se llevó la titulación, pero, eso debe rectificarse y para dejar testimonio de ello, ya se ha puesto una vitrina en una ventana de la iglesia aclarando aquella acción.

Allí enfrente, tiene usted Clavijo con su campo de La Matanza. ¡Clavijo; ¡Campo de la matanza; Oiga, que, entre Navarrete y Lardero, tiene usted otro de estos tiempos

en lo que llaman Valle Hondo, que mejor no mencionamos, pero, hay muchas miles de bocas selladas por la injusticia de la peor guerra incivil que vieron las gentes de España. Mejor no hablar de esto, pero... ya ve usted que no puedo...

El pobre hombre se emocionó porque había vivido la guerra con toda su crudeza.

- Sigamos la historia y perdóneme. Ya hemos llegado tras de la batalla entre los Trastamara al lugar y época de cuya acción habla este documento.

- ¿Está todo ahí detallado?

- Todo. De ahí que, vamos a dejar que los personajes nos cuenten por su voz lo verídico de aquellas acciones. Ya ve usted cómo estas letras están manchadas y no es de tinta. El origen es altamente conmovedor, pues encierra una bellísima historia de amor que fue llevada al límite de las débiles fuerzas humanas.

en lo que llamamos Valle Honda. que mejor no mencionamos,
 pero hay muchas miles de bocas selladas por la injus-
 ticia de la peor guerra invidial que vieron las gentes
 de España. Mejor no hablar de esto, pero... ya ve us-
 ted que no puedo...

El pobre hombre se emocionó porque había vivido la
 guerra con toda su crudeza.

- Sígame la historia y perdóneme. Ya hemos llega-
 do tras de la batalla entre los Tratamara al lugar y
 época de cuya acción habla este pergamino.

- ¿Está todo así detallado?
 - Todo. Me así que vamos a dejar que los personajes

nos cuenten por su voz lo verdico de aquellas accio-
 nes. Ya ve usted cómo estas letras están manchadas
 y no es de tinta. Al origen es altamente conmovedor,
 pues entonces una bellísima historia de amor que fue
 llevada al límite de las débiles fuerzas humanas.

 Los apuntes que he escrito en el camino de la guerra por
 aquellos días y días de la batalla de las Navas de Tolosa.
 Los apuntes que he escrito en el camino de la guerra por
 aquellos días y días de la batalla de las Navas de Tolosa.
 Los apuntes que he escrito en el camino de la guerra por
 aquellos días y días de la batalla de las Navas de Tolosa.
 Los apuntes que he escrito en el camino de la guerra por
 aquellos días y días de la batalla de las Navas de Tolosa.
 Los apuntes que he escrito en el camino de la guerra por
 aquellos días y días de la batalla de las Navas de Tolosa.
 Los apuntes que he escrito en el camino de la guerra por
 aquellos días y días de la batalla de las Navas de Tolosa.

Allí enfrente, viene usted clavado con su campo de la
 batalla. [Clavado] Campo de la batalla. [Clavado] que, en-
 tre Navas y Llerena, vino usted a parar en estos tiempos

PRIMERA PARTE

Corre en Castilla el mes de abril del año 1555.

Amanece en la villa realenga de Navarrete. Viene un nuevo día radiante de luz y alegría en esta hermosa primavera. Ha salido el sol por lo alto de los cerros de Valgaraoz y ya envía sus primeros resplandores hasta el picacho donde se asienta el castillo edificado hace más de cuatro siglos. Febo, que acaricia con sus rayos mañaneros este recinto ensalza aún más su grueso armazón de enormes piedras rectangulares. ; Cuatro cientos años hace que se elevara y parece que se hubiese acabado de construir en la última década; Ni una sola maleza; ni una planta trepadora permiten los cuidadores que se críe en sus muros o en las inmediaciones. Así lo vemos al amanecer de esta mañana primaveral: coquetón y orgulloso, dominando sobre la cresta cual corona ducal. Sobre sus altas almenas, haciendo la última guardia de la noche, pasean cuatro mocetones armados a la usanza castellana. Hace poco tiempo que se

ha rumoreado el pretendido interés del rey Enrique II de Francia, de que Navarra sea restituida al antiguo poder del que la usurparon los reyes católicos y, por lo que pueda suceder, justo es que el castillo de Navarrete esté pendiente de lo que se trama al otro lado del Ebro, que, bien pudiera ser el rebote de las batallas que se están librando en Flandes entre franceses y españoles.

Por otra parte, también conviene cuidarse de la

reforma luterana, tan cacareada y manoseada, de la que ya se rumorea son muchos los magnates y ;hasta eclesiásticos; que, en España -a escondidas- la están con todo calor abrazando.

Carlos I la combate a muerte, pero, el enemigo es muy fuerte y se le filtra a diario por la frontera francesa.

Todo poblado que se precia de leal tiene orden de vigilar atentamente estas manio-

bras. Navarrete es villa de las que quieren permanecer fieles a la línea fijada por el Emperador.

Gobierna el pueblo don Pedro Manrique de Lara, en el cual tiene su castillo-vivienda, aunque la visita de tarde en tarde.

Este caballero es uno de los más adip-tos al Emperador, y su persona goza así mismo, de muchos merecimientos por parte de Don Carlos, siendo, incluso de su Consejo.

Hace muy poco que le ha dicho al Em-perador que, "bajo sus dominios y mientras que él tenga sano juicio, no entrará otra doctrina que la de Roma, ni otros doctores que los ministros de Cristo, sean sacerdotes o de la nueva compañía creada por Ignacio, aquel que tanto amó a esta su villa, y donde pasó sus mejores años de vida, tras retirarse de la milicia".

El toque de Oraciones despierta a estos vecinos sobre los que viene creciendo, lleno de luz y gracia, un Domingo de Pascuas de Resurrección.

El pueblo se levanta animoso, alegre. Contempla su vega verde como la albahaca y sueña prósperas cosechas.

Toda la atención del vecindario está puesta en la nueva iglesia, esa que se está levantando unas decenas de metros más abajo que la primitiva románica, y que espe-

ranha de ser grandiosa a juzgar por el empeño que ponen

todos y porque está dentro de sus artífices, el más importante arquitecto español: el maestro Herrera, artífice de San Lorenzo del Escorial. La nobleza navarretana ha dicho que quiere tener una iglesia que sea "flor" de la actual Castilla y, poco han de poder o lo conseguirán, que no son menguados ni en oro ni en voluntad.

Cuando todos han salido de misa Mayor, la que ha sido oficiada por un obispo de la Villa, y están en el graderío comentando la marcha de la nueva construcción, el centinela mayor del castillo, con su larga trompeta, ha dado un toque de atención, diciendo después, con voz de trueno: ¡¡Emisario a la vista!!

El público se impacienta oteando el horizonte.

Por el Camino Real o de Santiago que conduce a Nájera, viene una densa polvareda y, delante de ella, dos jinetes a toda carrera. Nadie puede detenerles. Traen noticias de Estado. El pueblo, en apretado racimo comenta extrañado lo que pueda ocurrir. ¿Invasión?... ¿Asesinato?... ¿Nueva guerra...? Ocurren estas cosas con tanta frecuencia.

Los emisarios han llegado a la Puerta de Santiago; con sus jadeantes caballos envueltos en sudor y espuma. Han recorrido cinco leguas sin hacer descanso y seguirán otras dos más, para que, desde allí, salgan otros continuando la información por el reino de Navarra.

Después de dar el santo y seña reglamentario, han quitado los centinelas las dos pesadas barras; se han corrido los cuatro gruesos cerrojos que guardan la monumental puerta de hierro; han tendido el puente elevadizo sobre el foso y han penetrado corriendo por

la empedrada calle que conduce hasta la Plaza, donde tiene su residencia el Duque de Nájera.

Junto a la puerta espera el señor de Lara y los principales magnates de la Villa. Saludan muy ceremoniosos los dos herreruelos, sin bajarse de los caballos y

entregan un pergamino con los sellos reales colgando y piden permiso para seguir su carrera. Junto al Duque

están todos los consejeros, alguaciles, secretarios, notarios y clero parroquial. Guardia de honor del Duque y defensores de la villa-fortaleza. Pocos pasos más atrás

sobre la plaza y bocas de las calles Alta y Baja, el pueblo humilde y servil, que espera de boca de su señor mandatario lo que de bueno o malo les haya venido allí escrito.

Un silencio sepulcral invade la plaza. Ni los niños mueven los labios para no turbar el orden de lo que don Pedro Manrique ha de decirles. Después que el poderoso

jerarca hubo leído aquella misiva, se adelantó a sus guardianes, amigos, nobles y demás autoridades y abriendo en toda su extensión el correo, con voz emocionada les dijo:

"Amigos, pueblo querido: Teníamos que esperarlo de un momento a otro. ¡Doña Juana de Castilla, ha muerto;

De todos los labios salió una exclamación que se perdió sobre las estrechas y blasonadas calles, pero, el poderoso señor Alcalde Mayor de la Villa siguió diciendo:

"Doña Juana, acaba de morir en Tordesillas, después de cuarenta y seis años de reclusión y a los setenta y cinco de su vida. Ha sido -continuó diciéndoles el Duque- un Viernes Santo, el día que Dios ha elegido para llevársela, después de recibir con santo fervor su última confesión y

y el Sacramento de la Extremaunción. Y ha sido, para mayor suerte, Francisco de Borja, quien le ha sabido conducir su atormentada alma junto al Hacedor, mientras ella musitaba repetidas veces: Jesús crucificado ayúdame" No pudo seguir la lectura porque la emoción lo embargaba. Lo propio ocurrió a los presentes, muchos de los cuales la conocieron personalmente en uno de los viajes que hizo por esta tierra riojana, y también sabían de su bondad y de su atormentada vida con don Felipe "El hermoso", y, después, en el castillo donde tantos años estuvo encerrada, viviendo en la más completa miseria.

El pueblo, se retiró de la plaza y comentaba en corrillos qué actitud tomaría su hijo Carlos, ya bastante vencido también por los años y aquella maldita enfermedad que lo tenía a mal traer... Minutos después, el Duque, con amigos y autoridades, recogidos en una de sus mejores cámaras, hacía breves comentarios sobre la desaparecida "loca" y la encrucijada en que se encontraba España.

- Como vemos -dijo Manrique de Lara- muy grave es la situación que estamos viviendo. Doña Juana acaba de morir. El Emperador, su hijo, lo tenemos en Bruselas, y, al hijo de este, nuestro futuro rey don Felipe, en Londres. Es de suponer que, si salen por ahí unos grupos de revolucionarios -como ocurrió con los ajusticiados en Villalar y los de Nájera, incluidos los vecinos que de ésta Villa se les sumaron- no sería extraño que nos viésemos envueltos en otra guerra civil, de la que Francia sería instigadora y puede sacar no pocos provechos al tener nuestras mejores tropas en

Italia y Bélgica. Debemos estar vigilantes desde los castillos con las armas y en las ciudades y villas con nuestros servicios de espionaje. Cual si hubiese sido pedirles un juramento, todos aquellos hombres dieron su aprobación y pasaron a comentar la vida de la infortunada reina, tan recientemente desaparecida. Como nadie mejor que el Duque conocía la vida de aquella mujer, él les fue recordando aquellos días tan peligrosos para el Estado, cuando aprovechándose de la ausencia de don Carlos y de su nieto, penetraron en el castillo de Tordesillas los revolucionarios y pretendieron hacerla firmar un Decreto, merced al cual, ella sería la única y verdadera Reina, quitándole el poder a su hijo. Quisieron libertarla y la pobre doña Juana se quedó inmutable. Le dijeron que, hacía mucho tiempo que había muerto su padre el rey don Fernando y no lo quiso creer. Pusiéronle ^a la firma diversos decretos, sobre la nueva orientación del Gobierno que ellos creían más conveniente para el pueblo español, y, ella, se hacía la indiferente... Le amenazaron con no darle de comer bocado, ni a ella ni a su hija Leonor y se sonrió... Penetraron sacerdotes que buscaban el quitarle los espíritus malos que, desde hacía mucho tiempo tenía metidos en el cuerpo exorcizándola... todo en vano. Aquella mujer, para todos loca, procedió con la mayor cordura conocida en mujer alguna. Su mirada flotaba sobre los inquietos conspiradores y se perdía lejana, muy lejana... "No era voluntad de ella, que era designio de Dios -acabó diciéndoles el Duque. "Por eso yo os pido a todos los que con las armas y con el pensamiento habéis ayudado a la causa de Castilla, que guardemos unos instantes de silencio para esa

dre infortunada, por quien tanto hemos pedido a Dios y cuyo recuerdo será siempre eterno en esta Patria.

Cuando se hizo alto al recuerdo sobre la triste memoria de doña Juana, apareció en la puerta de la sala un criado, que, anunciando, dijo al Duque:

¡Don Fadrique de Torrecillas;

- Que pase -advirtió el de Nájera.

Se abrieron las puertas del lujoso recinto que daba sobre la muralla y Puerta del Caño, y, entre dos criados vestidos con lujosa librea, media blanca y sombrero calañés, apareció don Fadrique de Torrecillas, Caballero de la Orden de Calatrava y Alcalde de dicha Villa.

Venía alegre y apenado a la vez. No se sabía qué era lo que dominaba en su expresión con más fuerza, si el triste suceso de Torrecillas o el deseo de darles una buena nueva.

Saludó a los presentes, presentó al Duque sus excusas por no haber acudido a tiempo y, cuando Don Pedro Manrique le hizo saber la situación actual, con palabras que reflejaban pesimismo por lo desangrado que estaba el ejército español, se creció don Fadrique y dijo con voz muy clara y llena de lealtad:

- No os preocupéis, señor, por lo que pueda suceder.

Aquí estamos un grupo de hombres leales a la corona, que daremos nuestras haciendas y nuestras vidas si es necesario.

- No es por hoy -dijo el Duque- Lo que nos interesa es el mañana.

- Para el mañana -y aquí sonrió el Caballero- para mañana, señor Duque, tengo desde hoy un hijo. (Quiso seguir pero no pudo. Los amigos quedaron admirados de

la novedad y, rodeando al Alcalde Ordinario, lo acosaron a preguntas y él les fue explicando lo que pasó esa noche y que diremos en el capítulo siguiente.

Don Fadrique de Torrecillas; - que pase - advirtió el de Méjara.

Se abrieron las puertas del lujoso recinto que daba sobre la muralla y puerta del Caño, y entre dos criados vestidos con lujosas libras, medias blancas y sombrero castaño, apareció don Fadrique de Torrecillas, Caballero de la Orden de Calatrava y Alcalde de dicha Villa.

Venid aliger y apenado a la vez. No se sabía qué era lo que dominaba en su expresión con más fuerza, si el triste suceso de Torrecillas o el deseo de darle una buena nueva.

Saludó a los presentes, presentó al Duque sus excusas por no haber acudido a tiempo y, cuando Don Pedro Mari- que le hizo saber la situación actual, con palabras que reflejaban pesimismo por lo desahogado que estaba el ejército español, se creció don Fadrique y dijo con voz muy clara y llena de lealtad:

- No os preocupéis, señor, por lo que pueda suceder. Aquí estamos un grupo de hombres leales a la corona, que daremos nuestras haciendas y nuestras vidas si es necesario.

- No es por hoy - dijo el Duque - lo que nos interesa es el mañana. - Parto el mañana - y aquí sonrió el Caballero - para mañana, señor Duque, tengo desde hoy un hijo. (Quiso seguir pero no pudo. Los amigos quedaron admirados de

CAPITULO I

Los Alcaldes eran hechos es esa época merced a sus mer-
 recimientos guerreros, a herencias o, a la compra de los
 títulos que, en muchas ocasiones costaban gruesas su-
 mas. En el caso del actual, bueno es saber antes que
 nada el origen de la casa Torrecillas.

Desde el año 1280 ya figuran personajes de esta fami-
 lia en acciones guerreras, pero, donde cobraron mayor re-
 sonancia fue con el rey don Juan, El Segundo. Siendo don
 Julián, Caballero de Cámara y capitán de uno de sus mejo-
 res grupos de combate, se distinguió no poco en la bata-
 lla de Olmedo, junto con don Alvaro de Luna. En agrade-
 cimiento a tal hecho fue por lo que su rey, le concedió
 escudo de armas, en el cual figura una encina, un azor,
 una torre y, saliendo por una ventana de aquella un bra-
 zo esgrimiendo espada, todo ello sobre campo de gules.

El hijo de don Julián -abuelo del actual don Fadri-
 que- llamado Guzmán, hizo grandiosa campaña a las órde-
 nes de Gonzalo Fernández de Córdoba, habiendo estado
 con su jefe a la toma de Nápoles y Atella, en cuya oportu-
 nidad tomó el de Córdoba, el título de Gran Capitán,
 regresando después a España donde fueron recibidos con
 apoteósicas manifestaciones de entusiasmo por el pueblo.

No era esto suficiente y quiso acompañar a su capi-
 tán en la segunda salida a Italia, interviniendo en La
 Barleta, Bari, Canosa y Ceriñola, en todas las cuales
 combatió contra un poderoso ejército italo-francés.

No fue menos hábil con las armas el hijo de don Guzmán
 padre de don Fadrique, llamado Alonso. Si bien cola-

boró en acciones guerreras, acompañando al Duque de Nájera en la toma de Pamplona, donde mayor prestigio adquirió fue en la parte política, al lado de la Soberanísima Isabel de Castilla, de la cual se preciaba de ser amigo particular, Consejero y admirador de todas sus cualidades.

El fue quien estuvo a su lado en la toma de Granada, muy al lado del Duque Forte, padre el actual don Manrique. Y a quien le cupo en aquella ocasión, la administración de los hospitales ambulantes recientemente creados por la Reina.

También fue don Alonso quien apoyó, con Fray Diego de Deza, la gran nueva que le llevaron a la Reina, sobre el proyecto del ilusorio Cristobal Colon, y él fue quien entró en la Cámara con el fraile para tratar de que se apoyase aquella soñada empresa. No obstante la juventud del

Torrecillas, desempeñaba en la corte papeles importantes, más propios de sexudos hombres que de aquel joven nacido en Navarrete.

Aquella amistad con la Reina, le sirvió para que alguien le insinuase -en más de una ocasión- su buen negocio si lograba enamorar a una de las princesas, y, ¿por qué no decirlo?: momentos hubo en que llegó hasta a creérselo. ¿No tenían treinta años? ¿Acaso no era de una familia cuya sangre era tan limpia como la de la propia Isabel de Castilla? Qué extraño hubiera sido que, doña Juana o doña Catalina, pusieran en don Alonso sus ojos, aunque no fuese de sangre real. Pero, pronto se le desvanecieron aquellas esperanzas.

Catalina contrajo nupcias con Arturo de Inglaterra y, más tarde, doña Juana, casó con un príncipe flamenco. Cuando verdaderamente quedó destrozado don Alonso, fue cuando supo que la Reina madre estaba herida de muerte. Ni un solo día se apartó de Medina de Campo. No quería moverse por si se producía el

deceso tan esperado. Días y días se pasaba sin entrar a visitarla, pues le dolía en el alma ver a su Reina tan postrada, ella que siempre había sido enérgica, dinámica y fuerte como la tierra que la vio nacer. Un día,

lo llamó Isabel y le hizo quedarse a solas con ella, diciéndole en privado: "Qué nuevas tenéis de Flandes, don Alonso? ¿Sabéis algo de la vida que lleva mi hija con don Felipe?" No supo qué responderle el no-

ble riojano. Ella, interpretando sus pensamientos le dijo: "Yo os recomiendo que, cuando vengan a nuestra querida patria, vigiléis su vida privada. Me han dicho

que el marido de Juana es un hombre liberto y de no muy noble corazón, sobre todo para mi hija" Apenado y

sumiso como un perrito faldero, que mucho quería don Alonso a su Reina, le dijo: "Yo haré todo cuanto Su Majestad me ordena, pero, bien pudiera ser que no sean ciertas las noticias que le han dado a mi querida Reina"

- Sí, sí Torrecillas, sí... Lo adivino en los escritos que me envía mi hija. Yo os ruego que me la cuidéis vos que sois joven y buen castellano.

Ese día salió de la cámara real don Alonso, con un nudo en la garganta que le impedía hablar. ¡Ah! -se pensó- si eso fuese cierto, qué a gusto la daría muerte en desafío a tal bribón que así juega con la lealtad y juventud de doña Juana.

Al día siguiente, 26 de noviembre del año 1504, entregaba su alma a Dios, la mejor de nuestras reinas y la más amante esposa y madre de las Españas.

A los pocos años de este suceso, nacía en Navarra don Fadrique de Torrecillas, en la casa solariega de la Villa, a la que quiso ir a residir, una vez casa-

do don Alonso, y desde que llegó fue destinado Alcalde Ordinario, porque Alcalde Mayor lo era desde siempre la familia Manrique de Lara, los Duques de Nájera.

En su juventud, contribuyó junto a don Carlos Primero, en varios hechos de armas, a los cuales nunca les dio importancia, retirándose después a la Villa, de la que heredó el título que había tenido su padre.

Era don Fadrique hombre austero y de una vida muy honesta. Permaneció solterón hasta los cuarenta años, y ya nadie creyó que pudiera casarse, pues, a juzgar por sus repetidas palabras "no encontraba zapato a su medida".

Hace cinco años, vino a Navarrete una familia que, desde hacía veinte residía en la ciudad de la corte. Regresaban al solar patrio después de enterrar al marido, una elegante señora y su hija: la primera de cincuenta años, la hija de veinticinco. La niña, por nombre Leonor, era un ángel. Tenía, por línea materna el aire castellano, noble y altanero, y por la paterna, algo en el rostro que le hacía destacar su origen francés, ya que su abuelo había sido un gran caballero en el país vecino.

Don Fadrique, bien sea por esa novedad, o porque realmente era una delicia de criatura, se enamoró de ella, como si tuviese dieciocho años. Él, que nunca se fijó en mujer alguna dentro de su Villa o tierras comarcanas, a partir de ese día quedó prendado y ya no tenía calma ni sosiego. Si estaba en la nueva iglesia presidiendo la Corporación con su regia vara de mando, maliciosamente tendía la mirada hacia atrás, buscando donde estaba su Leonor. Si había procesión, anhelaba pasar junto a la casa de su amada por verla arrodillada en el balcón, tirando fragantes pétalos -si era la procesión del Corpus- sobre el palio, o en

la Semana Santa, alumbrando con un caprichoso farolillo aquellos expresivos y dolorosos pasos de que se estaba viendo mejorada la magnífica iglesia. En tales ocasiones no le parecía al joven Alcalde, que fuese un infeliz mortal; él la soñaba algo celestial, inmateral, único, y de tal dulzura y embeleso que hasta sentía dirigirle la palabra por temor a que no fuese digna de su persona. Por otra parte, no veía el momento de hacerla suya, para darle hacienda y vida, a cambio de que la jovencita le trajese -de cuerpo tan agraciado- "algo" que fuese solicitado y encargado en común.

Tanto y tanto se le fue metiendo en la cabeza a don Fadrique, la idea de ser padre que abrevió como pudo las relaciones y, un día de otoño, se coronaron aquellos sueños de cuarentón que tanto le habían torturado.

Cinco años llevaban casado y no se cumplía la voluntad divina de darle un heredero. Un hijo que pudiera seguir la huella de sus antecesores. No quería hacerse realidad su voluntad ¿Por qué? ¿No era digno de tal merecimiento?

Quien sabe -se pensaba- si no será benéfico. Antes de tener un mal hijo, es preferible que no le mande Dios. Y ¿por qué un hijo? -decía a renglón seguido- ¿no es más agradable una hija? ¿No es mejor una niña como su madre? ¡Oh, si eso fuese cierto! Dios mío, mándame una niña que yo te prometo hacer de ella si no una santa, al menos una mujer ejemplar.

Así pasaron cinco años de desilusión. Un día, le dijo Leonor que no se encontraba bien... Don Fadrique -Dios le perdonase- estaba deseando que tal le dijera su mujer... Muchas veces se llevó una desilusión y, nuevamente a entusiasmarse después de varios meses.

Ese día hubo necesidad de acostarla. Llamado un físico judío del Arrabal, que tenía fama de ser muy buen médico y le pronosticó, después de breve examen, que venía un retoño. No es posible describir la ilusión que le entró a don Fadrique cuando supo la buena nueva: se reía, y se soñaba ya todo un padrazo. Hasta comprendía que, la venida del hijo iba a ser para él, acontecimiento supremo para infundirle la máxima autoridad. Besó mil veces a su adorada Leonor y colmó al físico de atenciones y ducados. Cuando ya en la calle Mayor Baja le despidió, le volvió a llamar de nuevo -se dejaba algo muy interesante- y dijo así al vecino judío residente en el Arrabal: "Salomón, querido Salomón ¿no se puede saber lo que ha de llegar qué género trae bajo el ala?... El judío movió la cabeza negativamente, indicando con el índice al cielo, con lo que dejaba bien aclarada la contestación.

¡Imbécil! -se pensó don Fadrique al verle marchar hacia la plaza sin haberle aclarado nada. Con alegría cerró la pesada puerta del palacete y se retiró a descansar y a esperar un poco más a que viniera el fruto deseado.

¡Ciento ochenta días suplicándole a su amada Leonor: ¡No os mováis... ¡No comáis esto... ¡Por Dios, no vayáis a misa que hace frío allí como en una bodega... ¡Acostaos de este lado... Así, día a día, hora a hora, hasta que esa noche pasada, sobre las dos de la madrugada comenzó a dar gritos desgarradores la dueña y señora.

Nadie pudo dormir. Don Fadrique despertó a la servidumbre, a los mayores, a los vecinos. Sus órdenes eran enérgicas, terminantes, dispares. Por las empedradas calles de la Villa corren en todas direcciones hombres y mujeres sin saber a qué van, pero deben ir, que

es mucho el poder que tiene su amo.

Después de tres horas de dura porfía -que al de Torre cillas le parecieron tres siglos- y, en las cuales estuvo solo, encerrado en la sala que dividía un tabique, por la cual paseaba nervioso, mientras oía a su Leonor dar gritos llamándole urgentemente y el... sin poder acudir,

por respeto humano, pero, llorando de coraje mientras sus nerviosos dedos se arrancaban cabellos, o rasgaban vestiduras, lleno de miedo y de gozo a la vez. ¡Oh! Qué momentos terribles fueron aquellos para don Fadrique.

Ya estaba rayando el alba cuando llegaron a sus atormentados oídos unos chillones llantos de criatura.

¡¡Ya está!! ¡¡Ya está!! Y salió atropellando todo. Penetró en la cámara y vio de reojo, a un niño recién venido al mundo. Don Fadrique se fue directo ante su amada esposa, a la que colmó de besos y caricias preguntándole sin cesar ¿cómo se encontraba?. Cuando ella le decía que bien, que muy bien, al Alcalde se figuraba estar viendo en su semblante a la Madre de Cristo que tan magníficamente han sabido darle amor y encanto nuestros escultores.

Las mujeres, dijeron a don Fadrique, con mucha delicadeza que "las dejase hacer" y le mostraban a la criatura. ¿Qué es? -preguntó don Fadrique. ¡¡Un hijo y bien remajo!! -le contes- taron las más expertas hembras en estos menesteres, y que gozaban en la Villa de justa fama.

- ¡Bendito seas, hijo mío; -se dijo para sí y aún dudó que no saliera la voz fuera de su boca.

Sin mirarle mucho, como si tuviese vergüenza de su obra, y esto es frecuente en el hombre, se quiso reti-

rar. Doña Leonor le retuvo diciéndole:

- Ya le tenemos don Fadrique, ya le tenemos. Miradle qué guapo es y además un hijo, como tú le querías. Es un pequeño angel.

- Lo he visto, lo he visto. Un ángel como su madre, exacto a su madre.

Y salió de la cámara conteniendo el sollozo de pura ilusión, para ver si podía echarse a descansar una hora.

Cuando se despertó, que serían las once de la mañana, sucedió aquello que ya hemos hecho mención en el capítulo primero.

CAPITULO I I I

La casa de los Torrecillas, como puede suponer el lector, tenía por fuerza que ser una residencia digna de tales figuras.

Fue construida en 1113, cuando ya la localidad estaba formándose como Villa-fortaleza, cuando el rey les concedió todo lo necesario para hacerla poderosa. Y fue acrecentada cuando ya tenían los Fueros, que, como sabemos los dio el rey Alfonso VIII el año 1195.

Aquella casona-palacio, fue hecha desde su inicio lo que se dice comunmente, "a base de bien"

Estaba elevada sobre la arcada o Certijo, dando cara al mediodía, y ella fue en primer tiempo de su elevación de don Pedro Fernandez Navarrete, primer mandatario de la Villa. Se dice de el que fue el creador del proyecto dándole a la población una edificación toda mirando hacia el Sur, con sus calles circulares. La Mayor en pleno centro de la Villa corriendo de Este a Oeste. Cuando quedó terminada la primera edificación de la Villa-fortaleza, destacaban sobre todas las demás diez o quince casonas, que siempre habían de ser señoriales. En primer lugar hemos de citar el palacio de los Duques de Najera, sobre la que hoy es plaza baja que tiene las pilas como abrevadero e, incluso, el quiosco para la música. Después, la ya mencionada. La de los Castroviejo, que fueron grandes figuras en las armas navarras y, después, junto a los condes de la naciante Castilla. La de los Olarte, lugarteniente que fue

de uno de los principales jefes del conde Fernán-González.

La de los Gómez Crespo. La de López Ullain. La de Los Fernández y Coca. La de los Velasco Ibarra. La de los Ramírez de Arellano. La de los Heredia, etc, etc. De entre todas ellas y descontada la de los Manrique de Lara y la de los Ramírez de Arellano, la más predilecta por su lugar y distribución, aparte de los mejores materiales empleados era la de los actuales Torrecillas. Si buena lo fue cuando se inició la primera fase de obra, cuando verdaderamente tomó carácter de palacio fue en tiempos del abuelo de don Fadrique, que, al adquirirla, la mejoró no poco por dentro y fuera, colocándole su enorme escudo de armas dando frente a la fachada de la vega, que desde muy lejos pregonaba su poderío. Así es como se encontraba esa noche en que vino al mundo el nuevo heredero de los Torrecilla.

Su alojamiento era abundante, quizá excesivo. La planta baja, entrando por la Calle Mayor Baja, muy cerca de la iglesia, estaba destinada por don Fadrique, a la servidumbre y almacenamiento de cereales. En la fachada del madiodía tenía esta planta un balcón corrido que abarcaba toda la fachada, el cual servía unas veces para tomar el sol las criadas; para tender las ropas a secar; para tema defensivo si era preciso, y para que penetrase la luz a la sala de recibimientos, lugar este al que entraban los señores sobre sus carruajes, librándose del curioso del vecindario.

El ascenso al piso superior era amplio, tanto que pueden subir a la par seis personas por cada escalón de una bien trazada escalera tipo imperial. Sobre lo alto del techo que cubre tan enorme hueco de escalera

cuelga una regia araña de bronceados y delicados arabescos, cuyo valor es considerable. Don Fadrique asegura que fue traída de Italia o Turquía por su bisabuelo. Pegado al techo del cual pende el aparato de luz, pende un caprichoso encaje de marmol blanco, rosa y oro que luce las más variadas frutas, tan perfectamente lugradas que parece se pueden desprender desde lo alto y caerle a la cara al curioso observador. Están agarradas por los bien torneados brazos de una mujer que los mantiene firmes sobre su terso busto. Según el Alcalde, parece que son traídos desde lejanas tierras.

Al final de la escalera, había dos armaduras con lanza y yelmo, cota de malla y reglamentaria estatura. Una a cada lado mirando al que ascendiese al piso superior.

Esta subida cae en el mismo centro de la vivienda que ocupan los señores y que tienen para su comodidad dividida en dos zonas. En verano habitan la parte Norte, porque en esa época es más fresca por estar resguardada del sol y la Calle Mayor es muy fresca. En invierno se cambian a la zona Sur o mediodía, que dá vistas sobre la vega, viéndose Entrena, Albelda y Clavijo con su monte Laturce. Tiene dos amplios balcones por los que entra sol en abundancia. Tanto en una parte como en la otra tenían capacidad suficiente para vivir con la libertad que su condición requiere. Las habitaciones son sencillas y espaciosas como toda la casa. En ellas no figuran grandes cosas de que hacer mención. Donde estaba encerrado todo el orgullo de don Fadrique era en el salón-comedor. A los castellanos siempre les ha gustado tener un comedor lujoso, que sea agradable por lo que encierre y porque a él han

de acudir gentes venidas de otros lugares e incluso países, a los que llenos de honor se les invita y se les dará lugar predilecto. Este de los Torrecillas hacía la vez que de comedor, de biblioteca y museo, ya que muchos eran los objetos colocados en rinconeras y paredes.

Sobre la silla central, que siempre ocupaba el Alcalde, estaba en primorosa labor tallada en oro y pedrería el escudo de la casa. A cada lado del escudo había dos espaldas cruzados y un yelmo sobre cada aspa, uno perteneciente a don Alonso y otro a don Guzmán. Los dos tenían abolladuras y alguna que otra perforación. Eran, según decía don Fadrique con no poca vanagloria, "lanzadas de los enemigos". En dos cuadros, con preciosos marcos de caoba y decorados con ramitos de oro en sus ángulos, guardaba dos pergaminos. Uno de ellos era una felicitación de la reina Isabel de Castilla por sus servicios en la lucha contra los infieles, y, el otro, un Seguro de todas sus personas y haciendas, incluido el mandato de la Dehesa La Verde, que fue entregada a su abuelo en premio a las victorias conseguidas en Italia. Un rico tapiz tenía una delicada estampa del Calvario que, los Torrecillas lo apreciaban desde hacía tres generaciones y cuyo origen desconocían, creyendo que bien podía ser traído de los poblados anteriores, pues su tela estaba en varios lugares carcomida por la polilla y las centurias pasadas.

Esto es todo cuanto de interesante encerraba aquella habitación colgando de sus paredes. El resto eran ornamentos de madera tallada; vidrieras con destacadas y ricas vajillas; objetos de plata y de oro; manuscritos viejísimos y algún que otro utensilio de épocas pretéritas, entre aquellos, un puñal que se decía fue el que Duguesclín utilizó

para rematar al rey don Pedro de Trastámara y que los Torrecillas lo tenían enlutado y lleno de oprobio. Sabido tenemos que los de Navarrete fueron fieles desde siempre al Cruel.

Sobre el suelo de toda la vivienda, se extendían alfombras que variaban color según el lugar en que se penetraba. En el pasillo y escaleras eran de esparto.

El comedor tenía en abundancia color morado y en las habitaciones sobresalía el verde. Por el largo pasillo que cruzaba de parte a parte el piso de los señores,

tenía dispuestos dos estandartes de las campañas de su padre y abuelo, y una imagen de Nuestra Señora de La Asunción, la cual era alumbrada día y noche por una débil lamparilla de aceite. La vista que ofrecía esta

casona-palacio por el mediodía era un sueño. Por algo, Isabel y Fernando, quedaron admirados de tanta riqueza y de la cual dijo la reina castellana que "Sólo en Granada, podía verse cosa parecida en belleza". Desde

aquellos altísimos balcones, daba tedio mirar el foso que se perfilaba a más de treinta metros de sus cimientos. Al frente, se perdía la vista en más de dos le-

guas de verde y hermosa planicie, que simulaba delicado y exuberante jardín. Al final del mismo, se elevaban suaves lomas o promontorios donde se asentaban pe-

queños pueblos como Entrena y Medrano, de los que sólo dejaban entrever sus torrecillas. Tras de estos pueblos se elevaba la sierra en la que está ubicada la im-

mortal Albelda con su histórico monasterio. La Albaida de Muza; el monasterio donde se escribió el Códice Albeldense por Vigila. Allí, más a la derecha, está

Albelda con sus ricas huertas y más metida entre la mon-

taña, Viguera, la árabe y bien defendida Viguera del reino moro. A la izquierda de Albelda, el monte Laturce y en él un hito nacional: el castillo de Clavijo. Más adelante, pero tapados con los desniveles de un quebrado terreno, donde sólo crece el tomillo y canta la alondra: Alberite y Lardero. Logroño y Varea están en pleno levante y dentro de la ruta que marcó el poderío romano para llegar a Tritium. También junto a esa ruta del ejército invasor romano, está la calzada peregrina que lleva hasta Santiago.

La vega es rica en hortalizas y frutales. Tiene un regadío que la abarca toda, como los vasos sanguíneos lo hacen con el cuerpo humano. La inteligencia del moro fue aquí sabia y trazó unos canales que trayéndles desde el Iregua que lame los muros de Malda y Albelda, la elevan el agua por el Este y el Oeste para después volcarla hasta los terrenos bajos. Otro ramal viene desde Moncalvillo, dejando atrás las huertas de Daroca y Medrano.

Si magnífico es el panorama que se ve al Sur, desde los balcones de la casona de los Torrebillas, no lo es menor colocados en el centro de la vega y contemplando la Villa en el centro de aquella. verá el curioso la larga hilera de palacios asentados sobre la arcada y aquella sobre el foso siempre lleno de agua. A una altura de diez metros del foso están los arcos y el Certijo. El Certijo es una calle oculta por los palacios, pero, que tenía como argumento, la defensa de la villa desde aquellos gruesos pilares. Certijo era para ser certero, para no errar en el tiro sobre el enemigo. Otro sentido de esa calle, es que allí estaban las ventanas de los lagares, edificados en el subsuelo de las casonas. Cada palacio tenía su la-

gar y bodega unida en plano más bajo. Así que señalemos su altura: Bodega, lagar, primera planta y segunda donde vivían los señores. Toda una fortaleza y al mismo tiempo abarcando cuanto necesitaba una casona de gentes que también poseían grandes extensiones de campo.

Por la parte Norte de estas casonas de la Calle Mayor Baja, no había tanta edificación, en primer lugar por el desnivel del terreno, después porque es la parte húmeda y sin sol de la casa. Como el cerro Te-

deón, visto desde la vega, tiene gran belleza, lo es mayor si se mira hacia el fondo, donde la vista llega hasta la sierra de Cantabria, estando al pie de ella, Fuentamayor, Lapuebla de la Barca, Laguardia. Lanciego y no pocas poblaciones de la vecina Alava, cuyo territorio se denomina Rioja Alavesa.

No podía estar asentado en mejores condiciones este pueblo para su defensa deteniendo al Navarro o al castellano que quisiera invadir uno u otro territorio, y de todo ello ha sido testigo Navarrete.

Descrito el escenario, veamos ahora cómo se movieron aquellos personajes que cobijó Castilla en esa media centuria tan trascendental para los destinos de España.

El servicio de los hombres constaba de las siguientes personas: Marfil, de treinta y cinco años cuidaba de las caballerías y la buena conservación de los dos corrales y pertrechos. Criador, recientemente llegado al pueblo, era el servicio del señor Torrecillas como administrador y secretario particular y Isamberto, viceseñor de setenta y cinco años, cuidaba de los detalles de los ornamentos, amen de ser el portero y avisador, de lo cual se sentía todo un se-

CAPITULO IV

La casa de los Torrecillas estaba constituida por las siguientes personas: El matrimonio con el niño, del que hemos olvidado su nombre y que, por cierto, fue motivo de duras porfias el día de su elección, saliendo predominante, el consejo del Duque que lo apadrinó y lo llamó Fernán, en recuerdo del Conde Fundador de estos primeros dominios castellanos y cuna del idioma. Con ellos estaba la madre de Leonor, doña Mercedes y los siguientes criados:

Paula, que era la doncella, de unos treinta años muy bien servidos. Elisa, criada, al cuidado del vástago y cuya misión era muy delicada sabido el amor y grandes esperanzas que por el tenía don Fadrique. ¡Ay! de ella si el niño lloraba o se le veía solo... También estaba Bárbara, de cincuenta primaveras corridas, que hacia de fregona, de lavandera y, a veces, hasta menesteres propios del hombre pero que a ella le tenía muy sin cuidado porque era fuerte y voluntariosa para todo. Blasonaba no pocas veces de no valer los hombres de aquella época para nada -y mostraba sus rolludos y bien torneados brazos, capaces de tirar por tierra a un mocetón de no poca valía.

El servicio de los hombres constaba de las siguientes personas: Martín, de treinta y cinco años, cuidaba de la caballeriza y la buena conservación de los dos carruajes y herramientas. Crispín, recientemente llegado al pueblo, entró al servicio del señor Torrecillas como administrador y secretario particular y, Lisandro, viejecito de setenta y cinco años, cuidaba de los detalles y ornamentos, amen de ser el portero y avisador, de lo cual se sentía todo un señor.

Los criados, en estas casas castellanas, hacían la vida aparte de los señores. Vivían, como ya se ha dicho,

en la planta baja y, únicamente Crispín, salía a dormir fuera. La comida, se hacía independiente, para

lo cual tenían dos cocinas, una en cada piso. La presencia de los criados en la planta alta era muy de tarde en tarde, pues sólo Paula, Crispín y Elisa subían

con más frecuencia, sobre todo, desde que vino a la casa la madre de doña Leonor, después de haber vendido la casona de la Calle Mayor Alta a los Fernández de Navarrete.

Martín era el que menos visitaba ninguno de los dos pisos, se pasaba la vida en las cuerdas, arreglando sus dos troncos de caballos, limpiando carruajes, tiros, bridas y colleras, en los que no podía ver roturas ni desarreglos. Para el no había

mejores compañeros que sus cuatro caballos: Lucero.

Quitapena. Templao y Sanguino. A todos quería por igual, porque se figuraba que, como las personas, cada cual era distinto al otro, pero, todos indispensables para la formación de su cacareada cuadra, envidiada a veces hasta por la del Duque. El era quien siem-

pre resolvía la pareja que convenía llevar para hacer

los viajes, después que su señor le indicaba el lugar y hora de salida. Si el viaje era urgente, ni qué decir tiene, había de poner a Sanguino y Quitapena; si no había grandes prisas, podían ir muy cómodos con Lucero y Templao.

Cuando el camino era de cuestras y muchas horas de tiro, los cuatro, teniendo siempre presente el poner en la delantera a la pareja más viva, para que ellos marcasen el ritmo a seguir. Si doña

Leonor y su madre querían ir a la ermita del Cristo, a

Santa María, o a la de Santa Ana, pues con el Templao solito, en el coche de un tiro habían de ir a las mil maravillas. Martín, desde que el niño vino a este mundo, tenía vivos deseos de verle mozo, para tenerle un caballo adecuado a su juventud. El ya sabía que, en Nájera había un buen criador de yeguas y, cuando fuese llegado el momento oportuno, pediría permiso a don Fadrique y se lo traería tan jaquetón y con tanta sangre, que más había de parecer el propio Santiago Matamoros o el Cid, que el hijo de don Fadrique Torrecillas. Y ¿por qué no? ¿Acaso su mozo no había de ser como los citados? Si tenía — es un suponer, se pensaba — dieciocho añitos, y era hijo de un hombre poderoso y conocido desde tierras de Zaragoza hasta las de Burgos, ¿por qué no ha de tener su gran cabalgadura, tanto para torneos como para carreras? Y quién te dice que con ese caballo no has de marchar desde nuestra villa, para ir a rondar a una moza en una ciudad vecina? ¡Ay; no lo quiera Dios, que ya sabes no es propio de hijos del tesón de tu padre ir a poner lazos y traer hembra de pueblo ajeno cuando aquí las hay más bonitas que en ningún otro. En Navarrete has de tener muy guapas, muy buenas y muy apropiadas para cuanto pide tu casa y tu calidad, Fernán. No me gustaría a mí poco ni nada, que nos traigas a casa hembra de Logroño, Nájera o Burgos. Estos devaneos los tenía con frecuencia, sin irle ni venirle nada en el trato, pero ¿quién le prohibía el soñar con un futuro tan lejano?

Paula, atendía de las ropas, alhajas y vajillas a su cargo. Ella sabía qué vestidos convenían a las seño-

ras, según visitas o viajes que tuviesen que hacer, menos frecuentes estos que las primeras. En esta época se viajaba muy poco, en cambio la vida íntima era frecuente dentro de la localidad, abundando las fiestas, banquetes, reuniones por cualquier pequeño motivo, etc, muchas veces buscados a posta por divertirse. Allí se reunían señoras y señores, mocitos y mocitas de la alta clase social de la Villa, tanto para tomar un pequeño refrigerio cuanto para charlar de cualquier tema local; contar historietas; chismear las más de las veces y hablar de brujas y duendes, con tal seriedad que parecía inadmisibles, como aquellos hombres todos curtididos en cien batallas, escuchasen llenos de intriga las palabras de ciertas señoras que habían visto en tal y cual ocasión los temibles espectros. Estas reuniones duraban hasta el toque de oraciones cuando más.

Ni las señoras ni las hijas podían permanecer pasada esa hora fuera de sus hogares. Ni era honorable, ni era cuerdo andar entre sombras por las empedradas calles como duendes, como fantasmas. "La noche para los hombres que llevan armas y no tienen nada que perder" suelen decir siempre las dueñas de las casonas palacio.

Estas fiestas que, con frecuencia se hacían en casa de los Torrecillas, las víctimas eran Bárbara y Paula, tanto por trabajo como por la responsabilidad en detalles.

Crispín, como ya hemos dicho, era el administrador y acompañante de don Fadrique, por lo que se creía superior en calidad, al resto del servicio, debido a lo cual alternaba muy poco con ellos. Jamás hablaba de religión ni de política y, cuando ya llevaba en la

casa seis años aún no sabía nadie de qué pie cojeaba en esos temas. Era astuto y muy desconfiado para todo.

Bárbara era en la casa del Alcalde Ordinario, la mujer fundamental para la buena marcha de todo lo concierne al aseo, comidas, limpieza, cuidado de muebles etc.

Ella trabajaba sin descanso, pero, siempre estaba dispuesta al chiste y al buen humor. Su cuerpo fuerte y su carácter bonachón, le hacían ser templada y cómica a la vez. Nunca la vio nadie trabajar de mala gana ni hacer un mohín por nada; tenía un genio envidiable.

Elisa no alternaba mucho con los demás, su juventud y la familia humilde de donde provenía, la tenían apartada del comentario que a diario se hacía en la cocina del piso bajo. Además, don Fadrique, le tenía prohibido bajar al niño por la planta baja, para que no se enfriase ni cogiese malas costumbres. Verdad es que, esta orden, no era fielmente cumplida, ya que, en no pocas ocasiones era la propia doña Leonor, quien le mandaba con el pequeño en brazos para buscar algo o para que se divirtiera más que entre ellos, sus padres y abuela.

Lisandro, era, con Martín y Bárbara las tres personas más castizas y del más variado estilo castellano. Vestido con gran prestancia, dentro de sus, en parte, apolilladas ropas, se creía casi casi el Gran Capitán y, a veces, si no hubiese sido porque le iban a ver, qué a gusto se hubiese puesto una de aquellas armaduras a las que quitaba el polvo y sacaba brillo semana tras semana. ¡Ah qué recuerdos le invocaban aquellos yelmos, que se habían paseado orgullosos y terroríficos por medio mundo; ¡Quién tuviese veinte años -decía- para enrolarme de nuevo bajo un tercio del rey don Felipe el Segundo y salir hacia Flandes;

Cierto día, cuando creía que por nadie era visto, des-

colgó una espada del comedor y comenzó a lanzarse al ataque contra dos sillas de cuero, como si fuesen dos poderosos enemigos africanos. Alocado en tan recio devaneo atravesó un respaldo de cervatillo y cayó rodando con la silla, no sin propinarse un corte en la rugosa y huesuda mano, que, después, no supo cómo tapar la herida y menos cómo coser el daño hecho al mueble.

Cuando más convivían los criados era en invierno, en esas tardes que son interminables y aburridísimas.

Allí se juntaban todos al amor de aquella fogata donde era un placer verles tan divertidos. En esas tardes tan simpáticas, era donde se prodigaban las cuitas de amor, los chistes subidos de color, las leyendas y los hechos bravíos en tal o cual batalla. Cuando se llegaba a éste tema, estaba casi siempre encomendada la palabra al bueno de Lisandro, que, con mucha parsimonia y no permitiendo ni una mala mueca, comenzaba sacando el

hilo del ovillo testimonial y terminaba cuando dejaba a todos dormidos.

Los criados están todos menos en el comedor, donde Bárbara, muy silenciosamente prepara la cena, que aviva de tarde en tarde con troncos de vid; brazadas de especias resacas y algún que otro tomillo para que perfume el ambiente. Rodeando la fogata y sobre altos asientos con respaldos de oscura madera que brillan cual si fuese cuero, están, en un lado Lisandro y Martín y, en el opuesto, Elisa y el niño. Sentada sobre los isabelinos del fogón, Bárbara, con los remanidos brazos y sus carteritas coloradas como granadas en sazón. En la calle nieva copiosamente. Martín, no cesaba de mirar a Fernán y ya lo está soñando caballero. El niño, que sólo piensa en cuentos y leyendas le dice a Lisan-

CAPITULO V

Desde el día en que tuvo don Fadrique al heredero, han pasado seis años. Seis años con sus respectivos veranos e inviernos.

El niño es la alegría de la casa y el juguete de todos, por lo vivaracho y por sus incesantes travesuras.

La familia de los Torrecillas, por un lado ha aumentado y por otro, en cambio, ha disminuído ya que doña Mercedes, se fue a mejor vida hace poco más de un año, dejando a su hija sumida en un mar de lágrimas y soledad. No esperaba verse tan pronto sin madre, cuando aún no estaba muy lejana aquella unión con don Fadrique, y lo que es más; la llegada de un precioso nieto.

Son las seis de la tarde de un quince de enero del año 1561. Los criados están todos menos Crispín y Paula en derredor del fogón de la cocina de servicio, donde Bárbara, muy ufana prepara la cena, que aviva de tarde en tarde con troncos de vid; brazadas de sarmientos resacos y algún que otro tomillo para que perfume el ambiente. Rodeando la fogata y sobre altos asientos con respaldos de oscura madera que brilla cual si fuese cuero, están, en un lado Lisandro y Martín y, en el opuesto, Elisa y el niño. Sentada sobre los ladrillos del fogón, Bárbara, con los remanados brazos y sus carrillos colorados como granadas en sazón. En la calle nieva copiosamente. Martín, no cesa de mirar a Fernán y ya lo está soñando caballero. El niño, que sólo piensa en cuentos y leyendas le dice a Lisandro:

-Siga... siga usted...¿por qué se ha detenido?...
 - Pues me he detenido, porque, cuando yo hablo en serio no hay quien me interrumpa -y miró a Bárbara que, sin hacerle caso seguía pegando golpes con la tenaza en un duro tronco que servía de sostén a las cepas y leña corta, más que por interrumpir al viejo, con intención de quitarle las ricas brasas que coloreaban todo su muñón. Al ver cómo la miraba Lisandro dijo sonriendo:

- ¡Vamos... vamos... que ya sabemos lo que es tu vida.; Si te la iré oyendo relatar veces y veces... Te digo que me tienes harta, Lisandro, harta... pero sigue, sigue, que por aquí me entra y por éste sale sin hacer reposo en nada.
 - ¿Véis? ¿Véis cómo no se puede hablar de cosas gordas -que son historia- cuando ella está presente? Yo os aseguro, que, ésos golpes que pegaba a las cepas, me los hubiera dao a mí de buena gana. ¿Verdá que sí...?

Una sonrisa de la fregona fue su mejor respuesta, sonrisa que acompañó con una mueca de los labios hacia el lado derecho y, dando con el brazo derecho también hacia atrás un picaresco codazo al aire como si fuese a pegar en la barriga del viejo portero. Todos se sonrieron de esta pelea, que era siempre prólogo a lo mucho que se esperaba oír de aquel hombre tan curtido en desdichas y cuyo libro de vivencias nunca se terminaba, por más que su "enemiga" lo tratara de cerrar. A los ruegos del niño y de la bella Elisa, que poco se llevaba en pensamiento con Fernán, prosiguió Lisandro hablando de este modo:
 - Como sus decía, hace de esto cincuenta años -ya vis que no sus hablo de ayer pa por si acaso- y era, más o menos por estas fechas, pa que el diablo no me lo tome en cuenta. ¡Uy Dios mío la que se nos armó; Aquello era pa

velo... pero, así ¿eh? pa' velo... Parte de España estaba mucho disgustada con la partida del Emperador -que en paz descansa- para Alemania, y ocurrió lo previsto: el levantamiento de las Comunidades. Vosotros

Aquí le cortó Bárbara:

- ¿Es que no puedes hablar mejor, Lisandro? ¿No sabes lo que nos tiene advertido el señor cuando está presente el niño?

- Eso no lo aprenderá este nunca. Yo hablo como es de ley que lo haga, y no lo sé hacer de otra forma. Que no he estado en casa de maestros como tú...

- Sigue, pero, trata de mejorar la simienza.

- Decía, que no os acordais ninguno, porque no sus habían traído a ver la luz de este mundo. Yo, estaba en aquel tiempo a las órdenes del padre de nuestro Duque, que era

por méritos -sí por cierto- Visorrey de Navarra, y yo,

¡velay! me encontraba en la garnición de Pamplona, vigilante a los movimientos del rey de la Francia, que, dicho sea de paso, dicen que nos tenía una inquina terrible y no su digo ná cómo decían que hablaba contra nuestro don Carlos -en santa gloria esté-. Pues parece ser que,

el foco de las Comunidades fue en Avila, donde con el nombre de la Santa Junta, se reunieron ocho provincias.

- ¡También la nuestra, Lisandro; -aseveró Bárbara.

- Bueno... también la nuestra...

- Que no puedes olvidar los que de aquí cayeron en Nájera.

- No lo olvido, pero voy a lo gordo. Al mando de los llamados comuneros se puso un tal Padilla, que dicen era capitán de armas de nuestro rey, quien, fue secundado por sacerdotes y hasta por un obispo. Oíde, un obispo que aquí, en este castillo, le tuvieron preso.

- ; Releñe, qué pesao estás Lisandro... Anda, sigue, que todo eso lo sabemos como tú.

- El primero en acudir contra los rebeldes fue el Duque de Nájera, al mando de nuestro segundo jefe el Conde de Haro. Dejamos Pamplona sin el grueso de las tropas y marchamos camino de Castilla, creyendo que todo era coser y cantar. Cruzabamos los pueblos y villas como en plan de paseo, no faltaban cantinelas, madrigales y quien llevaba consigo una chufra, un clavicordio o un laud.

Fernán gozaba oyendo aquellos relatos y con los ojos parecía decirle que abreviase para llegar cuanto antes a la pelea.

- Cruzamos todo el terreno de Burgos sin grandes trabazones, pues, a nuestro paso todo se rendía. Llegamos a la Tierra de Campos, por jurición de Valladolid, que estaban bajo el mando del Condestable, quedándose vigilante en la Cabeza de Castilla el Conde de Nieva que era, pa que veais que todo es verdá, el bueno de don Antonio Velasco.

Acampamos días después cerca de Villalar, y yo me fui a comprar un poco de tinto, pa remojar el gaznate. Una vieja me condujo a la bodega y, cuando fiao entré dentro, cerrome la puerta y, sacando un cuchillo del pecho, me lo puso en la garganta obligándome a decir a qué íbamos nosotros por semejantes pagos... Tanto pretaba la condenada que no podía yo tragar saliva, so pena de clavarme la punta del arma... Como Dios me dejó inofante de los datos de mis jefes, pues, va y dije a la vieja aquello que antes me se vino a la mollera y lo dije tan bien urdido, que lo creyó a las mil maravillas. ¿Cómo podía yo saber la misión que llevábamos y cómo se pensaba atacar? ¿Es que, -acaso sabe el borrego a donde lo lleva el gañán?

- Eso de borrego te va mucho bien, Lisandro.

- ¡Calla, calla y no me envuelvas Bárbara... Bueno, pues, como sus he dicho, dije lo que pude y salvé la vida, que, por cierto, la veía bien perdida.

Lo que gozaba Bárbara oyéndole tal caso no es para saberlo describir, cuando ella entendía bien lo que era que, una mujer como ella, tuviera temblando a un hombre como Lisandro. Dijo con no poca sorna:

- ¡Los hay calzonazos, como sabía decir mi madre;

- Pues sí. Todo es según las ocasiones, pero, si no te callas no sigo la relación.

- ¡Hombres de paja, fuisteis todos, todos los que os llevaban como a rebaño;

- ¿A ver, qué vida, chata?...

- ¡Seguid, seguid, -repetía el niño temeroso de que tal relato quedase interrumpido.

- Lo hago por tí, príncipe de Navarrete.

- ¡Eso eso; -dijo el niño subiéndosele encima de las piernas.

- Seis mil infantes y tres mil caballos llevábamos nosotros.

Poco más o menos, al simen pa decir verdad, tenían los de Padilla y sus amigos. El día 23 de abril entablamos combate, pa decir verdá a la fuerza, que, Padilla, lo evitó en dos y más ocasiones, quizá, -digo yo- buscando su momento adecuado, que todo en la vida es así -pa que me entendais-.

Pues llegamos hasta Villalar, desde nos tiraron unos cañonazos, y uno de ellos mató al compañero de mi lao, al pobre Tiriti, que aún paice que lo estoy viendo. Aquella fue la señal. ¡Ay, madre mía qué batalla; Suerte y mucha que duró poco, que si no... ¡ay, si no!...

- ¿Y qué decían al pelear? -preguntó el niño intrigado.

- Nosotros, gritabamos: ¡Viva Santa María y Carlos;

Ellos nos replicaban: ¡¡Santiago y Libertad; De allí salieron presos sus cabecillas que eran... ¡coño; no me mires con ese gesto, mujer. Eran, y lo he de decir: Padilla, Maldonado, Pimentel y ...

Aquí le cortó nuevamente Bárbara.

- Buena vergüenza nos hicísteis de tales prisioneros

Y buena vergüenza fue aquella, y aún presumís los viejos del crimen hecho... ¿Y los de aquí?...

-¡Ya vas a empezar otra vez?

- Claro que sí, es que esto nuestro siempre se tiene callao y un día debe saberse en todo el país.

-¿Qué pasó Lisandro... anda cuéntalo...

- No pasó ná, Fernan, ná de ná. Es que ésta mujer no

sabe colocarse en las situaciones del vivir. Un día, se va a enterar alguien que yo sé y verás la que arma-

mos, que tú ¡tú! siempre has sido de ellos...

- Lo soy. Y lo será siempre, como lo fui cuando el sitio de Logroño contra el francés, que fue a seguido. Yo estoy siempre,-le pese al que le pese-con la verdad del

pobre. Y, si a tí te pica, porque ibas alistao con el Duque, allá cuidaditos. Ya sabes que aquí desde siem-

pre media España estamos en contra de la otra media.

- Pues eso no conviene que lo sepa el niño.

Viendo Elisa la conversación tomaba retorcidos vericuetos, agarró a Fernán y se lo quiso llevar, pero él insistió más y más y no tuvo más remedio que dejarle y que Lisandro continuase su vieja historia, que trató de abreviarla lo más que pudo.

- Como sus iba diciendo, al día siguiente y como ya había estallao la guerra en el Perineo, y se juzgó que

los de Villalar eran cómplices, pues... (Miró a Barbara y se detuvo en la relación, para seguir segundos despues:

En total que volvimos grupas y tuvimos que venir como ha dicho Barbara a Logroño para liberar a los que en la ciudad estaban sitiaos. Los liberamos y colorin colorete este cuento se fue a Navarrete... Colorin colorao, este cuento se ha acabao.

Todos se levantaron dispuestos a irse a sus labores, mientras el niño seguía diciéndole a Lisandro:

- ¿Qué pasó con Padilla?...

Lisandro se hacía el desentendido, y Fernán, acercándose a Bárbara le hizo la misma pregunta:

- Bárbara ¿les pasó algo malo a esos jefes que ha dicho Lisandro?

Bárbara, por no herir los sentimientos del niño no quiso contestar con la realidad y le dijo:

- No les pasó nada, angelito de Dios, nada de nada...pero, estos bribones si nos descuidamos un poco nos los matan,

Y le pegó un buen pechugón al viejo soldado, quien sin mirarla, seguía dándole a la cabeza hacia los costados, mascullando algo entre dientes que no eran precisamente piropos para la frescachona mujer.

Martín, que fue el primero que se retiró, quedando como siempre admirado de la conversación del portero, volvió más que de prisa a las cuadras, para darle una "vuelta" al ganado.

No hacía diez minutos que había salido cuando volvió de nuevo diciendo: ; Venid; ; Venid; ; Veréis lo que hay a la puerta de la cuadra;

Lisandro y Bárbara bajaron corriendo. La cuidadora del pequeño no quiso bajar, pero, ante la insistencia de aquel, no tuvo más remedio que acceder a sus caprichos.

Bajaron más de treinta escaleras, cruzaron los largos y abrigos establos, donde roncaban cerdos, rumiaban las cabras y estaban acostados los cuatro hermosos caballos, frente a los cuales vigilaban acechantes más de medio centenar de gallinas, que al ver bajar tanta gente, se irguieron sobre sus palos cacareando sin cesar, mientras los gallos se jaleaban desafiantes, más por temor que por ganas de pelea.

Junto al umbral de la pesada puerta que daba a la calle posterior a la que servía de pasadizo para la defensa titulada Certijo, y que por estar en el centro de estas viviendas aparecía cubierta y sólo de trecho en trecho penetraba la luz, con lo que asemejaba no poco a las callejuelas árabes de las ciudades medievales, allí mismo sobre esa calle típica llamada Cocinos, había una cestita alargada y un envoltorio con ropas, por entre las cuales asomaba una manita rosada, cual florecilla del ce-rezo.

- ¡¡Canalla!! -dijo Bárbara cuando la vio.
- ¡Pobre angelito! -musitó Elisa.
- ¿Qué es, qué es...? -preguntaba el niño a Martín, y, este ruborizado le dijo con timidez:
- Un niño chiquitín, mucho más chiquitín que vos, que nos han dejado en la puerta...

Por los claros que dejaban las casas, dentro de esta calle apenas sin luz, bajaban albos copos que iban aumentando la blanca alfombra que se extendía de trecho en trecho. Todos pensaban: ¿Qué hacer?... ¿Qué pensar?... ¿Consultarían con Paula y que ella hablara con doña Leonor? Ante tales dudas, Fernán, no cesaba de decir: Qué carita tiene... Qué pequeñín es... Yo

quiero este niñito para mí. (Y le daba besitos en la rosadita mano que estaba fría como la nieve que desde el cielo estaba cayendo dentro del más inusitado silencio.

...femen de gallinas, que al ver bajar tanta gente, se ir-
guieron sobre sus paños cacareando sin cesar, mientras
los gallos se jalaban desafiantes, más por temor que por
ganás de pelear.

Junto al umbral de la pesada puerta que daba a la
calle posterior a la que servía de pasadizo para la defen-
sa titulada Cortijo, y que por estar en el centro de es-
tas viviendas aparecía cubierta y sólo de trecho en tre-
cho penetraba la luz, con lo que asemejaba no poco a las
callejuelas árabes de las ciudades medievales, allí mis-
mo sobre esa calle típica llamada Cochinos, había una cea-
rita alargada y un envoltorio con ropas, por entre las
cuales asomaba una manita rosada, cual florcilla del ce-
rezo.

- ¡¡Canalia!! -dijo Bárbara cuando la vio.
- ¡Pobre angelito! -susurró Elisa.
- ¿Qué es, qué es...? -preguntaba el niño a Martín, y
este ruborizado le dijo con timidez:
- Un niño chiquitín, mucho más chiquitín que vos, que nos
han dejado en la puerta...

Por los cielos que dejaban las casas, dentro de es-
ta calle apenas sin luz, bajaban algunos copos que iban su-
mentando la blanca alfombra que se extendía de trecho en
trecho. Todos pensaban: ¿Qué hacer?... ¿Qué pen-
sar?... ¿Consultarían con Paula y que ella hablara con
doña Leonor? Ante tales dudas, Fernán, no cesaba
de decir: ¿Qué carta tiene... ¿Qué peducilla es... Yo

CAPITULO VI

Paula se vio turbada, aquel día en que tuvo que decir a su señora lo que Bárbara le había dicho respecto al hallazgo de aquella criatura en plena puerta y calle de Los Cocinos. Doña Leonor, por su parte, tampoco supo qué decidir y consultó con don Fadrique. Este dudó y no quiso tomar una resolución sin consultar también con don Anselmo, el capellán. Mientras tanto, el pequeño abandonado estaba ya en la sala de la señora y, ésta, mandó a Bárbara desenvolver aquel fajo de ropas.

Por muchas vueltas que le dio la noble fregona sobre sus torneados y robustos brazos, no logró despertarle del sueño angelical en que estaba sumida la sensible criaturita, víctima del libertinaje o del infortunio. Cuando le quitó el último pañal, dijo Bárbara una frase que siguen diciendo en esa zona castellana las mujeres cuando ven que lo llegado al mundo es una hembra:

- ¡Señora; ¡Es una meona;

Doña Leonor se alegró muy de veras que fuese una niña. Don Fadrique también gozó por ello, y no así el pequeño Fernán que hubiese querido un niño para jugar con él y pelear juntos cuando fuesen mozos.

Debajo de las ropitas que la resguardaban del duro frío y de los juncos del suelo de la cestita, apareció una virgencita y un billete con cinco palabras. No era mucho lo que allí se decía, pero sí suficiente en aquellos momentos de luchas religiosas, para que una niña encontrase paz en aquella casa a cuya puerta le había dejado algún familiar abandonada.

Los rasgos de escritura eran torpes, de hombre que no conocía bien la lengua castellana, pero, sí suficientes para ver que decía: "Piedad para esta niña cristiana"

Esto no era para dudarle porque lo atestiguaba la imagen que la acompañaba. También sabía quien aquello escribió que era fundamental para ser bien recibida en aquella casa que tanto se preciaban de llevar sangre limpia.

Por muchas cábalas que hicieron las mujeres para saber de quien podía ser fruto, no lograron aclararse en nada, optando por inclinarse a la acertada aseveración de Bárbara que, al retirarse dijo:

- ¡Me juego éste -por el cuello- a que ésta niña es hija de la Soteña;

- ¿Y quién es esa mujer? -le dijo doña Leonor.

- ¡Pobrecita; Vivía en las Ollerías. Vino al pueblo no hace mucho y aquí casó con un mozo del cual yo supongo que quedó preñada, cayendo enferma poco después. Si es de esa desdichada, no hace cinco días que está enterrada. Que es -pa por si acaso- un suponer mía ¿eh?... Si es de ella,

como tenga el genio de la madre este angelito es una bendición, porque la Soteña era oro de ley, tanto como el hombre que la engañó una basura de persona.

- ¿Y el marido, qué habrá sido de él, siendo lo que tú supones?

- Ese ha marchado del pueblo. Se decía que era poco amante de trabajar y mucho liao con el juego y la bodega.

Indagaron y así fue. Aquellos que dijo Bárbara parece que eran sus padres. Muerta la madre. El padre se dijo que había partido para la guerra, bien podía asegurarse que estaba huérfana de ambos.

A los cinco días se le dio el agua bautismal y de-

dieron ponerle por nombre Magdalena. Sus padrinos fueron Martín y Paula, celebrándose una fiesta como si verdaderamente fuese nacida de los señores Torrecillas.

El niño seguía con la misma grandeza y caprichos de antes. Todo cuanto quería había que dárselo, para no hacerlo de mal semblante, que decía doña Leonor.

Así se fue criando, de distinto modo que el resto de los niños de su porte, siendo por tal causa no poco criticada la señora del Alcalde Ordinario. No era, sin embargo la causante, lo que inducía a tal educación eran las reminiscencias traídas de la Corte, donde ella fue criada y como tal quiso educar a su hijo, dándole libertad como era costumbre en Madrid. Don Fadrique, veía de buen grado cuanto hacía su mujer, y de nada servía que tratara de rectificar en algo, que se imponía la voluntad de la dueña. No quería, por nada de este mundo, hacer al niño taciturno ni prisionero del respeto y la sumisión a los mayores. Ya tendría tiempo él, después, de rectificar lo que le pareciese oportuno. Así, en cuanto llegaba la época de la fruta y no le había por la vega, tenían que traerla de Albelda o Logroño. Si se le antojaban dulces tenía que salir Martín para comprarlos en Nájera que era ciudad con grande fama en confituras.

La servidumbre estaba pendiente de sus diabluras y de sus correrías. A diario se le antojaba subir hasta el castillo, escalando lomas, corretear por las Ollerías, el Arrabal, o, el barrio de San Juan. La pobre Elisa no hacía sino ir tras de él y llamarle cuando veía que se metía en peligro, pero, eran llamadas perdidas, y así más de una vez aparecía con la nariz sangrando o

con las piernas lastimadas, pero, eso es lo que quería su madre, un niño fuerte y no un enfermo al que le hacía daño el sol y el viento.

Cuando Fernán, sabía leer de corrido y rezar como un novicio, Magda, comenzaba a correr. El niño aumentaba en sus travesuras y la niña era siempre la muñeca pacífica, angelical. Eran dos polos opuestos y de distintos efectos: El soberbio, ella un remanso de paz. Fernán orgulloso, Magda sencilla. El hijo de doña Leonor le pegaba a su hermanita en no pocas ocasiones, la pobre niña ni lloraba, menos se ponía rencorosa. Para Magda, era su hermanito Fernán un hombrecito muy elegante y muy valiente. Todo lo daba ella por bien hecho si a Fernán le agradaba. Mejor juguete no pudo tener el hijo de don Fadrique y que más mercedes le haría que aquella niña dejada hace seis años en la puerta de la cuadra.

Sabido es que, las buenas obras han de traer consigo sus elogiadores y los destructores, y, sabido tenemos que siempre abundan más los segundos. En este caso, no faltó quien dijo en su día que, los Torrecillas habían admitido a la criatura porque allí había gato encerrado... No faltó quien dijo que, "aunque nunca diera don Fadrique que hablar con mujer alguna...se rumoreaba que Paula, era una doncellita muy querida y, eso, en tales casos era mucho decir cuando aparece esa niña dejada en Los Cocinos"

Otros, aseveraban que, el encontrar la niña abandonada en la puerta de la caballeriza, fue todo un cuento muy bien tramado, obediendo los criados a la voz del alto mandatario. Y hubo, hasta quien inventó que vio salir al físico esa noche, de la casa de don Fadrique, y que las pisadas lo atestiguaban...pero, el dinero tapa muchas bocas

traiciona voluntades y corrompe dignidades...

Estos dichos llegaron a los oídos de doña Leonor,

que si no fuera por ser buena cristiana y perfecta cono- cedora del marido, les hubiera traído la guerra en el pa- lacio, que era lo buscado por no pocas familias, y no de los barrios pobres, que, el enemigo mayor es siempre el de tu misma clase y calidad. Allí es donde estaba ence- rrada la envidia y el odio hacia el que mandaba y traía desde muy atrás alto prestigio. El pobre sólo quiere tener buen puchero y un día para trabajar y ganárselo.

pero ¿cómo creer ella que don Fadrique... ¡Ni pensar- lo por lo más remoto; Los criados mismos se lo hubie- ran insinuado. A solas se dijo en más de cuatro oca- siones: "Hable el pueblo lo que quiera, que este nudo es- tá perfectamente amarrado a nuestros dos corazones".

No es difícil solucionar la situación del niño re- cogido en la calle, dándole cobijo y cariño, las dificul- tades vienen después, cuando hay, además, un heredero le- gítimo. Pensando estas razones, pasó doña Leonor mu- chas tardes, cuando tenía a la niña jugueteando por la sala, mientras ella tejía para ambos niños delicadas te- las, más que por necesidad por deseo de entretenerse en días de invierno. Siempre terminaba sus coloquios internos sobre la pequeña Magda, diciendo: Si Dios nos la trajo, El ha de saber guiarnos por el camino que más le conviene, por de pronto, hagámosla feliz y démosle buena educación moral y religiosa, de lo demás, mucho tiempo nos queda por medio.

CAPITULO VII

Los Manrique de Lara y Duques de Nájera, tenían su palacio, en la parte derecha sobre la puerta principal de entrada a la Villa, llamada Puerta del Caño. A la izquierda de ellos estaba la casona de los Uldain de Velasco después Fernández de Arévalo, Marqueses de San Martín y Condes de Rodezno y Valdellano. Si bien su residencia la tenía los de Nájera fijada en el pueblo a que hacemos referencia, su venida al mismo lo hacían de tarde en tarde, unas veces por causas de la guerra, y otras por sus menesteres políticos, que exigían su presencia en la Corte.

No olvidemos que esa familia estaba arraigada con la familia de don Fernando el de Aragón, marido que fue de Isabel la Católica. Desde entonces la influencia de ellos en los asuntos de Estado era de la máxima importancia.

Cuando llegaba el Duque a Navarrete, era un problema el darle posada y alojamiento a tanta servidumbre, escolta y animales. Por tal razón temía el vecindario que regresara después de haberse dado una batalla porque el gasto era cuantioso. Preferían pagarle tributo, a lo que les tenía bien acostumbrados y sometidos, que no darle cuadra y pienso a tantos caballos, cuando no, cobijo a la soldadeca que le venía haciendo corte. Pero, era su Alcalde Mayor y no cabían disculpas para un sometimiento fiel.

La llegada del Duque estaba anunciada para hoy.

Ayer hizo noche en Viana y se espera que llegue a su pueblo a las doce del mediodía.

Sobre lo alto del castillo esperan varios centinelas, para dar la señal de atención en cuanto aparezca por lo alto de Carra-Logroño, la regia comitiva.

El palacio ducal era toda una joya artística. Tanto su estructura como los interiores eran primorosos en buen gusto. Durante tres siglos se habían volcado grandes sumas para darle realce y de ahí que desfilaron por sus salones los más grandes maestros de Italia, Francia y España, de cuya fina sensibilidad hablaban los frescos y tallas que lo adornaban. Entrar en detalles sería interesante pero no poco aburrido para el lector. Con decir que era sobrio y tan valioso como el del duque de Alba y el de Lerma está todo dicho. En esa zona sólo le igualaba el de doña Berenguela sobre la vieja corte de Nájera, por otra parte, palacio ahora en posesión del Duque cuando residía en la ciudad de los Reyes de Pamplona y Nájera.

En la plaza, desde hace una hora, esperan autoridades y cabildo eclesiástico a que den la noticia los que otean desde las altas murallas del fuerte. Serían las doce y media cuando un cañonazo que hizo temblar los muros de las casucas de Las Ollerías, rasgó el aire y fue a perderse su eco por los altos cerros de las sierras que circundan este rica vega. Al oír la señal se puso todo el cuerpo de mando eclesiástico y político en movimiento. También los vecinos estaban pendientes del viajero.

Don Fadrique aparecía luciendo las mejores galas. A su lado estaba el alcalde segundo y regidores, jurados, Ejecutor, Contador, Escribanos, Alguaciles y el Alferez del Castillo. En un grupo numeroso y vistosísimo estaba toda la nobleza de la villa, vestida con las mejores ropas y espadas, de las que salían reflejos que hacían girar los ojos. Sobre el pecho de mu-

chos de ellos, se veía la cruz de Calatrava, la de Santiago, Alcántara y otras de menor relieve. Un poco más a la derecha estaba el clero compuesto de capellanes, párrocos, diáconos, sacristanes, frailes, organista, campanero y toda esa serie de servidores que no faltan para cubrir los puestos de la iglesia y ermitas y conventos próximos dependientes de esta Villa, entre otras dependientes estaba la iglesia de Fuenmayor. Tenía la iglesia en ese tiempo dieciocho beneficiados para darle un buen servicio de misas y demás funciones al pueblo. Era, como una catedral para esa población de dos mil quinientas almas.

Detrás de estos grupos que eran las altas clases sociales, estaba el pueblo, la clase inferior, los que siendo la vaca y la oveja que les daba alimento y calor, poco o nada pintaban en lo tocante a gobernar la Villa o a tener opiniones que dar. Así y todo, eran tan buenas personas, que, lejos de sentirse humillados—algunos sí que había—gozaban de ver la importancia que tenían aquellos grandes señores de la nobleza, el ejército y el clero.

Sobre el balcón de la casa de la Villa, flameaba orgullosa la bandera del pueblo y el pendón ducal.

La nobleza no cesaba de hacer sus cuchicheos, anhelando saber qué noticias les traería el Duque, que nadie como él conocía los secretos de Estado. El había de ser quien confirmara o no qué hubo de cierto, sobre la muerte del Emperador don Carlos en Yuste, que tanto pábulo dio al creer que fueron sus últimas palabras dichas a un confesor más llevado a la doctrina luterana que a la de Jesús y al romano Pontífice. ¡Oh qué cosas se decían sobre el obispo Carranza;

Después de cruzar la vega por la amplia Pasada Real, Camino Francés o de Santiago, llegó la abultada comitiva a la Puerta del Caño. Todo el vecindario esperaba impacientemente la salida de su Gobernador del Lujo-so carruaje, pero, don Pedro Manrique se hacía esperar.

Cuando hubo asomado, de la masa navarretana salieron dos gritos que se oyeron por todo el casco urbano.

¡Viva don Felipe el Segundo! (Asintió el Duque con una sonrisa que mucho agradecieron los vecinos). ¡Viva el Duque de Nájera! Y todos los presentes dijeron a una: ¡VIVA!

Bajó el noble castellano de su carroza y saludó a todas las autoridades, mientras una mal compuesta música interpretaba canciones guerreras que enardecían al pueblo. De los cuatro carruajes que acompañaban al Duque, fueron saliendo amigos, secretarios y servidores. La escolta que venía a caballo era numerosa, pasando de cuarenta jinetes.

Pocas palabras se iban a cruzar. Dijo el Duque que marchaba para Burgos donde estaba citado por el rey y el duque de Alba. Parece ser que se trataba del grave asunto de los condes de Horn, Egmon y Orange, que se hallaban sublevados, y era preciso darles un gran escarmiento. Les dijo el Duque, el grave peligro que amenazaba a España nuevamente con el judaísmo y la secta de Lutero y, después de entregarles "carta blanca" para obrar contra cualquier malhechor, subió, como lo hacía siempre, a visitar su querida iglesia, recientemente terminada y, de paso, contemplar aquella rica vega ya famosa en la comarca con su célebre dicho popular:

"Vega por vega, la de Fuenmayor a Entrena".

Como el pueblo esperaba que la subida al castillo la había de hacer por la Calle Mayor y encaminarse por la calleja que enfila hacia el montículo, se distribuyeron por esos lugares la mayor parte del vecindario, corriendo todos para hallar un buen lugar. Se equivocaron las pobres gentes, bien por la prisa que dijo llevaba, o por que podía ver la vega desde sus balcones y terraza almenada, o quizá y esto se supo después, que, prefirió a última hora, subir desde su palacio hasta la fortaleza por el pasadizo subterráneo que iba debajo de la calle, pasando por debajo de la iglesia y saliendo al mismo castillo. Bueno es recordar que la villa, tenía varios de estos pasadizos, de los que conocemos en nuestro tiempo tres: El que subía del convento de San Francisco y se unía a él un brazo saliendo del palacio del Duque, en plena Cuesta del Caño. Uno, que subía desde las murallas del Este, junto a la Erita. Otro, en la Puerta del Arco o llamada Almudena, y no dejaría de haber otros más, cuya misión era más que la defensa del poblado, la huida en caso de no aguantar el asedio. Huida de los jefes, a cuyas casonas llegaba el oscuro pasadizo.

El Duque subió por el acompañado de varias antorchas y advirtiéndole no poco que no se arrimara a las paredes pues despedían agua, y esta humedad era mucho más señalada, cuando caminaban por el tunel debajo de la iglesia.

Llegado al castillo, contempló sus dominios como si fuese un reyezuelo, respiró varias veces de gozo y deleite al ver qué hermoso estaba todo el campo, miró al norte, al sur, a oriente y a poniente, y, sin decir una sola palabra quiso descender nuevamente hasta su palacio.

Quando llegó a su residencia todo estaba dispuesto.

Tomaron un pequeño refrigerio, saludó a todos con cariño y le dijo adiós a ese pueblo que todos sus males y necesidades olvidaba con tal de que su Duque, por el que sentían verdadera devoción, les dirigiera una sonrisa o les dijese, como en ese momento, un hasta pronto que todos agradecieron como si de un familiar se tratara.

Despedido por todos los magnates estrechó las manos del Alcalde Ordinario -él sólo lo era como título honorífico- y le entregó un pliego para que se leyese y juzgara, ya que él no podía detenerse más tiempo.

La música comenzó sus alegres compases, cuando los caballos empezaron a trotar, carrerilla que no habían de dejar hasta su parada en la ciudad de los Reyes, aquella hermosa ciudad que les dio un día nombre a esa familia con tanta o más prestancia y méritos que la propia familia real. Los Manrique de Lara eran en ese tiempo orgullo y ejemplo para Castilla y, siéndolo de Castilla lo era de las Españas.

Y al subir las escaleras, en el primer descansillo, se encontró con Fernán, Magda y otros niños. Le dio un beso a su hijo y otro a Magda y una cariñosa palmadita en la cara a la niña que habla de ser hija de algún vecino.

Cuando el padre penetró en sus habitaciones, Fernán le dijo a la niña amiga:

-Vete, Beatriz, que ya ha venido mi padre. Las niñas no se marchan y Magda fue la que se lo volvió a

recordar: -¿No has oído a Fernán? Que te vayas... Hay que obedecer

Beatriz. -Bueno, entonces... hasta mañana.

-¿Verdada?

CAPITULO VIII

Una vez que se fue camino de Nájera el Duque y su cohorte de magnates y servidores, salió hacia su casa don Fadrique, llevando en la mano aquella orden que tanto le impacientaba. Le acompañaba, como siempre, su administrador y secretario particular, quien rompiendo el silencio le preguntó a su señor si había alguna novedad.

- No -dijo don Fadrique, sin saber lo que contestaba.

- Extraña visita esta del Duque... Todos esperábamos que se hubiese detenido varios días, como en el es costumbre...

- Volverá -dijo el Alcalde con el mismo tono, pero sin soltar aquel pergamino que llevaba enrollado y que tanto le intrigaba.

Penetró en la casona, separándose de su administrador, y, al subir las escaleras, en el primer descansillo, se encontró con Fernán, Magda y otra niña. Le dio un beso a su hijo y otro a Magda y una cariñosa palmadita en la cara a la niña que había de ser hija de algún vecino.

Cuando el padre penetró en sus habitaciones, Fernán le dijo a la niña amiga:

- Vete, Beatriz, que ya ha venido mi padre.

La niña no se marchaba y Magda fue la que se lo volvió a recordar:

- ¿No has oído a Fernán? Que te vayas... Hay que obedecer Beatriz.

- Bueno, entonces... hasta mañana.

- ¿Vendrás?

- Si.

- Ven, que te he de enseñar una linda litera, con dos caballitos en miniatura que me ha regalado el tallista del coro.

- ¿Y son bonitos?

- Una joya. Tiene unos colores tan naturales en las monturas, y unos arreos tan exactos, que parecen Quitapeña y Lucero. Y es que, por ellos se ha servido ¿sabes?

Si vieras a Martín qué poco le gusta verlos... Dice que, como los de su caballeriza no los hay en toda la tierra de garbanzos, ni vivos ni muertos.

Los dos se rieron con esa felicidad propia y envidiable de los niños que con tan nimia cosa se divierten.

Se dijeron adios y Fernán, al ver marchar a Beatriz quiso dar a su hermanita un abrazo, pero, ella, muy enfadada le soltó los brazos con desdén.

- ¿Qué te pasa, Magda?

- Nada...

- Entonces ¿por qué has puesto esa cara?...

- Ya sabes lo que nos tienen dicho. No quieren ver a Beatriz en casa y tú la traes siempre.

- ¡Bah*** -dijo el niño- No hagas caso, Beatriz es muy buena.

- ¿Te revelas contra tus mayores?

- No. Oye ¿qué nos importa lo que fueron sus abuelos eh?... Beatriz es igual que vos y que yo.

- No. ¡Eso no! Que yo no le hago muecas al Cristo crucificado.

- ¡¡Chiss!! No se lo cuentes a ellos...

- No se lo contaré a nadie, pero no quiero verla con nosotros.

- Pues yo no se lo digo a ella.

-Se lo diré yo

-¿Tú...? Ven, que te he de enseñar una linda letra.
Yo sí -dijo la niña muy resuelta.

Don Fadrique contó a doña Leonor el recibimiento que se le tributó al Gobernador y Virrey de Navarra, pero abreviando el diálogo se internó en su sala, donde, a puerta cerrada leyó el intrigante documento que así decía su texto:

"A los Alcalde Mayores y Ordinarios de mi Reino: A vos señor Alcalde de la Villa de Navarrete, Partido de Burgos, del Adelantamiento de Castilla y bajo el gobierno de Don Pedro Manrique de Lara, os digo que: Debéis extremar las precauciones sobre el movimiento judío que parece se está renovando en nuestras poblaciones. No permitáis que se hagan en sus barrios reuniones de más de cuatro personas ni que entrada la noche salgan de sus casas ninguno de sus moradores, pues ya incurren en sospechas. A toda persona que veais dudosa presentadla al Tribunal de la Inquisición, para que proceda al interrogatorio o, en último caso y si las pruebas de que ha incurrido en falta son verídicas ajusticiadla vos mismo. Vigilad especialmente al Conde de Rivera y hasta el propio Cabildo eclesiástico, sobre los que, de vos es sabido, se les están metiendo ideas necias que algunos aceptan más para perjuicio de nuestra patria, que para provecho de su alma. Tended elementos que os sirvan de enlaces y ajusticiad a los traidores cumpliendo así con la causa de Dios y la voluntad de nuestro Rey don Felipe el Segundo. Firmado: El Duque de Nájera."

Nuevamente lo leyó, saboreando bien su contenido, después de lo cual, abriendo el arca secreta, cuyo manejo sólo él sabía, lo metió en su interior, teniendo buen

cuidado de tapar la cerradura con unos gruesos libros que se hallaban en ese estante y cuya presencia desfiguraba el fondo secreto.

Sentado en un sillón y mirando fijamente por encima de la vega pero, sin detener vista en nada pensó:

Necesito dos hombres inteligentes y libres, para que puedan darme datos de dentro y fuera de esta villa, sin que el pueblo llegue a sospechar que los tengo a mi servicio. Al cabo de un rato de cavilar sobre cuáles

habían de ser, parece que ya les halló y dijo: ; Ya están; Como quiera que Fernán, tiene años para ir formándose en las armas y en las ciencias, le buscaré dos maestros y que ellos sean, a la vez, mis mejores espías.

Dicho y hecho; al cabo de tres días estaban a su servicio, Rodrigo, excapitán del ejército, haciendo las veces de profesor de esgrima y equitación, y Fray Diego de Urdanta, sabio padre del convento de San Francisco, que ha sido terminado hace diez años y está edificado frente a la casa del Duque, y a pocos metros de la Puerta del Caño. Tan sabio es el franciscano que su nombre es popular por toda la comarca. Nadie como el para educar al niño y saber los entresijos que muevan los juicios en mi villa.

CAPITULO IX

Don Fadrique, siempre de una inteligencia clara y penetrante, no había errado mucho al elegir a sus dos hombres ya que, ambos eran diestros cada cual en su materia, además de muy bien vistos en las dos clases sociales.

Todos los días, a las diez y a las cinco de la tarde venía el franciscano a dar su hora de lección, terminada la cual se lo entregaba al capitán para que lo adiestrase en sus lides. Pasado un tiempo poco o nada habían ayudado al Alcalde en su cometido investigador. No era esa cuestión suya, le dijo fray Diego, que sólo del buen obrar y de los pensamientos de fernán yo me he de ocupar. No obstante -le dijo- si un día, viese algo que contra la Ley de Dios va, en tal caso, a vos y sólo a vos os consultaré, meditando antes con mi conciencia para ver si es digno mi proceder, por lo que ante los hombres represento y ante El estoy obligado. Sabido es que soldados de la doctrina hemos de ser con el ejemplo y con la fuerza, si el momento y la ocasión lo requieren, aunque bien sabéis, don Fadrique, que soy enemigo de lo segundo, como lo fue nuestro Maestro, que prefirió morir crucificado antes que arrancar un sólo cabello del más resentido de sus enemigos.

Rodrigo, hacía de día sus correrías por la villa, buscando dónde encontrar, en una palabra, en un gesto, el dato para seguir una pista de la que nada se sabía, ni si existía siquiera, pero, como les había encomendado don Fadrique vigilar él contentaba al Alcalde, el mandatario local al Du-

que, y el de Nájera al Rey, que todo en esta vida es como una cadena, y cada cual ejerce en ocasiones de eslabón. De noche, salía por los arrabales, donde estaban alojados los judaizantes y por más que metía la nariz en todo portal y gatera, no encontró nada para que de ello hiciese mención al que le pagaba.

Una noche, consiguió divisar una linterna y dos hombres embozados, que salían de la villa cruzando el recinto y foso. ¿...? Los siguió, pero, debido a su cojera no pudo saber exactamente la casa en la cual se habían ocultado. Aquello le inquietó y siguió tres noches más, hasta que tuvo que resignarse, viendo la tranquilidad en que descansaban las gentes en semejantes

callejuelas, de las que sólo salían ladridos de perros, cantar de gallos, roncar de bestias, balar de ovinos y algún que otro lloriqueo de los niños de pecho, que piden a su madre el sustento a que les tiene acostumbrado.

Pero, una noche ¿sería casual?... Una noche... ¿sería la cosa intencionada? De lo alto de un balcón le cayó un tiesto que le pasó rozando el brazo derecho.

Miró a lo alto y no vio a nadie, pero, no pudo menos de soltar una maldición que se perdió calle arriba.

Como la noche estaba muy oscura, bien pudo ser intencional, pero, como también se había levantado un poco de viento, tampoco era extraño que se hubiese caído del balcón. Fuera de una u otra forma, en muy poco estuvo que no le cayó sobre la cabeza. Penetró en la población amurallada por la Puerta de la Almudena y se fue a descansar, después de saludar a la ronda que, al verlo por la Calle Mayor Alta, le echó el ¿Quién vive?..

En la sala de los Torrecillas están, al siguiente día, fray Diego de Urdanta y Fernán. El padre franciscano es hombre fornido como buen vizcaíno que lo es. Tiene a su lado al niño a quien está formando a su modo y, de la manera que más le ha de convenir para el futuro. Fernán ve en el no al profesor sino a otro ser querido del que no quiere perder sílaba por la bondad y cariño que pone el fraile en todas sus lecciones y consejos. De vez en cuando, el niño le pide aclaraciones a las que el fraile que es no poco sabio, contesta sin dudas ni turbaciones pues parece que todo lo domina y, así, día tras día, le va dando sólidos cimientos a esa cabecita sobre la que se cifran grandes esperanzas.

- Padre Diego, ¿por qué tienen siempre a los judíos fuera de las villas y ciudades?

- ¡Ay, ay, ay... Pues... pues, porque son peligrosos, hijo mío. Dicen, que son peligrosos si están dentro. Gentes son esas que se filtran por todas partes como el germen del mal que se inicia en una mísera picadura, o en un inapreciable glóbulo y termina por corroer toda la naturaleza humana.

Así ellos, maliciosamente, rastreros, van tendiendo con harta hipocresía sus redes, hasta dominar una casa, una calle, un pueblo, la provincia y el mismísimo Estado.

- Pero, nos nuestros son ya cristianos como nosotros. Nada podemos temer de ellos, padre Diego.

- Eso te crees tú, hijo mío, porque eres un angelito que no piensa en que existe maldad oculta y disimulada. Tu corazón es todo nobleza y no juzgas sino por lo que ven tus ojos.

De cien conversos hallaréis sólo dos que lo sean por voluntad y, ni aún de esos debemos fiar. Su renuncia a la doctrina heredada no es sino apariencia. Para ellos les

da igual aceptar el cristianismo que el budismo, lo interesante es el sentimiento ¿entiendes? y, como ese lo llevan en la sangre, han de pasar varias generaciones hasta que los hijos de estos de hoy sean verdaderos cristianos. No os fieis, hijo mío, de sus palabras, que

con una mano dan y con la otra roban. Son igual que los cocodrilos: lloran para matar; se hacen los dormidos para dar el salto sobre la confiada víctima. Su táctica es una: interés, interés y apariencia hasta conseguir lo que buscan. Su interior, el mismo en todos ellos: misterio y desconfianza.

-¿Vos creéis, padre Diego, que, aquí, en el pueblo nuestro puede haber gentes con tal condición?

-Para que existan no es preciso que moren judíos, judaizantes o moriscos; Cuántos cristianos harían hermoso papel dentro de las filas de los hijos de Israel; Tened en cuenta siempre que no es lo suficiente ser, hay que sentir y hay que practicar. Que más vale una partícula sentida que un todo aparentado. De la vanidad nadie saca beneficio, pero sí de la realidad y del sentido. Dios, más quiere obras que no promesas ni figuramientos, que, al fin y al cabo, es todo ello doctrina muy distinta a la suya. El nos hablaba con el ejemplo y nosotros debemos seguirle siempre aun a costa de lo que sea. Esto es precisamente, lo que dolió y duele a los judíos. Quien es enemigo de la verdad nunca debe cobijarse dentro de nuestras filas.

- Siempre he tenido deseos de haceros una pregunta, padre Diego.

- Vaya, vaya con ella el caballerito ¿Qué será eso...?

- Si un día soy soldado y he de ir a la guerra ¿cómo he de cumplir ante Dios si he dado muerte a mis hermanos?

- Dios, hijo mío, sabe lo que es dado por voluntad y lo que se hurta. El sabe, hasta dónde llega la conciencia y la obligación del hombre superior y del Estado.

- Entonces ¿no he de tener respeto en obrar como me ordenen aun a costa de la vida de los semejantes en religión?

- Yo os aconsejaría, que siempre que fuésteis a tales hechos os dejéis guiar más por el corazón que por la cabeza, y que antes de ejecutar una obra tan dura, comprendáis si es para bien de Dios o para medro del hombre. Si para bien de la doctrina es, cumplidla como se os ordene y obrad conforme a vuestros sentimientos, procurando siempre hacer más de palabra que de obra, pues únicamente debéis usar la fuerza cuando se pierda el sentido de la convicción.

Viendo que dudaba el niño con tales conceptos le dio un rápido giro a la conversación diciéndole: ¿Os habéis ya aprendido la lección de Historia Sagrada que os encomendé?

- No, padre Diego...

- ¿Por qué?

- Vino Beatriz cuando cogí el libro y...y ya no pude...

- Pues yo le diré a tu amiguita que se quede en casa y no vuelva a molestar a mi querido discípulo.

- Mírela usted, padre Diego, ahí viene.

- Fernán, ya sabes lo que te tiene dicho tu padre sobre tal amistad. Los padres de Beatriz son...son...

- Dígalo, padre Diego. ¿No lo quiere decir? Yo lo sé: son judaizantes, pero eso no tiene nada que ver, porque son muy buenos. A mí me quieren como a un hijo

Cuando el padre oyó aquellas últimas palabras, se levantó y fue a detener a la niña, sin atender lo que decía

el pequeño de los Torrecillas, que para sí sólo también hablaba de este tenor: "Pobre Beatriz, nadie te quiere en esta casa"

Echando estaba el fraile a Beatriz cuando se presentó el capitán y le hacía señas a Fernán para que le siguiera.

- Buenos días, caballero.

- Hola, señor capitán...

- Mejor ex... ¡Ex!

- Ya tiene mal talante mi profesor.

- No no. El que lo tiene es mi Fernán, que la carita que tenía cuando el fraile echaba a la niña no era de mi agrado... ¿A que no te ha gustado ver cómo iba llorando Beatriz?

- ¿Lloraba acaso...?

- Claro que sí. ¿Es que no sabes cómo te quiere?

Nada dijo Fernán, pero, al saber que su mejor amiga salió de casa llorando por culpa del padre Diego, le corrió por la cabeza una ráfaga de cólera y no pudo por menos de aprisionar los labios con fuerza.

- Vamos... Fernán... ¿A qué está esperando esa espada...?

¡En marcha, señor Torrecillas; y, a ver cómo estamos de piernas hoy.

Media hora estaba de clase con Rodrigo, en la cual iba aprendiendo a la perfección todas las suertes del manejo de las espadas. Su agilidad y destreza en parar los golpes eran admirados por Rodrigo que no pocas veces le decía: ¡Ah, qué soldado estoy formando; y cuánto diera nuestro Rey que Dios guarde, por tener un hijo como este y no el imbécil de don Carlos el Segundo, que se dice es una cosa mala...

No mentía Rodrigo, don Felipe, hubiera dado to-

da Alemania por conseguir un heredero como Fernán, pero, no es con riquezas como la naturaleza premia a la sangre sino con pureza y buen entendimiento. Cada cual tiene en los suyos, aquellos méritos o ruinas de que se hizo merecer, que, los hijos no son sino el fruto del árbol que los engendró. Así, en la casa real, había causas gravísimas para que los hijos salieran de buen provecho.

El niño iba practicando semana tras semana. El niño crecía y se iba haciendo a la vez que buen soldado un buen cristiano, que, tanto uno como otro era del mayor interés de los padres.

Nada le faltaba como hemos visto en capítulos anteriores. Fernán era el alma de la madre y el pulso y esperanza del padre. ¡Que crezca, que crezca mucho; decía doña Leonor, pero que no se malogre. Que sea siempre bueno y que Dios nos lo lleve por la senda del bien. Ya está para entrar en años de amoríos y, a eso le temo mucho más que a la guerra -decía a don Fadrique su mujer-, que no es sino guerra cuando no se halla la cuña de la misma madera.

Si es como el padre a nada debe temer.

- Quién sabe...quién sabe. Los jóvenes de hoy son tan aventureros. ¡Todo le podía perdonar, menos eso; Lo quiero alegre, pero buen caballero y, preferiría verle muerto antes que tienda una mala sombra sobre el buen y limpio nombre de los Torrecillas.

- Tiempo queda aún. Mirale, mirale cómo sabe defenderse de los golpes que le tira su maestro. ¡Ah, qué mozo;

- Como lo era yo. Es mi retrato, Leonor.

Y contemplando al joven luchador con el ex-capitán, se pasaban horas, soñándole dichas sin cuento, mientras cada uno de ellos añoraba el lejano pasado, que su Fernán les re

verdecía pleno de ilusión y de dulces fragancias.

Cuando Martín estaba poniéndose las botas y doblados
les ha dicho más de cuatro veces a las bestias: "Os voy
a traer un compañero que ha de ser un puro sangre. Yo lo
quiere de cuatro años, una criatura, pero... vamos a ver
cómo me lo tratáis en la cuadra ¿eh? ... Mucho ojo con
el; A no ser envidiosos no me voy a contar un disparate.
Yo lo tengo ya visto, y parece niño tuyo, le decía al
Tordillo. Blanco, con unas manchas en los ojos. Pata ne-

CAPITULO X

gras hasta por encima del cuello; una cola que le baja co-
mo una cascada hasta el suelo. ¡Uy madre, qué espalazo
me guarda el señor Rulo en Najera! Y no me lo ha
vendido o le armo la de Dios es Cristo...

Había pasado Martín unos años, como ya sabemos, año-
rando y anhelando que el niño se hiciera mozo, para que,
una vez adiestrado en caballería, sería el, como ya se lo
tenía advertido don Fadrique, el encargado de comprar-
le un caballo.

Ayer lo supo y ya no pudo tener paz ni sosiego en
su cuerpo. Hoy era el día señalado para tal fin. ¡Ah;
qué noche ha pasado Martín... No ha pegado ojo. Mil ve-
ces ha murmurado incluso en voz alta: "Dios quiera que a-
cierte y se lo traiga a la medida de sus años y de su al-
ta clase. Dios quiera que sea manso y no me equivoque.
Dios quiera que no sea enfermizo y se malogre presto"

Pensando estas cosas y otras por el estilo, pero to-
das referentes al caballo, llegó el amanecer, donde, des-
pues de apiensar, salía camino de Nájera. Con él va, lo-
co de contento Fernán. Mucho le costó al padre dejarle
ir con Martín, pero, como ya tiene años suficientes y le
ha dicho que él quiere elegirlo a su gusto también, pues
ha tenido que ceder. A las ocho de la mañana

na han partido con sus dos caballos tirando del coche.

Cuando Martín estaba poniéndoles las bridas y bocados, les ha dicho más de cuatro veces a las bestias: "Os voy a traer un compañero que ha de ser un pura sangre. Yo lo quiero de cuatro añitos, una criatura, pero,.. vamos a ver cómo me lo tratais en la cuadra ¿eh?... ¡Mucho ojito con el; A no ser envidiosos no me vaya a costar un disgusto.

Yo lo tengo ya visto, y parece hijo tuyo, le decía al Tordillo. Blanco, con unas manchas en los ojos. Pata negra hasta por encima del nudillo, y una cola que le baja como una cascada hasta el suelo. ¡Uy madre, qué caballazo me guarda el señor Rufo en Nájera; Y no me lo ha vendido o le armo la de Dios es Cristo...

Así terminó de arreglar sus avíos y salieron, como se ha dicho camino de Nájera por el Real Francés.

Ese mismo día, salía Beatriz para Teruel, donde tenía unos tíos. Las relaciones entre ella y el hijo de don Fadrique se habían ido enfriando año tras año, culminando con aquel día en que tuvo una gran pelea con Magda. Debido a ello quizá se marchaba de la Villa sin decirle adiós al joven que ella tanto estimaba. Sabedor Fernán, por sus "espías" que marchaba a Teruel ese día, lo quiso él aprovechar para salir fuera del pueblo y he ahí que se fue con Martín hasta Nájera para comprar un caballo.

Mucho luchó el fraile por tenerles apartados, pero, jamás lo consiguió, y si se apartaron no por ello dejaron de tenerse viva estimación uno hacia el otro.

La que sí se alegraba de ese viaje a la ciudad de Aragón, era Magda. Le había hecho sufrir mucho aquella niña, para ella no poco endemoniada, robándole siempre a

a Fernán en los juegos o incitándole para que se peleara contra su hermana. Un día -como hemos dicho- se pelearon y Beatriz, con despotismo propio de una arrabale-
-ra, que era donde verdaderamente había nacido, le dijo unas palabras que la hirieron profundamente, y que fueron de este tenor:

- "¿Y tú de qué te precias, guapa...? ¡Si tendrías vergüenza, no pisarías la casa en que vives, donde nada es tuyo!"

- ¡Mientes, mientes! -le dijo la pobre Magda, llorando.

- No miento, hija de la calle. ¡Si! Eso eres tú, sábelo bien: una hija de la casualidad. Una cosa que ha nacido sin quererla, maldecida del padre y abandonada de la madre, a la que mataste al venir a este mundo.

- ¡Mala! ¡Remala! ¡Eres una maldita! ¡Un diablo!

Y se echó a llorar la pobre niña sin consuelo. Beatriz, aún la siguió y le fue tirando frases al oído:

- ¡Vete de esa casa donde estorbas a todos! ¿No sabes, o no quieres saber que te recogieron tirada en la puerta de su cuadra? ¿No sabes, que, ni eres hija, ni hermana, ni tienes a nadie que vele por tí dentro de esas paredes?

Al oír todo aquello ya no pudo contenerse más, y volviéndose hacia ella se le tiró al pelo y la volcó por las escaleras. Pelearon las dos como dos mocitos, sacando Magda la peor parte. En ese momento entraba doña Leonor, que volvía del Rosario, ignorante de lo que pasaba en su casa. Al verla se irguieron las dos a un tiempo, pero Magda, tenía la cara arañada y sangraba de la nariz. Lloraba desconsolada mientras, Beatriz, orgullosa y desafiante esperaba decir aún más verdades.

- ¿Qué ha ocurrido, Magda?

La pobre niña no tenía fuerza para responder, Beatriz quiso responder por ella, pero doña Leonor no la dejó, no se fiaba de las palabras que pudiera decir aquella pequeña hija de judaizantes, y, nuevamente, mientras acariciaba a su "hija" Magda, la invitaba a que le contara lo sucedido, que ya ella hasta se lo figuraba.

- Vamos, dime qué es lo que ha pasado. Dímelo, hija mía.

Al oír aquellas dos últimas palabras fue mayor su dolor y se abrazó con todo cariño a doña Leonor.

- Que dice que soy aquí nadie en esta casa...

Al oírlo aquella buena mujer, madre de la niña, aunque no lo fuese físicamente, apuntándole con el índice la gruesa puerta de la calle le dijo, con voz enérgica:

- ¡¡Vete; ¡¡Vete de esta casa y que no te vea nunca jamás dentro de ella; ¡¡Maldita; ¡¡Hija de... -y se contuvo sin nombrar a Satanás, aunque por dicho ya fue interpretado por la pequeña.

Salió huyendo Beatriz y juró para sus adentros hacerles por siempre dura guerra a todos los miembros de esa ensoberbecida familia.

Magda fue calmada en sus congojas por doña Leonor, pero, ya no olvidaría jamás aquellas palabras que le dijo su amiga y estaba bien segura que le martillearían toda su vida: "No tienes padres ni nadie que te defienda".

La verdad es que no pudo dormir, ¿cómo olvidar tanto como le habían dicho, hasta que mató a su madre al venir a este mundo?

Verdad es que no tenía del todo la ilusión formada de ser hija de don Fadrique y doña Leonor. No era tonta para comprender que desde pequeñita escuchó frases sospechosas, y que un día hasta se lo preguntó a Paula, en vez

de a su madre y ella también se callo, saliéndole con evasivas. Sabía también que, sus apellidos eran otros que los de Fernán, y que, hasta el niño, cuando se enfadaba le había dicho en más de una ocasión: "Yo no sé qué sangre tienes ni a quién te pareces". Ella, iba hilvanando siempre toda su pequeña vida con esos recuerdos, pero, le parecían palabras insignificantes, a veces motivadas por el enfado. También recordaba ahora que, hace dos años, le dijo Crispín, cuando se quedó a solas con ella, después de haber escuchado a don Fadrique y doña Leonor, asuntos de economía:

- Mira, pequeña, cuando ellos hablan de tales cuestiones tú no debes estar delante ¿sabes?. Son cosas de ellos, y tú... no eres quién pa escucharles."

Una tras otra, le fueron viniendo a la mente frases que parece las tenía olvidadas, pero ¿qué tendrá la mente, que cuando buscas datos, te los presenta como el bibliotecario te trae el libro que le has solicitado?

Y cómo se goza hiriendo al semejante. Qué dañina es la sociedad que, sin sacar provecho goza clavándole cuchillo al semejante. Qué poco habían respetado su candidez de niña ni su falta de respuesta ante gentes mayores... Sabido esto, se pensó que fuera bueno tomar una actitud. Le diría a doña Leonor, que ya no era una niña y le correspondía atender -como los demás criados de la casa- a las labores que le encomendase. Que no quería ser más estorbo en la casa, para que nadie le volviera a tirar a la cara lo que dijo la niña rebelde.

Y se lo dijo a doña Leonor, a su "madre", y entendiendo aquella buena mujer que quizá llevaba razón, prefirió ponerla en el servicio en calidad de ayudante, junto a Paula, hasta que fuese conociendo todos los pormenores.

de a su madre y ella también se callo, asíéndole con
 Con nadie mejor que con doña Leonor se hubiera entendi-
 do en tema tan difícil, y, como ya no era una niña, proce-
 dieron lo más sensatamente posible para bien de todos. No
 era tampoco extraño que doña Leonor la llevase a ese terre-
 no sabiendo que tenía un hijo y que, un día, si no aten-
 dían a la niña conforme la estaban tratando las críticas
 iban a ser enormes, y tampoco era lógico, que no era hija
 natural. Consideraciones todas, pero, de ahí a herencia
 y beneficios de hija natural...nada de nada.

Complacida quedó Magda ante las palabras cariñosas
 de su "madre", y convencida de que el cariño que se le tu-
 vo hasta entonces se le seguiría teniendo, pero, con un po-
 co de distanciamiento y evitando falsos errores.

Una tras otra, le fueron viniendo a la mente frases
 que parece las tenía olvidadas, pero que tenía la mem-
 te, que cuando busca datos, te los presenta como el di-
 plomático te trae el libro que le has solicitado?
 Y como se iba haciendo al semejante. Qué байна es
 la sociedad que, sin sacar provecho cosa clavándole cu-
 chilló al semejante. Qué poco hablan respetado su can-
 didez de niña ni su falta de respuesta ante gentes mayo-
 res... Sabido esto, se pensó que fuese bueno tomar
 una actitud. Le diría a doña Leonor, que ya no era una
 niña y le correspondía entender - como los demás criados
 de la casa - a las labores que le encomendasen. Que no
 quería ser más estorbo en la casa, para que nadie le voi-
 viera a tirar a la cara lo que dijo la niña rebelde.
 Y se lo dijo a doña Leonor, a su "madre", y entendien-
 do aquella buena mujer que quizá llevase razón, prefirió
 ponerla en el servicio en calidad de sirviente, junto a
 Paula, hasta que fuese conocido todos los pormenores.

CAPITULO XI

Qué orgulloso estaba Martín con el caballo adquirido, y qué jaquetón volvía de la Ciudad de los Reyes, el hijo de don Fadrique. Las veces que miraron al cuadrúpedo no son para contarlas. Estando sobre lo alto de San Antón, allí donde estaba la ermita del santo, le dijo Fernán a su criado:

- Tú, Martín, ¿has oído hablar del caballo de Díaz de

Vivar? Y el pobre Martín, que era huérfano de letras, como

eran casi todos los trabajadores de ese tiempo le

dijo: Bah, bah, bah... No me lo compare el caballero Fernán a este caballazo con el del señor Díaz ese que me

cuenta.

- Te hablo de Babieca;

Al oír la palabra, Martín creyó que lo había insultado, porque babieca, se dice con frecuencia al tonto

en La Rioja y reponiéndose porque el enfado no le saliera fuera le respondió con la mayor humildad:

- Yo... yo creo, señor... que un babieca como dice

Fernán no es capaz de tener ojo para saber "eslegir"

una caballo como este.

Una carcajada fue la respuesta del hijo

del Alcalde Ordinario, mientras Martín le seguía mirando cada vez más extrañado como si lo que había dicho

era algo anormal. Estaba perdiendo el juicio y no daba cuenta?

- ¿Crees Martín que me podré montar mañana mismo en el?

- No. Ni por todo el oro del Altar Mayor. ¡Ojo con ello, y ya sabe lo que nos ha advertido el hombre... Estos animales saben ser cosquillosos a esta edad. Hay que dir- quitándoles sus manías tranco a tranco, pero, de montar mañana, ni hablar. Yo lo domaré y cuando esté a punto, le diré: Ahí le tiene mi caballero Fernán, para que se larga pa donde quiera.

Sabido es el ánimo, valor y falta de precuación que tiene un mozo de dieciseis años para hacer una diablura. Al día siguiente de tenerle en la cuadra, aprovechando que no estaba el padre en la casa y sí en Concejo, y que Martín se hallaba acarreado paja de trigo, se fue Fernán con su caballo de la brida a las afueras de la Villa, camino del Arrabal. Lo llevó a la parte norte del Cerro Tedeón, para que fuese más discreta su prueba. Ah, qué ganas tenía de verse encima de un caballo joven y bonito, criado sólo para él. La bestia daba relinchos, poniendo la cabeza erguida y las orejas verticales como dos puntas de flechas. El mozo juzgaba que, tal alegría en el caballo había de ser idéntica a la suya: producto de la libertad y de la tarde estival. Llegado a una finca cercana, lo arrimó a un pequeño desmonte y dando un brinco saltó abierto de piernas sobre el blanco lomo de Picaflor -así bautizado por el entusiasta Martín-.

Al caer de golpe sobre el caballo este se resintió en su columna vertebral e hizo un gesto extraño. Al darle un tirón para ponerle bien, le sacó el bocado de la brida. To-

do ello sirvió para que Picaflor diese un resoplido salvaje y saliera a todo correr por el sendero en que estaba colocado y que llevaba al camino de Fuenmayor.

Fernán, sin mandos y sin montura no podía sujetarse mucho tiempo y optó por tenderse sobre el cuello de su alocado caballo, abarcándole con los brazos con toda su fuerza, lo cual no era suficiente para que bailase sobre

el como un muñeco. El caballo corría alocado, a una velocidad de vértigo. De pronto cambió de ruta y se fue

hacia el camino de Nájera, que quizá era de donde venía la querencia, y, como un bólido pasó junto a la iglesia de Santa María, que está elevada sobre el antiguo

Corcueto de San Pedro. Fue allí donde Fernán, viendo

la tragedia que se le venía encima, susurró: Virgen Santísima, sálvame. No había dado muchos pasos más

el ágil caballo cuando debido a un traspié caía rodando por los suelos bestia y jinete. Picaflor, se levantó

con la nariz sangrante, se sacudió el cuerpo y la cabeza

con un fuerte temblor que hizo caer todo el polvo que se

le había adherido en el vuelco, e, inmediatamente siguió

en loca carrera camino del establo. El joven que le no-

tó las intenciones quiso levantarse, pero, no pudo. La

pierna derecha se lo impedía. Segundos después quedaba

sin fuerzas y un frío sudor le cubrió todo el cuerpo per-

diendo la razón.

Quienes de lejos, en el interior de sus fincas vieron correr al caballo, se imaginaron lo pe-

or y salieron al camino. Después vieron cómo rodaba

bestia y jinete y corrieron hasta el lugar donde estaba

el adolescente tendido y sin atender a nadie. Por el

campo se oyen gritos, se llaman de unos a otros y le lle-

van hasta su palacio sin enterarse qué ha ocurrido desde

que vio alejarse a su caballo blanco.

Aún estaba don Fadrique reunido en el Concejo cuando recibió la noticia. Dejó a todos continuando el debate y salió de prisa hacia su casa. Cuando llegó se encontró a doña Leonor envuelta en un mar de lágrimas, y no era para menos, que nunca llevaron así a su hijo a casa, si parecía que le traían muerto.

Martín, que supo la noticia, estaba en las cuadras llorando como un niño y tirándose de los pelos, porque se hacía responsable de aquel suceso que podía haber sido mortal para el niño. ¿Qué le diría don Fadrique? Dieciseis años esperando a verle sobre un caballo y, el primer día con semejante estreno...

Al pie de la cabecera, en la cama, ordenándole los cabellos y dándole cariño, estaba Magda; la niña angelical de siempre; la hermana adoptiva del joven Torrecillas que la quería tanto como su madre. ¿Por qué no tanto, si se habían criado juntos y estaban compenetrados en todo como auténticos hijos de los mismos genes, aunque la verdad fuera otra? Estando acariciando al mocito, aún se le pasaban por la cabeza pensamientos nobles: "Si ellos me han dicho que nos soy como Fernán para ellos, pues, no importa, que yo les quiero como siempre, y les querré siempre de la misma manera".

Cuando Fernán abrió los ojos, después de tres horas de profundo shock traumático, se creyó que estaba soñando. Vio aquellos ojos negros, bonitos y dulces, amorosos y tan entrañables que le sonreían. Vio los largos cabellos de Magda, que le bajaban en gracioso abandono sobre su cara, en la que se recortaba una boca alegre y preciosa, roja como clavel, y tras de los labios dos hileras de dien-

tes blancos como la blanca pureza de la niña huérfana, y se creyó soñar. ¿Era una figura celestial o era en verdad su hermana? Le tocó la mano fina, delicada

de Magda y comprendió que era verdad que estaba en su casa. Era ella, su querida hermana. ¡Ah, qué corazón tenía aquella mocita navarretana. Pensando en estas realidades y en la aventura del potro alocado he ahí que cayó nuevamente en un sueño profundo quedando dormido durante unas horas.

Tenía el peroné partido y una fuerte conmoción cerebral, que le producía devaneos y fatiga.

Curado debidamente por los dos físicos de la Villa, dijeron que le convenía guardar reposo durante tres meses. Cuando esto supo Fernán, se desesperó, pero

¿qué podía hacer cuando era obligado el curar y sólo atendiendo a los que de ello sabía, era justo cumplir lo mandado? Ya lo habían pensado sus padres: Para atenderle y tener distraído nadie mejor que su hermana, así que, desde ese momento, sólo ella y su madre estarían al cuidado del adolescente caballero.

Pero, la naturaleza hace sus creaciones y el hombre o la mujer las complican, las entrelazan, las contorsionan y pueden crecer o desaparecer por sus propias voluntades. ¿Qué le había ocurrido a esa niña, que, desde que supo que Fernán no era su hermano natural le miraba de otra forma? Era el mismo, lógicamente que sí, pero ¿por qué sentía ahora otra ilusión?

¿Por qué le palpitaba su corazón de otro modo, cuando estaba junto a él? ¡Oh, Dios mío, -pensaba ella- ¿por qué no me iría de esta casa el día que supe toda la verdad? Pero ¿qué es lo que me está ocurrien-

do a mí, ahora?... El es hijo de don Fadrique, y yo no soy nadie ya para él... Yo no soy sino Beatriz de Alca-nadre... casi nadie, nada.

Meditando todo esto se le pasaban las horas, pero no había poder capaz de arrancarle tales pensamientos de la cabeza, de paso que, hacia Fernán, se volcaba con todo el cariño para que se recuperase cuanto antes.

Que Dios sea quien alivie este fuego que ha nacido en mí, y que El me aparte de las malas acciones y peli-

gros a que he de estar expuesta de hoy en adelante es lo que deseo.

Ya lo habían pensado sus padres: Pa-

pero, desde ese momento, sólo ella y su madre

estaban al cuidado del adolescente capellán.

Pero, la naturaleza hace sus creaciones y el

hombre o la mujer las complican, las entrelazan, las

confortan y pueden crecer o desaparecer por sus pro-

pias voluntades. ¿Qué le había ocurrido a esa niña,

desde que Fernán no era su hermano natu-

ralmente tal le miraba de otra forma? Era el mismo, lógicamen-

te que al, pero ¿por qué sentía ahora otra livandía?

CAPITULO X I I

Mientras estos años corrían por tierras del Adelantamiento de Castilla, dentro de los cuales crecían y se hacían mozos estos niños, y viejos sus creadores, Madrid vivía envuelto en chismorreos de los más variados colores, siendo blanco de todos ellos el propio palacio real, y personajes del mismo su propio rey don Felipe y su hijo Carlos. Estas noticias llegaban a Castilla de tarde en tarde, pero, como siempre pasó en los grandes problemas de Estado— sólo eran sabedores los principales personajes en cada ciudad o Villa. El pueblo, el infeliz pueblo español, era una masa de la que sólo se echaba mano para cultivar las tierras, porque no era decente para la nobleza tal misión, ni aún para la clase media que era mínima. Preferible la miseria antes que tal acción, impropia de sus delicadas maneras y de su figuración. El pueblo era la oveja de quien sacaban lana y carne, pues carne era y de guerra lo que de continuo le pedían. No había ningún hijodalgo —que así se denominaban— y no sé para qué— los hijos de Navarrete— que pudiese escalar una posición elevada merced a sus ahorros ni a su afán de cultivo. Cuanto más sudor derramaban, más filón de sus músculos sacaban los que iban a pedirle un diezmo para la iglesia, y las primicias que era obligado entregarlas, tanto para el clero, como para el Tesoro Real —que tan desfallecido se encontraba desde Carlos I. Otros tantos por ciento o impuestos de tal y tal para la altísima persona del Duque, gran benefactor; para el mantenimiento de los jerarcas cuidadores de la paz y de la prestancia del pueblo, etc etc.

Para el pueblo sencillo, común, hambreador, sólo le quedaban las migajas que le daban alimento o distracción todo el año, y, con todo ello, aún era feliz, porque el pueblo riojano nunca fue envidioso y hasta tiene por orgullo -torpe pensamiento- el ver que tienen hijos de gran altura en las armas o en el gobierno de la Nación. Quizá sea porque así dejan más rebajados a otros pueblos comarcanos, y eso tampoco es bueno.

A Navarrete ha llegado el Duque de Lerma, amigo íntimo del de Nájera y, en cuyo palacio ha de pasar una noche para descansar y reponerse los caballos y caballeros. Tiene fama el Duque y Marqués de Denia, de ser muy delicado en sus maneras, de tal refinamiento que se asegura no le hay más pulcro en toda España. Su tren de vida lo lleva tan fastuoso como el propio rey, y es tan ex-perto en todas las materias que resulta difícil tratar con él, a pesar de que hay quien dice, que no posee hondo conocimiento de ningún arte y que todo es de "boquilla".

Ha sido recibido por los nobles de la Villa con los mismos honores que a su Gobernador, y esta noche será invitado por caballeros de Calatrava para darle el banquete de Gran Gala. La fiesta será en casa de los señores Uldain de Velasco, y, a ella acudirá lo más selecto de la nobleza navarreteña.

Cincuenta invitados estarán presentes en tal ceremonia, ofreciéndose un baile al final de la misma. Cada noble acudirá con su escolta, algunos de ellos la tienen tan numerosa, que cuenta hasta con veinte servidores.

Precioso era ver el cortejo de cada señor, bajando por la empedrada calle Mayor o subiendo de la Baja, en lujosas literas, seguido o precedido de esos hombres

de largos bigotes, cuellos a la valona, medias chillonas, ligas de balumba, espada de gran porte y esmaltación y pistolete al cinto.

La salida de cada familia de estas personalidades rianas de sus palacetes, era precedida de sus servidores hasta que entraban en el palacio donde se daba la fiesta.

Ellos, pobres gentes muchas de ellas vacías de inteligencia, querían simular a esos reyezuelos de los cuentos infantiles, pero ¿es que tenían algo más que la ridícula vanidad?

Un bando advirtió que, a partir de la puesta del Sol, nadie circulara por las calles, a no ser las rondas y los que gozaran de un permiso especial. Por las ventanas se asomaban cabezas curiosas que, sin elevar la voz, comentaban con los suyos; "Esa es la familia Fernández de Albelda. .. Ahora vienen los Heredia... Esos son los Zúñiga... ¡Mira mira los López de Zárate;...

Te juego algo a que aquella comitiva es la de los Coloma, que llegaron antiyer... Y ahora los Salinas Viñuela. ¡Que no hombre, esos son Lavarra y Zúñiga, que conozco bien su litera;" No faltaban en algunas

casas maldiciones y blasfemias al de todo lo alto, por permitir esos lujos y esas baladronadas, estando el Estado más pobre que Carracuca, pero, esto lo decían con tanto temor, que sólo quedaba entre las tinajas y la caponera.

La sala presentaba un lujo fascinador, propio del palacio del Rey don Felipe el II, que no de una casona de Navarrete. Las mocitas hablaban de modas, de amoríos y las más entendidas, hasta de novelas. Comentaban la lectura de Amadís de Gaula, de la Cárcel de amor

De la Crónica del Rey Rodrigo, y, hasta hay una que asegura haber leído de soslayo, una bonita novela de teatro que llaman La Celestina, y que produce cierto rubor por lo descarado del lenguaje, y dicen que es escrita por un judío.

En otro ángulo de la regia sala, están los mocitos que miran a las niñas por el rabillo del ojo y comentan sus ricas vestiduras: basquiñas de paño frisado y grana; delicados terciopelos de los más hermosos colores y paños traídos de muy lejanos países. Las señoras asu-

saban enorme abundancia de dijes, collares y cadenas muy propias de la época, cuyo coqueteo no era inferior al de sus hijas. Se comentaba entre ellas que, si la familia de fulanita, había ofrecido tantos miles de ducados para la dote de su hija, y que, ni aún así encontraba galán que la quisiera soportar por esposa. Que si los de cual -y estaban allí presentes- se sabía que eran muy pocas las posibilidades que tenían de mantenerse, sin tener que partir para indias en busca de mayor fortuna, ya que sus arcas estaban, al decir de buenas lenguas, sin un cobre. En total que, más o menos, parece que las mujeres aunque han pasado cuatro siglos no han variado mucho en sus conversaciones, cuando se reúnen en tal o cual función.

Los caballeros hablaban aislados del bando femenino, luciendo sus ricos jubones y preciosas marlotas, que destacaban junto al ajustado cinto, donde pendía un espaldín templado en Toledo y adornado con oro y pedrería. En el grupo principal y sentado sobre diván rojo carmesí, estaba el Duque de Lerma, con su retocada perilla y domado bigote, cuya bien formada cara parece una escultura de mármol recién salido de las manos del artifice.

A los cuatro amigos que le rodean les está diciendo

diciendo en tono muy confidencial lo siguiente:

"Es lastimoso, señores, pero muy lastimoso el estado en que está metida nuestra familia real". Al oír estas palabras se han acercado dos señoras con ánimo de escuchar pero, el señor Uldafn, viendo aquella curiosidad de las damas, con mucha diplomacia les ha animado a levantarse para penetrar en un salón reservado, a donde no lleguen oídos de mujer. Es allí, nuevamente, donde les sigue diciendo el de Lerma:

"Quiso nuestro Felipe poner a prueba la virilidad de su hijo Carlos, que como es sabido tiene 22 años corridos, y mucho se rumoreaba si era o no era impotente...

Llamados los tres mejores médicos del reino, se le preparó un brebaje con el cual se había de hacer callar al vulgo si salía concebida la doncella dispuesta para tal fin, la que por prestarse a tal prueba recibiría si salía concebida, ella y su madre gruesa suma de dineros. La prueba, señores, fracasó. A seguido fueron

informados los embajadores de tal suceso, y la noticia ha circulado por toda Europa. Imaginad cómo debe estar nuestro querido Rey con tal situación. Pero, como bien podéis advertir, no es sólo suyo el mal, que lo es de toda nuestra Nación, ya que, con tal heredero nos vemos metidos en un fatal atolladero cuando se ponga la corona. Además, sabed caballeros, que, el tal Carlos

está en estos momentos custodiado y apresado en palacio, y, a no ser porque su padre es prudente, -de ello ya sabéis goza con fama- ya estaría ahorcado hace tiempo.

Un gesto de sorpresa se produjo en los nobles al oír esa novedad. El de Lerma siguió diciéndo-

les: :etntugia ol laicidnial lo sigruente: en tono muy confidencial

"Sabed que, el príncipe, había tramado una conspiración contra el reino," protegido por los condes Egmont, Oranien, Gerghes y Montigny, pero, informado de todo ello nuestro Rey por don Juan de Austria, quiso don Felipe quedar convencido si tal rumor era cierto, y lo fue, lo fue queridos amigos, y con creces. El Príncipe Carlos, había puesto una cerradura secreta en la puerta de su cuarto, que sólo el y quien se la hizo eran capaces de hacerla funcionar. Asimismo, encargole también al francés Foix, que le hiciera un arma secreta para golpear y matar al que penetrase en su habitación. Sabía el Rey que su hijo preparaba la fuga a Bruselas para el día siguiente y, esa noche, cuando los guardianes le advirtieron que el Príncipe descansaba, penetraron en la habitación y lo encontraron dormido, armado de yelmo, peto de malla y espada al cinto. Con gran cuidado lo desarmaron, cerraron las ventanas y se apoderaron de los papeles escritos.

En ellos había dos largas listas encabezadas con los siguientes títulos: MIS AMIGOS. MIS ENEMIGOS. En la segunda figuraba el nombre del padre, nuestro Rey Don Felipe el Segundo, en primer lugar. Se despertó el Príncipe y protestó por tal osadía. Su padre, con frialdad y el aplomo que le caracteriza le dijo: "Príncipe Carlos, desde este momento quedais preso y jamás saldréis de éste aposento". Al saberlo el hijo, buscó armas para matar a todos, pero... ya era tarde. Quiso tirarse al fuego de la chimenea, pero, diez brazos le contuvieron como a un muñeco. Buscó las ventanas... todo inútil. Gesticuló blasfemias, escupió a todos y por último, arrodillándose ante el Rey le rogó que le matase para evitar tamaña afrenta.

Don Felipe, le dijo sin perder la calma: Tranquilizaos, Príncipe, lo que ha ocurrido es sólo para vuestro bien.

Volved a la cama y descansad. El Príncipe se tiró a la cama y llorando desconsoladamente parecía un niño, mientras decía a gritos: "No estoy loco ni enfermo; ¡Por misericordia, matadme, pero no me dejéis en esta prisión;" Yo os aseguro -continuo diciendo

el Duque- que, aquellas palabras me conmovieron y de buena gana, a no ser porque su libertad pone en peligro la patria, lo hubiera soltado. Pero, el Rey, que es justo en sus sentencias, lo dejó prisionero y allí sigue bajo nuestro celo, que es el de España.

Asombraron sus palabras a los nobles de la Villa que nada sabían de estos problemas reales. Volvieron al salón donde eran reclamados y se sirvió una suculenta cena, tras de la cual se brindó por el Duque, por la nobleza castellana y por el Rey de las Españas Don Felipe el Segundo.

Cuando abandonaron la casa, ya cantaban los gallos madrugadores mientras seguía durmiendo el vecindario humilde, esperando la nueva aurora, para marchar cada cual a su pequeñita propiedad o a las grandes y ricas de estos grandes señores, que eran los propietarios de casi todo el terreno labrantío. Las grandes intrigas, los graves asuntos del estado nunca los llegarían a saber aquellos que componían el casi total de la población de Navarrete y de España. Ellos sólo pensaban en ganar un pedazo de pan y tener un poco de grasa para el puchero, las cosas de política y del gobierno de España, como siempre, estaba en manos de una pequeña minoría que era quien nunca se saciaba,

CAPITULO XIII

Ignorantes estaban todos de lo que aconteció esa noche de la recepción al Duque de Lerma. Los vecinos no fueron advertidos y los ricos magnates tampoco. Sabido por la ronda se lo comunicó al Duque y éste, en las primeras horas de la madrugada citó al de Torrecillas poniéndole al corriente y rogándole que se castigara sin piedad a los enemigos. Lo pasado era muy lamentable y sus hechos fueron estos:

En los arrabales había dos casas de las llamadas "de mala nota" y que, en más de una ocasión las quiso clausurar el Alcalde, pero, como estaban en el suburbio de la judería y el gobierno les daba autorización siempre que se ajustasen a la ley, pues las fue dejando desde tiempo atrás.

Bien les había advertido el de Lerma a su gente que nadie se apartase del palacio del Duque de Nájera, ya que su partida la efectuaría hacia las nueve de la mañana. Los soldados cumplieron fielmente la orden, pero, no así el capitán Soldevilla. Serían las once de la noche, cuando todos roncaban, excepto los centinelas y el propio capitán que, informado por Crispín del lugar donde podían distraerse a sus anchas, se dirigieron allí, atravesando la puerta de las murallas. Las señas que les dio Crispín

eran precisas: Pasais la Puerta y llegaráis al Arrabal, bajáis calle abajo, hasta la que cruza y se conoce por Las

Animas. Seguís por ella sobre la mano derecha y encontraréis una casa pintada de color naranja, hasta la altura de los hombros. Daréis con los nudillos seis golpes, de dos en dos, y, al momento se os abrirá, recibiendoos como si fueseis conocidos. Ellas, cuando vienen grandes personalidades, saben que más pronto o más tarde han de acudir a sus casas, así que las tenéis bien despiertas. Tal lo hizo Soldevilla.

Cuando atravesaba el foso daban las once y media en el nuevo reloj de la torre cuadrangular.

Decidido y con la mano en el pomo de la tizona, se fue deslizando por la recta calle del Arrabal, por la que resonaban sus pisadas con un eco que temía despertar a más de un converso. Llegó a la citada calle que cruzaba la del Arrabal y dobló a la derecha. Vio la fachada pintada, miró a las ventanas y toda ella estaba sumida en silencio. Se acercó a la puerta y llamó tal como le dijo Crispín. El eco resonó muy lejos pero nadie daba señales de vida dentro. Comprendió que, quizá era muy tarde y no querían molestarle, se dio media vuelta y quiso recorrer el pueblo bajando por la calle Mayor Alta, previo paso por la Puerta de La Almudena, hasta llegar al palacio donde celebraban la fiesta y que está frente al Pósito Municipal.

Las doce campanadas de la media noche llegaron a sus oídos en medio de una impresionante soledad, perdiéndose el eco por el azul infinito. Cuando las contó Soldevilla, se acordó de que aquella era la hora de los maleficios y, por su cabeza, pasaron las palabras que le dijo Crispín al marchar, sobre cierta casa que existía en la calle paralela superior a la

arteria principal, casa que, al decir de las gentes estaba siempre cerrada, temiendo todos pasar junto a ella, pasada la media noche. Verdad es que, a tales hechicerías les tenía no poco recelo el capitán, pero, ya que estaba fuera de su tiempo de servicio y era media noche ¿por qué no ir a verla? ¿Es que no estaba armado? Repitió el reloj otras vez las doce, cuando ya Soldevilla se dirigía a la citada casa, por ver si daba con ella. Crispín le había dicho que, en ella ocurrió un lamentable desenlace de amor hacía medio siglo. La cosa parece que era así:

El amante de la bella Laura dio muerte a esta y a su anciano padre, porque aquel se oponía a la unión de ambos.

Desde ese día, la casa cerró sus puertas y ventanas, pero se oyen las voces de Laura llamando al novio, y la voz del padre recriminándola. Hay quien asegura que aquella puerta se abre varias veces cada noche y que entran y salen fantasmas por ella, llevando en hombros el cuerpo de la joven enamorada.

Quando oyó tal historia el capitán, le dijo a Crispín:

- Si eso es así ¿qué hacen las rondas para salir de dudas con tanta falsía?

- ¡Oh! -repuso Crispín. Ellos no se acercarán jamás en tal hora por ese lugar. Pedíles que entren en combate las veces que queráis, y lo harán cumplidamente hasta dar, si es preciso la vida, pero, después de dar las doce campanadas, no les digáis que vayan por esa calle que no lo han de hacer. Nadie en el pueblo sabe, señor, lo que hay de verdad o mentira, si así os parece, en la casa de Los Duendes, pero, por el bien de vos, yo os ruego que no la paseéis.

- Pues, si tengo tiempo y humor, he de visitarla -dijo el capitán Soldevilla al criado de Tarrecillas.

Buscándola está a esas horas sin poder acertar la que pueda ser de todas aquellas que mira. En eso estaba, cuando vio a lo lejos un grupo formado por unas diez personas: era la ronda. Quiso acercarse para preguntarles, pero, al ver aquellos que una persona -o lo que fuere- venía del lado de la casa de Los Duendes... se dieron media vuelta y lo dejaron solo. Pues, tiene que ser por aquí y dio el también media vuelta, llevando bien agarrada la espada, por si acaso... Miró a unos balcones,, se fijó en dos ventanas... todo todo estaba en silencio. Sólo la lechuza siseaba a poca distancia, aumentando con su feo canto, la fatídica leyenda que sobre ese corto trozo de calle se cernía. Se apoyó en una puerta, por ver qué ocurría durante unos segundos y no se hizo esperar mucho la incógnita: De la casa de al lado vio que salían dos hombres con negra túnica y alto capuchón. Se restregó los ojos Soldevilla, por ver si aquella visión era realidad o fantasía. Con paso quedo y llevando la espada por su mitad salida de la vaina, se fue acercando a ellos... No estaría a más de seis pasos cuando sintió una pesada maza sobre su cabeza y cayó rodando por el suelo sin conocimiento. A las pocas horas lo recogía la ronda de relevo en la Calle Mayor Baja, tirado en una vereda con total pérdida del conocimiento. Estaba desarmado. Tenía las ropas sueltas y desordenadas, sin duda alguna había sido robado. Sobre el pecho llevaba un metal con un signo desconocido el que mediante un cordoncillo estaba prendido del cuello

Quando lo vio el Duque de Lerma dijo: ;Judfos; ;Son

judíos; ¡ Pidió que le llevaran al capitán ante su presencia.

Puso el capitán a su Duque al corriente de todo lo acontecido esa noche, quedando admirado el señor Gómez de Sandoval -que tal era el nombre del de Lerma- de cómo iban metiéndose esta casta de gentes por todos los rincones del Estado. Llamado el señor Torrecillas a palacio del Duque de Nájera, donde lo había citado el de Lerma, le hizo saber lo acontecido al capitán Soldevilla, que para mejor provecho servía, y le recomendó que tuviese mucho cuidado en su Villa sobre estos movimientos. Ya veis cómo les tenéis metidos dentro del recinto, y que si no les tratáis de cortar sus actos y atentados, muy pronto os han de dar graves disgustos.

- Lo entiendo, señor. Pero, yo os ruego que nada de aquesto le digáis al Rey Nuestro Señor. Yo os prometo que he de castigar como merece tal osadía, y, si es preciso, hasta pagarán con su vida los causantes de tales reuniones y hechizos.

- No demoreis la acción, y apurad los extremos. Esto que hemos visto y estando yo presente en vuestra Villa, es un desafío. También os ruego, pues lo sé bien, que le prestéis mucha atención al capellán Anselmo del Olmo, de quien me han dicho que sabe acudir a ciertas reuniones secretas, -no precisamente judías- pero, que ellas también aparecen para traernos la ruina a España.

- ¿Aquí en mi pueblo, señor?

- No. El baja a la ciudad, donde hay mayores enemigos.

¡Ojo con el! Seguidle sus pasos cuando del pueblo salga bajo el pretexto que invente.

- Descuidad, señor. Gracias por las advertencias.

Despidió al señor Duque de Lerma y a la servidumbre como correspondía a su alto cargo en la Villa, y salió avergonzado, corrido de vergüenza, por haber sido advertido en su mismo pueblo de los enemigos que trataban de corromper la autoridad municipal. Vergüenza y grande era que, el Duque de Lerma haya tenido que venir para abrirle los ojos bajo su mismo cielo navarreteño.

Pensando en tales razones se fue a su hogar tratando de hallar la persona adecuada para que diese con el origen de tales conspiradores. Verdad es que don Fadrique siempre había sido benevolente con todos y nunca entró en su cabeza el proceder con dureza dentro de su territorio, pero, esto ya rayaba en el límite de abandono por su parte, y era preciso dar un escarmiento, tanto por su pueblo como por la religión y la corona.

Don Fadrique se lo hizo saber a su hijo Fernán, que ya era todo un hombre y, éste, muy resuelto dijo:

- Padre, no busquéis a nadie, que yo soy la persona que debe dejaros limpio de tales gentes a nuestro pueblo.

Esperad unos días más y veréis cómo he de saber cumplir ese delicado servicio.

Asintió el padre orgulloso, viendo que tenía un hijo como él siempre lo había soñado. Qué dicha, si es su propio hijo quien le descubre semejante trama de los judíos. Le faltó tiempo para decirselo a su mujer y, a seguido al Duque de Nájera, don Pedro Manrique. Aquello había de significar la mayor gloria para la casa del Caballero de Calatrava don Fadrique de Torrecillas.

Cuántas veces le había dicho a su Leonor: Este hijo tiene algo que pregona su estirpe. Yo le veo co-

mo poseído de algo que es común en nuestros grandes personajes. Tiene personalidad, y tiene una planta como la soñaron los grandes hombres que nos han dejado una historia preciosa. Yo os aseguro que no se han de pasar muchos años sin que nos ponga muy en alto el apellido heredado de mis antepasados." Había llegado ese momento y ahora soñaba más que nunca don Fadrique, en ver los frescos laureles sobre la hermosa cabeza de aquel hijo proveniente de una raza que era admirada por todo el mundo por sus hazañas guerreras y sus grandes descubrimientos por tierras de Indias.

Don Fadrique se lo hizo saber a su hijo Fernán, que ya era todo un hombre y éste, muy resuelto dijo: - Padre, no busquéis a nadie, que yo soy la persona que debe dejáros limpio de tales gentes a nuestro pueblo. Esperad unos días más y veréis cómo he de saber cumplir ese delicado servicio.

Asintió el padre orgulloso, viendo que tenía un hijo como él siempre lo había soñado. Qué dicha, si es su propio hijo quien le descubre semejante trama de los judíos. Le faltó tiempo para decirlo a su mujer y a seguir al Duque de Nájera, don Pedro Manrique. Aquello había de significar la mayor gloria para la casa del Caballero de Calatrava don Fadrique de Torrecillas.

Cuántas veces le había dicho a su leonor: Este hijo tiene algo que pregonar su estirpe. Yo le veo co-

CAPITULO XIV

Varios meses hacía que salió Beatriz para Teruel, donde había residido con unos familiares por parte de su padre.

En esta ausencia no hubo conexión alguna entre Fernán y ella. Sólo de tarde en tarde, se acordó de aquella amiga traviesilla que tanto visitó su casa cuando niños. La que no olvidó nunca aquel proceder que tuvo con ella fue Magda. Las palabras que le dijo el día de la pelea aún las tenía presentes en sus oídos y, ahora, al saber que regresa del Bajo Aragón, se le renuevan con el mismo sentido y mala intención con que se las dijo. ¿Cómo vendrá ese demonio?—se decía— ¿Se habrá agraciado o tendrá el semblante más parecido aún a Satanás? En fin, que Dios me perdone y venga como quiera.

Don Pedro de Alcanadre, era hijo de judío converso, de ahí el nombre de la citada localidad riojana.

Vivía en el Arrabal, que era el predio destinado para ellos pero, merced a los ruegos y súplicas presentadas ante el Alcalde, por mediación entre otros de Crispín, se le concedió permiso para vivir dentro de las viejas murallas, y hasta de adquirir la vieja casona de doña Mercedes, poco antes de que aquella falleciera. Allí fue donde nació Beatriz un año más tarde que Fernán.

Cuando un vecino del Arrabal entraba a vivir en el casco antiguo de la población, era muy difícil que tomara relaciones con los "cristianos viejos". Y no es

que todos ellos tuvieran título ni grandes propiedades, estaba por medio lo de la religión que, en ese tiempo era dura barrera, mayor que las murallas en toda ciudad.

Ser cristiano viejo y no converso era un pequeño título que presentar. Algo parecido a lo que siglos después ha ocurrido con los afiliados políticos. Los que tienen el carnet viejo e incluso los llamados "camisas viejas"... se tienen por más puros.

Ya hemos visto cómo Beatriz, en su niñez, no era bien vista en casa de Fernán. También era criticada por los que seguían fieles a la abstinencia del cerdo y de no creer que Cristo fue el enviado de Dios.

No pocos vecinos de los que vivían en barrios como las Ollerías y San Juan, le habían tomado hasta cierta inquina a Pedro Alcanadre por meterse a vivir nada menos que en la Calle Mayor, que casi toda ella estaba comprada desde muy antiguo por gentes de título o eclesiásticos. Más propio hubiera sido que Alcanadre fuese a vivir donde ellos, ya que de judíos provenía y no aceptarlo entre la vieja nobleza de la Villa. Pero, la verdad sea dicha, que, la casa no tenía grandes cosas que envidiar y, por otro lado, su parte trasera o Norte, daba frente a la Casa llamada de Los Duendes.

Las propiedades que tenía el padre de Beatriz eran considerables y hasta envidiadas por algunos señores fuertes del pueblo. El padre se había dedicado a la venta de pieles y tejidos, objetos de arte y armería, con lo cual había amasado una buena fortuna, riqueza que trajo el hijo a Navarrete y se dedicó a comprar fincas de labor.

Aparte de esto, contaba el padre de Beatriz con una formación cultural que sólo tenían aquellos que se movían en

tre la iglesia y las armas. No tenía escudo que presentar, ni una limpia ejecutoria como los viejos cristianos de la Villa, pero, lo que su cabeza encerraba era más valioso que casi todos los títulos tan ostentosos que allí se exhibían con frecuencia. También se sabía -el lo ha tenido que decir- que en Teruel, tenía un hermano con poderoso negocio de especiería y otro de tapices. Otros aseguraban que, esa familia, a no haber sido por las grandes sumas entregadas al Tesoro de los Austrias, ya hubiera sido llevada a la hoguera. Pero, todo ello quizá no eran sino rumores, que, bien sabido tenemos cómo las envidias trabajan como termitas para derrumbar al que tiene mando o poder.

Cuando llegó Beatriz al pueblo que la vio marchar, estaba Fernán, por pura coincidencia en la puerta que daba acceso a la Villa, en La Almudena. Mejor le hubiera sido entrar por la de Santiago, pero, no se permitía la subida de carruajes, como ocurría con la del Caño -o central-, la de La Verónica y La Cruz.

La entrada para vehículos era indispensable hacerla por La Almudena y la de San Juan. La del Caño, sólo para grandes personalidades, como esta que recientemente ha estado en la Villa.

Se detuvo la diligencia y vio Fernán, que de las cortinillas con graciosos encajes de Bruselas se recortaba una cara conocida. La dama también se fijó en el mozo, y hasta le hizo un guiño de ojo, que le dejó turbado al hijo de don Fadrique. ¿...?

- ¡Andá, si es Beatriz! Instintivamente se fue hasta el carruaje para abrir la portezuela.

La saludó cariñoso y, sin saber cómo...la situación era un poco violenta, se cambiaron los saludos de rigor.

Beatriz le dijo, que supo lo del accidente y que en verdad la tuvo muy preocupada. Fernán le dijo, que agradecía mucho su atención, y, después de unas mal hilvanadas palabras se retiraron dejando a los curiosos estupefactos porque estaban enterados que aquellos jóvenes ya jamás se hablarían. Marchó Fernán camino de su casa y Beatriz, penetró en la suya que estaba muy próxima a la Puerta de entrada por el oeste.

Cuando Fernán penetró en casa, con la primera que se encontró fue con Magda. La detuvo y le dio un cariñoso pellizco en el blanco brazo, caricia que ella agradeció mucho.

Como el hijo del mandatario venía loco de alegría, quiso contar a su "hermana", la escena reciente ocurrida con la imprevista viajera, pero, al oír Magda tal nombre, se volvió de espalda dejándole con la palabra en los labios. Conoció el mozo en aquel desprecio, la pequeña vanidad de Magda, y subiendo las escaleras de a cuatro la detuvo para decirle: ¿Qué os pasa?... ¿Es que aún no habéis perdonado a esa mujer?

El silencio de la joven fue la mejor respuesta, a lo que dijo Fernán:

- Sabéis, Magda, creo que lo sabéis bien, que nuestra religión manda, sobre todas las cosas, perdonar al enemigo.

- Lo intentaré, Fernán, trataré de intentarlo, pero, ahora os ruego que no me habléis de ella. No me importa cómo haya venido ni los atavíos que adornan su cuerpo. Es muy guapa ya lo sé, eso ya lo sé, Fernán.

- Lo sé lo sé lo sé... Y yo os digo, sin engaño alguno,

que diera cuanto tiene don Pedro de Alcanadre, para buscarle un corazón como el vuestro y jamás lo encontraría. Sonrió la moza y Fernán le dió un fuerte abrazo de hermano, que mucho y bien la quería.

Llevaban varios años viviendo con cierto apartamiento. Para Fernán era Magda su hermana querida; la niña pequeña de siempre, cada vez más bondadosa y entrañable. Sin embargo, a veces, sentía hacia ella cierta pasión que no sabía cómo descifrar. No era amor, no era deseo, era... quizá fraternidad lo que producía aquella amistad y convivencia, de tan larga duración y perfecto entendimiento. A veces hubiese querido tenerla lejos, para ver qué efecto experimentaba su corazón. La tenía cerca tan cerca, que era parte de su propia existencia.

Magda era distinta. Ella supo desde pequeña toda la verdad y veía a Fernán, no ya como un hermano, sino como el hombre que llevaba en lo más profundo de su alma.

Si tal sentir era amor... pues amor tenía la moza y en grandes dosis. Su corazón latía al unísono del de Fernán. Después de doña Leonor, era ella la que más le cuidaba y la que mejor seguía esperando de su vivir los grandes acontecimientos. Nadie como ella lloró aquel día en que le trajeron desvanecido después de la caída del caballo. El amor de Magda era noble, valiente por lo sufrido e inagotable por el ímpetu con que a través de tantos años se fue forjando. Era toda su vida que llevaba palpitando junto a él y por quien estaba decidida a consagrarse por siempre: a él o a nadie había jurado ante el viejo Cristo atado a la columna. Mi amor se apartará del corazón, cuando esas ligaduras tuyas, caigan del pilar que te las trabajó el maestro.

Este viaje de la odiada enemiga vino a ponerla más en-
celada que nunca y, hasta estaba tratando de probar en
Fernán su proceder. Ella no quería —aunque sí los
deseaba y agradecía— pellizcos y besos de "hermano".

Magda necesitaba mirarse cara a cara y sellar aquel
fuego con los labios del hombre que tanto le atormenta-
ba en su marcada indiferencia sentimental hacia ella.

Sin embargo, a veces, sentía hacia ella cierta pa-
sión que no sabía cómo describir. No era amor, no era de-
seo, era... quizá fraternidad lo que producía aquellas mis-
tad y convivencia, de tan larga duración y perfecto enten-
dimiento. A veces hubiese querido tenerla lejos, para
ver qué efecto experimentaba su corazón. La tenía cerca
tan cerca, que era parte de su propia existencia.

Magda era distinta. Ella supo desde pequeña toda
la verdad y veía a Fernán, no ya como un hermano, sino
como el hombre que llevaba en lo más profundo de su alma.
Si tal sentir era amor... pues amor tenía la moza y en
grandes dosis. Su corazón latía al unísono del de Fer-
nán. Después de donña Leonor, era ella la que más le
cuidaba y la que mejor seguía esperando de su vivir los
grandes acontecimientos. Nadie como ella le dio aquel día
en que le trajeron desvanecido después de la caída del
caballo. El amor de Magda era noble, valiente por
lo sufrido e inextinguible por el ímpetu con que a través de
tantos años se fue forjando. Era toda su vida que lle-
vaba palpitando junto a él y por quien estaba decidida a
consagrarse por siempre; a él o a nadie había jurado
ante el viejo Cristo atado a la columna. Mi amor se apor-
tará del corazón, cuando esas libertades fuyas, caigan del
plano que te las trajo el maestro.

CAPITULO X V

Fernán, una vez regresada la hija de don Pedro de Alcanadre de Teruel, entrevista que ya conocemos, había procurado verse con ella varias veces, previniendo que sus contactos no fuesen vistos por nadie. Torpe empeño, la primera que lo descubrió fue Magda ya que, en un cuadernillo de música, le encontró unos versos dedicados a su amada y que decían así:

Que me libren de pasiones.

Que me suelten las cadenas,

que me venden estos ojos,

o que tus claveles rojos

me los pongan almas buenas

para calmar mis pasiones.

Que en el desierto me dejen.

Que el mar me abandonen.

Que la lengua se me seque,

y la cabeza se aloque,

todo hará que, más se ceben

los celos que me carcomen.

Tenía que ser -suponía Magda- dedicados para Beatriz.

¿O no...? Terminado de leer y de releer, sintió

deseos de rasgarlos pero, no tuvo la suficiente fuer-

za de voluntad y se resignó a meterlos de nuevo donde

fortuitamente los había encontrado, no sin antes, ha-

berlos humedecido con varias lágrimas que bajaron res-

balando por aquellos carrillos puros y tersos como la

piel de las cerezas.

Por su mente corrían cientos de pensamientos buscando desquite. Tenía que valerle, como toda mujer, del poder que ejercía su figura sobre muchos mozos de la Villa. ¿No sería bueno picarle en celos y ver hasta dónde llegaba aquel cariño que le prodigaba su Fernán?. Para intentararlo tenía un joven que le había pedido amores en varias ocasiones, y que sólo como una mirada que le dirigiese lo tendría a sus plantas.

No se hizo esperar mucho la ocasión. Un domingo, se le acercó el tal Diego Suárez, de quien días antes había recibido galanterías.

Al día siguiente de corresponderle Magda con una sonrisa, recibió una ronda de músicos y cantantes que le vino bajo el balcón de la Calle Mayor a cantar coplas alegres y juveniles. Cuando se enteró Fernán del motivo de la ronda, cogió a Magda del brazo y llevándosela al balcón corrido que daba frente a la vega, le fue diciendo en tono confidencial:

- Dime, Magda. ¿Es verdad lo que me han dicho referente a Suárez y sus compinches, que se dedican a cantarte por la noche?

- Si. No te han mentido.

- Me alegro. ¿Estás decidida a continuar el idilio?

- No lo sé.

- No debes ignorar que, Diego, tiene fama poco elogiabile.

Son tres mujeres a las que va dejando por capricho y en relaciones avanzadas, teniendo que reintegrar las sumas que aceptó como dote, y, quién sabe si vos... no puedes ser la cuarta.

- Quizá no las tenía en la estima que a mí me tiene...

- Todas pensáis lo mismo los primeros días de relación.

- Motivos debe tener y, mucho conoce a la mujer quien tal dice. Claro que, como nuevamente andais metidos en enredos amorosos...
- ¡Callad, Magda;
- ¿Os duele que os diga la verdad, Fernán?
- Prefiero que la calléis.
- Tal hacéis siempre los hombres. Que callen la lengua las mujeres, para que vosotros sigais obrando a tapadillas. Conozco todos vuestros pensamientos, Fernán.
- ¡Os repito que calléis;
- ¡No; No podéis obligarme a callar lo que...
- ¡Lo ordeno, Magda, lo ordeno;

Ante tal decisión no tuvo la "hermana" otra situación a su favor que salir de su lado llorando. Ya estaba allí la prepotencia del que es hijo del señor... y ella no podía responder, tenía que callar. Ella se había olvidado que no era nadie en aquella casa.

- ¡¡Magda!! ¡Magda!! -le gritó Fernán,- pero la jovencita se fue corriendo a su habitación. Fernán quiso abrir la puerta, pero, ella, se adelantó y cerró por dentro. Desde fuera oía cómo sollozaba Magda.

Apenado por el disgusto que dio, salía el joven Torrecillas de la casa sin saber qué camino seguir.

Eran las cuatro de la tarde de un cinco de julio del año del Señor Mil quinientos setenta y ocho. Había estado un día sofocante, un día de esos tropicales que asolan toda Castilla. El viento, llegado del Sur español, después de cruzar el Mediterraneo se adentra en la península sofocando con su bochorno plantas y ahogando a los pobladores. La bochornera de esa tarde era para hacer época. Desde el mediodía ya se aventu-

raba lo que podía ocurrir en horas de la caída del sol.

A las tres de la tarde comenzaron asomando unos gruesos nubarrones blancos de bello aspecto, pero, que encerraban funestas consecuencias. Nacidos detrás de Moncalvillo y a lo largo de la Demanda, se fueron poco a poco apoderando del cielo navarreteño.

Las gentes, al ver la cara que presentaba ese día, temiendo por sus cosechas recién segadas se apresuraron a recoger los haces y amontonarles. En esta quincena de julio son peligrosísimas las tormentas y, la de hoy, les daba un aspecto de gran tragedia.

Cuando salió Fernán de su casa vio cómo el sol se nublabá y cómo, inmediatamente, se comenzó a levantar un fuerte viento huracanado que elevaba grandes cantidades de polvo haciendo imposible el tránsito por las calles.

Los primeros en cruzarse con el fueron dos rebaños de ovejas que venían a todo correr para cobijarse dentro de sus rediles. Del campo partían voces de

los arrieros que, con sus bueyes y burros se disponían a regresar cuanto antes al pueblo. Grandes relámpagos

semejantes a cuchillos diabólicos rasgaban el vientre de aquellas negras nubes de alto en bajo, dejando ver unas vísceras cargadas de maldad. Aquel fuego en zig-zag

obligaba a cerrar los ojos de los cristianos que se hallaban en las calles o en el campo. Por la ribera del

río Iregua caía ya fuerte cantidad de agua, según lo indicaba la cortina de niebla que se acercaba hacia Entrena.

Todo el pan del año lo tenían tendido en los campos.

¿Qué sería de ellos si no se aplacaba aquel fenómeno de la Naturaleza? ¡Ayúdanos, Señor, ¡-dijo una señora cuando se cruzó con el hijo del Alcalde, y vio éste que, contra

su seno llevaba muy aprisionado a un niño de pocos meses. ;Ten piedad de este tu pueblo; -oyó decir a un anciano que estaba asomado a la puerta de su casa contemplando el cielo enfurecido al límite.

Cuando llegó el agua, que, a torrentes se desprendió del cielo como si se hubiera roto el muro de contención de un dique flotante, se encontró con Beatriz que también corría por la calle. No tuvieron tiempo ni para saludarse; el temporal se les echó encima y movidos por un mismo resorte salieron precipitados para buscar

cobijo en el amplio portal de la casa del Marqués de San Martín. El agua caía sin piedad. El cielo estaba tan oscuro que, siendo las cuatro de la tarde parecía bien entrada la noche. En aquella penumbra encontró a Beatriz bellísima, ideal, y es que, verdaderamente no era para menos su hermosura. No en valde tenía fama de ser la dama más bonita de la localidad y si no hubiera sido hija de quien era, otra mayor fuese su nombradía en todo el contorno.

Se quitó la mantilla de encaje blanco que llevaba sobre sus largos y sedosos cabellos y se la entregó a Fernán para que se la tuviera unos instantes mientras se acomodaba la graciosa mata de pelo e incluso la capita azul marino que, en garboso abandono le caía hasta la cintura. Qué bien sabe la mujer conquistar al hombre cediéndole una prenda para que se la tenga... Cómo sabe ella lo que eso significa para un hombre que la está admirando. Por otro lado ¿qué tendría aquella mujer en sus ojos para así tenerle dominado? Fernán estaba mudo, teniendo aquel fino tejido en la mano, como hubiera tenido una mariposa sin dañarla. Era la prenda que se ponía sobre la graciosa y loca cabeza de judaizante...

Beatriz, terminó de acicalarse y reparando en el mutismo que estaba el joven Torrecillas le dijo:

- ¿Qué pasa, Fernán?... Os encuentro preocupado... ¿Es que no os halláis bien?...

Esta pregunta dejó a Fernán sin saber qué contestar, hasta que reponiéndose le contestó con esas palabras que se dicen en semejantes ocasiones y que por lo inconcretas salen sin sentido. Tartamudeó al ver que hablaba sin orden y terminó por aseverar que... que se preocupaba muy mucho por los labriegos de su pueblo.

- ¿En tanta estima les tenéis?...-dijo maliciosamente la hija de Alcanadre, y dejó caer [] con toda intención el pañuelito bordado. Al ir a cogerlo el joven lo hizo Beatriz también, y en ese preciso momento de estar los dos agachados Fernán elevó un poco la vista y le vio el escote abierto -posiblemente por haber venido agitada- lo que hacía que mostrase unas formas tan bellas que en nada había para él con qué compararlas. Eran unos pechos finos tersos y blancos como la nieve de La Demanda en enero.

Viendo ella hacia dónde estaba mirando Fernán, astuta y demostrando rubor, sin levantarse, se echó los dedos de la mano izquierda para cerrarse aquel provocador escote, diciendo a seguudo:

-¿Veis? Es que no se puede correr ...

✓ ¡Beatriz; -le dijo con pasión Fernán, mientras le agarraba la mano que sujetaba el escote.

- ¿Qué queréis, don Fernán? ¡Apartaos; ¿Es que no veis dónde estamos?...

- Lo sé... Lo sé...

Por la calle pasaban en loca carrera vecinos que pegaban palos a las caballerías para que se diesen prisa

y aguantar menos la tromba que les caía encima.

Los truenos seguían sacudiendo de arriba abajo las casas, eran igual que trallazos y la calle Mayor bajaba como desbordado río llevando entre sus sucias aguas, trapos y alguna herramienta de labor.

Sobre el empedrado portal del Marqués y Conde de Valladolid, que forma caprichosa alfombra las piedras de diversos colores, apreciándose el escudo de la familia y una leyenda que lo bordeaba, están sentados en rincón sobre asiento de piedra berroqueña, Beatriz y Fernán, esperando a que amaine el temporal. El hijo de don Fadrique seguía aprisionando aquella mano de estilizados dedos, como los de una monja pero animados por sangre lasciva. Beatriz derrochaba alegría, incitaba y reprimía a la vez. Aquella táctica de la pícara e in-

teligente hija del judaizante lo tenía ciego al hijo del noble castellano. Allí dominaba plenamente el saber y sentir de origen judío, que cómo dudarlo era en todo muy superior al torpe y oscuro que-hacer de todo lo cristiano.

Aquella pasión se fue desatando como había hecho la tormenta que los hizo esconderse ante su furor lógico por choque de fuerzas contrarias. Fernán, que no pudo contenerse más, apretándola contra sí, mientras ella echaba la cabeza hacia atrás, le dio un fuerte y apasionado beso. Un beso del cual no se hubiera querido separar nunca, si una voz ronca no le despertara del sueño sublime en que estaba metido:

- ¡Largo; ¡Largo de ahí, chucho... ¡Gente...? ¡Oh; Y yo que creía que era un perro...

Quien esto había dicho, se fue acercando a la silenciosa pareja que no movía pie ni mano, y vio que

eran mujer y hombre ocultos por el velo de la dama. Quiso reconocerles, pero ellos más ágiles que la vieja se levantaron del húmedo asiento y salieron corriendo entre las sombras de la inesperada noche. La vieja, asomándose la cara dijo con cólera para que la oyese quien por allí pasara:

- ¡Sinvergüenzas; ¡Válgame Dios qué atrevimiento y qué ganas de provocar al Altísimo, según está El de enfadado contra nosotros; ¡Largo de esta casa;

Separados uno para cada lado de la plaza marcharon corriendo los dos enamorados, procurando que nadie les reconociese desde las ventanas y tras de las cortinillas de los balcones, donde no faltaban gentes que miraban la cantidad de agua que estaba cayendo sobre Navarrete.

Poco después, el sol comenzaba a salir de nuevo.

La noche se hizo tarde, colocada en su punto lógico que le correspondía. Los labradores salían de sus casas para conocer el efecto de la tormenta, y la calma renacía en la Villa, mientras la tormenta estaba ahora descargando su poderío infernal en tierras de Fuenmayor y el Ebro.

- ¡Largo!! ¡Largo de ahí, chuchó... Gente...? ¡Oh!

Y yo que creía que era un perro...

Quien esto habla dicho, se fue acercando a las silenciosas parejas que no movían pie ni mano, y vio que

CAPITULO X V I

A los pocos días de ésta cita ambrosa y clandestina que hemos presenciado, decía don Fadrique a su hijo, en plan muy confidencial:

- Hoy es llegado el día, hijo mío, en que debes interesar te por la búsqueda de esa guarida de gentes enemigas de nuestra fé que tenemos dentro del pueblo, y poco me equivocaré si os digo que quizá los tenemos próximos a nuestra casa.

-¿Por qué decís eso, padre?

- No sé si ha sido causa de mi poca previsión o de mi falta de memoria -que ya de un tiempo a esta parte se me está imponiendo- aunque yo supongo...que han sido robadas ciertas cosas que yo mucho estimaba y guardaba con el mayor celo.

- ¿Tenéis algo para darme indicios?

- Creo, hijo, que lo que más os ha de servir es el dato suministrado por Rodrigo y lo acontecido últimamente al capitán del Duque. Cerrad esa puerta y prestadme atención.

- Hablad, padre.

- Vos tenéis relación -según me han dicho- con Beatriz de Alcanadre ¿No es así?

- Sí... (Lo dijo pero la cara repentinamente se le puso colorada. Ignoraba que sabía su padre aquella oculta relación.

- Han traído un pañuelo que bien debéis conocer, y que parece estaba en el portal de...

- Si si... es mío. Os aseguro que...
 - No os sofoqueis que no tiene importancia, Fernán. Precisamente al saberlo, me ha dado la pauta que habéis de seguir en lo que he de encomendaros.

- Vos mandais, padre.
 - Quiero que os sirvais de esa joven para aclarar un secreto que, siendo mío es vuestro, como lo es la villa y la patria misma.

- Ordenad cuanto deseéis que presto está vuestro hijo a dejar nuestro nombre muy en alto.

Y puso tal decisión en esas palabras que ya, de por sí solas lavaban el borrón del pañuelo y su delación.

- El asunto urge. Mirad que Madrid anda revuelto en no pocos temas harto delicados. Ved las graves consecuencias que nos origina la guerra con Portugal. El lamentable escándalo del secretario de nuestro Rey don Felipe.

La guerra en Flandes. Los inquietos moriscos, que, después del desastre de Aben Humeya, parece que quieren seguir organizándose y es preciso cortar todo lazo con ellos y con los astutos infieles que por aquí tenemos hasta en los pucheros. No me extraña nada que oculten a personas de gran influencia, y quién sabe si no estará por aquí el astuto Salomón Levy. Por ello, hijo querido, entien-

do por el cargo que represento, que es llegado el momento de actuar y sois vos, el que puede introducirse aprovechando esa amistad. Os ruego que la trateis con tino,

aunque vuestra relación sea tramposa, porque el amor ha de ser otra cosa, pero bueno es introducirse entre sus redes y saber qué pescados quieren alcanzar. ¿Entiendes?

- Si, padre.
 - Pues que Dios os guíe y que la inteligencia os lleve por el camino de la verdad.

Oído esto que parecía una arenga para entrar en combate la tropa, abrazó Fernán a su padre y sin decir nada salió decidido a buscar aquella gente que decían atentaba contra el poder del Estado y de la Iglesia.

Comenzó por estudiar el asunto recordando hechos, uno de los cuales le demostraba que, quizá por allí estaba el camino para llegar a la madriguera. La ronda dicen que vio a un hombre solo cerca de la casa de Los Duendes. ¿Por qué no pudiera ser esa casa el lugar de dichas reuniones, si es que de verdad las había? Consultó con su ex-capitán y aquel le dijo que no se le ocurriera por nade de este mundo, acercarse hasta allí. Ni judíos ni luteranos serían capaces de morar dentro de una casa que estaba como maldecida. Además, él...ni hablar que lo acompañaría, si tal intentaba. Ni pensarlo.

- Mirad -le dijo- ¿Por qué no vais a la casa del señor Alcanadre, que como sabéis está frente por frente de la casa de Los Duendes, y, desde allí podéis vigilar a las horas que mejor os plazca?

- Hombre, Rodrigo. Grande idea me habéis dado. Venid presto, que os he de entregar un billete para que se lo deis a doña Beatriz.

Penetró en casa, se fue al cuarto de lectura, y sacando papel y tintero, escribió: "Esperadme esta noche. A las once estaré en vuestra casa. Necesito hablaros a solas. Fernán:" ;Salid presto y llevadlo donde ella esté.

No tardó mucho en llegar Rodrigo donde la moza estaba. Al cabo de media hora le entregaba el capitán otro billete de Beatriz en el cual decía: "Os espero impaciente. Vuestra Beatriz"

- Estupendo -dijo Fernán, restregándose las manos.

- ¿Iréis solo?

- Con esta -dijo tocando su preciosa espada que allí la tenía colgada. Es decir, siempre que vos no queráis

acompañarme... aunque, yo no sé qué podáis hacer vos delante cuando dos enamorados se hablan de sus cosas.

- Así es. Yo nada tengo que segar en esa parcela. Que salgan bien las cosas deseo por lo mucho que os aprecio a vos y a toda esta familia.

No se había ocultado el sol por la Dehesa La Verde, cuando ya supo Magda la novedad, contada nada menos que por el propio Rodrigo. Ella temía de aquella mujer todo, pues la creía capaz de hacer cuanto fuese posible por atraerse al hijo de don Fadrique, más por vanidad que por anhelo del corazón. En fin, allá ellos, se pensó la joven moza. El ha de ir esta noche, pero yo lo esperaré con impaciencia hasta que regrese a casa, que no fío nada del lugar donde quiere meterse.

Cuando el reloj daban las once, cruzaba el mozo la plaza muy embozado, para no ser descubierto. A mitad del camino le echó un alto la ronda y el respondió con la consigna establecida para esos casos.

Llegado a la casa de Alcanadre, fue a llamar cuando vio que se abría la puerta y que una señora anciana le decía con voz muy baja:

- Subid... Subid por ahí, señor, y con cuidado de no golpearos que arriba os esperan.

Animoso subió el joven los escalones que separaban el primer piso del estrecho portal. Sobre el último de ellos y agarrada a la baranda, se encontró a la para él más angelical de las criaturas. Tenía el pelo suelto sobre la

espalda en actitud un poco lujuriosa, posiblemente bien estudiada la pose. No era Fernán un niño y de algo habían de servirle las instrucciones que le dio su padre, sabiendo en la misión que se adentraba. Valía más su nobleza y su ideal patrio que toda aquella gracia expuesta para que la hiciese suya si tal era su voluntad.

Al verla tan provocativa, liviana de ropas y con una amplia sonrisa, pasó por su mente un rápido pensamiento de rechazo hacia la joven que tan fácil se le presentaba. Estaba muy equivocada la hija de Pedro de Alcanadre, creyendo que Fernán acudía por satisfacer un apetito carnal. "Pobres debilidades de mujer"

-se pensó el doncel- y con carácter serio se fue directo

al grano, mientras ella lo llevaba de la mano con una sensualidad traslucida a través de aquellos dedos

que abrasaban de deseo. Dentro de su perfumada alcobá, alumbrada por débil lamparilla, se tendió la joven sobre un diván mientras decía:

- Muy bien, señor Torrecillas... Aquí estamos como me habéis citado. Los dos hemos cumplido el encargo.

- Levantad, Beatriz y escuchad primero lo que os quiero decir.

- Os escucho tendida y toda vuestra, cariño.

-¿Podéis hacerme un favor?

- Cuantos pidais, señor.

- Taparos un poco más, Beatriz, que no quisiera yo que se resfríe prenda por mi tan apreciada.

- ¡Oh qué recatado venis... Agradezco vuestra cortesía

-dijo la joven y se tapó las piernas con la ropa de gasa que llevaba encima.

- Beatriz, quiero saber -antes que nada- dónde está vu-

estoy cómodo sin saberlo...

- ¿Qué pretendéis? -dijo la niña como aparentando miedo que en verdad no sentía. Mi padre ha salido, pero, yo

os ruego que respeteis esta casa como si lo estuviera.

- Lo que busco no está dentro de vuestra casa.

Comenzó a juntarse a ella, porque entendió que sin ofrecer malamente se puede recibir... y siguió diciendo:

Vengo, vida mía, cariño de mi alma, vengo a curiosear por vuestro balcón de atrás. Me interesa mucho, Beatriz amada eso que dicen que ocurre en la casa de Los Duendes de las doce de la noche en adelante.

No había terminado de decirlo, cuando una carcajada de Beatriz lo dejó sorprendido.

- ¡Infeliz! ¿Tú también eres de los que eso creen?...

Y reía del mozo de la mejor gana. Señor Torrecillas, que no sois un niño pequeño... Mirad, yo os mostraría algo que... pero no... no es asunto nuestro. Además podía ocasionarme disgustos.

- Contadme, Beatriz. Yo es juro que

- ¡Oh no juréis...

- Es verdad. Es verdad.

Fernán abrazó a Beatriz con pasión, pasión animal digamos que lo era también para sacarle cuanto ocultaba la judaizante.

- Quieto... Quieto, Fernán... Yo os llevaré hasta la casa que habéis dicho, pero quiero que calléis todo lo que vais a ver. Y, si queréis, jurádmelo

- Bueno... ¡Os lo juro!

- En ese caso, seguidme, amor mío.

Se echó sobre los hombros un fuerte sacón de lana y con una linterna descendió por las escaleras que antes

había subido Fernán. Del portal, pasaron a las cuardras, por el fondo de éstas penetraron en una bajada donde llegaron a una especie de bodega sin recipientes y, siguiendo un pasillo largo y estrecho, dijo la joven: "¿Veis?"

- Muy poco, Beatriz, muy poco...

- Os digo que, ahora estamos cruzando la calle. Unos pasos más y estaremos dentro de la casa que tanto teme el pueblo. Cruzaron otra pequeño establo

también en el más completo abandono y, con la linterna de aceite en la mano le fue indicando las paredes y puertas. Una vez que entraron a una habitación sin

utensilio alguno y puesta Beatriz en el centro de la misma le dijo a Fernán al oído:

- Acordaros de lo que habéis jurado. Mirad que si no jamás os hubiera hecho entrar hasta aquí. Esto no debe saberlo nadie. ¡Nadie!

- Lo he jurado y lo sigo jurando.

- Acercaos a esa cerradura y ved lo que hay dentro.

Avanzó quedo Fernán, muy quedo, con más miedo ya que decisión y, colocando el ojo por el agujero de la cerradura vio sentados en círculo, en torno a una mesa hasta diez hombres, algunos de ellos le daban la espalda. Presidiendo la reunión ¡increíble! el padre de Beatriz, don Pedro de Alcanadre. Ya no era posible abandonar aquella prueba tan verídica, y, volviéndose a Beatriz, que estaba arrepentida del paso que había dado en contra de los suyos, le dijo:

- Marchad a casa que yo iré presto.

- No. Vos Fernán, tornad conmigo. Si os he mostrado el secreto ¿qué más pretendéis?

Con ojos llenos de cólera y dentro del silencio en que se movían, le dijo Fernán:

- ¡Obedéceme ahora mismo;

- ¡Júrame que nada de esto diréis;

- ¡Esto ya es cosa mía;

- ¡No me retiraré;—replicó la moza.

Se le acercó Fernán, simulando una buena intención, y cuando ella menos podía esperar aquella acción, se vio con diez dedos sobre su garganta, que le privaron decir la más mínima voz para no llamar la atención del conjuro.

Se desvaneció y cayó sobre los brazos del hijo del señor Alcalde. Cargando con ella, sin luz, dando trapiés y golpes en las paredes, retrocedió todo el camino andado con candil y subió hasta la habitación del diván. Fue allí donde la tendió, atándole un pañelo en la boca y un cordel en las manos puestas tras de la espalda. Cerró la

habitación, miró si estaba en buen momento su pistoleta y se fue por el camino de los conspiradores. Aquello era muy interesante.

Cuando llegó discutían acaloradamente, llegando hasta los oídos de Fernán, algunas de las frases que más o menos las interpretó así:

- Yo os digo que, mañana mismo, habéis de salir dos enlaces llevando estos datos. Tú, Isaacm irás a Teruel, donde os espera mi primo Aben Yusuff, y vos Salomón Seffrain, vais a ir a Toledo, a la casa de Marcos Buigas, quien ya debe estar esperando nuestras novedades.

Hubo diversidad de opiniones, sobre qué se había de decir en la villa para justificar esas ausencias, pero, al final se impuso la voz del de Alcanadre:

- Señores. O hemos de respetar nuestras órdenes o dejaremos que los tiranos de Cristo nos sigan pisoteando.

No se pudo aguantar más Fernán. Se colocó un antifaz, que previendo algo extraño de noche le podía hacer falta, sacó el pistolete y la espada, dió un empujón a la puerta, que abrió de par en par y penetró como un titán diciendo próximo a ellos:

- ¡¡Que nadie se mueva o será muerto aquí mismo!! ¡Levantad todos los brazos en alto!!

Puso su vista en el padre de Beatriz y le arrancó de las manos unos papeles que tenía. Don Pedro quiso hacerse fuerte, pero, teniendo el cañón del pistolete frente a los ojos se detuvo. Con las pruebas de la conjura en su poder retrocedió unos pasos sin darles la espalda y llegando a la puerta dijo a los que simuló ser sus guarda-espaldas:

- ¡Vosotros, ahora, vigiladles y que nadie de ellos se mueva o debéis matarle al instante!

Después de esta orden, trató de salir de aquellos tugurios lo antes posible. Cuando llegó al portal oyó los gritos que daba Beatriz, llamando urgentemente a su criada. Ya era tarde, muy tarde, había vencido la habilidad del castellano a toda aquella camarilla de traidores, de quienes daría cuenta la justicia del Rey y en su nombre las autoridades de Navarrete.

CAPITULO X V I I

Cuando llegó Fernán a su casa era la una y media de la madrugada. El creyó que todos estarían durmiendo, pero no fue así. Magda vigilaba desde el balcón, donde había dos horas que estaba acechante, con la esperanza de verle regresar. Al ver que un hombre vanía por la Plaza supuso que era Fernán y no se equivocó, que el era el hijo de don Fadrique por quien la moza tanto suspiraba.

Sonó la pesada aldaba. Se abrió la puerta después de que Martín dio el ¿Quién va? y, loco de alegría subió las escaleras, penetró en el salón que hoy llamaríamos biblioteca, donde su padre tenía el secreter, pero, no bien hubo pisado el mencionado recinto cuando oyó unos pasos y se detuvo. En la puerta estaba Magda, muda y triste, muy triste.

— ¿Qué hacéis a estas horas y sin dormir?

— Os cuidaba, —le contestó la moza muy dulcemente. Sabía que estabais empeñado en grave misión y no me fue posible ir a descansar sabiendo que corriais peligro.

Fernán metió los pliegos en el cajón de la mesa para leerlos al día siguiente con su padre, y se acercó a la moza que seguía esperándole en el marco de la puerta.

Qué distinta era esa mujer a la otra. Su cara era todo sencillez y humildad; sus acciones puras, honestas; su pensamiento noble; su cariño sin tramperío. La cogió del brazo y la llevó al corredor. Sentados muy jun-

tos, le tomó la cara llena de amor con aquellas manos de joven fuerte y con vigor y mirándola muy fijo le dijo:

-¿Qué os pasa Magda?

- Nada... Ya lo ves: nada...

En aquella negación había un todo inmortal; algo sobrehumano que nadie podía torcer ni disipar. ¡Qué guapa estaba Magda y qué poco intuitivo Fernán;

- Decidme qué os pasa, mujer...

- Que me estais destrozando el corazón, Fernán...

- No digais tonterías, "hermana" -y río de muy buena gana al decir esa palabra que, desde hacía tiempo sabían que era huera. Magda sonrió también y sin que rer se fueron compenetrando aquellas miradas y aquellas bocas que respiraban amor a raudales. El beso, la soledad de la casa y la hora que ocurría, les

incitó a repetir, como hace el borracho y el que en la droga encuentra satisfacción, y siguieron repitiendo varias veces, muchas veces sin lograr saciar sus instintos de animal, que animales somos como todos los de la creación. Magda estaba pagada más que suficiente si aquello que hacía Fernán era de corazón y no por piedad o Voluntuosidad, quiso separarse pero, tampoco tenía fuerzas para ello. En el mozo resur-

gió la bestia que se lleva oculta, siempre oculta sin que se le vea orejas ni ojos, y reinó en la piel el fuego devastador, incontrolado que sin presentir causas busca la ocasión de vencer llegando hasta la meta y lograr el máximo trofeo. De sus entrañas se desbordó la pasión que horas antes reprochaba a la hija del converso, y quiso dar apetito a

la carne. Del amor dulce, se pasó al fuego incontrollable que todo lo arrasa, llegando al límite del deseo carnal mal... y bien concebido. Se colmó el cáliz del placer: él macho dominante cual halcón, ella débil como paloma herida pero agradecida. Cuando quisieron poner freno al vehículo éste marchaba por el despeñadero abajo sin que hubiera fuerza capaz de contenerlo.

Daba el reloj de pared que estaba en el rincón, las cuatro campanadas, cuando salieron del endemoniado ensueño donde habían vivido tanta realidad que les pareció a los dos jóvenes imposible de haberlo hecho. Magda salió santiguándose y pidiendo a Dios perdón para tanta culpa conseguida en tan corto tiempo. ¿Cómo fue posible todo ello?

Fernán, se retiró a descansar unas horas, pensando en las grandes situaciones que había vivido esa noche. Se echó a la cama pero no pudo descansar. Magda tampoco había podido conciliarse con Morfeo. Era mucha su culpa para tener descanso y relajamiento de ideas y nervios. Además, se echaba toda la culpa sobre sí; no había sabido contener la furia desatada de Fernán. Ella pedía amor, amor sí, pero no todo lo demás que había ocurrido. Lloró amargamente aquella situación y pensó que, de haber tenido madre quizás todo hubiera sido distinto ¿o no...? ¿De qué hubiera servido tenerla? ¿Acaso yo no iba a esperarle esta noche como lo hice? De nada me hubiera servido mi madre si yo quería a Fernán como le quiero. Hecho está y nada más. Más quiero aguantar lo pasado que llorar desamor. Magda y Fernán, uno en cada habitación vieron aparecer el alba del nuevo día, y oyeron cómo despertaba todo el vecindario, feliz y contento para iniciar nuevas tareas y sacarle a las tierras el sustento para cada hogar.

CAPITULO X V I I I

... Buenos días, Fernán. y...
 Cuando se levantó Fernán, eran las diez de la mañana, porque, justo se durmió cuando el sol ya estaba sobre los tejados de la Villa. Como su padre estaba enterado de la misión que podía cumplir esa noche, no quiso molestarle en la cama.

Se levantó, y se dispuso a asearse para acudir a Misa Mayor. Cuando terminó y se ajustó al cinto la espada, penetró don Fadrique en su cuarto.

- ¿Cómo os fue anoche, hijo mío?

- Todo a pedir de boca, padre. Tengo cuanto vos deseais para conseguir grandes merecimientos ante el Duque de Nájera y el de Lerma, e incluso ante el propio Rey.

- ¿Los habéis encontrado?

- En plena acción, y tengo, además, las pruebas de todo ello

El toque tercero que salía hacia el vecindario desde la torre les dejó con la conversación sin terminar.

Luego os contaré todo. Bendito sea Dios que tal maravilla ha hecho para nuestra iglesia.

Don Fadrique estaba orgulloso de tener un hijo como este Fernán, que ya no había empresa difícil para él. Ah, cuánto podían esperar de su vida militar el día que hacia ella se volcara.;

Cuando bajaba Fernán por la amplia y lujosa escalera, se encontró a Magda, quien ruborizada, prefirió agachar la cabeza y también lo hizo el mozo, que no

estaba tan ducho en hacer esos altares... para él primero destrozado. No obstante, aún se atrevió a decirle:

- Buenos días, Magda...

- Buenos días, Fernán. -y subió corriendo las escaleras aguantando un sollozo que no quería que fuese visto por el mozo.

Por la calle van a todo correr hombres y mujeres camino del nuevo templo.

Fernán, cruzó la plaza y subiendo las tres gradas penetró en la iglesia colocándose en el coro, donde seguía libre su asiento. Cada noble tenía uno o dos asientos reservados, por lo que pagaba un importe al clero local. Los de la casa Torrecillas era dos desde hace un año. La misa ya había comenzado. El templo, siendo más que doble de capacidad que el viejo del barrio de Ollerías, estaba abarrotado de feligreses. Su orgullo ante la nueva fábrica era manifiesto. Sabían cuánto dinero había costado aquel portentoso Retablo Mayor, dorado en oro puro traído de Indias. Sabían que el Sagrario era obra de José de San Martín, Juan Zapater y Juan Revuelta, y que era muy superior a todos los de Logroño: una verdadera joya. Que todo el altar fue obra de Francisco Montañés, y que acababan de traer un sepulcro de caoba, con el que iban a presumir no poco en la próxima Semana Santa.

Llegaban reliquias, cuadros, figuras talladas desde distintos lugares. ¡Ah, Navarrete qué iglesia estaba completando! ¡Qué Copones y qué cálices para celebrar las grandes misas! ¡Todo ello era visto y admirado desde hacía varias décadas, pero, todo ello despedía aún el aroma de lo moderno, de lo que se ha comenzado a usar. La masa popular, ocupaba en tan suntuoso recinto, la parte central, colocada en largos bancos encima de lo-

sas que eran sepulturas para ir allí enterrando a los nobles y jerarquías de la iglesia. Había establecida una separación impuesta por el clero parroquial:

Hombre a la derecha del Altar Mayor y mujeres a la izquierda, llegando hasta debajo de los caprichosos y amplios púlpitos que hacían juego y bella estampa con el Retablo barroco. En el pasillo del centro,

desde la barandilla del Altar, hasta el coro, habían colocado dos hileras de bancos con respaldar, que estaban destinados a los cofrades de la Vera Cruz, la de Santiago, San Isidro, San Juan y Las Santitas.

Terminada la Misa Mayor oficiada por tres sacerdotes y tres monaguillos, que eran beneficiarios de cuar-

tá, salieron en primer lugar los nobles, ya que tenían más próxima la salida y, por último labriegos y mujeres e hijas de aquellos. Fernán fue el último que abandonó la iglesia, con el pretexto de ver el sepulcro. Tenía algo que decirle a la Virgen del Sagrario agradeciéndole cuanto había vivido aquella pasada noche, y también pidiéndole perdón ante la barbarie cometida por no saber contener las bridas de su desbocado corcel de la pasión.

Cuando salió a las gradas, había un grupo de mozalbetes acompañando al de Suárez. Este explicaba algo de una joven a quien no mencionó pero, que todos suponían sobre quién se trataba. El caso, por lo que quiera que fuese, era exacto a lo ocurrido al hijo del Alcalde esa pasada noche. Nadie sabía por qué le venía a Suárez aquella inquina, si por celos hacia Magda, o porque ella no le correspondía como el deseaba y culpaba de todo ello a Fernán, estando este ig-

norante de aquellas argumentaciones. A seguido de ello, les comentaba a los que atendían sus palabras, que el hijo del Alcalde, se había quedado sólo en el coro porque algo grave tenía que confesarse con algún beneficiado y no quería ser visto... Nadie le siguió el tema porque para todos ellos Fernán era un gran caballero, de ahí que lo dicho por Suarez quedaba sobre el pórcico de la iglesia perdido. Cuando salió Fernán, el sol

que daba de plano frente al cuerpo de la fachada, le hizo cerrar los ojos, haciendo un gesto raro que vino a coincidir con un chiste soltado por Diego Suárez, y que fue carcajeado por los que le atendían. No hubiera sido sólo este motivo para sospechar Fernán que tales carca-

jadas iban destinadas para él, si no le hubiera oído decir al sobrino del capellán: Mala es la luz del día para los tenebrosos... y rió de la carcajadas, a lo que Fernán contestó:

- Quien así ríe del dolor ajeno, no debe tener mucho de la doctrina que viene a escuchar.

- Tengo para regalarle al señorito Torrecillas cuanto le venga en gana. Cómo no había de tener para recuperar al buen camino al que acompaña a tapadillas a la hija de un converso?

Fernán quedó como de piedra, pero Diego Suárez, envenenado por la envidia siguió diciendo:

- ¿O creéis que no sabemos que os andais metiendo en los portales para robarle un beso, al simen de aquel de Judas?

Oído esto por los asistentes, muchos rieron de la broma, Fernán estaba herido en lo más sensible del alma con aquella blasfemia soltada por un charlatán y dijo fuera de sí, ya que no buscaba la pelea.

- Eso que acabais de decir, si fuerais hombre, lo hubierais dicho a solas, que es como se dicen las cosas que se relacionan con mujeres. Ya habíais de ver cómo yo allí os había de contestar.

- ¿Acaso aquí no estáis a tiempo? Nunca es tarde cuando la envidia es mucha -y sacando la espada, le obligó a pelear al hijo de doña Leonor, que maldita la gana que tenía de ello, en tal hora y en semejante lugar.

Antes de desenvainar Fernán, pensó que tenía que luchar contra el que pretendía ser novio de Magda; que estaba ligado en sangre con el Capellán del convento y que además, era hijo de nobles como el, por lo cual su pelea había de ser la risa del pueblo. ¿Cómo sacar la espada para herir, para matar, cuando tenía encima y en bulto enorme de piedra a la Virgen, a quien había pedido poco antes dentro de la nave gracias por el favor que le había octorgado esa noche? Todo esto pasó por su imaginación en menos tiempo que emplea un rayo en rasgar la nube, pero, viendo que Diego, lo estaba esperando con la espada desafiante, no se pudo contener -porque la mayor vergüenza de un noble era quedar por cobarde- y desenvainó su acero. Pelearon muy de veras y no se hizo esperar mucho el final, ante más de cincuenta curiosos que, interiormente estaban por el uno o por el otro, cuidando muy mucho de que no se les viera las inclinaciones.

Más templado Fernán que Suarez, supo en un descuido asentar un golpe con el fino acero en el costado izquierdo del pecho de Diego que, sin apenas hacer fuerza penetró suave como en manteca. La gente se arremolinó dando gritos ahora para contenerlos. Ya era tarde.

En el suelo estaba colocado con una rodilla y el cuer-

por vencido, Diego Suarez. En ese mismo momento aparecían las autoridades eclesiásticas por la claveteada puerta izquierda. En breves minutos ocurrió todo y culminó con la detención del hijo de don Fadrique, ordenada por el capellán allí presente, que era Justicia de la Inquisición navarretana.

Cuando se lo dijeron a don Fadrique no podía creerlo y tuvo que ir más que de prisa a ver si era verdad lo que de su hijo le decían. Desde la puerta de la calle vio cómo desde las gradas llevaban a un hombre muerto. ¡Maldición; ¡Pero si no puede ser! Grandes motivos ha tenido mi hijo para hacer eso... El no es capaz de cometer ese terrible desmán si no le han insultado o atropellado.

Llegado a la plaza tomó información a los que aún quedaban y fueron testigos de la reyerta y quedó convencido de que su juicio estaba acertado: fue todo culpa de Diego Suarez que era un provocador. A pocos pasos de

allí, en el subsuelo de la Casa de la Villa, tenía preso a su hijo por orden del capellán, y la detención era justa.

Doña Leonor estaba envuelta en un llanto desesperado, y, junto a ella estaba Magda que más con consolar a su dueña, ella sí que necesitaba en esos momentos alivio para su dolor.

A partir de ese día, se había tendido una trágica nube sobre el regio caserón de los Torrecillas. Aquella paz, aquella tranquilidad que reinaba desde hacía tantos años, quedaba rota de súbito. A merced del

Tribunal del Santo Oficio, estaba aquel hijo único, en el cual se cifraban las mayores esperanzas de estos nobles, de cuya vida nunca se tuvo que hablar dentro ni fuera de

la Villa.

El capellán ya tenía meditado su testimonio. Lo presentaría ante el alto Tribunal de Logroño, para ser juzgado cuanto antes, por alevosía con pérdida de vida del contrario y falta de respeto ante la Casa de Dios en un día de Fiesta Cristiana.

XIX CAPITULO

Ann teniendo en cuenta que don Fadrique, era Alcalde Ordinario de la Villa y Caballero de Calatrava, en casos como el presente, no era quien para poder ejercer influencia sobre su hijo, y como buen castellano, tampoco quisiera que la ley fuera quebrantada por él mismo, aunque lo quisiera en su propia carne. Sabía los motivos y esperó a que viniera a mayores alturas el caso se juzgase dentro de la propia Villa.

El día se le iba pasando, tratando de convencer al capitán y al padre del muerto, para que le concedieran una audiencia con su hijo. Por fin, a las cuatro de la tarde fue otorgada, pero, en presencia de dos soldados de la guardia.

Fernán, contó a su padre la causa que originó la pelea y explicó cómo le hizo mucho con tales palabras después de lo que había visto por la noche. No era momento de contar allí, ante testigos, lo que vio en casa del Alcañadre y lo contó. Tiempo tendrían después. A don Fadrique, le pareció muy justa la actitud de su hijo, no obstante la pena de haber muerto su contrario, pero... el qué duda cabe que hubiera hecho lo propio.

Dijo a su padre dónde tenía unos documentos que había conseguido la noche anterior y que pensaba leer con él después de la Misa tan desafortunada.

CAPITULO XIX

Aun teniendo en cuenta que don Fadrique, era Alcalde Ordinario de la Villa y Caballero de Calatrava, en casos como el presente, no era quien para poder ejercer influencia sobre su hijo, y, como buen castellano, tampoco quiso que la Ley fuera quebrantada por él mismo, aunque lo sufriera en su propia carne. Sabía los motivos y esperó a que sin llegar a mayores alturas el caso se juzgase dentro de la propia Villa.

El día se le iba pasando, tratando de convencer al capellán y al padre del muerto, para que le concedieran una audiencia con su hijo. Por fin, a las cuatro de la tarde le fue otorgada, pero, en presencia de dos soldados de la guarnición.

Fernán, contó a su padre la causa que originó la pelea y explicó cómo le hiera mucho con tales palabras después de lo que había visto por la noche. No era momento de contar allí, ante testigos, lo que vio en casa del de Alcanadre y lo calló. Tiempo tendrían después. A don Fadrique, le pareció muy justa la actitud de su hijo, no obstante la pena de haber muerto su contrario, pero... el qué duda cabe que hubiera hecho lo propio.

Dijo a su padre dónde tenía unos documentos que había conseguido la noche anterior y que pensaba leer con él después de la Misa tan desafortunada.

- Gran oportunidad ha sido esta, para que vaya en bien vuestro en tales momentos.

Hubiera estado allí mucho más el noble padre, pero, prefirió salir hacia su casa en busca de aquellas pruebas que le dijo Fernán estaban metidas en el cajón de su mesa.

Con ellas en la mano qué mejor defensa podía tener su hijo. Salió muy de prisa después de darle dos besos a Fernán. Atravesó parte de la plaza y subió las escaleras del palacio como si fuese un joven lleno de ambiciones. Abrió el cajón, rebuscó de un lado a otro y allí no había ningún documento como el que le había dicho su hijo. ¿Cómo era posible?...

Preguntó a la servidumbre y nadie supo decirle nada porque nada sabían. Magda sí que los vio, cuando les llevaba en la mano subiendo las escaleras y también vio cómo los metía en el cajón y cerraba. ¿Qué quería decir entonces aquella ausencia delatoria de la judería navarretana?... ¿En casa tenía un traidor; ¿Aquí tengo alguien que todo vigila y secuestra; ¿Quién es el?

En ese momento entraba Crispín que, al oír las voces de su señor contestó con gran indiferencia:

- ¿Buscáis algo, don Fadrique?...

- ¿Visteis vos, unos papeles que aquí había?

- Sí señor. En ese otro lugar de la mesa los he metido, bajo llave, para que el señor los leyese, si de algo cree que le pueden servir, aunque no veo los motivos.

Fue don Fadrique al cajón, lo abrió con rabia y leyó alocadamente... Aquellas líneas no tenían como le había anunciado Crispín interés alguno. Eran cosas simples de unas ventas y de noticias de unos a o-

otros, pero, nada dejaba ver que allí hubiese conspiraciones sobre nada. ¿Cómo pudo decirle su hijo que tenía pruebas concretas? ¿Qué era, entonces, lo que había leído su hijo? Pensó que quizá Magda podía saber algo más sobre aquellos papeles: ¡Llamadla inmediatamente ;

Vino la moza, le mostró don Fadrique los pliegos, los miró detenidamente y no supo qué decir. Eran y no era...

- Magda ¿crees que son estos mismos o no?

- Señor... Yo creo que sí, pero, falta alguno.

- ¿Cuántos había? -dijo gritando don Fadrique.

- Cuatro y aquí sólo veo tres.

- Es verdad -dijo Crispín a seguido-. Aquí está el otro.

Y sacó otro más del cajón. Lo examino don Fadri-

que y, era tan insustancial como los otros que ya había repasado. Cuando estaban en estas observaciones bajó

doña Leonor, para decirle algo muy grave. Acababa de venir a casa el sacristán Peñalba, para hacerles saber que, al parecer, buscaban trasladar a Fernán a las prisiones de Logroño.

- ¿Dónde está ese sacristán, Leonor?

- Ha salido, pero lo sabe muy bien ya que se lo ha oído al capellán, quien dice que ha dicho: "Poco he de poder a este cobarde dará con sus huesos en un Auto de Fe público"

Dicho esto se echó a llorar la desconsolada madre.

- ¿Tal ha dicho ese...

- Por favor, callad, don Fadrique.

- Bien sé yo lo que mueve la voluntad de ese hombre que, hipócritamente habla de Roma.

- Callad, por favor... que de nada tenéis pruebas, don Fadri-

que.
- No tengo pero tengo que hallarlas.

- ¿Por qué no vais a Nájera, donde tenéis al Duque y le contais el caso, quizá pueda daros un seguro que será inamovible.

- Es verdad. Es verdad. Ahora mismo saldremos para allí.

Al cabo de diez minutos todo estaba listo para hacer esas tres leguas que separan una población de otra.

Tras de cruzar el Najerilla elevando la guardia el puente corrió en busca del palacio ducal. Allí, ante uno de las más grandes hombres de la España de ese tiempo, contaba a Manrique de Lara, lo que había visto aquella noche su hijo, y le rogó que por todos los medios tratase de que su hijo no fuese a parar a una prisión donde había de ser más difícil sacar consecuencias. Primero que hable en Navarrete, ante quien sea y que cuente aque-

llo que en la primera visita no ha podido saber. Le dijo lo que había pasado con los documentos y el Duque estaba totalmente de acuerdo como el señor de Torrecillas, que tenía en casa un cómplice de los judíos. Estudiaron el caso de la pelea y de la conspiración con la debida paciencia y como ambos eran de la misma Orden y mantenían buena relación como alcaldes que lo eran, le dijo el Duque:

- Yo os recomiendo, don Fadrique, que, para bien de todos, saqueis a vuestro hijo esta noche de la cárcel y lo mandeis inmediatamente a Flandes para que sea un defensor de nuestra causa. Esta es la única forma de que todo pueda quedar más suavizado.

- ¿Cómo podré yo eso hacerlo, señor?

- Yo os doy un seguro para que se le permita retornar por una hora a vuestra casa, para ver a la madre. Una vez allí ya sabéis lo que debéis hacer, pero sólo por vuestra intención.

- Lo entiendo, querido Duque. Lo entiendo.
 - Ya comunicaré yo a nuestro Rey don Felipe, sobre el caso y todo quedará olvidado.

Tomó un pliego y escribió unas líneas para que fuesen entregadas al Jefe de Prisión de la Villa, haciéndose el responsable.

- Cuando salga, sin pérdida de tiempo, haced lo que os he dicho. Debe salir inmediatamente por la frontera camino de Bruselas. (Puso la firma, don Pedro Manrique en el documento, le echó ceniza, sopló sobre ella y se lo entregó. Cuando le tuvo en la mano don Fadrique, se arrojó y le besó las manos al descendiente de los Manrique de Lara, tan admirado por la villa y más aún por la casa de los Torrecillas.

Cuando llegaba a Navarrete, estaba anocheciendo pero, esa nocturnidad era bien venida, para solucionar un triste caso que la fatalidad había querido colocarle a esa familia tratando de dislocarla.

Yo os recomiendo, don Fadrique, que, para bien de todos, aguarda a nuestro hijo esta noche de la cárcel y lo mandas inmediatamente a Flandes para que sea un defensor de nuestra causa. Esta es la única forma de que todo pueda quedar más suavizado.

- Como podré yo eso hacerlo, señor?
 - Yo os doy un seguro para que se le permita retornar por una hora a vuestras casa, para ver a la madre. Una vez allí ya sabéis lo que debéis hacer, pero por vuestras intenciones.

CAPITULO X X

Mucho le dolió a doña Leonor saber la decisión que había traído su marido respecto a su hijo Fernán; duro había de ser para esa buena madre, ver partir al hijo queriendo camino de la guerra en Flandes, donde hasta podía hallar la muerte como tantos y tantos españoles, pero, también pensaba que todo era preferible antes que verle en un Auto de Fe en Logroño. Bien sabía que los tribunales de su tierra eran duros como los que más de España. Que la Diócesis de Calahorra había hecho grandes procesos contra los judíos, hechiceros, brujos, y moriscos que habían trascendido por todo España. Han conocido hasta que murió en la Villa, al iluminado Antonio Diez Hurtado, quien ha padecido destierros, y le llevó a la ruina sus creencias y visiones, acabando encerrado en el viejo Convento de San Francisco. Preferible era verle partir en busca de la guerra que verle preso y torturado, por más que la razón estuviera de su parte.

Llegado a la Villa, se presentó don Fadrique con el seguro del Duque para tener al hijo durante una hora en su casa. Leído por la autoridad, se le permite ir al palacio de once a doce de la noche, para abrazar a su madre y estar con ella durante ese breve tiempo.

Custodiado por guardia ha llegado a la casona donde era esperado por la madre y toda la servidumbre.

En los primeros escaños se abrazaron y se besaron muchas veces. No había fuerza capaz de separarles a madre e hijo. Al lado de ellos estaba Magda llorando también. Nadie sabía el dolor de aquella joven mujer, ex-

cepto Fernán, que tras de su madre fue hacia ella y se fundieron en un largo abrazo, mientras que don Fadrique le decía a los criados que preparasen para aquella guardia una pequeña cena, mientras había de estar su hijo en casa. El quería celebrar esa salida y obsequiar a los hombres que le habían acompañado hasta su casa.

No había tiempo que perder. Don Fadrique había estado organizando todo para que saliera huyendo sin ser visto.

En aquella hora concedida como gran merced, el joven acompañado de un hombre de confianza, que había mandado llamar don Fadrique, saldría a todo correr camino de Fuenmayor y pasado el Ebro, huir por tierras de Alava y Navarra buscando la frontera. En una hora podían hacer

varias leguas, y así se hizo. Se despidieron padres

y Magda de él, muy a solas en sus habitaciones y con muy

poco equipaje bajaron en silencio hacia las cuadras donde

había dos [redacted] caballos dispuestos. El soldado que

habían colocado en aquella salida, fue invitado a subir

para cenar con el resto de la escolta y los hombres del

servicio, en una habitación destinada a depósito de cereales, así que aquella salida estaba libre. Nadie podía

sospechar que en una casa tan honorable como aquella pu-

diera salir el hijo engañando a la autoridad, cuando el

padre era autoridad civil máxima.

Antes de marchar, le dijo don Fadrique:

- Ante todo, hijo mío, pórtate como un hombre decente de tu tierra. Trata de ser honrado con Dios y con los hombres.

Para con el de todo lo alto, sed siempre lo que vuestra madre, desde niño os tiene enseñado; para con los hombres, sed hermano y bizarro contra el enemigo, a los que

jamás habéis de temer cuando peleando por nuestra patria se ventilen cuestiones de honor y de fe. Sed generoso para con el débil y dad lo que tengais en nombre de Dios, nuestro Señor. Que Dios os guíe y que volvais, hijo mío, cuanto antes a la casa de los padres.

¿a sabeis que aquí estaremos día tras día pensando en tí, los tres que más te queremos y todos aquellos que te han visto nacer y mucho te quieren"

Cuando los caballos salían camino de la calle de San Juan cantaba el cárabo por encima del cerro.

La noche estaba oscura pero muy estrellada. Los caballos salieron como volando dejando atrás un pueblo que ignoraba aquella huída. Sobre lo alto del cerro

se divisaban las altas murallas de la fortaleza, entre las que estuvo preso el Obispo de Zamora don Antonio de Acuña, personaje muy importante en favor de los comuneros, quien llegó a ser descubierto cuando perdida la sublevación huía camino de Roma, y traído a Navarrete por el capitán Gonzalo de Oviedo que le reconoció, fue preso en el fuerte y después ajusticiado en tierra de Simancas.

Atrás quedaba todo cuanto Fernán más quería.

Se hizo la señal de la cruz sobre el rostro y por intermedio de aquellos luzeros que les vigilaban desde lo alto, les envió un recuerdo a quienes aún seguían llorando en la lujosa casona de su amada Villa.

-¡Volveré; ¡Volveré; -decía sin cesar y con plena decisión. ;Yo tengo que volver a mi pueblo donde tantas cosas he dejado hilvanadas;

de San Juan cantaba el cántico por encima del cerro. La noche estaba oscura pero muy estrellada. Los caballos salieron como volando dejando atrás un pueblo que ignoraba aquella huida. Sobre lo alto del cerro se divisaban las altas murallas de la fortaleza, entre las que estuvo preso el Obispo de Zamora don Antonio de Acuña, personaje muy importante en favor de los monarcas, quien llegó a ser descubierto cuando perdida la elevación hula camino de Roma, y traido a Huelva por el capitán Gonzalo de Oviedo que le reconoció, fue preso en el fuerte y después ajusticiado en tierra de Siniestas.

Después quedaba todo cuanto formaba una gran plaza. Se hizo la señal de la cruz sobre el castro y por intermedio de aquellos muros que las vigilaban desde lo alto, les envió un recuento a quienes aún seguían llorando en la lujosa casona de su amada Villa.

-¡Volveré! ¡Volveré! - decía sin cesar y con plena decisión. Yo tengo que volver a mi pueblo donde tantas cosas he dejado olvidadas;

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Siempre entre tinieblas, dejaron atrás Fuenmayor.

Cruzaron el Ebro por Lapuebla de Labarca, donde había efectivamente una gran barcaza, que amarrada a una gruesa maroma servía para alcanzar la otra orilla. Cuando amanecía por tierras de Aragón ya estaban en mitad del territorio alavés buscando las tierras de Navarra.

Llegados a la frontera, el hombre que con Fernán iba y que bien conocía el terreno por haber estado al servicio de los Manrique, se presentó ante el jefe del pasó fronterizo entregándole una orden del Duque, que le había dado a Don Fadrique, pero, que no determinaba persona ni tiempo. En ella se decía que los portadores iban camino de Flandes buscando dar su vida en provecho de España y de su fe cristiana. Cuando esto leyó aquel hombre miró al otro personaje, que ni se bajó de la caballería y quitando la cadena que cerraba el camino les saludó deseándoles suerte.

Quando cruzaban algunos pequeños poblados de la vecina Francia, en más de una ocasión se hubieran bajado de los caballos para rectificar posturas hostiles contra ellos, viéndoles que eran de España, pero... como llevaban oculto el grave problema de la villa, había que soportar todo hasta llegar al cuerpo español que se batía en tierras de Bélgica.

Tras de largas jornadas poco agradables y llenas

de amargura se internaron en territorio belga.

No hacía dos días que se hallaban en la plaza de Vinach, donde estaba el señor de Vargas, cuando surgió una revolución instigada por los inquietos condes que tanto que hacían daban a España desde hacía varios años. Con ellos estaban complotados los monseñores Capres y Goinies. Los rebeldes quisieron apoderarse de la plaza, pero, todo fue en vano. Aquel puñado de españoles estaba dispuesto a morir antes que deponer las armas rindiéndose. El asedio fue muy duro, pero, lo soportaron heroicamente y fue allí donde Fernán tuvo su bautismo de sangre.

Toda Bélgica estaba en armas contra los extranjeros y, estos, por su parte, estaban decididos a imponer las leyes del Rey Felipe a costa de todas las vidas que fuese preciso.

A Vinach ha llegado un herrero diciendo que en Amberes se necesita ayuda. Las tropas de Sancho de Avila están acosadas por un ejército enorme, y es preciso que de Vinach partan tropas en apoyo de aquella plaza o, de lo contrario puede sucumbir a corto plazo.

¿Cómo salir de Vinach estando cercados también?...

Pide el señor de Vargas voluntarios y se le llena el patio de aquella fortaleza de hombres que quieren salir en defensa de sus hermanos. Aquellas no son personas, que más parecen leones, leones y parias a la vez. Su físico desaliñado... Sus rasgos estirados por la tenaza del hambre y sus vestiduras rotas en el fragor del combate, les dan un aspecto que, si no fuese porque dentro llevan un alma racional y cristiana -de lo que tanto presumen- podrían parecer ante cualquier extraño, caníbales.

bandos le dará la razón quien todo lo puede?" Y no estaba equivocado quien así juzgaba los hechos y las banderías políticas y religiosas.

Un día, han llegado hasta ellos la buena nueva de que las tropas de su Rey don Felipe, llegarán desde Luxemburgo, y, a cuyo mando viene Don Juan de Austria. ¡Gloria a Dios hijos míos; -les ha dicho el bravo capitán don Sancho.

Poco después ha pensado que no es bueno ni cuerdo esperar les encerrados y que preferible será demostrarle al de Austria y al Duque de Alba, que tienen voluntad y coraje para llegar hasta ellos.

Ha reunido a toda la tropa sitiada, cada día más diezmada y les ha echado una arenga donde elevó tanto tanto, aquellos bravos corazones, que ya no les importa un bledo morir allí mismo. Eran un puñado de valientes, un

grupo tan compacto, tan bien unido en sentimientos, que formaban un bloque de acero muy difícil de contener. Además, como ya se ha dicho, tenían fé ciega en el Altísimo, y por El estaban dispuestos a dar su sangre como la dio el Hijo y como le imitaron apóstoles y mártires.

¡Ay, cómo rezó esa noche antes de comenzar la batalla Fernán; Cómo le pidió a Dios a la virgen de Valvanera y a la del Sagrario, por sus padres y por Magda. Lloró, el pensamiento llevado hasta España y a su pueblo riojano, le hizo ver las muchas escenas que llevaba grabadas en las retinas y lloró en silencio. En silencio pensaba: ¡Ah, si no fuese porque defendiendo causa tan justa para la fe; si no fuese por lo que he venido huyendo hasta aquí, ¿qué me importaba a mí por la Austrias, ni por los duques y condes de tal o cual titulación? Es por Cristo por lo que lucho y espero que El sepa comprenderme y llevarme otra vez a

mi villa, para aclarar algunas cosas que han quedado silenciadas. Pensó en Magda, a quien le mató al hombre con el que posiblemente se podía haber casado. El era un miserable... ¿Dónde podía estar mejor que donde estaba un criminal como él?... Pensó en sus criados, Martín y Lisandro, que tantos años había estado con los dos y tantas picias le había hecho ya de mayor. Y por último se acordó de Beatriz y de los conjurados en aquella casa de Los Duendes, donde había conseguido llegar y verles reunidos descubriéndoles su trama. Quién sabe qué ha sido de ellos... Posiblemente están todos en las cárceles o expulsados de España. Si tal ha sido, jamás veré a la bella Beatriz, pero por qué no verla si lo deseo. No no, que no se vayan de la villa; que no se vaya ella, que, a fin y postre supo llevarme hasta donde ellos se reunían y yo canallescamente -que esa es la verdad- hasta la traicioné.

El toque de clarín lo sacó de tales meditaciones y acudió a misa. Aquella misa era para ellos como la que escucha aquel que está en capilla ardiente, y poco después será ejecutado. Las posibilidades de salir con vida de aquel cerco eran mínimas, pero, quizá por eso fue escuchada por todos devotamente.

Se colocaron en orden de iniciar el asalto a todo Amberes y dio la orden de [REDACTED] ataque aquel valiente oficial. ¡Terrible locura; Cogió Fernán el alto pendón en el que estaban pintados un crucifijo de un lado y Nuestra Señora del otro, y pasando sobre el puente elevadizo se lanzaron tras de él como fieras al grito de ¡Santiago, España!

Cuatro mil soldados en armas los estaban espe-

rando por las calles de la ciudad. La consigna de los españoles era prender fuego donde conviniera, para lo cual llevaban en una mano la espada y en la otra un hachón de larga paja y brea encendido.

Los mil infantes y los quinientos caballos de Sancho de Avila, se extendieron sobre toda Amberes como huracán devastador. Aquella ciudad, que gozaba de ver sitiados a estos hombres que hacían no pocas barbaridades, se vio de pronto mecida en un mar de confusiones y dentro de unos resplandores que parecían caídos del cielo como castigo. El fuego se iba apoderando de la ciudad. El griterío era enorme. Las gentes se tiraban por ventanas y balcones al oír que el fuego acabaría con todos ellos.

Los hombres huían despavoridos o se suicidaban temiendo un desastre total. Al puerto acudían a miles los que pretendían embarcar y eran muchos, muchos los que se ahogaban indefectiblemente, por temor de aquellos leones de Castilla, que luchaban alocados sin nadie que pusiera orden y ordenara la batalla. Parecía que Uno solo desde lo alto les ayudaba, uno que -para ellos- aparentaba ser General Supremo de los Cruzados. Más de ochenta casas cayeron en el primer tiempo calcinadas. Más de tres millones de pérdidas ocasionaba el ataque sin orden ni control, nueva táctica española en casos de asedio. Más de seis mil víctimas de tal locura estaban muertas o clamando ayuda por las heridas sufridas. Y, sin embargo, las tropas de Sancho de Avila, sólo tuvieron veinte muertos y cien heridos. ¿Qué menos se podía pedir?

Con estos dos principios que hemos mencionado, se fue fraguando en la guerra de Flandes aquel mocito riojano que era cordero en la paz y fiera en la guerra.

Era uno de los más distinguido por juventud y por-

que todos sabían de qué familia era y qué recomendación había llevado del Duque de Nájera. Nunca olvidó Fernán, aquellas frases que le dijo su padre cuando le dio el último adiós. Hasta ese momento, ni una sola de las recomendaciones había sido traicionada, y no lo haría jamás.

Noche tras noche, mirando al cielo donde se veía un azul infinito, rezaba la oración que aprendió desde niño por boca de su madre, y se acordaba de todos.

¿Cuántos sufrimientos le quedaban por soportar? Eso estaba por saberse como en la vida de cada mortal que sin desearlo le traen a este mundo.

CAPITULO I I

Al día siguiente de marchar Fernán, camino de Flan-
des y una vez que los ánimos de sus padres volvieron a
tranquilizarse pensando como sabemos que mejor era verle
libre en la guerra que no encadenado en prisiones, -sien-
do vergüenza y crítica en toda la comarca hasta que las
aguas volvieran al camino de la justicia, pero, eso esta-
ba por verse- cada cual comenzó sus tareas dentro del mu-
tismo a que obligaba aquella anormalidad. La paz había que-
dado rota posiblemente por mucho tiempo, pero, había que
reponerse y obrar esperando a ver qué deparaba el destino.

La vida sigue y sigue y es preciso luchar mientras se es-
tá sobre la áspera corteza sobre la que nos han dejado.

Don Fadrique estaba haciendo cábalas so-
bre cómo pudo ser que su hijo le dijese lo ocurrido con los
pliegos en cuestión y luego no estar allí todos. Incluso
Magda los había visto y para su entendimiento...no eran
los mismos. Fue tan precipitado todo en catorce ho-
ras que ni tiempo hubo para hablar a solas de semejante "ne-
gocio" clandestino. Era más importante la salvación
de Fernán y a ello se dedicó, pero, ahora que ya estaba a
salvo, podía ocuparse del tema que nada sabía en concreto.

Lo que sí sabía era que, en casa de Los Duendes se hacían
reuniones para atentar contra el estado la fe y la paz del
pueblo. De ahí era de donde tenía que sacar la hebra y
que por ella se descubra todo, hasta tener noticias de su
hijo. Era uno de los más distinguidos por juventud y por-

Y como primera medida, bueno será vigilar esta mi casa, donde, como ya en otras ocasiones, he sospechado que hay "gato encerrado" al faltarme documentos, o saberse en la calle asuntos que sólo aquí se han tratado y en secreto. Cuando don Fadrique estaba pensando en tales circunstancias, y Martín, aún lloraba la ida del gallardo y gracioso mozo, Magda, que no tenía pelo de tonta y que no quedó convencida cuando vio aquellos documentos, estaba con su ojo izquierdo escudriñando a través de la cerradura y puerta de Crispín, para ver qué hacía aquel en su interior. Bien sabía ella que no era correcta semejante actitud, máxime en una mujer, pero, en tales momentos la justificaba; no era mera curiosidad, había algo grave en defensa de la casa de los Torrecillas y ella era parte.

Allí estaba el astuto administrador sentado delante de una mesita escribiendo con marcado entusiasmo.

No sabía Magda lo que escribía, pero, se lo temía. Seguro -se decía- que no es trigo limpio lo que está aventando ese hipócrita. Y pacientemente, se dedicó a seguirle sus movimientos. Cuando terminó de escribir abrió un cajón y sacó un libro. Levantó su tapa y del hueco que formaban las bien disimuladas hojas, sacó varios papeles, los repasó y Magda los iba contando: Uno...dos...tres...cuatro. ¡Esos son los que ha robado; ¡Esos son los que trajo Fernán y yo le vi en la mano; ¡Ah, pícaro tunante; Crispín, sonriente, pensaba lo bien que había sabido burlar a su señor, cuando fue informado del hecho en la Casa de Los Duendes. La joven estaba nerviosa, sin saber qué camino seguir. ¡Llamar a don Fadrique y decirle toda

la verdad? ¿Y si mientras tanto este hombre sale de casa llevándose los documentos?... No no -se decía- mejor es ahora mismo, ahora mismo, y decidida como lo hubiera hecho Fernán, llamó en la puerta sin apartar la mirada por ver lo que Crispín hacía al oír los golpes. Precipitado metió los pliegos en el libro que era una caja, la cerró y colocó en un estante. Viendo a Magda en la puerta le dijo con oscuro gesto:

- ¿Qué os pasa...? ¿Qué es lo que queréis?

- Vengo a limpiaros un poco la habitación, si es que no os molesta, Crispín.

- ¿A limpiar decís?... ¿Desde cuándo hacéis tales cosas?

En aquellas palabras se denotaba desconfianza hacia Magda.

- Pues, quizá desde hoy. Ya sabéis cómo todo ha cambiado y "W" como no tengo nada que ver en esta casa... como yo aquí no soy nadie" pues he de hacer esto.

Crispín no le respondió y cogió, con disimulo, el falso libro.

- ¿Leíais?

- No no. -contestó el administrador con desdén.

- Sin embargo, tenéis un libro. ¿De qué trata... si es que puedo saberlo?...

- No lo comprenderíais, Magda.

- ¿Tan complicado es? Permittedmelo -y acercándose al zorro administrador se lo arrancó de la mano.

Al verse Crispín sin el libro fue hacia ella y agarrándola del cuello fuertemente, le obligó a soltarlo, no sin antes haber dado un fuerte grito que se escuchó en toda la casa, después del cual quedó desmayada por la presión de aquellos dedos que le rodeaban el cuello.

Al escuchar el grito acudió Bárbara con paso lento por los muchos años y, Paula que, asustada, preguntaba qué era lo que había pasado. En la puerta estaba Crispín turbado, indicando que Magda estaba desvanecida en el interior. Las dos mujeres se asustaron al ver a la moza en semejante estado, y se apresuraron a llevarla al lecho. Cuando fueron a decirle a Crispín que les ayudara, el administrador había desaparecido. Por la mente de las dos mujeres pasaron ante tal situación los juicios más extraños para ambos. ¿Qué hacía aquella mujer en la habitación de Crispín? ¿Qué diablos significaba aquel desmayo...? ¿El y ellas cerrados, y luego aquel grito?... La pobre Magda, que aún estaba sin recuperar el conocimiento era juzgada despiadadamente por sus antiguas servidoras. Paula, fue a dar la noticia a doña Leonor, mientras que Bárbara, se decía a sí misma: "Esta jovencita está loca... Aún no se le han secado los ojos por la ausencia de Fernán y ya está en trapicheos con Crispín... ¡ay ay ay, qué juventud esta que tenemos hoy..!"

Quando lo supo doña Leonor pensó que, lo mejor había de ser echarla de casa, pero, mientras esto llegaba, -y no se había de hacer tan precipitado- aconsejó a la servidumbre callarlo a cal y canto. Ya tenían bastantes disgustos desde hacía dos días.

Don Fadrique escuchaba las frases de su mujer con calma, al mismo tiempo que Magda estaba pidiéndole licencia para hablar con él a solas. Las tres mujeres pensaron "¿Qué le irá a decir ahora ésta al señor...? ¿Querrá confesar su delito y demostrar que es inocente?... Como que no sabemos que, después de volver

en su juicio, ha preguntado dónde estaba Crispín, y en poco estuvo que Bárbara no le dijo un disparate... Y su colmo —para ellas que ignorantes estaban de todo— fue cuando Paula le dijo que había salido él avergonzado, limitándose ella a decir sólo una palabra: ¡Canalla!" Siendo eso así, ¿para qué preguntarle nada? Estaba todo muy claro.

Magda, le explicó a don Fadrique todo tal y como ella lo había visto. Don Fadrique quedó convencido de que en aquellas palabras estaba toda la verdad, dejando aclarado el mal concepto que de ella habían sacado las mujeres.

Aparentemente quedaron convencidas, pero, cuando estuvieron a solas y cambiaron impresiones, les parecía más mentira lo que decía su señor que lo ocurrido a Magda con Crispín. Al fin y al cabo, pensó Paula, ¿qué pueden hacer sino echar tierra encima? Son como sus padres y nada más, y ahora que falta Fernán, pues más para volcarse hacia ella.

Muy ignorante estaba Magda de cómo había sido juzgada, y como no había de sacar jamás relación del suceso porque era asunto muy grave, pues peor que peor para juzgarla como culpable.

Don Fadrique llamó a Martín y le dijo que fuese inmediatamente a casa de Crispín, que lo necesitaba ahora mismo. Así lo hizo y, al cabo de unos minutos era recibido en la sala por su amo, llevando en la mano el libro simulado que le había pedido Magda y al no dárselo trató de arrancárselo de las manos. Quiso hablar el pícaro administrador pero, don Fadrique le dijo con voz enérgica, sin darle tiempo a poder hablar:

—Quiero hablar muy pocas palabras, pero que sean de hombres. ¿Qué hacíais en vuestro cuarto cerrado?

No se turbó Crispín lo más mínimo, que ya estaba acostumbrado a enfrentarse con problemas de todo orden y dijo con la mayor sangre fría:

- Señor... Ved que uno tiene sus problemas particulares y que en ratos libres he de ocuparme de ellos como ya el señor Alcalde me tiene dado licencia. Trataba de buscar solución al pleito que hemos de establecer sobre las propiedades del Camino del Calvario. Antes de abrir la puerta a Magda, leía los pliegos de cargos que hago sobre la viña y olivar que, como sabéis han de ser patrimonio de los Infantes y de los Somalo. Cuando ella llamó cerré mis documentos en este libro, que siempre guardo para los temas privados. No se pueden tener a la vista ciertos papeles. Si vos queréis verlos, señor.

- No no. No os molestéis. Cuando penetró Magda y os pidió el libro vos negásteis hasta entregárselo en la mano. Ella os lo sacó de entre las vuestras y vos fuisteis a hogarla. ¿No es eso verdad?

- No señor. Decid que fue ella quien vino a mi habitación so pretexto de limpiar, buscando trabar conversación que rápida la llevó al terreno que buscaba. Yo la reprendí por lo atrevido y porque mucho la estimamos todos, pero ella, tirándose al cuello, me imploró cosas que... como hombre no he de decirlas, ya que son asuntos privados entre hombre y mujer...

- ¡Mientes; ¡Mientes; -dijo don Fadrique lleno de cólera.

- Señor, conocéis mi proceder desde hace muchos años en esta casa, y siempre a vuestro lado.

- Reflexionar bien lo que habéis dicho o; juro por Dios que os ha de costar muy caro tamaña invención contra el honor de Magda;

- Señor. si vos queréis que os cuente todo todo...-muy a pesar mío os lo he de decir- pero estimo que es mejor dejar que pase el tiempo y veréis todo palpable.

- ¿Palpable qué, qué?... ¡Aturdido me dejais con semejantes palabras. ¡Dejadme a solas;

Dicho esto y saliendo Crispín de la sala, se puso a meditar don Fadrique, dentro de aquel océano de confusiones en que se hallaba metido. Magda no podía mentir,

ella no era capaz de inventar cosas semejantes, además era claro que allí se habían trucado los papeles, pero...

Crispín era muy ducho en todo, aunque jamás le hallaron en falta de dinero, en confusión sobre pagos o entregas

de dineros... ¿Quién de aquéllos dos era el falso encubridor? Ah, si hubiera estado Fernán qué fácilmente hu-

biese sido todo. Se retiró a descansar y procuró dormir, aunque bien difícil había de resultarle con semejantes pensamientos revueltos en su cabeza.

CAPITULO I I I

Cuando el capellán quedó informado de la huida de Fernán, favorecido por el Duque de Nájera, vomitó en cólera como un endemoniado. Para él era don Fadrique -desde hacía no poco tiempo- un enemigo del que un día u otra tenía que desquitarse. El triste suceso acontecido en el gradería, con uno de sus sobrinos y presunto novio de Magda, tiró por los suelos aquellos pequeños resquicios de un mejor entendimiento que, de vez en cuando parecía entreverse. Una vez más se fomentó la enemistad. No aceptaba de buen grado aquel presunto noviazgo que le habían dicho pretendía Diego, con la moza de la casa de don Fadrique, y hasta se le oyó decir: "De todos modos ella no lleva sangre de los Torrecilla. Ya le haremos cambiar cuando entre en la casa de los Suarez" El motivo de ser Comisario de la Inquisición en la Villa, se debía más que a su capacidad intelectual, a la fidelidad con la religión, no obstante, los viejos cristianos de Navarrete, conocían a fondo los antecedentes de don Anselmo y de su padre, del que se decía que fue mandado quemar vivo por Torquemada, en un Auto de Fé celebrado en Toledo el pasado siglo, cuando apenas había llegado al mundo su hijo.

La vida del citado capellán parece ser que fue bastante inquieta después de recibidos los hábitos, y no faltaba quien decía que había dicho en más de una ocasión que, más tarde o más temprano había de vengar la muerte de su padre. Si esto era o no lo era cierto, nadie lo sabe, ni los del propio Santo Oficio, que le

habían otorgado el más alto cargo dentro de aquellos tribunales, para ejercer su autoridad dentro de la Villa.

Sí se sabe y él nunca lo negó, que, en su juventud conoció las celdas de la Inquisición en Cuenca y en Zaragoza, pero, parece que adjuró de cuanto se le acusaba y salió hasta favorecido tras del proceso sufrido. Buena prueba es que, en cuanto llegó al convento recientemente trasladado a la villa, desde el Prado de Jesús, fue nombrado capellán.

El haber estado castigado y metido en prisiones por el Santo Oficio, ya sabía el pueblo y sus altos jefes que no era nuevo. Eso mismo -entre otros- le ocurrió a Fray Luis de León. A Santa Teresa de Jesús. a San Juan de la Cruz y a San Ignacio de Loyola. También sabían que los más crueles contra los propios judíos -que así pasa en todo lo del acontecer humano- son los mismos de la raza cuando tienen altos cargos. Torquemada venía de una familia de judaizantes, y ahí quedó su obra... El capellán poco a poco fue lavando aquella vieja historia inquisitorial y nadie la recordaba tras de llevar veinte años viviendo al pie del pueblo, y sin más procesos que el ordenar la prisión de dos bandoleros que merodeaban por la Rad y El Portillo de los Ladrones, y el de otro homicida, del que don Anselmo fue confesor antes de ir al suplicio.

Desde hace poco tiempo, no sabemos si porque las cosas de Estado andan un poco revueltas, quizá por lo de Portugal, o Flandes o por lo que sea, que este país nunca ha tenido cuatro años de calma chicha, el caso es que ya han sido varios los que le han dicho a Don Fadrique, que, el tal capellán es un buen perillán... Ya sabemos que hasta el

propio Duque de Lerma les ha traído la novedad ¿Será porque se acerca un cambio de política? ¿Ah los españoles qué astutos saben ser para esos menesteres... En cuanto se divisa cambio, ya están tratando de colocarse hacia aquel aire, tanto para evitar disgustos cuanto para seguir acomodándose con los nuevos mandatarios.

Don Anselmo no es tonto y algo está olfateando que se mueve en Madrid. Hay una causa que también debe tenerse en cuenta cuando el hombre llega a una edad muy avanzada, o bien se acobardan y no quieren salir de su casa, o por el contrario se van a los extremos, haciendo diabluras propias de adolescente. Esto era lo que estaba viendo que podía pasarle al capellán, según lo iba estudiando don Fadrique. Un consejo de tal o cual cura o fraile joven ha podido dominar sobre el y le está renovando aquella vieja pasión de la que ya parecía estar para siempre olvidado. Si sabido es que la cabra siempre tira para el monte sea más tarde o más temprano, en la cabra-Anselmo, se estaba viendo hacia donde quería rumbar, recordando posiblemente lo mucho que había padecido detrás de la Puerta Bisagra él y su finado padre.

Sea como fuere, allí el con sus pensamientos retrospectivos, lo que debemos contar es que, al otro día de la huida de Fernán bajó a Logroño para denunciar el hecho y comenzar a hacer sentir aquellas pasiones contra el mandatario de su Villa el señor Torrecillas.

- Es preciso -pensaba- dar principio a nuestra marcha eliminando a los jóvenes que un día pueden ser nuestros mandatarios y tan prepotentes como lo han sido sus padres.

En Logroño tuvo una gran desilusión porque

su jefe estaba en Pamplona, tratando asuntos de la Hermandad, y tuvo que resignarse a esperarlo pacientemente hasta que volviera. Cuando por fin le vio, tuvo la paciencia y habilidad de arrancarle aquella orden del traslado de Fernán cuando se presentara en su pueblo, para ingresar en los calabozos inquisitoriales. Como se reía cuando subía por el Camino Viejo el astuto capellán, buscando hacer víctima del suceso al hijo del Alcalde Ordinario.

Cuando supo que era huído y que estaba luchando con heroísmo en Flandes mordió los papeles y hasta soltó una gruesa blasfemia.

- No importa... No importa... Yo esperaré a que vuelvas. El delito es delito mientras vive el causante y tú lo has de pagar siempre que yo viva. ¡Por estas!

Pocas horas después se acercó a la casa de Don Fadrique, llamó en la aldaba y con cara de perro le decía cuando tuvo frente a sí al Alcalde:

- ¡Lo que vuestro hijo ha hecho es lo más vergonzoso que he visto en mi vida; Por un lado, el crimen, de lo que no es posible la escapada, y menos ante Dios, y tras de ello la vergonzosa huída para no dar la cara... ¡Ah qué mancha tan horrible ha echado sobre esta familia.; ¡Ni el tiempo ni las grandes obras que ya se hagan podrán tapanla;

El torturado padre, por no buscar otra pelea, que ya tenía bastantes, calló y no dijo nada, ya veía que el capellán sólo quería reñir y buscarle el cómo desesparar.

- ¡Vergonzoso; ¡Qué vergüenza; ¡Un hijo del Alcalde; ¡Una muerte ante la misma casa de Dios; ¡Qué vale lo que vio Jesucristo para esto? ¡Qué fue lo que aconteció en Galilea ante esta villanía? Porque, don Fadrique, es-

to ha sido una villanía, tenéis que reconocerlo;

Don Adrique, que ya no pudo aguantarse más le dijo levantando la voz al máximo:

- ¡Basta; ¡Basta ya; ¿Está olvidando que ésta es mi casa? ¡Basta ya he dicho!

- Quiere decirse, entonces, que el señor Alcalde Ordinario, el Caballero de Calatrava, aprueba estas acciones?

- ¡Yo no he dicho que las apruebo o que las rechazo;

Como Alcalde y como cristiano viejo que soy, y no como otros, las rechazo totalmente. Como padre acepto lo hecho y más sabiendo cómo fue en realidad lo que allí aconteció.

- Me lo suponía... Si es que yo me lo suponía, me lo suponía... Cuando no hay verdadera fe se dan falsas noticias y torcidas versiones, pero esa no es la verdad.

¿No vésteis a María cómo dejó hacer con su hijo?

En aquellas frases estaba claro el odio que aquel hombre sentía por la casa Torrecillas, pero, reponiéndose le dijo:

- Se bien lo que pretendíais, señor capellán. Hubiérais dado capellanía y media vida por ver a Fernán colgado de un patíbulo o quemado metiéndole vos el fuego, pero os habéis equivocado esta vez. Se queman a otros, señor capellán, a otros que tratan de destruir a esa Virgen Santísima que me decís dejó que crucificaran a Su hijo.

- ¡Mirad lo que decís; -gritó alocado el capellán.

- Dicho está y os diré más: Si tal ejemplo habéis puesto de la Virgen María, decidme ahora ¿por qué vos, señor capellán y Justicia Mayor del Santo Oficio en la Villa, dijísteis en una ocasión que, más pronto o más

tarde, habéis de vengar la muerte de vuestro padre?

Quando oyó estas palabras dichas sentenciosamente por el Caballero de Calatrava, que también tenía su poder por pertenecer a dicha orden, y creído el capellán de que nadie del pueblo las sabía, se dio media vuelta y echándole una mirada feroz y de revancha, se alejó camino del convento murmurando no se sabe qué por lo bajo.

Por las escaaleras se cruzó con doña Leonor, que bajaba para ver qué le ocurría a su marido, al gritar tanto con alguien. Don Fadrique la puso al corriente de todo y hasta la buena de doña Leonor acabó criticando a un pastor de almas, que, de pastor tenía lo que el murciélago de buena vista. Acabó por decirle su marido, mientras subían ambos las escaleras:

- Yo os aseguro que de hoy en adelante, he de atar de muy corto a este capellán, y he de buscarle sus turbias manio-
bras, que sabido es o sospechoso es que las tiene.

CAPITULO IV

Cuando estas acciones pasadas ocurrían en la Villa y en la casa de don Fadrique, dirijamos nuestras miradas a otro punto del pueblo y veamos lo que ocurre dentro de aquellas paredes.

Parecía como si el trágico suceso de las gradas iba a traer en danza a todo el pueblo y por muchos años. No es tampoco cosa extraña, que, cuanto más pequeña sea la población son mayores los efectos de las desgracias que acarrea una tragedia. Qué vecino será el que no esté ligado por una u otra familia o circunstancia a las familias en tigio.

Pues, como decíamos antes, en otra casa del pueblo están ocurriendo hechos que hacen relación directa con el joven que ya está en tierras de Flandes. Esta casa es la de don Pedro de Alcanadre.

Dura es la porfía que allí está entablada entre los padres de la moza ¿Motivos? Muy sencillos. No había llegado a Bélgica Fernán, cuando Beatriz, tras de lo ocurrido aquella noche, se marchó de casa sin saber sus padres el paradero. A los dos días se les comunicó que estaba en un convento del pueblecito vecino llamado Entrena, y del cual había dicho que no saldría jamás, ¡jamás!, si su amado Fernán tenía la desdicha de morir en Flandes.

Don Pedro, cuando se enteró del caso, comenzó a maldecir y a culpar a una de sus criadas de tan situación.

Tenía una mujer en la casa que había venido de dicho pueblo y tuvo que ser ella y no otra la que le orientó el camino a seguir, haciéndole caso la infeliz criatura, y no por devoción, pues no era mucha la que sentía, sino por dar que hablar un poco más en el pueblo, y por alejarse de su padre sabiendo que era ella la que allí había llevado a Fernán para descubrir la reunión. Pero más lo hacía en el fondo de su manera de ser por la primera supuesta.

Hay mujeres que necesitan estar en candelero por la causa que sea, tanto que haya elogios como críticas, y Beatriz era una de estas. ¿No era bonito motivo el meterse monja?... Pues tal hizo sin meditarlo mucho.

Cuando llegó al convento fue recibida con cierto recelo por la madre Superiora, y, en examen mandó que se tuviera durante quince días, en tanto habían de acudir sus padres para ver la causa de aquel encierro de clausura.

Mientras tanto, le dieron una celdilla humilde, como todas las de las madres, que, allí, el lujo, no se conocía ni en la cocina ni en el vestir y obrar. Cuando vio su estancia hizo cierto mohín... ¿Quién habrá dormido en ésta cama antes que yo...? ¡Oh, cuanta oscuridad, señor; Si aquí todo es viejo y sin blancura...

La primera noche no durmió pensando en Fernán; en lo que estarían hablando sus padres sobre ella, y los problemas que había acarreado estos últimos tiempos.

Aún no había comenzado a clarear cuando se despertó por culpa del tocar de una campanita llamando a misa.

Se tiró del pobre catre y fue a asomarse a la estrecha ventanilla. Qué radiante venía la mañana. Con qué alegría cantaban los pajarillos al alba, sobre cercas y frutales.

Allí a lo lejos, sí, sí, allí, un poco a la mano de-

recha, a menos de una legua de camino, estaba su pueblo dulce y hechicero, valentón y arrogante, como gallo encrespado sobre la tapia del corral vecino. Allí estaba su lar alegre y señorón, bordeado por una larga hilera de arcos, como bello encaje en vuelo de enagua parda.

Allí estaba la villa más romántica del Adelantamiento de Burgos, que era Cabeza de Castilla. Allí sus palacios, sus hornos de alfareros, sus talleres, trujales, molinos, fábricas de aguardiente, picapedreros y rondadores.

Le parecía igual que Pamplona, ciudad que bien la conocía. Tenía Pamplona un castillo sobre San Cristobal, también Navarrete tenía ese montecillo cerca de la villa.

¡Ah! Navarrete, Navarrete de mis amores y de mis tormentos; Qué hermosa estaba la vega vista desde Entrena.

Con semejante marco a la vista, ella que era no poco dispuesta para escribir y ordenar versos, tomó la pluma y sobre un papel escribió:

Amor mío que estás lejano

y de mi voz no oyes el eco,

¿por qué ido fuíste tan temprano

dejándome el arroyo seco?

Tan ciega estaba Beatriz escribiendo y soñando en cada frase a su amado, que olvidó el toque de campana y, cuando le recordó ya era tarde, pues las madres y hermanas estaban todas en la iglesia del monasterio.

Al no verla presente, la madre Sacramento subió a su celdilla, temiendo que algo pudiera pasarle. Abrió la puerta y no estaba, ya había salido. Sobre su pequeña mesita halló un papel escrito... ¿No será la despedida de esta joven rica de Navarrete?... Lo cogió para leerlo

y quedó perpleja con aquella estrofa primera que repitió varias veces, diciendo ¿Amor mío a El o amor a otro?...

¿Qué lenguaje es el de esta mujer que no lo entiendo?

Cuando fue a seguir y leyó:

Ya que te fuiste, amor de mis amores

traeme prendidas victorias mil...

¡AY, ay, ay!... No quiso seguir más la buena madre, entendiéndole que hombre había por medio. Lo dejó donde estaba y se lo contaría a la Superiora. Bajó al templo y allí es-

taba la joven rezando detrás de todas las demás hermanas.

Arrodillada y con las manos tapándose la cara. ¿Qué rezará esa infeliz criatura? Seguramente -pensaba la madre- por que le venga el joven con altas condecoraciones...

Este mundo está perdido, Dios mío. ¿Dónde vamos a ir con estas jovencitas de hoy, que sólo les seduce el amor y la riqueza? Esta chica no puede dedicarse jamás a Dios, y se lo diré en cuanto esto acabe a la madre.

No se hizo esperar mucho la llegada del padre al convento. Como era recién admitida y nada le ligaba allí, ni nada sabían de ella, -menos de su voluntad, - se la entregaron y, el padre, les dio un puño de maravedís para ayuda a sus muchas necesidades. En un carruaje marchan los dos camino de la Villa, cuando el sol se ocultaba por la cordillera Cántabra, allí donde se eleva majestoso Toloño encima de la ciudad que ha dado nombre a una familia de las nobles de España; los Condes de Haro.

Beatriz bajaba con no poca desgana, figurándose que era muy pronto el regreso, cuando aún no se habían enterado los más de aquella decisión tomada tan a la desespe-

CAPITULO V

Al día siguiente de haber sacado su padre a Beatriz del convento de Clarisas, donde sólo estuvo cuarenta y ocho horas la veletera hija del judaizante, tras de lo cual no sabemos quién de ellos quedó más tranquilo, si ella, su padre o las monjas, llegó al pueblo un correo especial que traía correspondencia al Ayuntamiento y una encomienda destinada para don Fadrique. En seguida conoció el Alcalde que, aquella letra era la de su hijo.

¿Qué le diría? Seguro -se pensó- que le han dado una alta misión y quiere comunicársela a sus padres. Llamó a doña Leonor y juntos comenzaron a leer aquellos rasgos escritos con gran belleza, porque Fernán había sido muy bien preparado para las letras. Allí se decía:

"Mis queridos padres: No padeis penas por este hijo que va muy contento y orgulloso a defender nuestra enseñanza. Llevo recomendaciones excelentes que han de valerme no poco y, espero dejar honrada a la persona a quien voy encomendado por vuestra mediación, padre. Escribid a Amberes y contadme padre mío, lo que hicisteis de los enemigos que os entregué las pruebas. Mucho agradecería que me deis noticia sobre el escarmiento hecho, entre otros, a don Pedro de Alcanadre, que era jefe de tal reunión." Al leer esto sintió muy honda satisfacción y continuó leyendo a seguido: "Quiso Dios, padre, que no pudiésemos leer juntos aquellos pliegos que iban a salir presto para dos ciudades, donde se les indicaban detalles a sus respectivos cómplices, papeles que yo tam-

poco leí por el suceso que esa triste mañana me lo impidió, No puedo aseguraros nada, padre mío, pero creo que allí estaba en tal reunión -aunque presto se colocó un antifaz- nuestro administrador Crispín, a quien me pareció verle de espaldas" Cuando acabó este punto toda la sangre se le subió a la cabeza al Alcalde Torrecillas. Ahí estaba claro todo el argumento que tramó en contra de Magda, y cómo era ella quien llevaba razón. ¡Ah, canalla, yo te he de dar a tí reuniones con los traidores y tú más traidor que nadie estando a mi servicio; ¿Te das cuenta Leonor, qué turbios calvarios hemos levantado sobre esta pobre criatura que tenemos en casa?

No tenía importancia lo que decía después Fernán desde lejos de su patria. A su madre le decía en cariñosas frases: "Madre, yo os pido que no derramáis lágrimas por mí. Soy feliz y lucharé todos los días por nuestra España y nuestra fe. Sueño con vos y con todos, a los que no he de tardar a ver, mientras tanto rezad por mí y por todos los que estamos en tierras extrañas, que vuestros rezos han de hacer el mayor efecto ante el que todo ha creado".

Doña Leonor se puso a llorar como una niña y don Fadrique, presa de fuerte emoción y rabia, tuvo que dejar por unos momentos la lectura, que ya estaba casi terminada, pues sólo quedaban unas líneas para Magda y los servidores del palacio.

Cuando Magda supo que habían tenido noticias de Fernán fue corriendo hacia doña Leonor y esta le dijo que les había llenado de ilusión saber que su hijo estaba contento dentro de tanta desventura.

- ¿Se acuerda de todos?

- Si, hija mía, para todos manda saludos y abrazos.

Magda tenía algo más que preguntarle, pero, no se atrevió. ¿Sería indiscreción? Al cabo de unos segundos en los cuales cada mujer pensaba sobre aquel hombre en sus vivencias, Magda le volvió a decir:

- ¿Dice algo en especial para mí?

- No. Como para todos.

Estas palabras, las dijo doña Leonor, sin querer con un poco de desgana, nunca habitual en ella pero es que le salieron así en esa ocasión, quizás pensando en lo que de ella decía su amado hijo. Magda se dio media vuelta decepcionada y, en silencio, se fue secando dos lágrimas que nadie vio, pero que le abrasaban las mejillas.

¡Cuánto le quedaba por llorar aún a la joven doncella;

Terminado que hubo de leer la carta, salió don Fadrique para consultar el caso Comisario del Santo Oficio, el que por rara coincidencia—como sabemos—era su más odiado enemigo; el capellán. Ahora ya tenía una prueba definitiva y aquel hombre debía proceder en justicia.

Las palabras de Fernán tenían más poder que las torpes suposiciones del viejo eclesiástico. Llegado a su casa preguntó por el y le dijeron que había salido, podía ir a casa de don Sebastián, que era a quien había dejado suplente mientras él faltase. De sobra sabía don Fadrique que era Sebastián el suplente de don Anselmo, y que fallecido éste, había de ser el quien recibiera la antorcha del relevo. Se fue directo a la casa del ministro del Señor, y le hizo saber el caso, a todo lo cual daban crédito aquellas palabras de la carta recibida. Sabido esto, se extendió una orden de detención la que fue también firmada por el Alcalde Ordinario y el Barón de Valbornedo, que era Consejero del

Santo Oficio en la Villa.

Reunida la ronda principal, compuesta por ocho soldados del castillo, y dos hermanos del Convento de San Francisco, subieron calle Mayor arriba hasta llegar a la casa de los conjurados, que estaba sobre la mano derecha y próxima a la Puerta de la Almudena. Al mando de ellos iba el alférez Unceta. Cuando llamaban en la casa de don Pedro, eran las nueve de la noche. Al ver las gentes del pueblo la ronda y los hermanos delante se figuraron que, ello, era motivo de apresamiento y los siguieron desde lejos para ver en qué casa se detenían. Parados delante de la casa de Beatriz, llamaron en la puerta golpeando con una pesada cruz de hierro. Aquellos cuatro golpes resonaron por toda la calle Mayor. ¡Era la Santa Inquisición la que estaba en plena ejecución en su Villa; ¡Ay del que cayese en sus manos; Repitieron, y una voz desde dentro dijo: — ¿Quién va? — ¡Abran al Santo Oficio; ¡Es la Santa Inquisición; Los soldados, mientras tanto tenían las espadas sacadas y un fraile elevaba el farol que llevaba encendido. — ¿A quién buscáis? — dijo Alcanadre desde dentro. — ¡A don Pedro de Alcanadre; — le contestó el alférez. — Si es para prenderle, lo tendréis que hacer por fuerza — respondió el dueño sin abrir la puerta. — Viendo que los soldados se aprestaban a golpear, abrió el padre de Beatriz la puerta y escondió con un grueso palo se aprestaba a descargarlo sobre el primero que entrase en su portal. Los ocho soldados cayeron sobre el y de nada le sirvió aquella pretendida defensa. Sólo dos golpes tiró al primero que entró abriéndole una brecha en la cabeza y cayendo al suelo sangrando. Peor para el

judaizante, ya que se le acumulaba un nuevo cargo. Pocos segundos después, bajaba por la Calle Mayor metido entre dos grandes faroles, tocando uno de los frailes una gran campanilla que llevaba en la mano y custodiado por los soldados y el alférez. Aquel espectáculo hacía temblar a los vecinos, y seguramente estaba ideado para eso. El señor de Alcanadre, bajaba con el gesto demudado sin mirar a nadie. Los ojos sólo iban dirigidos a la preciosa alfombra de piedra redonda, que simulaba dibujos en toda aquella Calle que bien merecía llamarse de Los Caballeros, porque apenas había casa en que no hubiera un signo heráldico, algunos de ellos monumentales.

Dos años hacía que no se había detenido a persona alguna en Navarrete. La vida iba transcurriendo pacífica dentro de su recinto y sólo el grave suceso de Fernán y Diego les había traído conmoción. Lo de ahora ya era cosa distinta y por muy pocos conocida. No tardaron mucho en saber de qué se trataba y por qué motivos aquella detención. Las noticias en los pueblos, por más celo que se ponga en ocultarlas es sabido que corren veloces, igual que reguero de pólvora.

Por las ventanas y balcones, no faltaban caras mirando al detenido y haciéndole cientos de cargos tanto por la riqueza que tenía -mal ganada según muchos- como por sus engreídas aspiraciones a querer ser noble siendo un judío de sangre marrana.

Cuando llegó Crispín a casa de don Fadrique, este calló el caso y pretendió dar tiempo al tiempo, para ir estudiando detenidamente a ese hombre aún sin desenmascarar pero con muchas posibilidades de ser uno de los más responsables y el ladrón de los documentos.

Esperaba sacar más provecho teniéndole suelto pero atado de corto que no encerrado y con la boca sellada. ¡Ya te tengo en mis manos, tunante; -decía don Fadrique haciéndose el que poco o nada sabía del enredo.

Crispín, por su parte, calló el caso como si nada supiera, y sin insinuar que un hombre como don Pedro de Alcázar estuviese preso por la Santa Inquisición.

Como era tiempo de trilla, salió para las eras, donde estaban entregando los campesinos los diezmos y partes que les correspondían a la nobleza y clero parroquial.

Con ellos iba el cillerero que era el que se había de hacer cargo y guardarlo en "Los diezmos", lagares y depósitos que se habían construido recientemente frente a la Puerta de Santiago.

La casa de Beatriz permanecía cerrada. A ella nadie acudía para saber lo sucedido, los unos por ser judaizante y, los otros, porque se alegraban de que aquel fantoche estuviese apresado y cantando claro de dónde le habían venido las cacareadas riquezas. Los pueblos son así antes, después, y siempre. Es el goce de ver al vecino en peor situación que la suya, y si es persona con más riqueza o poderes, mejor que mejor: que lo lleven al Tribunal y que cante mejor que todos los gallos!

CAPITULO V I

A raíz del informe suministrado por Fernán, y después de la detención del padre de Beatriz, había dado un bando el Alcalde, para que se publicase en todas las esquinas de la villa, arrabales y pueblos dependientes de Navarrete, como son Hornos, Daroca, Sotes, La Rad, Vellilla y Fuenmayor, en el cual se decía que, todo aquel que a partir de esa fecha, se ausente del pueblo sin previa autorización y exposición de motivos, sería preso y juzgado como rebelde. Cuando supo el vecindario el texto de esa nueva orden se atemorizó, pues, en tales palabras adivinaba grandes represalias. El pueblo sabía que, quien había de pagar los vidrios rotos había de ser el, estaban tan acostumbrados a recibir palos sobre las flacas espaldas, que ésta de ahora ya no les extrañaba; con razón o sin ella la nueva disposición buscaría al pueblo débil para que sirviera de escarmiento y el rico -una vez más- salvaría todos los impedimentos. Pero, esta vez se equivocaban. No iba al azar lo reglamentado, que ya eran varios de Navarrete y pueblos dependientes de él que se sabía estaban fuera de las localidades.

Así las cosas, se llegó a los dos meses del deteniimiento de Pedro de Alcanadre al proceso en el que iba a ser juzgado. Ni qué decir tiene que este hombre no dijo una palabra para comprometer a nadie. Pero como era pública su culpabilidad si acreditó que la casa de Los Duendes estaba al servicio de él. Sabido esto

allanó la autoridad la vieja casa demostrando que las palabras de Fernán tenía razón. Al señor de Alcanadre había que llevarle al tormento para que por fuerza hablase cuanto sabía. Y fue así cómo el torturado judaizante,

acabó por decir en la revisión del juicio-con tortura como regalo- las personas que estaban junto a él. De ellas, ocho vivían en la Villa y siete en los pueblos inmediatos. Cuando se supo quiénes eran los encartados se les fue a detener, pero, sólo ocho se dejaron coger, los que fueron a para ipso-facto a los calabozos de la inquisición. Por mucho que se les quiso sacar la verdad sobre quién era el tal Salomón Levy, no se consiguió.

Según frases de todos, les era conocido por nombre pero no en imagen. Aparentemente, aquel hombre obraba individualmente quizá con nombre supuesto, y, desde un punto en incógnita les enviaba sus mensajes o sus decisiones.

A sus órdenes se reunían todos, pero, nadie sabía el poder que aquel tenía. Parece que el Jurado quedó convencido y de momento se resignaron a seguir la búsqueda.

A las veinticuatro horas, se procedía al Auto de Fe de los ocho acusados por complicidad para perturbar la paz ciudadana y cristiana. De los ocho acusados por don Pedro de Alcanadre, había dos sobre los que pesaban, de otras veces sendos castigos de haber recibido cien azotes a cada cual por robos. Uno había que, sin conocimiento alguno, se las hacía pasar por físico y, debido a su descarada intervención, había muerto un niño al recetarle un breaje disparatado, contraproducente. Cuatro, eran hombres sin oficio ni beneficio, de los cuales se decía que su principal ocupación era el traficar de noche con especies prohibidas por las autoridades. El último era una mu-

jer de cuarenta años que gozaba en el Arrabal amplia fama de nigromante y hechicera, la que ya había sufrido otro juicio por el que fue sentenciada a muerte en Logroño y del que se salvó por la intercesión de don Fadrique.

De aquellos ocho cómplices en las más variadas actividades aparte de la colaboración en conjuro para destrozarse la religión que aceptaba casi todo el pueblo, había dos que serían sentenciados a las llamas con plena vida. Estos eran don Pedro y la nigromante. Los dos bandidos y el físico serían estrangulados y los cuatro restantes irían a galeras por tiempo indefinido. Este era el resultado que aceptó el Tribunal de la Villa, pero, que no era el definitivo, pues tenía que ser enviado a Calahorra y Logroño, donde estaba el Tribunal Mayor y de allí podía salir rectificado o aceptada la sentencia local.

Desesperado estaba don Felipe II con los acontecimientos de los Países Bajos, como para no sentenciar a llamas y a lo que fuera al pueblo que contra el planeaba proyectos. Los cimientos de su reino estaba dispuesto a que no se tambalearan por nada ni por nadie.

Las últimas órdenes impartidas a todos los Alcaldes Mayores y Ordinarios de su Reino fueron durísimas. Otro tanto les recomendó a los Tribunales del Santo Oficio, para que éstos se las trasmitiesen a todos sus satélites: era preciso terminar urgentemente -decía- con judaizantes, moriscos y luteranos. El mismo don Felipe, había presenciado un Auto de Fe y gozó muy mucho contaban, viendo cómo se les daba muerte por fuego a los traidores e impíos. Cuando uno de los sentenciados lo recriminó y al parecer le dijo muy fuerte:

que en su propia carne no haría tal, aseguran los que de Valladolid habían vuelto que dijo el Rey: "Si yo tuviese un hijo que fuese tan malo como vos seguiría vuestro mismo camino". Claro que, el rey, no entendió lo que

le dijo quien estaba próximo a servir de tea. Aquel le había dicho que él, el rey no sentenciaría aquello para sufrirlo en su propia carne, no en la del hijo...; No lo entendió o quiso hacer como que no lo entendía?

Rápidos como rayo se procedía en Navarrete a cumplir la sentencia. No se podía estar, tras de la información recibida desde la Corte, con los brazos cruzados, sabiendo como mandaba ser diligentes al máximo.

Llegó el primero de mayo donde en la plaza pública, junto al hostel de peregrinos, en un escampado que se llama El Coso, se elevó grandioso escenario, en el cual habían de aparecer todos los actores que iban a ser traídos de Logroño la víspera de la ejecución. Acompañados de cincuenta soldados fueron reintegrados a la villa para que se procediera según el veredicto dado por su autoridad.

Se les metió en los oscuros calabozos de la Casa de la Villa, y, desde allí oían los preparativos de su cadalso. Aquellos golpes de martillo y el trajín de carpinteros y peones, carretas y gritos, les volvía locos.

Don Pedro estaba mudo, su pensamiento volaba hacia su desventurada esposa y su querida Beatriz, a las que muy pronto dejaría sin esposo y sin padre. Más lo sentía por su hija que por la madre, ya que ésta última llevaba dos años parálitica y la pobre tenía perdida la razón. No pocas veces ha creído el de Alcanadre que aquella enfermedad pudo él adelantársela, que no era del gusto de su mujer el verle metido en cuestiones tan peligrosas para el cuerpo

y la salud del alma. Además, la señora Agustina, la mujer del principal detenido era cristiana y buena practicante. Si le habrá dicho infinidad de veces: Pedro, cuida de nuestra hacienda, que la tienes abandonada y deja de salir tanto fuera de la Villa buscando tramas que sólo la ruina te pueden traer, como sabes que ocurre en no pocos lugares. Llevaba razón la pobre mujer, a la que muchos juzgaban falsa, hipócrita, cuando acudía con no poca fe a todos los actos de la iglesia, y hasta hacía grandes donaciones de dinero. También el marido sabía que llevaba razón madre e hija, pero... en el fondo de sus entrañas tenía una voz que sin quererlo le decía que "tenía obligación de raza para trabajar en su causa." Que llevaban dieciseis siglos luchando por su credo y él estaba obligado a seguir aquella lucha clandestina hasta tener su pueblo y su credo impuesto por toda la tierra. Que no podía dejar de odiar a los que se llamaban cristianos, doctrina falsa. Que la verdad era del pueblo que sufría castigo bíblico y no del llamado hijo de María y de José. Aquella falsedad había que desmontarla y él estaba elegido para ser figura del poder judío en Castilla." Era aquella voz como venida desde el hondón de su corazón y se la llevaba la sangre a la cabeza y a las manos. Era una fuerza superior a él y lo llevaba por donde quería sin poderlo evitar. ¿O era orgullo y vanidad de su poderío económico? No lo sabía, la verdad es que en esos momentos, al hacer repaso de sus acciones, se veía lleno de contradicciones. Ya no tenía remedio su arrepentimiento y, es más, no estaba dispuesto a realizarlo. Era preferible estar listo para saber recibirlo con la entereza que correspondía a su clase que aparecer co-

mo un torpe, al que habían engañado sin el saberlo, o como un cobarde. Moriría con la cabeza bien erguida. ¿Acaso no soy yo tan castellano como ellos? ¿Puede ser mi sangre menos altiva que la de ellos? ¿No estoy bautizado como ellos? ¿No soy vecino de la villa como el propio Alcalde Ordinario? Aquí no se trata de juzgar y llevar a la hoguera a extranjeros o a criminales, somos tanto o más que ellos hijos de Navarrete y nacidos en España. Lo que pensamos para bien de la sociedad sí que es distinto, pero ello no es para hacer con nuestros cuerpos teas. Que nos dejen hacer sociedades nuestras. Que haya coloquio libremente y no tendremos que trabajar en bodegas o escondrijos, como si fuésemos traidores, que nunca lo fuimos ni lo seremos. Pensando en estos razonamientos, se creía más fortalecido para aguantar el sacrificio que le esperaba.

A las ocho de la mañana fueron a sacarlos de la prisión. Puestos en la plaza, donde los esperaban los guardianes con varias mulas, una para cada uno, fueron obligados a montar sobre ellas. Estos animales iban cubiertos con grandes mantas de color amarillo que les caían hasta el suelo y les tapaban las cabezas, teniendo unas aberturas para que pudiesen ver. La mula de don Pedro y la de la bruja iban a marchar en primer lugar. Tenían que dar una recorrida por toda la villa, como se hace con las procesiones.

Más de dos mil personas habían acudido para ver el espectáculo. La plaza y las calles que a ella dan estaban colmes de gentío. Pocos reían. Las caras estaban tristes en casi todos, excepto en los beatos y beatas que gozaban viendo hasta dónde llega el juicio de Dios contra los que buscan hundir su iglesia. La comitiva se puso en marcha.

Delante iban los tambores y trompetas. Detrás los pregoneros diciendo en voz alta los cargos que tenía cada uno.

A cada lado de los acusados los hileras de soldados con lanza y espada. El público de la Calle Mayor alta hizo callejón para que por el desfilasen todos los de la trágica procesión. Había orden de hacer alto en la casa del judaizante principal y también en la de aquella vieja hechicera.

Primero iba don Pedro de Alcanadre, con un gorro amarillo en punta puesto sobre la cabeza. Le habían pintado el el frente, color rojo, el candelabro de los siete brazos. Le colgaba de los hombros una túnica roja.

A seguido la vieja curandera y nigromante. Parece que habían buscado los animales más flacos de entre todos los que se conocían en el pueblo para faenas agrícolas.

El paso de la comitiva era terrorífico. Dios qué espectáculo caminaba por aquella bonita y estrecha calle...

Llegados a la Puerta de la Almudena. Se detuvo la comitiva, y le hicieron volver la vista hacia su casa a la mula de don Pedro. Tras de los visillos del balcón nos figuramos que estaba madre, hija y criados llorando, no queriendo ver y viendo el escarnio que hacían con el dueño de la casa.

Siguió la comitiva por el Arrabal abajo, y se detuvo en la casa de la vieja que ya no podía tenerse encima de la flaca mula, y tuvieron que atarla con una sogá de acarrear mieses.

Después siguieron por el camino de Santiago hasta llegar a la plazoleta de El Coso, donde estaba todo el tinglado montado. Allí se detuvo la procesión que ahora estaba integrada por más de tres mil personas. Habían

acudido gentes de la capital, de Nájera y de los pueblos limítrofes para ver un espectáculo que de tarde en tarde se había visto. Llegados al Coso, se hizo un repique de tambores y un toque de clarín y les obligaron a dar una vuelta con las mulas al estrado, mirando todos ellos lo que allí se había levantado.

Siguieron por el camino de Santiago hasta la Puerta de La Cruz. De allí llegaron subiendo cuesta a la de San Juan, que es inicio del final de la Calle Mayor Baja.

Continuaron por ella hasta la Plaza Mayor, y desde esta, bajaron por la cuesta del Caño hasta llegar a la plazoleta del Coso. Cuando habían llegado a la plaza en donde está la casa Consistorial y la Iglesia, salió todo el clero y la Cruz procesional delante, hasta llegar siguiendo a los encartados hasta el patíbulo.

El la plazoleta de El Coso, se les leyó por última vez los cargos que había contra ellos y se les hizo subir a los ocho al estrado que tenía una superficie mayor de cincuenta metros cuadrados. Colocados en fila, se les fue diciendo por la máxima autoridad Provincial que había llegado de Logroño para cumplir con el Acto, si estaban dispuestos a culminar la pena o alguien de ellos quería retractarse y entrar con toda fé en la religión de Cristo.

Nadie abrió la boca de los acusados. Visto esto por el público les prodigó una gran silbatina. Los ocho como movidos por un mismo resorte elevaron la cabeza y miraron desafiantes al público.

El responsable de la Inquisición de Logroño y Calahorra dijo al primer encausado:

- Don Pedro de Alcanadre, queréis reconciliaros con Cristo o preferís morir como vuestra doctrina os obliga?

- ¡¡SIIII¡¡ -dijeron miles de voces que escucharon el consejo. Otros también dijeron ¡No¡, pero eran los menos.

- Yo os vuelvo a repetir lo mismo, pues no he oído nada. ¿Queréis reconciliaros con Cristo Nuestro Señor?

- Si quiero.

Al oír aquellas dos palabras y viendo que les privaban de verle arder como gavilla de berozo seco, dijeron miles de personas todos a una, hombres y mujeres:

- ¡Cobarde¡¡ ¡¡Cobarde¡¡ ¡¡Traidor¡¡

- Pues si ello es así, cumpliendo con lo que dispone el Alto Tribunal del Santo Oficio, quedais libre de que toda esta leña se utilice contra vos. Que Dios y que Cristo su hijo, te acepten y tú seas digno de ellos.

Ya, para nada servían aquellas gavillas de carrasca, brezo o "biercol" en el decir alfarero. Para nada servía aquel tinglado donde se había de quemar a dos personas. La vieja, al oír la falta de coraje de don Pedro, ella llorando a moco tendido, también dijo que estaba arrepentida y que jamás volvería a ejercer nada que se apartase de lo que por bueno enseñaba la religión cristiana. No quería morir quemada.

En aquella reconciliación a última hora, a último momento, estaba el mucho cariño hacia su mujer y su hija Beatriz. Si el moría abrasado ¿qué nombre dejaba a su hija? ¿Quién había de buscarla para hacerla esposa tras de aquel grave juicio? Si hasta pasó por su mente, cuando bajaba hacia el estrado, que podía aún tener su hermosa hija relaciones con el hijo del Alcalde Ordinario, como le habían dicho que ya estaban en ello y ¿quién sino ella le llevó allí, descubriendo ingenuamente la reunión que tenía su padre?

Tras de la renuncia, se arrodilló y besó el crucifijo con pasión, si Aquel era quien le había de salvar del fuego y de la vergüenza en la familia. El Crucifijo colgaba de la cintura de fray Diego de Urdanta, y aquel se lo presentaba en su mano. El pueblo, que bien conocía a Pe-

dro de Alcanadre se decía: «Es verdad todo este teatro que nos ha hecho el judío o es una patraña de las que el tanto sabe? No morirás abrasado pero... del hacha sí que no te libra ni Dios. Y era verdad, que apareció

un verdugo, con la cabeza cubierta con un paño verde, por el que sólo se veían dos ojos que despedían rayos de fuego. Un hombre llevaba al hombro un gran troncón de haya, que tendría casi una vara de altura. Lo dejó en el centro del escenario. Otro hombre vestido con ropa de franciscano le acercó al verdugo un hacha enorme y este la agarró con decisión.

Comenzaron a tocar las campanas a muerto. El clero inició una oración fúnebre y todo el público se arrodilló.

Dos soldados acercaron a la bruja hasta el tronco donde tenía que poner el cuello. La vieja no quería, se revolvió diciendo que ella ya había pedido la reconciliación y que en ella iba todo... No entendía que se liberaba del fuego, que era la máxima vergüenza, pero no del hacha y del agradecimiento de Dios, por haberse retractado y querer ir junto a El.

La colocaron entre los dos sobre el tronco y el hacha seccionó la cabeza del cuerpo, yendo a care aquella en un cesto de mimbre que allí estaba dispuesto.

Don Pedro contempló la escena blanco como un papel, frío como la nieve. Fueron a agarrarle los soldados y les dijo que no les necesitaba. Miró a la torre y al

cielo, desde donde llegaban la tristes y acompasadas campanadas tocando por el a muerto.

Los restantes acusados fueron llevados cada cual a donde correspondía según la pena que habían recibido.

No se había puesto el sol, cuando ya llegó a los oídos de don Fadrique, lo que había dicho el capellán de tal proceso. Quien se lo dijo al Alcalde fue el traidor y astuto Crispín, quien, desde los días de las detenciones hasta el día del proceso, había venido poco menos que arrastrándose hasta lo inconcebible, como si fuese una verdadera alimaña, y rogándole a su señor -en cuanto tenía ocasión para ello- que él nada tenía que ver con todo aquello "bien sabe mi señor, que yo desde siempre he sido católico, apostólico y enamorado del poder romano, que siempre lo he defendido y defenderé con alma y vida" Tanto y tan sentido lo decía, que don Fadrique hasta lo creyó, por más que algo le quedaba en el fondo de duda, pues ya no se fiaba como antes de hallar a los confabulados y estar por medio aquel robo de papeles. Estaba como causa a su favor, que, el desdichado Alcanadre no lo denunció para nada, siendo así, ¿cómo juzgarle traidor y espía?...

De ahí que, por congraciarse en tan graves momentos buscaba dónde oír algo para contárselo a su señor, y fue así que estando al lado de don Anselmo le oyera decir tras del sonado Auto de Fe: "Dios mío, ten piedad de estos inocentes y manda el castigo que merecen estos desalmados que tan despiadadamente escarnecen Tu nombre"

Oírlo y contárselo a don Fadrique fue todo uno.

Como el cargo era muy serio, le pidió que le diese nom-

bre de testigos y Crispín citó al hijo de Somalo y al de Unceta, a los cuales ya les había dicho él que escuchasen atentamente lo que estaba blasfemando el señor capellán. Fueron citados a Concejo y dijeron que

tal era verdad.

A las dos horas era detenido el capellán y mandado preso a Logroño, para saber algo más de sus pasos que, por cierto, eran muy poco deseables para la Santa Iglesia, a la que aparentando defender --según ellos-- pretendía asestarle por la espalda una puñalada, como hiciera en tiempos pasados aquel monje agustino que tanto daño había hecho introduciendo en Europa una reforma que tantos muertos estaba acarreado.

CAPITULO V I I

No habían pasado dos meses del Auto de Fe, celebrado en Navarrete, del cual no salieron las columnas de humo como esperaban muchos curiosos y el horrible "tufillo" de carnes quemadas, pero sí dos cabezas decapitadas, cuando ya Beatriz se apartaba de su casa, donde a nadie tenía. Su pobre madre recibió sepultura hacía dos semanas.

Bien es verdad que la separación de la desventurada madre no tuvo para ella grandes consecuencias, porque, como sabemos estaba, lo que se llama en esa zona:

"insusa" -tonta- y su actividad era en casa de los Alcanadre, muy parecida a la cuchara, que, ni corta ni pincha.

No podía Beatriz ir al convento anterior después de haber sido sacada de él por su padre y, además, estar enteradas las monjas de su manera de escribir. Las monjas de Santa Clara estaban bien enteradas de lo acontecido a su padre y buscar allí refugio y consuelo era una quimera.

Ella prefería ir lejos, muy lejos, si era posible hasta Avila o Toledo. Mejor a la primera y conocer a la buena doctora de las sabias letras, fundadora de compañías y cuyo nombre recoría a diario toda España: Teresa Sánchez Cepeda.

Ya había leído Beatriz dos libros de su firma y sabía hasta de su bondad y de los milagros que se le atribuían. También el padre fray Diego de

Urdanta, reconciliador de su padre en aquellos últimos momentos, fue quien acercándose a la huérfana le recomendó que si tal hacía por vocación, que lo hiciese en

la Ciudad de los Santos, donde podía ver y oír la palabra de aquella madre extraordinaria, quien, a pesar de sus sesenta y seis años, seguía trabajando sin descanso recorriendo pueblos y ciudades en un mísero carro, donde ella se sentía reina, con más cetro que todo el poderío terrenal para ir creando aquí y allá seguidoras del Carmelo.

Con tales ideas, salió Beatriz de Navarrete camino de Avila, pero... no llegó a su destino. Al pasar por un pueblecito hermoso, que parecía dormir en la historia un plácido sueño, junto a un río donde crecían altos y espigados chopos, se detuvo y vio que un enorme convento se recortaba en las afueras de sus ocres casas. Le pareció más que casa de paz, gigantesca fortaleza. Estaban en tierras de Burgos. Preguntó si eran monjas quienes en la casona vivían y le dijeron que sí, lo cual mucho la satisfizo y así, llena de ánimo y de buenas intenciones, hizo bajar el equipaje del carruaje cuando estaba a la puerta del convento. Se despidió de sus dos sirvientas y del cochero, recomendándoles que trataran de cuidar la ahora abandonada casa de sus padres como si ellos estuviesen dentro ella pagaría todo en su momento. Nadie sabe -les advirtió- lo que ha de ocurrirme aquí, por tanto os ruego que siempre la tengais limpia y ordenada.

Al día siguiente era recibida con distinto nombre y apellido que el natural de pila bendita. Lo hizo tanto para despistar y no dar sospechas como para evitar el triste suceso del Auto de Fe, que nada le podía beneficiar. Entregó gruesa suma de dinero para que fuese bien atendida y trató de abrazar aquella fe con más amor que nunca.

Las críticas que la salida de la moza, se dicen por el pueblo llenarían dos o tres capítulos de esta obra y ello había de hacerla mucho más plomo de que no es poco, de ahí que vamos a evitarlas. Todos sabían, en parte, sus amoríos con el de Torrecillas. Nadie ignoraba lo ocurrido en el portal de los marqueses, ya que la vieja criada lo dijo donde a bien la vino. Y sabían toda su vida como saben todas las de los vecinos; no hay secreto en el pueblo que pueda guardarse con siete llaves, de ahí que todos se dedican a juzgar los hechos por su cuenta colocándoles en la balanza del éxito o del fracaso, según el criterio y seriedad de quien lo ejecuta o la casa donde se ventila la acción.

Después de ofrecer las pruebas que son indispensables para tomar a Cristo por Esposo, se decidió a ser una monja ejemplar, si ello estaba de su parte.

Ocho meses han pasado ya desde que Fernán partió hacia tierra de Flandes, en el transcurso de los cuales hemos sabido los acontecimientos variados de la Villa. Lo que ignoramos es qué está ocurriendo en casa de don Fadrique en este día que hacemos notaría y que ha venido nuevamente a turbar la paz de esa mansión señorial.

Nadie había notado nada. Todos seguían trabajando como habitualmente estaban acostumbrados en sus diarias tareas. Bárbara, mujer muy ducha para todo y quizás por su picardía o condición de mujer muy madura...ya había notado algo, pero, se lo callaba, que era harto peligroso echar la boca al aire por cosa entre mujeres de la casona, pero... ¡ay! que "algo" había allí encerrado, y nunca mejor dicho.

Paula, más ocupada de las cosas de los seño-

res, pasó por alto los detalles en los demás y nada sospechó. Los hombres, metidos de lleno en sus tareas y por su manera de ser, jamás se ocupaban de las mujeres salvo cuando les veían por la calle y les soltaban más de cuatro burradas.

A las cuatro de la tarde de ese día primaveral, hubo necesidad de llamar a un médico con urgencia. Salió Martín a por el y lo trajo cuando aún no había terminado de cumplirse el cuarto de hora.

En la cama estaba Magda, al parecer víctima de un cólico miserere. La visita del físico era indispensable en estos casos, pues sabido tenían todos que, un cólico miserere, se lleva al otro mundo a un cristiano antes de rezar una novena. La visitó, le palpó por no pocos lugares, llamó a doña Leonor y a don Fadrique y les dijo:

- ¿Tienen ustedes todos dispuesto, señores?

- ¿Tan grave es la situación?

- Hará muy pronto, señora...

- ¡Ay, Dios mío, Dios mío... Otra desgracia más, marido.

- De desgracia nada. Esto es lo más natural del mundo.

Unos mueren y otros nacen... Así que preparen todo que esta mujer va a tener un hijo.

- ¿...? (El matrimonio quedó mudo. No podían en segundos decir ni una palabra.

- Si sí. Traigan agua caliente y paños bien secos para proceder que está ya encima.

- Pobre Magda. Pobre "hija" -dijo don Fadrique y tras de esas palabras pensó tantas cosas... Doña

Leonor fue a llamar a la servidumbre con toda urgencia.

No habían terminado de salir de su sorpresa cuando se escuchó un grito desgarrador de la huérfana. Al oírlo el médico entró corriendo para calmarla. Don Fadrique, que quedó en el pasillo sólo, pensó que era el crítico momento de nacer una criatura. En ese momento habían

llegado al descanso del piso, agitadas y sorprendidas Bárbara y Paula. Salió el físico y muy nervioso les dijo: "¡Vamos... vamos... que ya le tenemos aquí;"

- ¿Qué? -dijeron tres voces a un tiempo.

- ¿Qué ha de ser: el niño; ¡Un niño;

Al oír esto, poco faltó para que todos se vinieran al suelo con semejante sorpresa. No sabían qué hacer ni qué camino tomar... Turbados iban para un lado y para el otro sin decidir nada.

Ya hemos dicho que Bárbara sospechaba algo desde hacía tres meses, pero, se lo estaba callando. Cuando supo que habían ido a buscar al físico se dijo para sus adentros: "Me juego este -por el cuello- a que sale lo que desde hace tiempo ando en barruntos"

Doña Leonor y don Fadrique, se retiraron a su sala sin cruzarse una sólo palabra. Se sentaron, permanecieron unos segundos callados y al fin fue doña Leonor la que rompió el silencio para decir:

- ¡Ya no faltaba más en esta casa; ¡Ya era esto lo que nos estaba haciendo falta; ¿Os dais cuenta, don Fadrique en qué situación nos ha colocado esta mujer?

- Pues sí... llevas razón; lo que nos faltaba.

- Y ¿qué hemos de hacer ahora con ella y con el hijo?

- No lo sé. No lo sé. Por ahora, yo creo que, lo mejor que podemos hacer es silenciarlo. Llamaremos al físico y a las mujeres y hombres de la casa y que nadie

mueva los labios fuera de estas paredes para decir que ha venido hoy a este mundo. Vaya mancha que nos ha encajado en el apellido... Después, que salga de aquí donde nunca más la veamos.

- Pero es que...

- No me digais nada. Saber esto el pueblo sería vergonzoso. Han de suponer mil cosas de todos los hombres de esta casa y de los que han podido entrar. No olvidéis que tenéis un hijo en Flandes. Que ha tenido relaciones más o menos serias con Diego Suárez. No olvidéis aquello que quiso contar e insinuar Crispín... ¿Quién asegura que esto no es fruto de...

- Por favor... callemos, callemos don Fadrique y que ella lo cuente en privado.

Para doña Leonor que siempre la tuvo como hija, no podía hacerse idea de aquella situación. Ya hablaría con la nueva madre y le contaría todo, tenía que contarle todo.

Al cabo de media hora de que naciera la criatura penetró doña Leonor en la habitación y con semblante cariñoso se le acercó para no herirla ni siquiera con la mirada. Magda, envuelta en llanto, le pedía perdón

y le suplicaba que no la juzgase don Fadrique como a una mala mujer. Que antes hubiera preferido morir como el

señor de Alcanadre que verse hundida en su eternidad con vergüenzas y castigos que ella rechazaba. Quiso sacar-

le doña Leonor la verdad del caso y comenzó por decirle cómo así se dejó engañar por el pícaro Diego, en tan corto noviazgo. Magda callaba y sollozaba, sin atreverse a

confesar la verdad que tanto podía herir a doña Leonor, y que sabido por el Alcalde, descargaría su enojo contra aquel hijo que estaba en la guerra. Era preferible callarlo y se aguantó cuanto pudo. Ya llegaría el momento

en que Fernán volviese de Flandes y sabría cumplir como merecía su nombre.

Salió doña Leonor después de darle un poco de caldo de gallina y un beso como si fuese su madre, que por hija la había tenido muchos años y la seguiría teniendo siempre.

A solas con el fruto de aquella liviandad, que fue causante el desbordante amor que sentía por Fernán, pidió perdón a Dios por tanta culpa como había tenido.

Robustecida después de la sentida oración miró al niño que lo tenía echado sobre su brazo derecho, durmiendo como un angelito y le dio dos besos muy grandes, que estaban engarzados entre Castilla y Bélgica, a través de aquella débil criaturita. El volverá si Dios quiere y cómo ha de gozar al ver a este hijo que ya me parece su propio retrato. Cuidámelo Señor, ahora que tanto le necesito y haz que vuelva pronto, cargado de honores y de cariño hacia nosotros. Nuevamente le dio dos besos, después de los cuales, madre e hijo quedaron dormidos.

CAPITULO VIII

Mal, muy mal andaban las cosas por Madrid. El poder real había caído en manos del Duque de Alba, a su regreso de Flandes, y estaban en predicamento varios de los principales hombres de confianza del pueblo.

Antonio Pérez, secretario privado de Don Felipe, sentía ciega envidia por Escobedo, incitando al Rey para que lo eliminara y, éste, por su parte, no supo entender aquellas frases anigmáticas donde le decía el aragonés: "Si alguna vez me propongo realizar un crimen audaz, no buscaré otro permiso que el de mi teología"

Los dos secretarios se procuraban eliminar traídonamente y, como tanto el de don Juan de Austria, como el de Don Felipe, eran muy duchos, sabían a la perfección los pensamientos de su enemigo y se guardaban muy mucho de caer en manos del otro. Se adelantó Antonio Pérez y despachó a Escobedo de certera estocada en la calle de Santa María. No le valió esto de mucho al aragonés, pues, muy pronto, Felipe -su Rey- descubrió el proyecto de su secretario con la viuda de Eboli, mandando detener a los dos conspiradores. Todo Madrid andaba revuelto en turbias maniobras, tanto por parte de Rey, como de los nobles, de quienes ya no confiaba el Monarca.

Por otra parte, la guerra con Portugal les traía no pocas ilusiones, ya que el Duque de Alba, triunfaba plena-

mente en todas aquellas playas haciendo que Portugal volviese otra vez a integrarse dentro de España.

El mismo Rey quiso participar en la conquista personalmente, y fue así cómo hizo su entrada en Elvas, vestido de toga en vez de con atuendo militar. No quería don Felipe mostrarse conquistador ante aquel pueblo a quien falsamente daba la mano y por detrás les castigaba sin piedad. De Elvas, se trasladó a Thomar donde reunió cortes para hacerse proclamar Rey de Portugal, después de haber jurado conservar los fueros y privilegios que ya tenía aquella nación.

Tampoco en Francia andaban muy bien nuestras cosas. Eran varios los rumores que a diario corrían sobre las Ligas y Conspiraciones entre las que figuraban hombres del prestigio de Guisa. Así las cosas por Madrid, no era prudente estar dormido sobre los ya viejos laureles de padres y abuelos, y el Rey procedía para asustar al pueblo, con grandes Autos de Fe. Los castigos se crecían y los juicios eran interrumpidos tan sólo para dar paso a las ejecuciones, en las que iban envueltos principalmente judíos, pero no faltaban luteranos, bandidos, militares, aristocracia y hasta clero de muy alta significación curial.

Recientemente ha sido el juicio contra el capellán de Navarrete, don Anselmo Cifuentes Suárez, el cual se ha confesado enemigo, públicamente del Rey y de su doctrina actual, asombrando al Tribunal con unos proyectos y complicidad que ya estaba estableciendo con la propia Francia, para un próximo cambio de política.

Por razón de su edad y la mediación de algunos nobles de la Villa, ha sido sentenciado, tomando lo

dicho por fantasías o chochez, a cinco años de prisión que ha de ser tiempo más que suficiente para que no la acabe debido a sus muchos años.

Ya estaba recuperada la joven madre en casa de los Torrecillas, y ha sido hoy, precisamente, cuando la ha citado don Fadrique ante su presencia para hablar claro sobre esa situación para ellos anómala. Desde el tallado sillón sobre es que estaba sentado don Fadrique, le ha ido diciendo:

- Magda, ya sabes cuánto se te ha querido en esta casa, pero, debido a los acontecimientos de los que has sido causante, y cuyo inicial motivo no tengo interés en saber, puedes comprender que la presencia por más tiempo en esta casa de madre y niño clandestino, nos puede humillar el día en que esto se sepa por el pueblo

Un gran nudo de emoción se le produjo al Alcalde cuando bien a la fuerza tuvo que decir esto y vio que Magda comenzó a llorar. Don Fadrique continuó diciendo, muy a pesar suyo:

- Se ha hecho aquí cuanto se ha podido, pero, ha llegado la hora de... (No quiso seguir más, no pudo. Por la mente de don Fadrique, pasó aquella noche en que dejaron a Magda en la puerta de los Cocinos, y ellos la aceptaron para criarla con todo cariño, demostrando ante el pueblo su buen hacer cristiano. Tenía mil motivos de ilusión que le dio aquella niña y después mujer. ¿Cómo podía ahora decirle que se tenía que ir de casa? ¡Imposible! Dio un puñetazo sobre la mesa y se levantó saliendo de la sala sin decir más palabras. Allí quedó Magda llorando y reservándose toda la verdad. Aunque quisiera, no te-

nía fuerzas para hablar claro, entre otras causas por el mucho respeto que desde siempre le tenía. Ya tendría ocasión más adelante. El llanto del niño la hizo salir del dolor donde estaba metida y, sigilosa, llena de temor se fue en busca de aquel angel a quien incons-

cientemente querían lanzar fuera de unas paredes en las que tenía parte. ¡Qué duro, había sido con ella don Fadrique; ¡Cómo podía el y la buena de doña Leonor pensar en echarlos a la calle? ¡Es que no sabían cómo había una epidemia que diezmaba a las poblaciones, apareciendo en caminos y campos cientos de cadáveres que eran echados allí sin darles sepultura y por no denunciar a las casas y pueblos que tales flagelos tenían?

Besó al niño una y cien veces, fijándose en un pequeño crucifijo que le había puesto sobre la cuna al que arrodillada pidió perdón una vez más y le dijo:

"Señor... hágase Tu voluntad y no la mía" como Tú le digiste al romano allí en el monte Calvario, pero, mirando a los cielos donde estaba el Creador que era quien Tu voluntad ordenaba.

demostrar que era buen caballero de Castilla.

Entre aquellos señores que invitaron al capitán Torrellas, figuraba el Barón de Duportet, alto dignatario de Lisboa, en cuya ciudad tenía hermosísimo palacio y grandes propiedades. No pudo rechazar Fernán tales muestras de amistad y así accedió una noche a cenar con aquellas familias.

Y he ahí que, de aquella cena salieron unas relaciones

CAPITULO I X

Grande fue el recibimiento que se le tributó a Fernán cuando regresó de Flandes cargado de honores, de heridas y de no poca fama. Su campaña en aquellas tierras fue meritisima en los dos años que permaneció alejado de su patria chica. Ya contamos en su momento, cómo desde que llegó se vio envuelto en aquella sublevarción de los condes y cómo supo defenderse con su jefe Vargas, y después con don Juan de Avila, por cuyas acciones le dieron ascensos y laureles, llegando al cabo de un año a ser capitán de un tercio. Meritoria fue su labor al lado de don Juan de Austria, llegando a ser uno de los jefes en quien el hermano del Rey don Felipe, fiaba más que en ningún otro y, por último, digna de toda alabanza fue su destacada actuación como estadista al establecer por su voluntad, unas clausulas en el Tratado de Paz que habían extendido ambos países. Esta última intervención la hizo junto a los secretarios belgas, y ello le grajeó de muchas atenciones y simpatías, teniendo que aceptar ciertas invitaciones de las cuales no se podía eximir, bien por respeto, bien por demostrar que era buen caballero de Castilla.

Entre aquellos señores que invitaron al capitán Torrecillas, figuraba el Barón de Duboniet, alto dignatario de Lieja, en cuya ciudad tenía hermosísimo palacio y grandes propiedades. no pudo rechazar Fernán tales muestras de simpatía y así accedió una noche a cenar con aquella familia. Y he ahí que, de aquella cena salieron unas relaciones

que habían de perdurar largo tiempo. El señor de Duboniet, quiso honrar al joven castellano ofreciéndole un asiento al lado de su bellísima hija Yolanda, para que, siendo jóvenes los dos pudiesen tener otras temas en la conversación que aquellos de los mayores.

Era una gentileza que siempre sabe ser estimada entre los jóvenes de ambos sexos. Francamente, no pudo darle el Barón mejor regalo a Yolanda que la presencia a su lado del capitán español. Ella, que mucho había oído hablar del señor Torrecillas y de sus acciones guerreras; ella, que tenía el mejor de los conceptos de los soldados que venían de Castilla, máxime teniendo en cuenta que su familia, desde siempre era fiel a la corona de España. Ella, que siempre soñó tener amistad con un hombre de la legendaria Castilla, pues estaba con una alegría que la demostraba nada más mirarle a su hermosa cara. Debe hacerse notar al lector que, aquella curiosidad por lo español y sus hombres, se había acrecentado no poco en toda Europa, después de la conquista por Colón del Nuevo Mundo. Qué cosas se decían sobre los intrépidos españoles. Para algunos eran casi casi dioses, según relataban cómo habían llegado a aquellas costas y los extraordinarios esfuerzos para dominar a todo un continente. Tampoco faltaban quienes estaban en la posición más opuesta, tratándoles de bestias y de buscadores de oro, aun a costa de dejar sin pobladores todos aquellos reinos. Pero, la verdad sea dicha, que estos últimos eran los menos, aunque los más instruidos, concedores hasta de las lecturas del padre Las Casas.

Quando se tienen tales conceptos sobre un país y sobre los hombres de aquellas tierras ya puede decirse --sin temor a errar que se está enamorada, aun cuando no se conozca la materia causante de aquellas glorias.

Tendría que haber sido viejo y horrible Fernán para haberle desentendido a Yolanda, pero, si por el contrario era un hombre de veintitantos años y de un físico que lo enviaran muchos de aquellos cacareados apolos romanos ¿qué más se le podía pedir? Por si esto fuera poco, que no lo era ni mucho menos, Fernán, tenía gracia para regalar a quien estuviese huérfano de ella. Tenía la sonrisa a flor de labios, salvo que estuviese enojado, que no lo estaba salvo en casos excepcionales. Era galante, era la simpatía en persona y tenía una altura algo más que la normal en un hombre del siglo XVI.

Entusiasmada estuvo Yolanda durante toda la cena oyéndole, como hacen aquellos niños que ilusionados escuchan al abuelito cómo les cuenta una cuento de un país lleno de juguetes y de cosas maravillosas. Tanto le habló el joven capitán de Castilla y de su Navarrete querido, con sus calles en semicírculo rodeando un cerro; con sus casas-palacios blasonados; con sus encantadoras arcadas sobre el muro de defensa; con sus callejuelas oscuras como de país moruno, donde la luz apenas penetraba. Con su castillo en la cresta del cerro. Con su vega rica en hortalizas y viñedos. Con sus viejos romances. Con su gigantesca y rica iglesia, orgullo de la tierra que le vio nacer, que la moza, anhelaba conocer todo aquello y le prometió ir a visitarlo un día, si su padre le daba licencia.

Después de aquella cena, llena de fraternidad hispano-flamenca en la que sólo se habló de paz y de ventura,

quedaron hilvanados unos hilos que poco a poco habían de tejer un paño cuya trama podía arrancar no pocas lágrimas según iremos viendo.

En su última visita fue el capitán a decirle que partía para su tierra, donde pasaría un descanso de dos meses. Cuando esto supo la bella Yolanda, quedó muda y supo qué responder. Fernán que la comprendió en seguida, le dijo:

- ¿Quisiérais acompañarme?

Yolanda callaba y se encogió de hombros, dando a entender que la decisión era de su padre, y que por parte de ella sí que lo haría encantada.

- No os preocupéis. Yo se lo haré saber a vuestro padre y os dejaré salir conmigo, y que venga vuestro hermano mayor también.

Sonrió Yolanda porque sabía que su padre era materia fácil de convencer. ¡Viajaría acompañada de su hermano Cristián;

Y así sucedió efectivamente porque Fernán, en cuatro palabras convenció a los padres de Yolanda

para que les permitieran ir con él a Castilla, a La Rioja a Navarrete.

Ilusionados los tres jóvenes partieron de Lieja camino de España, en una tarde del mes de septiembre del año 1581. Fernán volvía al pueblo que le

vio nacer, olvidado de todo lo ocurrido antes de su partida.

Sus amoríos con Beatriz estaban desechados desde los primeros días de separación. Fue todo un capricho de adolescente. Cuando supo lo del Auto de Fe, aún

puso más espacio por medio, sabiendo que él fue quien denunció aquella reunión y, por tanto, mal podía esperar amistad de la hija del primer decapitado. De Magda.

pocas noticias había tenido, ni tampoco él las había pedido. Conservaba de ella ese grato recuerdo sobre la persona que hemos querido con parecidas pasiones a las de un hermano. Claro que, había un hecho que no era fácil tapar con el silencio. Lo mencionase o no, él sabía que había existido, pero... el tiempo ha tenido que poner tierra por medio y Magda quizá se ha casado o ha marchado a otro lugar.

No olvidaba la pelea con Diego Suarez. ¿Qué se dirá en el pueblo sobre aquella muerte tan rápida?... ¿No tendré enemigos entre sus familiares y amigos...? Dejemos todo para el pasado y vivamos el hoy que se me presenta enorme de ilusiones. Tengo calidad en el ejército español, amistad con esta familia de la aristocracia belga, y poco he de poder o esta moza será mi prometida y con ella heredaré un título que mucho ha de enorgullecer a mis padres.

Ya les había mandado un correo a los padres en el que les había dicho que viajaba con dos hermanos ilustres con quienes iba a pasar dos meses en la Villa. Esto a doña Leonor mucho ha de agradarle y así tendrá las dos habitaciones dispuestas.

Después de atravesar Francia y las provincias vascas, llegaron a la Villa que impaciente estaba esperando a hijo tan destacado y tan valeroso en los tercios de Flandes. Admirados quedaron todos los vecinos de

la planta del mozo y de cómo le sentaba el uniforme. Y no poco admirados también quedaron los dos hermanos al ver la tierra que veían y el corazón tan bondadoso y entrañable de aquellos amigos y vecinos de Fernán.

Este acontecimiento pronto corrió de pueblo en pueblo, y llegó atravesando los gruesos muros de un convento hasta los oídos de la "hermana" que ya estaba pró-

xima a profesar, y cuya inteligencia y buenas mane-
ras eran muy bien vistas por toda la comunidad, desde
que hizo su entrada en el convento.

Cuando Beatriz estaba bien olvidada de todo cuanto
ocurrió fuera de su celda y de su hermosa huerta y monaste-
rio, y estaba agéntandose --no sin poca resistencia con el
demonio-- en los dulces y albos caminos, que llevan al Sa-
grado palacio donde preside el mejor de los Reyes, y el más
tierno y sabio de los padres, vino a traerle torturas, in-
quietud y martirio, la noticia que le mandaba Crispín en
breve nota, donde le anunciaba la llegada del hijo del se-
ñor Alcalde Torrecilla, con sacana de Capitán de Tercio
en Flandes, acompañado de una joven y hermosa mora flamen-
ca, con la cual --se decía-- pensaba contraer matrimonio.
Toda la sangre se le puso de inmediato a hervir y
enfriándose sus ojos... La piel se le erizó, como cuando se
corte un suato. ¿Por qué le envió semejante noticia el
santo y respetado Crispín?... Aquella paz de que
había estado dominado su blanco cuerpo desde hacía dos años
se había esturmado como por arte de magia. Su tranquilidad
estaba caída por los suelos como castillo de arena... Otra
vez volvió a ella, y bien que lo notaba, la entrada del tu-
mor de la calle con todas sus turbulencias; la vida egoísta
con premonición y rabia satánica. Otra vez volvió a re-
correr que era, por sobre todo, mujer y joven, y como tal
sabe poder herir al hombre que le atraviesa el corazón con un
talco certero. Volvió a ella el Auto de Fe, donde murió
su padre por culpa de aquel mozo lleno de premonición y
estabilidad por ser hijo de quien era, y ahora tornaba al que-
rlo como si allí nada hubiera pasado; ¿eh? Otra vez vol-
vió a ella, junto con un odio terrible, la envidiosidad

CAPITULO X

Quando Beatriz estaba bien olvidada de todo cuanto ocurría fuera de su celda y de su hermosa huerta y monasterio, y estaba adentrándose -no sin poca resistencia con el demonio- en los dulces y albos caminos, que llevan al Sagrado palacio donde preside el mejor de los Reyes, y el más tierno y sabio de los padres, vino a traerle tortura, inquietud y martirio, la noticia que le mandaba Crispín en breve nota, donde le anunciaba la llegada del hijo del señor Alcalde Torrecillas, con ascenso de Capitán de Tercio en Flandes, acompañado de una joven y hermosa moza flamenca, con la cual -se decía- pensaba contraer matrimonio.

Toda la sangre se le puso de inmediato alterada y enrojeciendo sus ojos...La piel se le erizó, como cuando se sofre un susto. ¿Por qué le envió semejante noticia el astuto y resbaladizo Crispín?... Aquella paz de que había estado dominado su blanco cuerpo desde hacía dos años se había esfumado como por arte de magia. Su tranquilidad estaba caída por los suelos como castillo de arena... Otra vez volvió a ella, y bien que lo notaba, la entrada del rumor de la calle con todas sus turbulencias; la vida egoísta con presunción y rabia satánica. Otra vez volvió a recordar que era, por sobre todo, mujer y joven, y como tal aún podía herir al hombre que le atravesó el corazón con un falso cariño. Volvió a ella el Auto de Fe, donde murió su padre por culpa de aquel mocito lleno de presunción y fatuidad por ser hijo de quien era, y ahora tornaba al pueblo como si allí nada hubiera pasado ¿eh?. Otra vez volvió a ella, junto con un odio terrible, la envidia hacia

aquella mujer que no conocía, pero que venía engañada a pueblo de donde ella era oriunda, y se le estaba metiendo en la cabeza enfrentarse con ella y, hasta retarla si así le placía. Aún tenía que decirle al cobardé y desfacedor de juramentos, el proceder que tuvo con ella aquella noche, que, incanta, por culpa de la pasión le llevó por cuadras y bodegas hasta el rincón secreto donde su padre presidía una reunión de conjurados.

Envuelta en semejantes devaneos y sentada al lado del estanque, se miró en el agua del profundo manantial y vio su cara hermosa y joven aún. Vio aquellos ojos negros que parecían de mujer árabe. Movi6 los labios y enseñó los blancos dientes sonriendo...

Ellos había dado un gran beso al joven capitán que ahora viene de Flandes orgulloso de matar a enemigos.

¡Ay Dios mío, cuántas cosas estoy diciendo a solas;

¡Apartadme Señor, todo este mar de confusiones en que me tenéis metida, o yo he de dar en loca; ¡Borrad de mí todo aquello que no sea para darme más fe, y sellad por siempre ese mundo perverso y ruin en el que aún estoy tratando de meterme porque Satanás me quiere llevar a él quitándome de tu lado, Señor;

Miró nuevamente al estanque y vio de nuevo aquel rostro mundano que estaba sonriendo vanidoso debajo de una toca monjil... Cogió una piedra y la tiró con fuerza para borrar la imagen, pero era inútil, que, entre las plácidas espirales que formaban las transparentes aguas, se destacaba riendo el rostro pícaro de la hija de Pedro de Alcanadre. Estaba triunfando el mundo. La vencía la sangre oriunda an-

tes que la fe aún tan superficial. Viéndose con semejante dilema, decidió ir a consultar con la madre Consolación, que también, había ido cuatro años antes al monasterio, por un caso de amoríos como el de ella.

El consejo que le dio la madre no merecía demoras de ninguna clase. Ella supo indicar acertadamente a Beatriz que el único camino a seguir por ella, era la calle.

¿Por qué permanecer en lugar encerrada si ya todo había de parecerle tiranía y opresión? ¿Por qué verse entre madres y hermanas cuando sus pensamientos flotaban lejos de ellas y anhelaban ropas de seda, manos de hombre y poco recogimiento y meditación para salvar el alma pura?

— Salid, hija mía. Salid y volved otra vez a vuestro mundo, que es quien os llama y os vence. Pero yo os ruego, hija mía, que vayais donde vayáis, os pase lo que os pase, no renunciéis a Dios nuestro Señor, porque El siempre os estará en último extremo aquí esperando.

Aguantó dos días más, pero, cada hora que pasaba crecía en ella más y más el deseo de escapar cuanto antes a tierras de La Rioja. Le había vencido el mundo, que es uno de las tres grandes tentaciones a que se ve precipitado todo mortal. Estaba decidida a irse por ese precipicio con todas las consecuencias que para ella le tuviera reservadas.

Desde que Magda supo que venía Fernán, acompañado de semejantes viajeros, tampoco tuvo la pobre tranquilidad. Dos años hacía que lo estaba esperando llena de ilusión y bien creída que, al venir, aceptaría cuanto ella tenía que decirle sobre aquel hijo que tal procedencia había llamado hasta los propios padres de Fernán, para no destrozar las ilusiones que le llevaron, salvando el ridículo y el temor, fuera de España.

Sólo ella y Fernán sabían toda la verdad. Si Dios le concedía gracia para volver de la guerra, ya callaría ella la boca a más de cuatro, quienes relacionaban su hijo con el de los Suarez, cosa que jamás podía haber consentido ella. Si mucho le mortificó aquel silencio, durante los dos años de ausencia, en cuyo tiempo pensó muchas veces escribirle sin saberlo doña Leonor y don Fadrique, para decirle que tenía un hijo y que se parecía todo a él, mucho más sintió aquel latigazo que recibió cuando le vio llegar junto a una dama tan elegante, tan bella, y para quien iban todas las sonrisas y palabras.

El saludo que le dio a Magda fue frío... seco... quizás orgulloso por demás, para que ella evitara toda intromisión en su vida. Haciéndole entender que estaba muy por encima de ella y de todas las mujeres de la Villa. No podía perder tiempo en cosas nimias para un capitán del Tercio y el hijo del Alcalde don Fadrique Torrecillas.

Magda se retiró a llorar sola, dentro de su habitación, donde ignorante de todo estaba el niño jugando con un gatito pequeño y travieso como él. ¡Ay, qué cruel indiferencia, la de tu padre, hijo mío! Luego se decía en plena controversia del subconsciente:

¿Sabe o no sabe que yo he tenido un hijo, a los nueve meses de aquella adorable noche?... Pero, si nadie se lo hemos dicho. ¡Ah, qué torpe, qué torpe he sido, Dios mío! Cogió al niño en sus brazos, lo aprisionó fuertemente contra su pecho y llenándole de lágrimas lo quería a su pequeño Rodrigo, más que nunca, mucho más que nunca. El niño miraba asombrado a su madre y no acababa de comprender qué le pasaba ¿cómo pueden juzgar

dos añitos las diabluras y torpes situaciones en que incurren o los mayores. Le había hablado tanto de un noble caballero, que estaba luchando con una espada muy valiente contra el demonio, sobre un blanco caballo... y con él iba a venir a verle a la cuna... que, ahora ¿qué diría después de esto a su hijo? Ya no le llevaría en brazos por las calles, como le tenía dicho. No le llevaría en el caballo corriendo por la vega y riéndose del miedo que tenía su pequeño hijito... Ya no le iba a enseñar aquella bonita espada que le entregó su padre al marchar y decía en su hoja toledana:

"Los Torrecillas, descubren mi acero

para luchar por su Rey y su suelo"

Otras veces le decía. "Te harán cuando seas grande muy grande, como lo es tu abuelo Fadrique: Caballero de Calatrava, porque tú tienes que ser como ellos. Y tendrás un castillo muy grande...y servidores...y carrozas... y ya verás, ya verás cómo un día, llega el rey y tú le recibirás en tu castillo.

Todo esto había sido un verdadero cuento. Ya no podía decirle a su hijo esas cosas que podían ser hasta lógicas y muchas lo eran, porque, tras de la llegada de Fernán, huérfano quedaba el pequeño Rodrigo de oír semejantes fantasías. De todos modos, tenía que saber que Magda tuvo un hijo. Al día siguiente de llegar los huéspedes, fue puesto Fernán al corriente de todo lo que allí había pasado en esos dos años de ausencia. Lo del Tribunal de la Inquisición; el Auto de Fe y todas las siguientes consecuencias le fueron de pe a pa contadas como sucedieron.

Y se llevó la conversación hacia la desventurada Magda, quien un día, los puso ante tal vergüenza, cómo tuvieron que seguir aceptándola ahora con su hijo, sin saber de quién quién era tal criatura.

Cuando Fernán se enteró de este hecho quedó perplejo. Le dijo a su padre que le aclarase en qué fecha había nacido y don Fadrique se la aclaró a perfección, y aún llegó a decirle: "Estamos casi seguros, vuestra madre y yo, que es obra de Diego Suarez".

Por la mente de Fernán, pasaron velozmente ciertos hechos y circunstancias que conoció con Diego y bien comprendía que no era su víctima padre del pequeño, pero esto no podía ni decirselo a su padre, que era mucho mejor seguir creyéndole "causante de tal desaguasado" en mala hora concebido. Para mayor juego con la pobre Magda, que nada sabía, hasta le explicó con detalle, lo que le ocurrió aquella noche en que se la llevaron a su habitación sin conocimiento, tras de haber estado con Crispín no se sabe qué manejos amorosos haciendo y ella culpó a él como robador de documentos y qué se yo las complicaciones que luego todo quedó sin aclarar". Fernán no estaba ya en nada de lo que decía su padre. La conciencia no se burla tan fácilmente. Aparentemente puede jugarse de la boca para fuera con la postura y arte que se quiera, pero, la verdad que está en los hechos verídicos y acusadores, esa nunca jamás se puede burlar y ella delata en todo momento. Así Fernán, estaba siendo reclamado por la voz de la conciencia, y no escuchaba palabras de su padre. Ahora aquel le hablaba de Yolanda, pero su

hijo estaba adentrado en una noche en que sólo él era responsable de un juego que acabó por ser delito. ¿Tendría que decirlo o seguiría callando aquella verdad haciendo a Magda responsable de todo? ¡Ay qué dilema; Reponiéndose, tratando de apartar lo que recordaba y era ley acusadora, continuó recibien-

do datos ahora sobre Beatriz de Alcanadre, aquella mujer a quien siempre acabó por vencerle su sangre judía y que ahora estaba en un convento, posiblemente rezando para salvar el alma de su padre.

Se habló de Crispín y trataron de dejar todo aquello olvidado, con tal de dar alegría a los dos viajeros venidos con el desde Bélgica.

- Dejemos todo el pasado por pasado, padre, y pensemos tan sólo en hacer ver a estos dos amigos, que, Navarrete es un pueblo de puertas abiertas; que aquí no existen luchas políticas ni religiosas y que todos nos llevamos como si fuésemos de una sóla familia.

- Exacto, hijo mío. No recordemos la vida pasada porque ya no sé ni quienes somos los malos y quiénes los buenos.

Cada día tengo más dudas sobre como procedemos todos.

Quando el sol estaba por arrancar sus rayos crepusculares de los cerros occidentales, donde se asienta el monte Laturce con su Campo de la Matanza, llegaba al pueblo una diligencia, dentro de la cual venía una mujer que, a intervalos, le metía prisa al cochero para llegar cuanto antes a su Navarrete querido. Anhelaba poner mucha tierra por medio entre la villa realenga y el convento donde, llenas de cariño, la despidieron todas las madres y hermanas deseándole muchas venturas en la nueva vida que iba a tomar, después de casi dos años de voluntaria reclusión.

CAPITULO IX

Se comenzaron esos días dentro de la muy noble y muy leal villa de Navarrete las faenas de la vendimia.

Era un espectáculo encantador, contemplar desde los dos balcones gemelos del piso alto del coquetón palacio de los Terrecillas, en las primeras horas de la madrugada la larga caravana de gentes que van camino de sus viñedos. Yolanda y Cristian se quedaban admirados del bullicio que entre ellos formaban e incluso la alegría con que iban al trabajo. Qué distinto temperamento al

del pueblo donde ellos habían nacido. Qué distinta España, Castilla, y de aquella La Rioja, tierra rica y clima acompañador para que nazca la alegría por el vivir.

Fernán les iba diciendo: Por ese camino que está allí a la derecha y que se llama De las Cruces, van hasta un pueblo que está allí al fondo y se llama Medrano. Por el que está más al centro, es el que conduce a Entrena. Este, frente a nuestra casa lleva a los viñedos del centro de la vega y se le llama La Mora, y luego, ya veis esto que van hacia la izquierda, los unos camino de esas lomas que llamamos de Valgaraoz y los otros más aún a la izquierda camino de Santiago en busca de Carra-Logroño. Iban en burros, en caballerías altas... Llevaban campostas y grandes cestos de mimbre. Muchos cantaban canciones, a los que les acompañaban incluso mujeres.

Este es un pueblo ejemplar -dijo Cristian.

Ya lo visteis anoche, que os vinieron a dar una graciosa serenata.

Estaban admirados de conocer esa tierra tan

distinta a la de Bélgica. Cuando van por la calle no salen de su asombro al ver que los saludan todos por donde quiera que van. Que les ven la sonrisa a flor de labios, y que no falta quien les invita a echarse un trago de vino y hasta a comer. Hubo uno ayer que les ofreció jamón y no tuvieron más remedio que aceptárselo.

- Oiga -les dijo el hombre, no se vayan a pensar que comemos nosotros de esto to los días, no por cierto, ya ve cómo lo tiene la mía tapao con este trapo blanco...pero, es que me se ha antojao ofrecérselo a ustés porque han venido de tierras lejanas y quiero que sepan cómo curamos aquí los jamones. Oiga, que sólo los tenemos pa las visitas ¿eh?.

Mientras aquello hablaba, la mujer apareció con la botá de vino bien colme, casi como para reventar y se la dio al marido.

Oigan, y ahora, un trago de vino de mis viñas. Van a ver qué vino es este... ¡Uy! Se lo llevan los que vienen de Belorao que me lo quitan de las manos. ¡Venga hombre, que usted es joven... ¡Y la moza también ahí de beber! Y tuvieron que beber los dos o aquel hombre se enfadaba porque le iban a dar un disgusto.

- ¿Eh? Qué vino, eh, señor Dumaniel ¿eh?... Oiga, y perdón como soy yo, pero es que a la gente de fuera y a más venido con Fernán, me gusta osequialos y ná más. ¡Vayan ustés con Dios y que lo pasen bien en nuestro pueblo, que no lo hay más bonito en el mundo universo.

Cristian se admiraba de ese caracter generoso y alegre de los riojanos. Aparentaban no envidiar poderes ni fortuna y ¿quién tiene más poder hoy que estos españoles? Hasta Portugal está bajo el dominio de España. Ni envidiaban

ni se achicaban ante nadie, si se hacían cual vasallos era por propia voluntad pero no por imposición. Y qué personalidades tenía aquella tierra en ese tiempo...

Todo esto lo habían entendido perfectamente los dos hermanos que estaban llenos de ilusión y siempre acompañados de Fernán que les hacía de guía.

En el diario recorrer de calles que hacía Cristian para conocer bien tanto las calles principales, que sólo es la mayor Alta y Baja, donde está toda la alta clase social, pero también le gustaba recorrer los barrios pobres, esos en los que no hay escudos, lagarés ni balcones ni incluso bodegas, porque sólo tienen los brazos

y las piernas para servir a los señores por un mísero jornal -cuando le hay que no es siempre-, decimos que le gustaba no poco recorrer esos barrios y escuchar las canciones que de las humildes casas salían porque las mujeres o hijas animan la labor cantando. Desde la Puerta de la Almudena, subió para recorrer la calle paralela a la Mayor y que llevaba a la vieja iglesia demolida hacía cincuenta años, pero que aún estaban allí los altos muros. Al inicio de aquella calle, miró a una ventana y vio a una mujer guapísima que le hizo detenerse.

El belga le sonrió y la joven aceptó el saludo. Era una cara bien latina, más que latina con orígenes árabes.

Sonrieron los dos y no se habló palabra. Cuando se alejaba Cristian, aún quiso volver la vista hacia atrás por ver si la moza estaba asomada y mirándole, y sí que lo hacía, a lo que el nuevamente correspondió.

Deseoso de saber cómo se llamaba aquella mujer tan bonita, le preguntó a una anciana que encontró barrienda la calle, y recogiendo las cáscaras -vainas- de las

alubias que allí estuvo "escomando" con un largo palo.

Cuando la anciana oyó preguntar por el nombre de la dama en cuestión le dijo al oído:

- Por lo que más quiera el señor, no toméis rilación con ninguno de los de esa casa... ¡Están maldecíos, caballero;

- ¡Maldecidos?... ¿Ella también?

- Es una loca, una loca. Por ella murió su madre con el juicio perdido... El padre murió - Dios me perdone su traída a la memoria- El padre de esa fue descabezado, en el Coso ¿sabe usted? en uno de esos que llaman Autos de la Fe... ¡Era judío... judío como aquellos que mataron al Hijo de la Virgen María... ¡Ni mire a esa casa, señor!

- Gracias señora... Ya, ya sé quienes son.

- Ya ve si tendrá nombradía esa loca que hasta usted ya lo sabe. Dos veces, dos veces -se lo digo yo- ha querido meterse a monja, esa pécora... ¡Monja eh?... Monja y lleva en el sobaco de la entrepierna como un hormiguera...

¡Buena pieza está hecha, y buena pieza está hecha!... Es una pájara de abrigo, con la mollera volada de pajaritos.

Apenas entendía nada de aquellas frases Cristian.

El sabía castellano regular, pero es que aquella mujer le ensartaba palabras que no había forma de entenderla.

- Yo creí que ella, que esa moza era infeliz...

- ¡Infeliz? ¡La madre que me parió! Pues no dice infeliz este caballero... Esa es mala, mala y remala como la grama... Como siga entre nosotros, no hay tardar mucho en danos que hablar... Oiga, que ha guelto de donde estaba hace cuatro días... Yo le digo que esa dá que hablar como me llamo Upe, pa servir a usted en lo que mande.

- Gracias, gracias.

Cuando llegó a casa y preguntó por Fernán, le dijeron que había salido con Yolanda para conocer los pueblecitos limítrofes de ésta que presumía -y era cierto- que contaba con Siete villas de Campo. Siete poblaciones dependiente de ella. Querían recorrer algunos de aquellos pueblos e incluso las ermitas.

Como vemos, no pudo venirle a Magda, mayor castigo que aquella hermosa mujer que era tan obsequiada por todos. Qué no harían en la casa por ella. Doña Leonor estaba orgullosa del buen gusto que tuvo su hijo. Don

Fadrique anhelaba que pronto, muy pronto había de emparentar con familia de tantos poderes en Bélgica, y de la cual su hijo había de heredar el título, pues le había dicho Fernán que eran dos veces condes, y que el título principal -aunque menos conocido- era para Cristiar

tian, y el de Doboniet para Yolanda. También el pueblo les admiraba. Magda no era envidiosa, nunca

le tuvo envidia ni rencor a nadie, en primer lugar porque su fe se le ponía cual barrera y así lo evitaba en cada ocasión, pero, se temía que si aquella situación duraba mucho tendría que tomar una determinación. No era posible seguir viviendo al lado de Yolanda con el hijo ocultando su origen como siempre. Es

preferible -pensaba- pasar necesidades, antes que ver delante de ella aquellos amorfos -muy naturales en la belga- pero, llenos de deslealtad en Fernán. No

podía aquella buena mujer seguir viendo a Rodrigo, su querido hijo, preguntándole a diario ¿Cuándo viene el caballero del cuento que me han dicho? Y no sabía

el pobre hijo que ya estaba en casa, que ya dormía en su misma casona-palacio. No podía decirle: ¡Ese; ¡Ese

es el caballero; ;Ese es tu padre; ;Llámallo bien fuerte; Eso no podía decirlo porque nadie se lo podía ahora creer después de haberlo ocultado dos largos años.

Decirlo ahora era malograrles el viaje a los flamencos, y tratarla de lo que les diera la gana. No no, mejor es que me calle lo más que pueda y morir en silencio en cualquier rincón de la casa. Lo que no entendía, no podía

entender ;cómo los demás no se habían dado cuenta de que tenía que ser Fernán el causante? ;Es que no se les ocu-

rrió a ninguno que también estaba por medio el hijo de doña Leonor? ;No veían que Rodrigo era fiel retrato de

su padre? ;Hasta dónde querían llevar la ignorancia premeditada; ;Y él, es que no le llamaba a la concien-

cia la cara del hijo cuando se enfrentaban los dos? ;Por qué no se atrevía ni a llamarlo, ni a tenerle encima sabiendo qué cariñoso y qué amable era para todos los niños?...

Magda miraba al niño y veía a Fernán; ponía su vista en el hijo de don Padrique y le parecía estar viendo a su pequeño Rodrigo. ;Ah qué situación tan terrible y tan silenciada; Cuántas veces ha pensado: He de tirarme a sus pies si es preciso, pero debe saberlo todo, después que haga lo que quiera, que más que el silencio en que me tiene sumida no puede hacerme. Otras veces pensaba en continuar como ya estaba acostumbrada.

Como a nadie tenía a quien consultar su triste caso y como el que busca consuelo a su mal lo pregonaba y lo cuenta hasta a los más rabiosos enemigos buscando consejo, he ahí cómo Magda se decidió en hacérselo saber a Crispín, y el, que era inteligente y no tan malo como le habían juzgado en otras ocasiones sabría darle una orientación y, quien sabe si no se lo diría hasta el propio Capitán Torrecillas.

Dicho y hecho, en la primera ocasión que tuvo, creyendo encontrar una tabla salvadora, le dijo al astuto Administrador de la casa, todo lo que ignoraban los señores y los compañeros de servicios. Por una vez sabía alguien aquel secreto guardado desde la muerte de Diego Suarez.

per dado fin a las cosechas durante todo el año, no a todas que aún faltaba la de la uva, pero, ya estaba asegurada y firs de la fiesta se comenzaba la vendimia.

Estos días era el destinado por Fernán para hacer entrega a la nueva iglesia, de las alhajas y telas que adquirió en Flandes y de cuyos encargos aún no se había dado relación. Trató el hijo de doña Leonor, un pajeño de un cargo de plata y oro, adquirido por el capitán como conexiones de las altas personalidades de aquel Flandes, donde de tan estimados eran los españoles. Cuando se enteraron que el joven capitán regresaba a su tierra, le colmaron de atenciones y él recibió todo con la noble intención de devolverlo para engrandecer su iglesia. En otro país grande, trata lo mejor que pudo obedecer a tan bello templo: Un tríplico flamenco, que le había mandado hacer el mejor discípulo de Rembrandt, su querido amigo Adrian Yasmbrant el que trabajaba tan perfecto a su maestro que las obras se podían continuar. Este tríplico colmó de alegría al Gabilón, por más que no entendían gran cosa de pinturas, pero como era un motivo lleno de matizaciones y temáticas diversas, pues lo recibieron con alegría. En el centro está la Patrona de la Iglesia, Nuestra Señora de la Anunciación coronada y en los paneles laterales los evangelistas Pedro y Juan, todo ello con paisajes flamencos, figuras, nubes, ángeles y otros detalles para admitir el más experto o crítico de arte.

CAPITULO X I I

El veintinueve de Septiembre, festividad de San Miguel era el día destinado para dar Gracias a Dios por haber dado fin a las cosechas durante todo el año, no a todas que aún faltaba la de la uva, pero, ya estaba asegurada y tras de la fiesta se comenzaba la vendimia.

Ese día era el destinado por Fernán para hacer entrega a la nueva iglesia, de las alhajas y telas que adquirió en Flandes y de cuyos encargos aún no se había dado relación. Traía el hijo de doña Leonor, un paqueño baul cargado de plata y oro, adquirido por el capitán como donaciones de las altas personalidades de aquel Flandes, donde tan estimados eran los españoles. Cuando se enteraron que el joven capitán regresaba a su tierra, le colmaron de atenciones y él recibía todo con la noble intención de donarlo para engrandecer su iglesia. En otro baul grande, traía lo mejor que pudo obsequiar a tan bello templo: Un tríptico flamenco, que le había mandado hacer al mejor discípulo de Rembrandt, su querido amigo Adrian Ysembrant el que trabajaba tan perfecto a su maestro que las obras se podían confundir. Este tríptico colmó de alegría al Cabildo, por más que no entendían gran cosa de pintura, pero, como era un motivo lleno de matizaciones y temática diversa, pues lo recibieron con alegría. En el centro está la Patrona de la Iglesia, Nuestra Señora de la Asunción cuando es coronada y en los paneles laterales los evangelistas Pedro y Juan, todo ello con paisajes flamencos, figuras, nubes, ángeles y cien detalles para admirar al más experto o crítico de arte. hasta el propio Capitán Torrecillas.

Ese día iba a vivir Navarrete una de las jornadas más trascendentales de su vida. Desde muy temprano se engalanaron sus calles y se vieron animadas por un bullicio contagioso. De las próximas poblaciones acudió gente para pasar el día en la Villa recetora.

Después de la ofrenda que hemos mencionado, celebrada con grande volteo de campanas y de ser pequeña la iglesia para recibir a toda la población, el Cabildo en pleno y las autoridades de la Villa y de las Villas próximas, acomodadas en los sitios principales destinadas para ese fin, se procedió a una Misa Mayor oficiada por varios sacerdotes. Terminada aquella se iba a proceder a armar Caballero de Calatrava al victorioso doncel, eligiendo para tal caso la Sala Capitular del nuevo Ayuntamiento. Llegados en solemne procesión desde la Iglesia, se colocaron en ella veinte Caballeros que eran naturales de la Villa y de Logroño, Nájera etc, venidos para tal fin. Uno de ellos traía la misión de hacer las veces de Maestre de la Orden.

Dos fuertes cañonazos salidos del castillo indicaron el momento de armar caballero al hijo de don Fadrique, a un nuevo Caballero de los hijos nacidos en la Villa. A esa Orden sólo se daba entrada cuando se tenía la debida edad, los méritos suficientes, la sangre limpia desde pasadas generaciones y una familia digna en todos sus actos y obras. Hacía diez años o más que Navarrete no presenciaba esta ceremonia, de ahí que todo el vecindario estaba agolpado para ver al nuevo Caballero. Como el espacio de la sala no era suficiente para acoger a tanto curioso

se daría entrada a las personas más destacadas, más significativas de la Villa y de los poblados vecinos, pero, sin levantar el más mínimo tumulto.

Fueron entrando los Caballeros y colocándose cada cual en el sitio que le correspondía, para ello tenía su nombre puesto en el respaldo del sillón, forrado con rojo terciopelo. En lo alto del sillón estaba la insignia y Cruz de Calatrava. La mayoría de ellos eran de avanzada edad y sus caras le daban aspecto de serio y grave tribunal.

Detrás de ellos estaban los Caballeros de las otras Ordenes: Santiago. Montesa. Terraza. Sepulcro etc.

Frente a Caballeros y público estaba elevado un sencillo altar donde se procedería a la jura y ordenación.

Delante del altar sobre una mesa de caoba, prendas y armas del nuevo Caballero. En lugar preferente estaban los invitados especiales: Yolanda y Cristian.

Cuando todos estuvieron colocados en sus puestos y se acalló aquella multitud, que pasaba de los doscientos asistentes, se elevó sobre el estradillo el que hacía de Maestro y tocando una campanilla comunicó al sacerdote que podía proceder a la ceremonia.

El principal del Cabildo local y Capítulo de Caballeros oró unos minutos rezando el Credo, tras del cual dijo al joven Fernán que estaba arrodillado detrás de él y delante de la mesa. "Señor Fernán de Torrecillas, ved que vais a ser impuesto en este acto Caballero de una Orden que fundara dentro del poder de nuestro Rey Sancho el Tercero, el Abad Raimundo Sierra, hace desto más de cuatrocientos años, y que nadie que bajo ella ha estado cobijado la ha traicionado jamás. Yo os pido a vosotros Caballeros de nuestra

Orden, si tenéis algo que alegar en contra del joven Capitán Torrecillas, que lo digais antes de investirlo Caballero"

Todos dijeron a un tiempo ¡¡NO!!

Don Fadrique, que estaba entre todos ellos se le veía totalmente emocionado. Otro tanto le ocurría a la joven Yolanda y a Cristian, que nunca había visto un acto tan serio y noble. Un poco más atrás estaba Martín y Crispín. Pocos pasos más a la derecha había una mujer enlutada ocultándose la cara con el velo: era Beatriz de Alcanadre, que miraba curiosa cómo se le iba a investir de Caballero a quien había sido...y aún era en cierto modo su amor, que el rescoldo se le había reavivado a la ex-monja. ¿Qué pensaría la hija de Alcanadre de semejante ceremonia? ¿Por qué motivo había conseguido ella entrar allí, cuando estaba casi casi prohibido para toda mujer, y ella qué esperaba conseguir del acto recién venida a Navarrete?

El Canciller del Capítulo, siguió leyendo de cómo la familia Torrecillas había tenido desde muy antiguo Caballeros en su Orden, como lo atestiguaban los informes llegados desde Burgos y Pamplona, amén de los traídos de Nájera y sacados del archivo de la Villa.

De cómo hay en la actualidad dos prelados familiares de los Torrecillas, que han testificado que dicha rama está limpia en su sangre de impurezas extrañas.

También se puso al descubierto, de cómo por parte del nuevo Caballero, doña Leonor Céspedes y Angulo, han existido varios Caballeros de Santiago, cuyos testimonios aquí en el libro constan, no existiendo tampoco por esa rama, mancha alguna en su sangre, rama que tiene en la actualidad, un Camarero del Papa y un Confe-

sor de Su Majestad el Rey don Felipe el Segundo, que Dios nos guarde, que también es miembro de dicha familia."

Acto seguido, leyó su nacimiento, su inscripción en el Registro con el número 897 infolio 56, número 43 y pasó a detallar los méritos que concurren tras de la guerra en Flandes, donde consigue llegar a Capitán y tiene en su haber varias felicitaciones de sus jefes y una del propio Rey de las Españas.

Terminada la lectura, le puso sobre el hombro una mano y teniendo el Cristo en la otra le dijo:

"¿Renováis la petición que tenéis hecha de pertenecer al Capítulo de Caballeros de Calatrava?

- ¡Si la renuevo y la deseo; -dijo Fernán muy decidido.

- ¿Estais dispuesto a hacer honor con vuestra vida y costumbres, y con vuestra acendrada fe en Cristo a honrar la Orden en la que os dan entrada estos Caballeros?

- ¡Lo estoy con alma y vida;

- ¿Aprueban todo esto los nobles Caballeros que han escuchado al que quiere penetrar en la Orden junto a ellos?

- ¡¡Lo aprobamos;¡¡

Acto seguido, el Canciller, tomando de la mesa la ropa, se la fue poniendo, no sin antes haberla bendecido. Fernán, puesto de pie, se la acomodó airosamente, se colocó el cinturón donde pendía rica espada, encargada expresamente para este acto, se puso el birrete y, por último la Cruz en aquel pecho valiente que había dado su sangre en las cruentas batallas de Flandes.

Cuando terminó la ceremonia una salva de aplausos resonó por la sala mientras uno a uno de los veinte Caballeros lo fue abrazando y dándole su felicitación.

Estaba destinado para el padre, ser el último en abra-

zarle y lo hizo con lágrimas en los ojos, fundiéndose ambos en un largo abrazo mientras todos los presentes les aplaudían.

Firmaron cuatro testigos y se cerró el viejo Libro del Capítulo de la Orden de Calatrava en la villa de Navarrete.

Al levantar la vista Fernán mirando hacia el público, vio a Martín como se quitaba unas lágrimas con la manga de su chaqueta, y vio a una mujer que no pudo saber quién era porque tenía la cabeza agachada. Era Magda, que, llena de ilusión y de coraje salía de la sala, después de ver armar Caballero a su "hermano" de niñez, y a su amor en la adolescencia: Se había armado Caballero al que era padre de su hijo Rodrigo, pero, esto era un gran secreto. No podía enmendarse con su voz, si lo hubiera cantado todo allí, aquel acto tan hermoso que vivía la familia Torrecillas y todo el vecindario.

que las estas haciendo esclava de sus poderes y creencias.

El sentimiento religioso que mantuvo en el convento estaba lejano, muy lejos ya de ella, pero al le gustaba la doctrina de Jesús, que la hacía piamente suya, y Jesús, de estar allí presente, hubiera sacado a fatiganzas a todos los Caballeros y frailes que habían dado fealdad a una patria propia del orgullo y la prepotencia de una religión falsa. Jesucristo no podía haber estado en aquellos días, y los hubiera alentado a los de los barrios pobres para que rezaran con él y no rompieran las manos agrietas a quienes les tiraban unas migajas de pan, como a los pobres. Que se repartían esas joyas traidas de Flandes mejor que colocarlas en imágenes que nada os ayudaban; pero, que podía ella decirles, si hambrientos y todo se creían importantes gritando; Vive nuestros Caballeros de Calatrava.

Cuando Beatriz llegó a su pueblo, comprobó en seguida, que todos se apartaban de ella como si hubiera llevado la lepra encima. Miraban a su casa como si tuviese un maleficio. Aún continuaba el odio hacia unas creencias, de las que Jesús era el más grande judío de todos los tiempos, pero ellos hasta eso ignoraban.

Todo en aquel pueblo le hablaba de maldad. Sólo un hombre y para colmo extranjero, fue quien se detuvo frente a su casa y le sonrió. Era el hermano de la tal Yolanda de Doboniet, la "damita" que se había traído de Bélgica el orgulloso hijo del Alcalde, para que viesen qué amistades tenía por aquellas tierras. ¡Ah pueblos ignorantes y llenos de superchería;

Ignorante estaba Fernán del odio que había engendrado su conducta dentro de aquella mujer, que con arraigo de hombre, había dejado el convento para verse un día cara a cara. Si duras fueron sus miradas contra aquellos viejos carcamales de la Orden de Calatrava, mucho más fuertes iban dirigidas hacia la mujer extranjera, que coqueta e infeliz sonreía -con cara de pan sin sal- a todo cuanto allí se había hecho. Ya nos veremos un día, guapa... y te contaré cuatro cositas de esa familia que la crees limpia y pura de sangre, cuando llevan dentro muertes y sacrilegios del semejante.

Aquella mujer joven y rubia, que tantas sonrisas y atenciones recibía de no pocos vecinos, no sabía que también era odiada y maldecida desde un ángulo del pueblo allí donde acaba la Calle Mayor Alta.

Quando terminó la ceremonia, cuando se retiraba de la sala, Beatriz, al pasar junto a Crispín le dijo al oído, con voz suave como aleteo de golondrina:

- "Venid esta noche a mi casa que os necesito"

Cuando oyó aquello Crispín quedó mudo, turbado... Hacía dos años largos que no pisaba aquella casa y temía que su entrada fuera motivo para renovar sospechas y suscitar viejas pasiones que ya estaban dormidas.

Verdad es que no había perdido nunca el hilo de los conjurados en otras ciudades, pero, lo hacía solo; no quería más reuniones en la Villa después de haberse salvado del Auto de Fe. Para Crispín, era mucho más fácil obrar a su capricho, sin consultar con nadie del pueblo, que verse rodeado de gentes que llamaran a sospecha en lugar tan pequeño. ¿Qué hacer? ¿Le haría caso a Beatriz?... ¿Iría esa noche o desistiría? ¿Y si Beatriz tenía alguna buena nueva que decirle?...

Cuando el crepúsculo vespertino tocaba a su fin, comenzó el nerviosismo en el Administrador de don Fadrique, quien ya contaba con más picardías que buena voluntad, y que continuaba en la casa más por acción de limosna que por beneficios.

Al salir de la casa de don Fadrique, era ya bien entrada la noche. En el amplio portal, se cruzó con el nuevo Caballero y quien respetuosamente dio la enhorabuena.

No bien hubo entrado Fernán en el portal y salió de el Crispín cuando oyó una sucesión de golpes, como si algo pesado cayese rodando por las escaleras. Cuando calló el ruido se comenzó a oír el llanto de un niño. Corrió imaginando lo sucedido y, así era, en el último escalón, junto a la barandilla de hierro forjado, estaba llorando Rodrigo.

Le cogió en brazos y vio que sangraba de boca y nariz. Con el encima subió las escaleras hasta el piso alto. A mitad de aquellas se encontró con Magda que bajaba a por su

hijo. Al ver a Fernán con el niño en los brazos, quedó muda y siguió tras de ellos sin decir nada... No tenía voz ni para preguntar, por fin dijo con palabra entrecortada: ¿Se habrá hecho algo, señor...?

No le contestó Fernán. Entraron en la cocina y le lavó cara y manos manchadas de sangre. Le cortaron la hemorragia nasal sin cruzar palabra. Los dos estaban nerviosos, muy nerviosos, como si entre ellos hubiera existido una gran pelea -que jamás la hubo-. Doña Leonor les miraba y se interesaba por el pequeño Rodrigo, a quien le arreglaba el pelito sobre la frente.

Cuando ya el niño sonreía, Magda dijo a Fernán con voz muy débil:

- Señor... el niño le ha ensuciado la ropa de sangre..

Fernán no quiso escuchar y vuelto de espalda se apresuró a limpiarse acompañado de su madre, mientras que ésta le decía

- ¿Qué te parece hijo este pequeñarras que es la alegría de la casa? ¡Mira, mira qué cara de pillo tiene;

Pero, angelito de Dios, mírale Fernán.

- Pero si lo he visto, madre, cien veces. Es muy guapo ya lo creo que sí.

- Puedo yo limpiarle, como hice en otros tiempos, señora. Déjeme a mí.

- No no -le advirtió Fernán- Vos, Magda, ocuparos de vuestro hijo, para que no vuelva a repetir esto que a todos nos ha asustado.

En aquel "vuestro hijo" vio Magda nuevamente el desprecio que doña Leonor no comprendió. Cogió al niño y con el en brazos dejó aquella cocina dentro de la cual se había lavado aquella hermosa sangre de la que nadie quería saber nada, siendo sangre de los Torrecillas.

Sangre pura y limpia, como habían dicho por la mañana que la tenía Fernán. ¡Ay si ella, allí, les hubiese dicho, la verdad de aquel hijo que lo mantenía en clandestinidad y era producto de aquel noble "de sangre limpia y sin tacha alguna en su moral"; Pero a seguido decía: ¿Es que se puede decir siempre la verdad? ¿Qué me hubieran hecho todos aquellos si yo digo lo que estoy tapando?

Justo es reconocer que Magda agradeció mucho la sangre que fue a parar a la ropa del nuevo Caballero de Calatrava. Pensó que era Dios mismo el que así hizo caer al niño, para que su padre lo agarrase en brazos y la sangre ensuciara su ropa y pensamiento. ¡Bien ha estado tu caída hijo mío, muy bien;

Cuando la pobre madre trataba de hacer dormir al pequeño Rodrigo, ya se estaban haciendo preparativos para servir la cena a los invitados.

Mientras allí estaban preparando mesas y manteles de rico hilo y artísticas bordaduras, en los que se posaban hermosas vajillas, veamos lo que sucede en casa de Beatriz de Alcanadre, la que fue visitada por el astuto Crispín que no pudo evitar la cita.

CAPITULO X I V

Sentados frente a frente y teniendo por medio una débil lamparilla, están sentados en el recibidor que fuera de don Pedro de Alcanadre, Beatriz y Crispín.

Con palabras que demostraban temor, a pesar de la seguridad que le dio Beatriz, fue explicándole Crispín, los principales motivos que tuvo don Fadrique, para aprehender a los conjurados, culpando a ella con hipócritas conceptos, de ser una de las principales causantes de tal desaguisado, ya que fue quien dio entrada en su casa y pasadizos al hombre que los había de perder para siempre.

- De eso no hablemos más, Crispín. Me fui como agua en cesta por un cariño estúpido y ya está hecho. Yo perdí tanto como el que más, y vos os habéis librado de todo.

Fue después, haciendo historia de los hechos transcurridos, mientras ella estuvo internada, y le rogó que de las maniobras clandestinas que él tramaba, no diese detalles a nadie.

- Y no puedo deciros más porque temo que aún tengáis en vuestro corazón resquicios de la maldad que habéis tomado como fuente de agua limpia en el convento.

Beatriz, cuando esto oyó, le miró con desprecio diciéndole:

- Comprended que si fuese fiel a Cristo, como prometí, hubiera seguido encerrada hasta podirme en aquella zahurda, y que, si he salido ha sido por buscar venganza en esos Torrecillas que son eternamente mis enemigos. Pero, si es vuestra voluntad callar, podéis hacerlo. Quiero que me contéis, en primer lugar, cómo viven esos dos estúpidos flamencos que han venido a conocer, precisamen-

te la tierra que más tenían que odiar, sabiendo que es quien allí les tiene imponiéndoles sus leyes y haciendo batallas contra sus gentes. Sólo por eso me parecen imbéciles, tanto por venir de paseo con quien han hecho capitán por hacer actos de barbarie.

- Pero eso debes callarlo totalmente, Beatriz.

- ¿Y qué hago sino morderlo y remorderlo en mi conciencia?

En cuanto afecta a ese mozo hoy metido Caballero. ¿qué es sino un traidor y un cobarde que no cumplió su palabra, cuando le llevé a vuestra reunión? ¿Creéis que yo le hubiera metido sabiendo que llevaba a un canalla? Pero, vamos a dejar esto, Crispín y hablemos del presente.

Crispín fue soltando secreto tras secreto, como agua metida en barril sin fondo. Así, Beatriz, llegó a saber todos los detalles de la casa, desde que ocurrió el nacimiento del niño. Lo que más agradeció saber Beatriz, es que el niño era hijo de Fernán. Ella ya lo suponía pero fue Crispín quien le dijo que Magda se lo contó en secreto. Aquello tenía para ella un valor inmenso, que un día había de conocerse.

Contó a Crispín le hizo saber el proyecto que traía consigo, Crispín no quiso saber nada y tuvieron dura porfía, se cruzaron palabras violentas y hasta acusaciones desde muy atrás. Viendo la pícaro mujer que todo su plan iba a fracasar, poniéndose enérgica y jugándose-

lo todo a la última carta dijo a Crispín:

- Mirad cómo obráis. No olvidéis que, con una sola palabra que salga de mis labios, iréis a parar al nuevo auto de Fe que se celebre en Logroño o donde sea.

- ¡Calladla, por favor, calladla, Beatriz; ¿Quién os la dijo?

- Mi padre. Yo os prometo callarla, si vos hacéis lo que os he contado.

- Comprended, Beatriz, que ello es muy duro para mí. Que todo puede caérsenos al suelo por vuestra ceguera... Pensad que es más grande el destino de nuestra raza que un simple capricho de mujer celosa.

- ¡Cumplidla y callad comparaciones que no me importan un maravedí; ¿Aceptais?

- Y qué remedio me queda...

Aquel hombre se veía perdido por todos los lados y esto ya se lo temía desde que acudió a la casa.

También aceptaba, que Dios acaba siempre por tender al que mal se porta, trampas y butrones para que en ellos se destroce. ¿Qué hacer?... ¿Qué partido tomar?... Beatriz lo miraba con ojos fijos, aquellos ojos que si servían para hacer dar traspiés a los hombres, cuando llevaban dentro coraje eran igual que puñales. Segura estaba la hija de don Pedro, que no

podía fallarle el Administrador, y que de él había de servirse a comodidad o estaba perdido.

- **Habéis** dicho que aceptáis ¿no es así?...

- ¡Acepto; Acepto...

- Esperad unos segundos que salgo en seguida.

Salió airosa y llena de alegría, como niña que va camino de un dulce. Cuando estuvo Crispín so-

lo pensó en las peores cosas. "Si no fuese porque se han de enterar que yo he estado en esta casa, esta es la ocasión para dar muerte a esta mujer y así librarme de cuanto ella sabe" "Si no fuese por..."

- ¡Tomad; Cuidad de que nadie lo vea ni sepa de donde proviene o estarnos ambos perdidos.

- Eso corre de mi cuenta, pero, pase lo que pase, os ruego que sujetéis la boca y no digáis palabra o será también mi ruina.

- De vos depende mi reserva, Crispín. Cuando lo hagáis según os he detallado, venid a mi casa por si necesitáis ayuda.

- Lo tendré muy en cuenta.

Abandonó Crispín aquella sala a la cual no hubiera querido entrar jamás, y, después de asomar la cabeza por ver si había ronda, salió de un envión a la calle y se colocó en el centro por disimular en qué dirección caminaba.

Quando llegó la noche a su punto más alto, aún estaban en pleno banquete los invitados en el palacio de Torrecillas. De aquel enorme comedor salían carcajadas, risas y graciosos gorjeos de damas y damitas. Entre todos ellos, pronto distinguió las voces de Yolanda y Cristian, que eran de muy distinta fonética a las de La Rioja.

Entró en la cocina y se encontró a Magda lavando copas y platos que muchos había sobre la fregadera.

- No faltarán descomposturas mañana -dijo Crispín riendo y Magda le acompañó también con su risa.

- Estos flamencos habéis de ver cómo se ponen malos, que así les pasó cuando llegaron y empezaron a comer fruta y beber vino como Cascabel o Vinagre...

- Pues les daremos una buena purga ¿Qué digo yo de purga, si tenemos un remedio que han traído de su tierra y dice que es muy bueno para cuando se carga mucho el estomago. Todas las noches se lo tengo que poner sobre la mesita de noche. Ahí está; luego se lo subiré.

- Qué delicada la flamenquilla. Se ve que está en todo.

o- Cuidad de esto, Crispín, que voy a ver qué hace el niño.

- ¡Id tranquila, mujer.

Mientras ella fue a su habitación Crispín atendió la cocina, pero no tan bien que al llegar Magda no le dijese si no estaba oliendo a chumasquina.

- No por cierto.

- Pues ahí hay un trápico ardiendo.

- Es verdad.

Y Crispín quiso retirarlo de las brasas, quemándose se los dedos. Después de que obró a su antojo sin que sospechara nada la joven madre, se retiró a dormir diciéndole que le llamase a las ocho de la mañana, pues tenía urgencia de ir a Fuenmayor.

Cuando salió Crispín cogió Magda el remedio que le encomendó Yolanda, y se lo subió con un vasito de agua a la habitación.

El bullicio que arriba habían armado era como si de plena juventud se tratara y lo que menos había allí eran mozos. Media hora después comenzaron a despedirse. Todos daban las gracias a doña Leonor y a don Fadrique por lo bien servido y atendido que estuvo el banquete. Cerrada la puerta de la calle, con sus pesados cerrojos y llave, Magda se estaba figurando a Fernán y Yolanda dando tiempo hasta irse a la cama. ¿Estarán en el pasillo o estarán en uno de los balcones viendo el cielo y la vega toda en silencio?

Poco después, llegaron hasta sus oídos las voces de los tres jóvenes que se daban un "Hasta mañana si Dios quiere", y cada cual se fue a su habitación. La casa quedó en silencio, tras de tantas horas de bullicio y desazones. ¡Ah qué día tan apretado de compromisos y de cocina fue aquel en que tomó hábito de Caballero de Calatrava el capitán Fernán;

Ya estaba por dormirse Magda, [redacted] teniendo la cabecita del hijo sobre su brazo derecho, cuando oyó la voz que venía de la calle, que era costumbre hacerlo pero, que esa vez le asustó no poco:

- ¡¡Alabado Sea Dios;¡¡

Lejos, muy lejos, le contestó el otro sereno:

- ¡¡Por siempre sea alabado;¡¡

La villa tenía una pareja de serenos que se daban esta consigna y tras de ella indicaban qué hora era, si hacía buena noche, llovía, tenían viento o qué circunstancias se daban para que los vecinos que estaban acostados se enterasen sin levantarse de la cama.

El bullicio que arriba habían oído era como si de plaza juvenil se tratara y lo que menos hablaban eran mozos. Media hora después comenzaron a despedirse. Todos daban las gracias a don Leonor y a don Fermín que por lo bien servido y atendido que estuvo el pariente. Cortada la puerta de la calle, con sus pesados cerrojos y llave, Magda se estaba figurando a Fermín y Yolanda dando tiempo hasta fuese a la cama. Estarían en el pasillo o estarán en uno de los balcones viendo el cielo y la vez toda en silencio? Comenzó a decir poco después, llegaron hasta sus oídos las voces de los tres jóvenes que se daban un "Hasta mañana si Dios quiere", y cada cual se fue a su habitación. Las cosas quedó en silencio, tras de tantas horas de bullicio y temporadas. ¡Ah qué día tan apretado de compromisos y lecciones fue aquel en que tomó hábito de Caballero de Calatrava el capitán Fermín!

CAPITULO X V

Antes de salir el sol en esta época de vendimias y de
 saca de vinazas de los lagares para llevarlas a las pren-
 sas, ya se escuchan por las calles el griterío de voces
 de mozos y mozas que se saludan, y ruido de caballerías
 sobre el empedrado de muchas de sus calles y callejas.

El pueblo riojano es poco dormilón. Le gusta ver sa-
 lir el sol aunque no tenga grandes faenas que hacer.

Así este día de verano es de mucho ajetreo por las ca-
 lles navarretanas. Un poco perezosa anda la gente en
 casa del Alcalde. Fue ayer un día agobiador y lleno de
 excesos, de ahí que hoy se levanten mucho más tarde que
 de ordinario.

La primera que comenzó a sonar cacerolas y pla-
 tos fue Bárbara que, remangada más arriba del codo y con
 su delantal blanco, fregoteaba lo que aún estaba sin la-
 var sobre la fregadera. Dios quiera que no vea en mi vi-
 da armar más Caballeros como este de ayer, porque vamos
 y vamos y vamos qué dipta nos hemos liao... ¡Menudo ba-
 ti-fondo hubo aquí, y hasta qué horas; A cada fuente
 que lavaba decía: "Pero válgame el Cristo bendito...y
 cómo han tenido estomago pa meterse entre pecho y espal-
 da tanto cordero y conejo como había aquí... Cuatro cor-
 deros... Ocho pollos cazueleros ... y seis conejos...

Sopa... peras... dulces... compotas... vino y, y lo
 que yo no he visto... Lo que yo digo: Los arman
 Caballeros por la panza, ná más que por la panza...que
 siempre fue ello así, como se lo tengo oído al pobre
 mi padre. ¿Y el clero?... Mejor no meneallo...;Trago-
 nazos?; Pero,¿cómo iban a decir aquellos veinte

"esta enfermos" o como cojona que se diga: No señor, a este joven no lo podemos meter en nuestra cofradía porque le falta tal y tal y tal... ¿Es que no se jugaban con eso la comilona? ¡¡Pues a eso van y ná más! Hoy, en nuestra casa, y, mañana, sale otro en Logroño, en Haro o en Santo Domingo, diciendo que quiere ser su hijo Caballero, y, allí que nos vamos todos de juerga,,, y a vivir, morena, que son cuatro días contaos los que nos quedan... ¡Lo armamos, Teodora, y la armamos nosotros, los de la Cruz y los de la espada;... ¡Ay, pero qué tontos y qué tontos somos los endemás, que aún aplaudimos estas cosas.¡ Y a mí mucho me ha gustao, es de casa, lo he visto nacer y ello me alegra, no faltaba más, pero...eso no quita pa que me se tapen a mí los ojos con falsas historias ¿eh?...

Si yo fuese joven...¡Ay, si yo fuese joven, con mis veinte años o así encima, ya iba a dar algo más que hablar que estos de hoy.¡ Si es que no hemos sabido en la juventud de ayer nada de nada. Hoy ya se piensa de otro modo, por más que los jóvenes de ahora ¡cojona;...los jóvenes de ahora son medio mujeres... y no lo digo por el nuestro, que ahí está: el capitán nos ha venido y eso no se dá por las buenas, pero hay cada mozo en éste pueblo... que ¡ya ya;... hembras y bien que hembras me parecen. Calatravas son los hombres de ésta casa, los endemás calaveras me se antoja, por lo que he visto entrar y salir a la iglesia.

Buen ejemplo nos ha dao a todos de hombría el mismísimo hijo del rey don Felipe. Pues al simen son casi todos...Ay qué hombres pa' defender el pueblo y las haciendas.

Hablando y hablando ella sola, se le fue a caer al suelo una de las fuentes que tenía doña Leonor en más estima.

Miró los pedazos de vajilla en el suelo y con las manos puestas cubriéndose la cara decía:

-- ¡Bien me está empleao y bien me está empleao...

Qué cojona me se importa a mí de los Caballeros ni de los hijos de la madre de tal o la de cual...

Ya se habían levantado todos los de la casa y estaban esperando a que lo hiciera Yolanda para desayunar y salir dando un largo paseo con el coche de caballos hasta la Ciudad de Najera, donde les había dicho Fernán que había un convento meritísimo en el cual estaban enterrados los reyes fundadores del reino de Navarra, y los más grandes nobles de Castilla y Vascongadas.

Impacientados por la demora de la damita, fue su hermano a la puerta y le llamó golpeándole con los nudillos de la mano. Nadie respondió. Repitió nervioso y el mismo silencio fue la respuesta. Preocupado volvió a la sala y se lo hizo saber, temiendo que le ocurriera algo anormal a su hermana. Trajo doña Leonor una llave y pretendieron abrir la puerta, lo que fue imposible por estar la otra llave dentro. Decidieron descerrajar y así se hizo en cosa de varios minutos, pero Yolanda no respondía a tanto golpe.

Cuando penetraron los cuatro en alocado tropel, se encontraron a Yolanda metida en la cama dormida en el dulce sueño de la muerte. Un grito de dolor se escapó de las cuatro gargantas, pero, ella seguía sin enterarse; amarilla como la cera virgen; estirada como tronco caído por el rayo; dulce como pétalo de azucena. Allí no había nadie.

Los momentos que precedieron a la sorpresa fueron angustiosos. De la cocina subió Bárbara al oír

llorar y quedó petrificada viendo aquella escena.

Magda, que estaba vistiendo al niño, lo dejó encima

de la cama y subió precipitada las escaleras para enterarse del suceso. No dijo ni palabra, cuando desde el umbral de la habitación vio tendida a Yolanda.

Cristian, echado sobre el blanco lecho, la colmaba de besos llamándola con su idioma extranjero, pero, Yolanda estaba muy lejos ya de Navarrete: ¡Yolanda...! ¡Yolanda; ¡Despierta, Yolanda, hermana mía, ¡-le dijo fuerte y en buen castellano. Todo inútil. Aquel joven lloraba amargamente y hacía llorar a todos los presentes que poco a poco estaban llenando la habitación.

Fernán, colocado de rodillas al lado de ella, le tenía agarrada la fría mano, y la besaba sin cesar.

También estaban don Fadrique y doña Leonor llorando abrazados y comentando la desgracia de aquella muerte tan inoportuna para todos. Sólo las palabras de Cristian y las de Fernán, hablándole a Yolanda eran escuchadas por todos y les llenaban de dolor aquellos lamentos de ambos hacia el ser querido.

Poco después, Fernán quiso decir algo a su padre pero, don Fadrique ya no estaba en el aposento. Le dijo Bárbara que había salido muy precipitado.

Minutos después volvía trayendo al médico mejor de los que había en la Villa. Hizo saber a los presentes que convenía retirarse todos de la habitación, y se quedaron los dos junto con Cristian para analizar el cadáver de la joven mujer.

Cuando Fernán y las mujeres se retiraron de la habitación, penetraba por los amplios balcones el fúnebre canto de las pesadas campanas de la torre, tocando a muerto. Aquellas voces de bronce, que los dos jóvenes habían escuchado días pasados cuando los labriegos volvían al

toque del Angelus, y todos los caminos de la Vega eran como una romería de canciones y de carcajadas, ahora estaban tocando a muerto. Hasta Fernán llegaban las voces de hombres y mujeres que se decían por las calles:

¿Quién es el que ha muerto? Y otras voces respondían: ¡Yolanda; ¡Yolanda; ¡Yolanda de Duboniet; ¡

Hasta el tañir de la lenta campana María martilleándole los oídos al joven enamorado, le traían continuamente aquel bonito nombre. Rendido en la cama, torturado por el constante sonido que le llagaba desde la torre se tapó los oídos, pero, hasta allí penetraba el triplete grave de la bronca campana diciendo pausadamente: ¡Yo lan da;... ¡Ya lan da;... ¡Yo lan da...;

Y don Fadrique, el que ya se veía emparentado con los Duboniet, de cuyas ramas esperaba tener un descendiente que po-
ría llevar a su hijo, al todo parecía un castigo. Aún
estaba en su casa como invitado. Que golpes esta-
ba recibiendo Leonor estaba muy preocupada por tan terrible si-
tuación. Las cosas de tales casas, llamas los sol
amortajarla llegó el sacerdote y le dio la extrema-unción
para cuando se preparaban los trámites necesarios para
-cómo no -respondió Cristóbal - puede usted llevarlo.
- Me permiten que lo lleve a casa para analizarlo?
Allí tenía. Tenían que salir que hacia lo más
varias veces más y quedaba extrañado de cierto olor que
nada. El médico local, lo volvió a oír
y que se lo había preparado un químico amigo de ellos en
la digestión, cuando el estómago se cargaba con exceso,

CAPITULO X V I

A solas con el físico don Fadrique y Cristian, el sabio judío -que judíos eran casi todos los hombre con algo de ciencia- acreditó que la muerte, posiblemente le había ocurrido por el exceso de la noche anterior.

La digestión pudo ser cortada por un imprevisto espasmo.

Viendo que, en la mesita de noche, había un pequeño frasquito, lo cogió y preguntó al hermano qué era aquello, y Cristian le dijo que contenía un remedio para facilitar la digestión, cuando el estómago se cargaba con exceso, y que se lo había preparado un químico amigo de ellos en Lieja. Lo olfateó el médico local, lo volvió a olfatear varias veces más y quedaba extrañado de cierto olor que allí tenía.

- ¿Me permiten que lo lleve a casa para analizarlo?

- Cómo no -respondió Cristian- puede usted llevarlo.

Cuando se preparaban los trámites necesarios para amortajarla llegó el sacerdote y le dio la extrema-unción propia de tales casos.

Doña Leonor estaba muy preocupada por tan terrible situación estando en su casa como invitados. Qué golpes estaba llevando esa familia, si todo parecía un castigo. Aún no se habían silenciado las alegrías de entrada de su hijo Fernán como Caballero de Calatrava que, a seguido una muerte dentro de su palacio. Aquello era cosa muy grave.

Y don Fadrique, el que ya se veía emparentado con los Duboniet, de cuya rama esperaba tener un descendiente ¿qué po-

día decir en semejantes momentos? Aquel terrible amanecer le había segado no pocas ilusiones.

Magda, la desdichada Magda, también lo sintió muy de veras. Bien es verdad -no podía ser de otra manera- que la joven flamenca le caía un poco atravesada sabiendo que Fernán tenía que haber cumplido antes con ella que con nadie, y allí estaba el resultado de una noche de alocado amor, pero, la joven Yolanda ¿qué sabía lo que dentro de la cocina de doña Leonor se estaba cociendo desde hacía dos años? A la pobre chica de nada se le podía culpar. Por otro lado estaba su mucho amor a Dios y el sentir cristiano apiadándose de todo dolor en el hermano.

Aquel suceso había frustrado el viaje de Crispín a la vecina Fuenmayor. Cuando supo lo acontecido subió a la habitación de Yolanda y con cara larga y poco menos que los ojos inundados de lágrimas, se arrodilló un buen rato y musitaba oraciones junto a las mujeres que también lo hacía. Tenían que oírle aquellas que en ocasiones le tildaban de judaizante.

Cuando salía de la habitación le chistó el médico y le dijo que buscase a don Fadrique, pues tenía una novedad que darle.

Sentados los dos caballeros en la gran sala de don Fadrique, le decía el médico al señor de Torrecillas:

- Señor, una gran noticia puedo darte, y no creo equivocarme. La muerte de esa joven no ha sido natural, como en principio sospeché. Su deceso ha sido producido por una composición horrible que estaba en este frasco.

Y le enseñó aquel pequeño recipiente que llevó a su casa para estudiar el contenido.

- En tal caso qué podemos sospechar ¿Se ha envenenado?

¿Le han envenenado?

- Tal no espero que haya sucedido, pero... aquí están las pruebas. El contenido de este brevaje dice muy claro lo que le ha ocurrido, señor.

Salió precipitado y llamó a Fernán y a Cristián para hacerlos saber también a ellos. Cuando estaban dentro de la sala se continuó hablando sobre la nueva hallada por el físico, y este siguió diciendo:

- De haber estado Yolanda en situación cabal, pronto se hubiera dado cuenta que no era la composición que había tomado días antes, pero, presionada por el exceso de comida, bebida y sueño que llevaba consigo, creo que tomó sin precaución y así -sin querer- se envenenó.

Asombrados quedaron los tres hombres de semejante novedad, pero sí entendían que así pudo ser, pues no era el ánimo de la joven para quitarse la vida, después de encontrarse tan feliz en Navarrete y dentro de aquella familia que no cesaba de complacerla.

El físico continuó diciendo:

- Ahora que ya he dicho aquello que yo juzgo como verídico, es a ustedes, señores, a quien corresponde hacer las debidas diligencias que éste grave caso requiere. Dejo las pruebas y listo me tienen para atestiguar donde y cómo corresponda.

Le dieron las gracias y le acompañó don Fadrique hasta la puerta de su casa. Cuando quedaron sólo los tres hombres, cada cual pensó en su víctima. Don Fadrique y Fernán dirigían sus culpas hacia un sólo punto. El joven flamenco no acertaba a sospechar de nadie, y cómo podía suponer nada si apenas les conocía a quienes les rodeaban.

El primero que habló fue don Fadrique, que dijo:

- ¡Yo sé quien puede ser el responsable;

- ¡Y yo; -aseveró su hijo.

- ¡¡Llamad a Crispín y decidle que acuda presto la ronda de este turno, para proceder a una detención;

Presuroso salió Fernán para encontrar dentro de la casona al Administrador y secretario de don Fadrique.

Sabido el encargo fue por las calles corriendo hasta que dio con la ronda. Aquellas rondas eran frecuentes en muchas poblaciones, estaban creadas para proteger a los pueblos de bandidos y malhechores. Cuando volvió Crispín con cuatro hombres armados y penetró en la sala de

Torrecillas, se encontró allí a don Fadrique, que ciego de ira le decía a Magda:

- ¡No me negaréis que fuisteis vos la que le llevó el remedio a Yolanda a su habitación;

- No lo niego, señor, no lo puedo negar porque es cierto.

Y comenzó a llorar muy amargamente viendo en qué situación se hallaba metida. Aquello había de ser el cáliz de su amargura. Cuando vio en la puerta a los cuatro hombres armados, se temió que eran para ella y cayó desmayada mientras don Fadrique les decía:

- ¡Apresad a esa mujer; ¡¡Levadla a los calabozos y cuidad de que no se os escape;

No lo hubiera dicho con más poder y orgullo de casta el mismísimo Duque de Alba.

Quando se despertó Magda, no dijo sino: ¡Mi hijo; ¡Mi pobre hijo;

Todo en vano. Agarrada por los guardias con sus poderosas manos, fue llevada casi a rastras hasta los calabozos de la Casa de la Villa, mientras decenas de mujeres murmuraban por la Calle Mayor Baja y en la Plaza echándole a la pobre mujer todas las culpas de aquella muerte.

Cerrada que fue, y sin ver nada excepto la luz que le

bajaba de la rejilla que tenía en el techo, les dijo a los guardianes, llorando como una Magdalena y haciendo de bueno su nombre:

- ¡Mi hijo; ¡Yo quiero que me traigais a mi hijo; ¡Por todo lo que queráis, traedme a mi hijo aquí;

Aturdida, loca de dolor, creyendo que el cielo y la tierra se juntaban para hacerla víctima de todo, se echó desesperada sobre unas tablas que le iban a servir de cama esa noche.

de sí le decía a Magda:

- ¡No me negaréis que insistía vos la que le llevé el re-

medio a Yolanda a su habitación;

- No lo niego, señor, no lo puedo negar porque es cierto.

Y comenzó a llorar muy amargamente viendo en qué si-

tuación se hallaba metida. Aquello había de ser el cáliz

de su amargura. Cuando vio en la puerta a los cuatro hom-

bres armados, se temió que eran para ella y cayó desmayada

de mientras don Esteban le decía:

- ¡Apresura a esa mujer; ¡¡¡ Levántala a los calabozos y

quidá de que no se escape;

quidá No lo hubiere dicho con más poder y orgullo de

casta el mismísimo Duque de Alba.

Don Esteban, cuando se despertó Magda, no dijo sino: ¡Mi hijo;

¡Mi pobre hijo;

¡Toño en vano. Acarada por los guardianes con sus po-

derosas manos, fue llevada casi a rastras hasta los calabozos

de la Casa de la Villa, mientras decenas de mujeres

murmuraban por la Calle Mayor Baja y en la Plaza echando

la a la pobre mujer todas las culpas de aquella muerte.

CAPITULO X V I I

Reunidos todos los nobles en casa de don Fadrique, trataron de complacer al joven Cristian, ofreciéndose con sus armas y sus servicios, para lavar aquella fea acción de que habían sido víctimas en su Villa. Sabían todos ellos que, aquel suceso, podía tener muy graves consecuencias en la buena marcha de los dos países y trataron de complacer plenamente al heredero de los Duboniet.

Don Fadrique, estaba convencido de que Cristian había sabido interpretar el hecho como realmente había sucedido. Bien había visto el joven belga, lo mucho que se le quería en aquella casa a los dos hermanos, y como ellos todo el vecindario, no faltando muchas casas que incluso les han traído obsequios de frutas y objetos artísticos de los alfareros de Ollerías. Estaba bastante claro que, el fatal desenlace había sido motivado por los celos de aquella mujer que vivía dentro de su misma casa.

Tampoco cabía imaginar que, allí, pudiera haber ocurrido un atentado político, no obstante... bueno fuera que no se le diera mucha bandera al asunto y llegaran a enfriarse las relaciones hispano-belgas. En ese caso, el que peor parte había de sacar era el Alcalde, ya que por ser autoridad local no había previsto consecuencias que podían allí alterar el orden internacional. Y si el comentario llegaba hasta el mismo Rey don Felipe, con lo exigente que era... sabe Dios cómo lo tomaría y qué represalias mandaría hacer sobre la Villa riojana.

De momento, gracias a Dios, la tenemos presa a la que parece puede ser culpable. ¡Que caiga sobre ella todo el peso de la justicia;

El Gobernador les había dado, por orden del propio Rey "carta blanca" para poder obrar con su Tribunal en casos de suma urgencia, y siempre que fuese en beneficio de los principales derechos del Estado y del común ciudadano.

No perdió tiempo don Fadrique, y esa misma noche hizo una reunión del Tribunal Local para casos de Emergencia.

Como estaba adornada aquella sala de Juntas del Ayuntamiento por los actos del día anterior, allí se había de celebrar la reunión y proceder a la declaración de la acusada y levantamiento de Sumario.

Componían el Jurado diez personas entre las cuales estaban: Justicia Mayor de la Inquisición. Alcalde Mayor, Alcalde Ordinario. Notario. Maestre de la Orden de Calatrava, que aún permanecía en la Villa. Conde de Davalillos. Capellán. Tres nobles con voz y voto en Cortes y el físico que certificó el informe sobre aquel brevaje.

En el centro de la plataforma, con la cara descompuesta por el terrible dolor, las muchas horas sin reposo y muerta de frío estaba la joven madre, con la cabeza agachada, pretendiendo ignorar al lugar en que había sido llevada nada menos que por su "familia", a la que tanto había querido.

A los costados había cuatro soldados armados hasta los dientes, con cuya planta, semejaban bastante bien a los centuriones que acompañaban a Cristo de casa en casa de los altos dignatarios del Jerusalem "romano".

Ni Fernán ni Magda se miraron ¿Para qué?... Cada cual meditaba sus casos y sus respectivos infortunios.

Cristian, que también estaba presente en un costado de la sala, seguía manteniendo en su retina la graciosa figura de la hermana y pensaba cómo iniciaría aquella carta en la que debía dar la noticia a sus padres.

Después de un breve silencio, tan solo roto por el ruido de los rancios pergaminos y apollillados papeles, donde estaban leyes desde hacía la tira de años, escritas por los sabios caballeros que legaron a España un preciado Código de Derecho de Gentes, por el cual había de juzgarse todo atentado y causa de muerte, comenzó a decir el Duque de Nájera, como Alcalde Mayor que era, la nobleza y hospitalidad que Navarrete ha dado siempre a todo forastero que hasta ella ha llegado. Y buena prueba de ello era la última visita de estos dos hijos de la amiga Bélgica, pero, que para vergüenza del pueblo, único hecho deleznable que se ha conocido, había que lamentar la muerte de Yolanda Doboniet, al parecer envenenada por una mano asesina mientras la joven dormía.

Leídos todos los cargos, escritos por aquella mano escuálida y blanca del anciano escribano-en el voluminoso libro con tapas de becerro, que llevó bajo el brazo- fueron presentados varios testigos que acreditaron y firmaron, cómo cuanto aquella noche se comió era sano y propio para criaturas cristianas. Así también, todo cuanto se bebió era de buen provecho, como lo podían acreditar los restos de bebidas que estaban en cubas, garrafones y jarras. Que se terminó la reunión brindando por la buena estancia de los dos jóvenes en la casa y porque el joven Caballero de Calatrava, alcanzase la mayor gloria para su provecho y orgullo de la Villa.

Fue aquí cuando se levantó el Notario y con voz tosca y ademanes enérgicos preguntó a Magda:

- Cuando los señores estaban cenando, puede decirme la acusada ¿qué era lo que hacía?
- Vistiendo a mi hijo, para llevarle a descansar.
- Cuando le subió la acusada el frasquito ¿qué hora era?

- Lo hice después de acostar a mi hijo Rodrigo.

- Puede decirnos, por este Cristo, Hijo de Dios Creador de todo, ¿qué es lo que echó al brevaaje?

- ¡Nada; ¡Nada; - y se puso a llorar desconsoladamente.

- Mirad bien lo que decís. Ved que son muy graves cosas de Estado lo que aquí estamos ventilando. ¿Confesais la verdad? ¿Os hacéis responsable de la vida que ha sido arrancada a esa mujer?

- ¡ No; ¡ No; ¡ Mil veces no;

Después de estas frases, apenas percibidas por los sollozos que su destrozado pecho lanzaba contra aquellas gentes que buscaban sacar una justificación de donde no existía, se puso a deliberar el Tribunal. Después de cambiar impresiones sobre las razones que allí concurrían para hacerla responsable volvieron otra vez a la sala. Levantándose el Alcalde Mayor dijo:

- Señores. Después de ser estudiado el caso, con la frialdad que ello requiere y teniendo aquí las pruebas de los hechos, hemos venido a coincidir todos, en que vos sois la única responsable, guiada quizá por el desprecio con que ya la tratabais desde que llegó. En nombre de Dios Nuestro Señor y Hacedor. En nombre de nuestro Serenísimo Rey Don Felipe el Segundo, se os condena a ser decapitada en acto público el día primero de octubre del año 1582 de nuestra Era. ¿Tenéis algo que alegar a tal veredicto?

No sabía Magda lo que le habían dicho en las anteriores palabras, y estaba más fuera de la sala pensando en su hijo que atendiendo a tanta invención que sobre ella se le echaba. De tal devaneo salió cuando fue cogida por los brazos y elevándola le hicieron andar nuevamente para salir de aquella sala inquisitorial.

Cuando cruzó ante los componentes del Tribunal vio que todos firmaban en aquel mamotreto de libro, para que fuesen creídas aquellas falsas acusaciones que se habían dicho contra ella. Pobres hombres que se dedican a inventar falsos testimonios simplemente por una deducción. Pobre justicia aquella que estaba asentada sobre la prepotencia de una clase social a quien estaba permitido juzgar a una persona, más que por sus acciones, por la calidad de sus títulos o el oro que guardaba en sus arcas. Para los débiles, para los desheredados de la fortuna estaban hechas las galeras, las cárceles y las hachas de los verdugos.

... que este es de Navarrete...
 Para las diez de la mañana todo estaba listo. Verdad es que no tenía la villa esta vez el ánimo que tuvo cuando los judaizantes. En cuanto se supo que culpaban a Magda de aquel hecho poco, muy pocos lo creyeron. Los argumentos que dieron no convencían a nadie. No faltaba el que decía por el Arzobispo o San Juan "Eso ha sido una patraña del Alcalde para sacar de medio a la que es más hermosa del coparla del hijo". "Lo que tenía que haber hecho es sentenciar a su hijo por no cumplir con lo que le hizo a la pobre chica". "Ese ha comprado con dinero al hijo y ha dicho que habla veneno donde le ha parecido por echarle a la pobre mujer encima el mochnelo". "Ojo con los de esa casa". "Veje a saber si no se ha metido el hijo calatraveño en la habitación de la flamencita... y allí hubo y más que relaciones... y alguien tenía que pagar los platos rotos". "¡Mucho cuidado con ellos!"
 Magda ha sido quien ha recibido todas las culpas y

CAPITULO XVIII

No fue menester grandes preparativos para la ejecución de la "hija de doña Leonor". Ya se tenían dispuestos los principales elementos que sirvieron para la plataforma del Auto de Fe, y que estaban guardados en el Pósi-to para nuevas ocasiones. En menos de una hora dieron fin al patíbulo que, como la vez anterior, se elevó en el centro de la Plaza del Coso. ¡Dios qué fama estaba tomando la Villa de Navarrete en toda la región; De allí en adelante, hablar de ella era decir ¡guarda; que viene la Inquisición... ¡Ojo; que este es de Navarrete...

Para las diez de la mañana todo estaba listo. Verdad es que no tenía la Villa esta vez el ánimo que tuvo cuando los judaizantes. En cuanto se supo que culpaban a Magda de aquel hecho pocos, muy pocos lo creyeron. Los argumentos que dieron no convencían a nadie. No faltaba el que decía por el Arrabal o San Juan "Eso ha sido una patraña del Alcalde para sacar de medio a la que es mala sombra del cobarde del hijo". "Lo que tenía que haber hecho es sentenciar a su hijo por no cumplir con lo que le hizo a la pobre chica". "Ese ha comprado con dinero al judío y ha dicho que había veneno donde le ha parecido por echarle a la pobre mujer encima el mochuelo" "Ojo con los de esa casa". "Vete a saber si no se ha metido el hijo calatraveño en la habitación de la flamenca...y allí hubo más que relaciones... y alguien tenía que pagar los platos rotos". "¡Mucho cuidado con ellos;"

"Magda ha sido quien ha recibido todas las culpas y

la que no tiene padres, ni nadie que la defienda
 ;hala; que pague todo lo que allí se ha ventilado esa
 noche, donde todos han tragado a dos papos y donde
 esa niña se ha malogrado por exceso de gamellón"
 han dicho más de cuatro por lo alto de Las Öllerías.

Así, talmente así estaba el vecindario de dividido,
 y si hubiesen hecho una votación, jamás sería culpable
 Magda sino el hijo de don Fadrique, o todos ellos jun-
 tos. No faltaron hombres que, hasta con voz fuerte
 decían que se iba a cometer una injusticia más en su

pueblo. Estando así de caldeado el ambiente ya se
 adivinaba que les habían de encajar por ley forzosa
 dos lutos: Uno enterrado hace muy pocas horas, y el si-
 guiente prematuro. Los sirvientes de la casa

de Torrecillas no acertaban a salir del asombro. Para
 Paula y Bárbara no había consuelo; lo que se decía de
 Magda no había forma de metérselo en la cabeza. Aun-

que las lleven al patíbulo a ellas no pueden creer que
 esa pobre mujer, de la que saben todo su sentir y sus
 grandes padecimientos, haya cometido esa acción. Tam-
 bién para ellas había allí algo oculto, muy oculto,
 que nadie lo había de sacar a luz nunca. Si Magda se
 había criado entre sus brazos ¿cómo eran capaces de
 llevarla a la muerte los mismos de la casa Torrecillas?

Lo que decía la vieja fregona, que ya estaba más
 que quemada con aquello de Villalar, no es para decir-

lo, era para escuchárselo: "No puede ser ella, y yo di-
 go que no puede ser ella. Nos la han de matar inoran-
 te, como mataron a Jesús ¿o es que no lo mataron sin
 culpa alguna? Aún está por salir de sus labios -y
 cuidadito que podía haberlo dicho- quién le hizo ese
 ángel que duerme arriba. Y ella lo sabe bien, pero,

se lo calla y se muerde los hígados antes de denunciar al mal hombre que la engañó, o que ella quiso darse pensando que la quería. ¡Hombres canallas, que todo lo descomponís, y luego nos juzgáis a las mujeres como se os pone allá, pocombres; Pues igual ha de hacer con estas acusaciones. Me juego este a que no dice nada de nada y muere como una santa.

Mientras hablaba y hablaba, fue Paula a por el pequeño y lo entraba en brazos a la cocina. Cuando le vio Bárbara le dijo al pequeño Rodrigo:

Tu madre es un angel como tú, amor mío, igual que tú, pero te la van a matar. (El pequeño reía creyendo que todo aquello era un juego para divertirlo). ¡No te importe mi capitán, si si: mi capitán te digo yo a tí. Que tú has de ser hombre como ellos y cuando tengas mando ojalá que seas como los de Villalar, que motivos vas a tener para serlo, aunque te maten mil veces.

- Bárbara, que te van a oír los de arriba...
 - ¡Que me oigan; Ya saben cómo pienso yo desde que supe lo que es la vida. Si a tu madre la matan, mira lo que te digo, si a tu madre te la matan, no tienes lo que llevas aquí... si tú, cuando eres mayor y tienes una espada no lo haces con ellos.

- ¡Jolín Bárbara, que me voy... ¡Calla ya;

Desde el piso superior se oyó al dueño de la casa llamando:

- ¡Barbara;

- ¡Voy señor, voy ahora mismo... ¿Sabes pa qué me llaman pequeño de esta casa? Pues me llaman porque se van a vestir con sus mejores galas para matar a tu madre. ¡No te importe, porra, que las vacas del Rey dicen que de cien en cien años paren, las tuyas han de parir mucho antes.

Antes de salir de casa don Fadrique ha tenido que vencer la dura suposición de doña Leonor que, suplicante le ha pedido cien veces que no sea tan cruel para con esa pobre mujer a quienes tanto deben,

- Tened piedad para con ella don Fadrique, Pensad que es madre como yo. Reconoced cómo os vierais vos, si yo estuviese en tal caso. Qué importa que no lleve nuestra sangre, si ha sido y lo es como nuestra verdadera hija. ¿Es que todo eso lo habéis olvidado tan pronto?

- ¡Callad, por favor, callad, Leonor; ¿Es que no sabéis lo que dijo nuestro Rey sobre su hijo en el Auto de Fe de Valladolid?

- También sé lo que dijo Jesús sobre los que le iban a matar: "Perdónalos, que no saben lo que hacen"; Eso está pensando nuestra hija Magda desde que la tenéis encerrada y jura y rejura que ella nada tiene que ver.

¿Por qué no le habéis hecho caso, don Fadrique?

Todo fue inútil. No pudo convencer a su marido que estaba lleno de pasión y de orgullo para demostrar que en su pueblo se hacía justicia cortando cuanto antes por lo sano, y nunca tan bien dicho ésto, pues, de lo más sano era aquello que estaban dispuestos a decapitar.

Ya estaba todo listo en la plaza. Por la calle iba, como siempre, acompañado don Fadrique de su secretario Crispín, el cual no hizo ninguna objeción al comentario de doña Leonor ni sacó en relación el grave suceso que tenía todo el pueblo en sus bocas. Su mutismo era justificado para el Alcalde. Todos los sirvientes de aquella casa se habían quedado mudos ante los críticos momentos que vivía su querída Magda.

En la plazoleta había más de doscientas personas, la mayor parte de ellos vecinos residentes en las Ollerías, San Juan y Arrabal, que acudían por piedad, más que por deseo de verla ejecutar. Después de un toque de clarín aparecieron dos verdugos venidos de Logroño para tal acto, los cuales eran forzudos y de carácter asustador. En la mano portaba cada cual un hacha de largo y afilado acero, la que una vez subidos a la tribuna dejaron a sus plantas lleno de vanidad. Para ellos aquello parecía un deporte. Se creían famosos y hasta esperaban recibir una ovación. El público les estaba maldiciendo y llenándoles de excrementos verbales. A continuación salió la desdichada prisionera con la cara oculta por su densa y negra mata de pelo, que libremente le caía hasta los hombros y pecho. A su lado iban dos venerables padres dominicos, que habían subido de Logroño, y junto a ellos otros dos franciscanos del convento de la Villa.

Con paso firme subió Magda los escaños de madera de aquel prefabricado estrado. Detrás de ella subía el alguacil y dos atambores que se pusieron a la espalda de la víctima dando un repique potente. Al terminar, el pregonero se adelantó y dando cara al público leyó el pergamino preparado para tal fin que decía:

"Esta es la justicia que manda hacer nuestro Rey don Felipe el Segundo, por intermedio de sus mandatarios, en esta noble y leal Villa, contra aquellos que pretenden turbar la paz de los pueblos. En nombre de las Justicias de ésta Villa yo os pregunto, para que vuestras palabras sean oídas por todo vuestro pueblo, si tenéis algo que alegar en contra de lo que os ha hecho saber el Tribunal.

Los labios de Magda no se abrieron para nada, ni tan siquiera para suspirar. El alguacil siguió diciendo: "Nuevamente os repito. ¿Tenéis algo que decir para mejor [redacted] aclarar vuestro delito en el crimen que habéis hecho sobre Yolanda de Duboniet?"

Las palabras del alguacil, por segunda vez quedaron en el más completo vacío. Nadie dijo nada y tanto Magda como el público asistente, parecían que eran gentes carentes de respiración, autómatas colocados de pie y denunciadores de una injusticia. Dijo el alguacil más enérgico que en otras ocasiones:

"Por tercera y última vez, según se aconseja en estos casos: ¿Os hacéis responsable de esa vida ante Dios y ante los hombres?" Todo en vano, aquella mujer no tenía palabra ya para decir nada. No quería contestar a unas autoridades sin alma.

Visto lo cual, el alguacil, después de recibir la autorización con un gesto del Alcalde, dijo a los padres que procedieran según costumbre. Arrodillada ante el superior de ellos, aquel le dio la bendición y le puso el Crucifijo en las manos. Allí fue donde Magda demostró que aún era cristiana y dócil criatura humana. Besó con pasión aquel Cristo, en el cual desde siempre había confiado y dijo en voz alta para que todos le oyesen: "Señor, Tú y sólo Tú que sabes la verdad de este caso, haz que ese hijo que voy a dejar en éste tramoso mundo, no tenga el trágico fin que le han dado a su madre sin culpa alguna. Haz, Señor, que su corazón sea siempre noble y que su camino sea librado de malas acciones". Cuando terminó de decir ese ruego, todas las mujeres que allí estaban presentes comenzaron a llorar, mientras que de las bo-

cas de los hombres salían frases insultadoras contra todos aquellos viejos resentidos y fatuos que la habían sentenciado por capricho, por ser pobre y tener un hijo que nunca quiso decir -y ahí estaba su mayor mérito- de quién era. Sólo hubiera hecho falta allí un hombre con carácter y unas armas en las manos de ellos para haberse sublevado y acabar con semejante injusticia.

Un jefe, que hablándoles, les incitara a tirar voca abajo todo aquel tinglado donde se estaban produciendo hechos que los viejos Reyes Católicos no hubieran permitido. Pero, no había un jefe, no había un caudillo, carecían de pastor, y sin el ni las ovejas saber salir al campo y regresar a su establo.

Ya estaba todo listo. Se retiró Magda del padre Juan de Dios, y decidida como una santa, se adelantó hasta el banquillo, del cual caería la cabeza seccionada. Se arrodilló, juntó las manos, puso la vista en el cielo musitando una oración y fue bajando la cabeza lentamente, obedeciendo quizá a una sonrisa que le llegaba desde el azul infinito. El verdugo se escupió en la mano derecha, se restregó con la izquierda aquella miserable secreción mil veces maldecida por distintos pueblos, y cogió el hacha entre sus largos y poderosos dedos, como si fuese un juguete. La elevó sobre su cabeza para asentar un golpe preciso sobre la blanca cerviz de Magda, que estaba libre de pelo. Cuando estaba

para descargar el golpe mortal, un grito desgarrador salido de entre la multitud, detuvo la acción: ¡¡Quieto¡¡

¡¡Quieto¡¡ El verdugo se detuvo. El Alcalde le ordenó que dejase sin efecto la acción, mientras que una mujer enlutada y con el rostro tapado por tupido velo se acercaba al estrado. ¡¡No¡¡ ¡¡No¡¡ ¡A ella no¡¡ -se

guía diciendo la enigmática mujer. El verdugo, los frailes, el Tribunal presente y todo el vecindario no salían de su sorpresa. ¿Era aquello como un milagro? ¿Quién era la mujer que detuvo el hacha?... Puesto de pie el Alcalde, dijo a la mujer enlutada:

- ¡Subid aquí, quien quiera que seais;

- ¡Por ella y por su hijo, detened esa muerte;¡

- ¡Os digo que subáis ahora mismo;¡

- ¡No; Yo os digo, que detengáis la ejecución que yo os daré las debidas explicaciones sobre este hecho.

Al oír aquellas palabras, se levantó el Comisio-

nada de la Inquisición Territorial de la Diócesis de Calahorra y Lacalzada, que se había desplazado desde Logroño y dijo:

- "Señores. Queda suspendida hasta nuevo aviso esta ejecución"

El pueblo lleno de gozo dio las gracias a Dios por haber intercedido a su justo tiempo para que el hacha no seccionara el cuello de la joven madre. Un murmullo

de supuestos y críticas se levantó en la plazoleta que hacía marco, el paredón de la Iglesia del Convento de

Franciscanos, y el antiguo fosó y murallas de la Villa,

en ese trecho que va desde la Puerta del Caño hasta la

de Santiago. Había que esperar hasta ver qué novedades les daba aquella mujer, aún desconocida.

CAPITULO X I X

Cuando llegó Fernán a su casa, lleno de preocupación acompañado por Cristián, quien no salía tampoco de su asombro, recibió una nota que le dio Paula, y que al parecer encontró metida en el mueble de las vajillas. La nota decía:

"Muerta la dama que vos trajisteis de fuera para hacer la vuestra esposa; ajusticiada esa mujer en quien todos vimos a vuestra mujer ¿qué rumbos ha de tomar ahora ese frágil corazón? ¿Es que no tenéis, vanidoso Caballero de Calatrava, una mujer que aún es joven y que un día os hizo feliz? Esa mujer vive ¿por qué no probáis con ella ese maldito contacto que tanto daño hace a las mujeres con quien tratáis? Ved que odio con odio se paga, y, amor con amor se corresponde. Lo firma un amigo de la casa Torrecillas".

Perprejos, llenos de asombro y desconcierto se han quedado los dos hombres al leer esta misiva que, en clandestinidad metieron hasta el mismo mueble de la sala.

¿Quién era el que eso había escrito, hombre o mujer?

Si era hombre ¿cómo sabía que la mujer nombrada le había hecho feliz y que le seguía esperando? Aquellas palabras de amor con amor se corresponde y odio con odio, les parecían de mujer. Si era la que Fernán suponía ¿sería capaz de pretender meterse una vez más en su corazón?...

Por aquella cabeza tan desconcertada con los últimos acontecimientos, volaban mil ideas y conjeturas, en algunos supuestos lógicas, en otros quiméricas.

Mientras Fernán pensaba estas cosas, Cristián callaba, no acababa de comprender a estas gentes de Castilla.

Dejemos la casa del Alcalde Ordinario, donde está siendo víctima de intrigas y acusaciones Fernán, y trasladémonos en ese mismo momento a la Sala Capitular del Ayuntamiento, que es donde están reunidos con aquella mujer que tan a tiempo ha intervenido todo el alto Mando local en todos sus estamentos. Sentados, como la noche anterior, están los componentes de Tribunal acusador, esperando a que esa mujer que tienen delante y de pie cuente lo que sabe de verdad para haber detenido el hacha del verdugo. Cuando todos se acomodaron en sus sitios, contenido el público que quería escuchar aquello que tanto interés tenía para el pueblo, la encorvada mujer, comenzó a decirles:

- Esa mujer que habéis estado a punto de quitar la vida es completamente inocente. Yo os diré quién es la responsable.

- Antes que nada, decidnos al Tribunal quién sois y si sois cristiana -o no lo sois- descubridnos ante el santo Cristo que preside en esta sala.

Mucho dudó la vieja mujer, si se descubriría o no pero, por fin lo hizo, mientras con voz temblona fue diciendo:

- Mi nombre es Gabriela Axman... Vivo tras del Arrabal, en una casa que os he de enseñar para que veais lo que consigue mi ingenio.

Quando terminó de decir esto, ya estaba

localizada por algunos de aquellos hombre casa y mujer.

Su cara también era conocida, aunque nunca se le veía porque la llevaba -cuando salía de su casa- totalmente tapada. No parecía piel humana. Era una momia de los tiempos faraónicos, más que mujer de esa época. Parecía llevar un tatuaje. El pelo blanco, tirando a color amarillento. Sus ropas viejas, raídas, brillaban por el sebo y la suciedad que llevaban encima. Los brazos y las piernas flacos, sarmentosos, y la boca apenas con uno o dos dientes.

Preguntada cómo sabía ella que Magda no era la responsable del crimen dijo:

- Acompañadme a casa, que sólo allí he de dar pruebas palpables de cuanto os diga. Aquí no puedo demostrarlo.

Previo cambio de voluntades entre todo aquel cuerpo de Justicia, decidieron ir con ella hasta su casa.

Acompañándola va el Alcalde Ordinario, don Fadrique Trecillas, el Notario, el médico, y cinco más del Tribunal. También van custodiando cuatro soldados del castillo. A su paso por las calles todos se sorprenden.

De puertas, ventanas y balcones salen hombres y mujeres para ver tan extraña procesión. Dentro de todos va la vieja que parece un Eccehomo en representación teatral.

En vez de ir por la calle Mayor Alta, para no ser motivo de tanto comentario, han decidido hacerlo por los Cocinos, Calle del Horno y de los Pecadores hasta llegar al Arrabal. Llegados allí subieron por la Calle de los Lamentos, que era una mala callejuela enfilada hacia el castillo, y a las pocas puertas se detuvo la anciana.

Tocó palmas y se abrió aquella puerta tosca y recia.

Nadie le había abierto y ya comenzaron a quedar perplejos los de la comitiva.

No cabía duda que estaban ante una sabia hechicera o maestra en brujería. Si no hubiese allí cuatro soldados, posiblemente ninguno de aquellos "poderosos señores," hubiera sido capaz de entrar sólo con la vieja.

Quedaron en la puerta dos centinelas para contener a tantos curiosos que seguían detrás y daban gritos de alegría nombrando de vez en cuando el nombre de la vieja que ya se figuraban quién era.

Frente a la puerta que se había abierto sola, pero ya en el interior del portal, había un ventanuco por el que salía una cuerda, que estaba atada a la trasera de la puerta. Subieron las escaleras, tras de aquella mujer en la cual pusieron voluntad tanto como temor. Atravesaron un pasillo estrecho y torcido, de cuyo techo colgaban, calabacines, pepinos, cebollas y uvas que golpeaban en las cabezas de los visitantes. Al final del mismo, penetraron en un cuartucho sin más luz que la atrevida que se colaba por el trasparente tejido de una descolorida arpillera roja. Si alguno de aquellos hombres había oído no poco sobre brujas, tenía que estar temblando porque, aquella, era la perfecta madriguera de aquellas extrañas criaturas.

Encendió una lamparilla y se quitó definitivamente el velo que la había ocultado a la curiosidad del vecindario.

- Esta es mi casa, señores. Perdonad que no os pueda dar asiento. Como véis, aquí tenéis una cantidad considerable de plantas y objetos que no sabéis el por qué ni el sentido que tienen para esta vida... (Y reía de la ignorancia de todos aquellos personajes. Al reír dejó asomar los dos colmillos y la oscura garganta que

semejaba una sima sin fondo... Y así era, efectivamente, que, del techo y de las paredes pendían las cosas más dispares que puedan concebirse: Multitud de caracoles que estaban pegados. Pielés de conejo y de cordero. Camisas de serpiente. Cueros de cabra y de cervatillo. Lagartos dise-
caídos. Cuernos de buey. Troncos de yezca y de los más va-
riados árboles. Ramas de hierbas secas con su simiente.

Tierra de diversos colores encima de platos o tazas. Raf-
ces. Laurel, tomillo, mejorana, espliego, perejil, hierba-
buena. Vejigas llenas de no se sabía qué... Sobre la mesa
en completo desorden: botellas con tapón; botellas abiertas,
jarritos tapados con piel de conejo... Frascos, cucharillas,
polvos, y animales muertos, entre éstos, dos ratones y un
conejo. Todo aquello olía queapestaba.

- Mirad, señores, ésto que véis aquí, os dirá mucho pero,
no comprenderéis nada, nada de nada. Esta casa, ya sa-
béis que goza de grande fama, y que de todos los contornos
acuden gentes buscando a la vieja Titiritaina, a cualquier
hora del día y de la noche.

Efectivamente, todos ellos sabía del nombre que
tenía aquella bruja, de la que se contaba que era una per-
fecta curandera.

- ¿Véis esto que tengo en este frasco? Esta es una vibo-
ra ponzoñosa que encontré hace días junto a las paredes

del viejo cementerio de Corcuetos de San Llorente... Pues,
de éste veneno y grasa, he de sacar grandes beneficios.

Miradla que tiene hasta cuatro patitas...

Cuando la agarró para que la viesen de cerca todos se
echaron hacia atrás. Les parecía que habían llegado has-
ta el infierno. ¡Dios qué mujer aquella! Y siguió:

- Ahora, vayamos a lo que aquí nos ha traído y que os debe

tener ansiosos, por aclararlo.

Del cajón de la mesita, sacó una cajita que estrechándola sobre su flaco pecho con la huesuda mano, en la que se le transparentaban huesos y venas, le parecía guardar algo sagrado.

- Mirad que esto es algo grande, muy grande. Mirad, señores, que aquí está encerrada la muerte y la vida...

Si unos pequeños tomines de este polvo los echáis en agua o leche y os los tomáis, e incluso en seco los respiráis por la nariz, caeréis muertos con el mismo poder que si os cayera un rayo encima.

- ¡Hablad presto y dejáros de tanta palabrería!

- Mirad, señor alcalde, que si no obedecéis mis consejos, nada habéis de lograr, a no ser que os esté pesando el no haber dado muerte a esa infeliz mujer que os he arrancado del banquillo. Pero sabed, señores, que no es por miedo a la justicia -si justicia es la vuestra- por la que yo he de hablar, que lo hago por esa mujer de quien tengo los mejores informes, y que sé tiene un hijito a quien iba a dejar sólo en este mundo.

Estuve presente, cuando vino al mundo esa niña y mucho me importa seguir salvándola, como hice aquella noche en que por seis ducados, la puse ente vuestra puerta con unas letras que yo escribí. Os juro que, de haber sabido el final que le buscábais dar, señor Alcalde, jamás os la hubiera dejado a la puerta de la cuadra.

No salían de su asombro. Aquella mujer estaba en todas las acciones referentes a Magda. Nadie podía ya interrumpirla pues les había dominado hasta la voluntad con semejantes pruebas.

- Hace ocho días que llegó a esta misma casa una mujer oculta por un velo, para hacerme un encargo muy delicado.

do. Quería que le preparase una pócima mortal, tanto que, con solo olerla, fuese capaz como ya os he dicho, de mandar al que lo haga con Satanás. Al día siguiente ya la tenía yo preparada, y ella me pagó con unas cuantas monedas de oro, que aquí están. (Y las enseñó). Esto que está aquí encerrado en este frasco, es el sobrante de aquella composición. ¿Queréis olerlo?

Lo destapó y quiso que el Notario pusiera en él la nariz, pero se echó hacia atrás lleno de terror.

- ¡No; ¡No, por Dios, no;!

La vieja reía a carcajadas enseñando los dos colmillos. Esto lo repitió con los presentes, y ninguno aceptó a oler aquella composición. Cuando acabó de reírse con todos aquellos asustadizos mandatarios les dijo:

- ¿Véis lo terrible que es la muerte? ¿Dónde estaba vuestra valentía cuando mirabais el hacha levantada y un cuello que iba a quedar separado del tronco? ¿Qué hubierais hecho vosotros en lugar de la pobre madre? ¡Ah maldad de las criaturas y mucho mayor en quien tiene el poder y se cree que él y sólo él es la justicia; ¡Hay otras justicias; ¡Hay más razones y más creencias en el mundo y todas merecen respeto;

- ¡Basta, basta ya, Tititaina, o quiera que os llaméis y abreviad;

- Lo hice el veneno, no por el dinero que esperaba recibir que lo preparé, porque me dijo que tenía un perro con grande rabia, que a todos mordía y quería eliminarlo sin que nadie se enterara porque las críticas habían de ser grandes al salir rabiosas algunas personas. Yo, lo hice de la mejor buena fe, pero, imaginaros como me pondría al saber que murió la extranjera... En seguida calculé que fue por mi pócima, pero, me seguí callando hasta ver qué

rumbo estaba tomando todo. Cuando he sabido esta mañana que se le culpaba a esa inocente de haber sido la que la envenenó, he tenido que ir al Coso para decirlos ¡Basta; ¡Basta, que ella no es la culpable; Yo, la pócima la hice para una que se fue de monja, y temía mucho que el vecindario la culpase como matadora de un perro.

- ¡Maldita; ¡Maldita; -dijeron varias voces a una.

- Turbado me habéis dejado, señora, y mucho os agradezco esta revelación pero, ¿quién es esa mujer que os hizo preparar esa pócima?

- Beatriz de Alcanadre.

- ¡Canalla; -exclamó el Alcalde con ira elevando los puños sobre las cabezas de todos aquellos que le acompañaron. Cómo no hemos pensado antes en esa mujer...

¡Salid prestos a detenerla; -dijo a los centinelas.

¡Torpe de mí; ¡Infeliz de mí, lo que esta mujer me ha evitado en cargo de conciencia para toda mi vida;

De la zahurda de la vieja curandera que tan a la perfección completó todos los detalles, salieron para la Casa de la Villa, no sin antes, haber comprobado el físico, que, en efecto, aquel preparado despedía un olor semejante al que le habían echado a Yolanda, y que a él le dio sospecha de envenenamiento.

Una vez en el Ayuntamiento, el Notario escribió palabra por palabra, aquella relación que habían escuchado en casa de la bruja. Debajo de ellos, dos pisos más abajo, en el calabozo estaba Magda esperando que todo se aclarase o decidida a salir nuevamente camino de la plaza para acabar de una vez por todas con tan desagradable existencia.

CAPITULO X X

Cuando llegaron los soldados a la casa de Beatriz de Alcanadre, encontraron la puerta cerrada. Golpearon en la pesada aldaba y nadie daba respuesta; repitieron más de cien veces y todo era perdido en el vacío. Ya estaban para tirar la puerta abajo o regresar diciendo lo que allí ocurría, cuando una anciana les dijo desde el alto balcón qué era lo que querían. Le hicieron bajar y tardó lo que nadie sabe en llegar hasta el portal. Aquellos dos hombres estaban furiosos, aquello era como una burla. Abrió la puerta y les preguntó de nuevo qué buscaban en aquella casa para llamar tan fuerte. ¿Era sorda o se hacía? A

puros gritos le dijeron que querían ver a Beatriz, pero, la vieja decía que no entendía nada de nada... Viendo que todo era un ardía, la retiraron de su paso y penetraron en la vivienda subiendo por aquellas escaleras y entrando en todas las habitaciones. Allí no había nadie. Por el suelo había ropas tiradas en el más completo desorden. Hasta ellos llegó la vieja recriminándoles su atrevimiento.

Bajaron al portal, penetraron en las cuádras y no daban con aquella mujer más bruja que la Titiritaina.

En el gallinero encontraron a un hombre poniendo el cesto con paja, y un huevo de cal para que les sirviera de estímulo a las gallinas. Era el marido de la sorda. Hasta que no le pusieron la mano sobre el hombro tampoco se enteró que había entrado allí gente.

- ¡Hola; -dijo sin darse por enterado ni sobresaltado.

- ¿Se puede saber, dónde está la gente de esta casa?...

- Toma... y yo ¿qué soy?...

- ¡ Buscamos a Beatriz de Alcanadre; ¿Dónde está?

- Eso ya es otra cosa (y hablando con esa manera que lo hacen muchas gentes del pueblo trató de volverles locos o lo estaba el). Mirai, jóvenes, mirai... Por adentro escuchaime bien -y a ver si me entendís- por adentro,

sus digo, tenís a la patrona... Ella, mejor que yo, os pue decir las cosas. Porque en esta casa yo -a ver si nos entendemos- yo... sólo me ocupo de la parte ba-

jera, sin encambio ella, la mía, aunque está un poco mal del oído ¿eh? ¿me entendís?... Pues eso, majos. Su-

bide pa'rriba y preguntaide por ella, que ella, la mía,

es la que sabe deciros cuanto preguntís por la moza...

Pero, esperaide un poco hombre, no tengais prisa...

¿es que pasa algo o qué?...

- Nada, no pasa nada.

Sin mirarles siquiera siguió diciendo el socarrón navarretano.

- Es que, por un suponer, digo yo, pues podía haber pa-

sa algo -a ver si me entendís-. Pué que esa mujer, co-

mo es muchismo lista ¿eh? pero, si decís que no pasa nada pues bien sea todo ello, gracias a Dios. Oíde,

y en confianza, que no sé si tenís prisas o no. Es que esta mujer, como sus he dicho, es muchismo lista. Oye,

y loca, loca también -pa qué nos vamos a engañar-. Hoy me voy al convento... mañana me salgo... Hoy, cata esto...

mañana lo tira... ¡AY, ay, ay... cómo está este mundo... Vida era aquella, cuando el Emperador. Entonces sí que la gente era gente de verdá y no ahora... Si todo está trampiao... ¿Y la joventú? ¡Buff; De eso mejor es no hablar. Más de cuatro habrá que llevar pa cortales el

como el caso de hoy. Esto no pue seguir así os lo digo yo. Este no es el pueblo de antes. No hay más que envidias y querer ser todos poderosos... Bueno, ya está puesto el nidal, y que pongan aquí los que les dé la real gana. El guevo ¿verdá que no me ha salido mal del todo?

Cuidadito que son tontos estos bichos ¿eh? Mira que engañalos con un guevo de cal y ¡hala; a poner ellos los suyos al lao...

Tras de aquel chaparrón de tonterías salieron los soldados de la casa sin poder decirles nada a los del Tribunal.

El viejo quedó diciendo: "Míralos...míralos qué respeto tienen a la edá. Se han ido sin decir; ahí te quedas, perro. Esto tiene que acabar mal. Esto, nunca se vio en este pueblo"

Los soldados, que volvían decepcionados, decidieron volver nuevamente a la casa y subieron a las habitaciones. Revisando cajones hallaron una nota que decía:

"Al señor don Fadrique de Torrecillas"; No será esto importante para el señor Alcalde, Terio? Se lo llevaremos Juanón, y que él lo lea.

Fueron a casa del señor de Torrecillas y le entregaron la nota hallada en casa de la judaizante. El señor estaba en la sala acompañado de Cristian, y de Fernán. Pronto se dieron cuenta que aquella letra era de Beatriz. Abrió nervioso don Fadrique el sobre y leyó: "Los acontecimientos se han revelado contra esta infeliz criatura. El poder de Dios me ha demostrado que siempre, a la corta o a la larga sabe dar la razón y el apoyo al débil. Cuando esta llegue a vuestro poder, estaré en compañía del hombre que se busca por toda Castilla, y que es mi fiel compañero Salomón Levy, camino de un puerto que nos dará libertad"

-;Mandad que toque a rebato inmediatamente; Hijo mío, ordenad que salgan ahora mismo emisarios para todas estas poblaciones comarcanas. ; Es preciso detener a esa mujer y a quien va con ella. ; Ofreceré mil ducados a quien me los traiga vivos o muertos; ; Llamad a Crispín para que escriba el bando que hemos de poner por las siete villas de campo;

En pocos minutos todo el pueblo estaba metido en danza. Tocaban las campanas de Navarrete como cuando se produce un gran incendio. Salían hombres a pie y a caballo en todas las direcciones. Don Fadrique paseaba nervioso por la amplia sala murmurando: Así que estaba el judío Salomón Levy metido en su casa ¿eh?... ¿Quiere esto decir que, el criminal de Nalda, el asesino en Nájeta, y el jefe de los complotados en mi pueblo, aún seguía dentro de estas murallas? ; Ah canallas; Todos habéis de ir al patíbulo... ; Todos habéis de morir entre las llamas; Y Crispín que no venía para redactar el bando.

Quando estaba desesperado, metido en grandes cavilaciones durante mucho tiempo, llegó a la casa un zagalillo, al parecer muy asustado, que lo traían dos hombres hasta la casa del Alcalde. Subido que fue a la sala, le preguntó don Fadrique:

- ¿Qué es lo que queréis?

- Señor... Allí en Valtierra, hay un hombre muerto...

- ¿Vos le habéis visto?

- Si señor. Tiene el cuerpo tapado con junca y sólo la cabeza asoma de la accequia. Yo me acerqué para darle ayuda y vile todo el cuerpo lleno de sangre y la semblante con el color de la muerte.

La entrada de Bárbara cortó el habla al zagali-

llo. Bárbara asustada le dijo al amo:

- Señor... Vuestro Administrador Crispín parece que ha huído... Todo está en desorden y las arcas descerrajadas...

- ¿Qué estoy oyendo, Dios mío?... ¿Qué es lo que ahora me estáis diciendo?

Al oír esto dijo el zagal:

- El es, señor, quien está muerto en Valtierra.

- ¿El? ¿El es?

- Sí, señor. Crispín es.

- ¡Salgamos presto todos hacia allí, señores. Ese desalmado ha sido sin duda alguna el que mató a Yolanda. Ese desdichado judío ha sido el que estaba metido en mi casa y es Salomón Levy. ¿Os dais cuenta hasta donde llega su astucia? ¡He tenido en mi casa y de secretario al propio Salomón Levy; ¡Ay Dios mío qué vergüenza; (Al oír todo aquello las mujeres se santiguaron, y los hombres salieron detrás de don Fadrique, para llegar hasta donde estaba Crispín muerto.

Estaba claro que el crimen había sido cometido por las dos personas que habían huído esa mañana. Pero, si Crispín o Salomón Levy estaba muerto, ¿quién le había matado? ¿Había sido Beatriz de Alcanadre?

Cuando volvían a la Villa desde Valtierre, trayendo sobre una caballería el cuerpo del Administrador, aún seguían tocando las campanas a rebato. También lo hacían las de Entrena, Medrano, Sotés y Fuenmayor. Había que hallar a los responsables para darle un ejemplo al Rey don Felipe, de que Navarrete cumplía con sus leyes y sabía salir de las conjuras que entre aquellos vecinos tramaban los judíos.

CAPITULO XX I

Al día siguiente de quedar descorazonados todos los vecinos por no dar con el paradero de la causante de tantas desdichas, salía Magda de aquel calabozo donde había estado pendiente de resolución. Qué distinto y qué claro veían ahora ella y don Fadrique, todo lo ocurrido en la casa cuando el secuestro de los pliegos de aquellos conjurados en la casa de Los Duendes, y de tantas cosas extrañas que habían sido movidas por aquel astuto Crispín, ahora descubierto como el terrible Levy, por cuya cabeza daba el Reino de Castilla cinco mil ducados.

Y cómo supo valerse el astuto judío, mediante **lloros propios de mujer** para no caer en aquel Auto de Fe, en el que sólo el tenía que haber sido principal actor. Qué astutos y qué sabios eran todos aquellos conversos. Nada les importaba, además, el morir, con tal de dejar a su jefe en libertad para seguir trabajando por su causa. Sabían que, salvándose Levy, él había de seguir batallando hasta vencer, y, denunciarle era acabar con la mejor semilla. Torpe ilusión -pensaron muchos- que el poder de Jesucristo, que es el verdadero Dios, siempre será más grande que el de todos sus argumentos y falsedades. ¡Dios es Dios y sólo es nuestro; ¡Más tarde o más temprano se ve la obra de nuestro Dios justiciero;

Cuando Magda para la casa de los Torrecillas, que era la suya, salió inconsciente, le parecía que flotaba sobre el empedrado de la plaza y de la calle. A la casa de aquellos que llamara padre en sus juveniles años, no le guiaba otra finalidad que volver a encontrarse con su hijo.

Pobre hijo que se ha librado por segundos de quedarse sin su madre. Ya todo parece que había pasado, salvándose por puro milagro del hacha del verdugo. No volvía contenta a la casa de la que nacieron las denuncias más graves sobre ella. No tenía ánimo para dar los pasos largos, sabiendo a qué casa entraba. Desde que cruzó el amplio portal se vio detenida por Bárbara, que le entregó a su hijo Rodrigo. Los tres unidos lloraban de cariño y de alegría, mientras que la desventurada madre se comía a besos al hijo de su alma. El pequeño, asustado no sabía si reír o llorar ¿qué era aquello que les pasaba a esas mujeres...? Tras de unos segundos entre sollozos le dijo a su madre.

- ¿Dónde has estado tanto tiempo sin verme?

No podían hablar aquellas dos mujeres. Las palabras estaban demás. Al único que podían echar culpas de todo era al Alcalde, y, esto, desgraciadamente, hasta tenían que callarlo.

Cuando Magda subió al piso de los señores, se encontró con doña Leonor, que, sin decirle nada, se le tiró a los pies pidiéndole perdón, perdón para ella y para su hijo Fernán.

- ¡Oh! Levantad, señora, que más me duele ver esto en vos que todo cuanto yo he pasado.

Aquella buena mujer no quería levantarse y llena de lágrimas le besaba las manos a la que era su hija diciéndole:

- ¡Santa! ¡Si eres una santa y nosotros, todos nosotros hija mía, unos canallas... Si si, hemos sido unos canallas contigo.

Mucho le costó a Magda hacerle levantar. La humillación de aquella mujer y sus sinceras palabras echándose

la culpa -y así era en efecto- conmovieron el corazón de la joven madre y le hacía llorar nuevamente.

Si grande fue el error de la casa Torrecillas, grande era el arrepentimiento.

- Lo que os pido, hija mía, es que nunca lleguéis a sospechar de que esta pobre mujer tuvo la más mínima culpa de todo cuanto aquí se ha vivido. Que bien a gusto os hubiera acompañado en vuestra desdicha, y que nadie como yo sabe de vuestro dolor y de vuestra ignorancia, pero... los hombres son los hombres, y jamás atienden la palabra o consejo de la mujer cuando se tocan temas de Justicia o de Estado.

- Lo sé, lo sé, madre, lo sé. Pero tampoco sabéis toda la verdad. Hay cosas que siguen ocultas y que vais a seguir ignorando, y de eso... sí que tengo yo una mitad de culpabilidad.

Cuando caía la noche y cesaron las campanas de tañer, comenzaron a llegar a la Villa por sus seis entradas todos los hombres que habían llevado la noticia por todos los contornos, incluido Logroño y Nájera. De aquella mujer no encontraron ni rastro.

Fernán y Cristián también volvían en sus dos briosos corceles después de haber llegado hasta Nájera y dar noticia al Duque de Nájera de aquello que seguía sucediendo en Navarrete. Todo, como se ha dicho fue inútil. La criminal había escapado y a esas horas estaba muy lejos de la villa, para ello hasta había adiestrado a los dos ancianos, para que perdieran el mayor tiempo aquellos que fuesen a su casa buscándola.

Alguien dijo que, en Santa Coloma, había un primo de don Pedro de Alcanadre, y para allí se fueron dos

hombres con caballos. Era poco inteligente al viaje porque descartado que allí había de ir a refugiarse Beatriz.

Bien se arrepintió don Fadrique de armar tanto humo y estar a punto de echarse sobre sus manos y conciencia la sangre de una mujer inocente. Qué bien lo había tramado aquella astuta mujer y su confidente el judío Crispín...

Qué lección les había dado a todo el Tribunal y qué vergüenza, de ese día en adelante, cuando tuviesen que juzgar a alguien. ¿Quién podía decirles que no se equivocaban?...

¿Cuántos morían en las hogueras o en los tormentos sin tener los cargos de que les acusaban?

En la casa de don Fadrique, todo es llegar de gentes que cada cual cuenta su recorrido, pero nadie ha visto ni siquiera las huellas del caballo de Beatriz.

Alguien pensó en Magda ¿Dónde está esa desventurada criatura?

Fueron a buscarla a su habitación y no estaba. Parece ser, daba a entender que dejaba para siempre aquella casona donde le habían criado desde los primeros días.

Tampoco el niño estaba en la casa. Nadie dijo nada pero todos entendieron que llevaba razón la pobre mujer.

Aquellos labios que tanto oprobio habían vertido sobre ella, aunque estaban avergonzados, no eran dignos de que de ese día en adelante les hablara aquella mujer a la que llenaron de indignidad y colocaron en un estrado para decapitarla como a una criminal.

- Lleva razón -dijo don Fadrique- Ni ella ni su hijo son dignos de estar al lado de los miserables que habitamos esta casa.

Doña Leonor sólo decía para sí y para el que quisiera escucharla: Es una santa...Es una santa.

CAPITULO XXI I

Todo era tristeza y desconcierto en casa de don Fadrique. Habían ocurrido tantas cosas seguidas y a cual más extrañas, que ya nadie tenía animo para decir nada.

Un silencio impresionante dominaba a todos sin tener voluntad de dirigirse ningún comentario.

Sentados en aquel amplio salón en el que se dio la succulenta cena y a raíz de la cual se desató el huracán devastador, cada cual pensaba a solas con su desdicha.

Fernán, con la cabeza agachada y puestos los codos sobre la mesa, formando sus brazos dos pilares que aguantaban su cabeza, pensaba en tres mujeres a la vez. Tres mujeres de las cuales tenía en principio escenas dulces y amorosas, para después tornarse en negras y comprometedoras. Comenzó por hacer un examen de conciencia y vio que aquella mujer preciosa cuanto terrible, le había llenado la vida, como un castigo, de infortunio, y sin embargo, tenía para él un poder mágico, extraordinario. ¡Ah cómo le hubiera gustado verla colgando desde la veleta de la torre;

Recordaba a la otra mujer, Yolanda. Aquella mujer fue para él como una divinidad. ¡Ay qué mujer; Qué bondad, qué dulzura, qué elegancia, qué educación... Si es que me parecía hasta una reencarnación de Isabel de Castilla, la que llamamos La Católica. ¡Qué hijos pude yo tener con esa mujer, y todo ha quedado para siempre jamás perdido; Y qué vergüenza lo que le ha pasado en mi casa, en mi pueblo.

Puso su pensamiento en Magda y allí todo era muy distinto, pero no peor que en Yolanda. En esa mujer todo

le hablaba de sencillez, de amor, de bondad, de hacer bien a todo el prójimo aún a costa de uno. Su corazón era trasparente, cristalino y en su cabeza no entraba jamás la maldad.

Era una mujer a semejanza de como han de ser los ángeles.

¡Lástima que ese hijo, producto de una liviandad haya sido barrera entre ambos; Tres mujeres, tres tormentos que he de llevar toda mi vida sobre la conciencia. Las unas por bondad, la otra por su terrible obsesión, quizá producto de los celos que ha sentido al no hacerle caso en sus pretensiones.

Don Fadrique no pensaba en ellas como su hijo. Bajo sus blancas canas nacían pensamientos patrios. Podía más en el la vergüenza en que se veía envuelta su villa y él como principal responsable, que todo lo demás.

Pensando en tales circunstancias tan lamentables para su mando, quedó sumido en un hondo abatimiento, del que parece salía de tarde en tarde, dando un golpe sobre la mesa y lanzando maldiciones.

Doña Leonor pensaba en todo, pero, lo que para ella tenía mayor grandeza, era lo acontecido a su "hija" Magda.

¡Pobre hija mía; ¡Qué bien hicimos el llamarte Magdalena;

¡Por qué te has ido de nuestra casa, por qué? ¡Donde te has ido, y qué hacen estos hombres que no van para traerte y que estés aquí igual que una reina? Señor, sálvala como hasta hoy y llénala de beneficios que todo se merece.

Para Cristian nada tenía más importancia que la pérdida de su hermana. ¡Cuánto hubiera dado el por morir junto a ella; ¡Cómo vuelvo yo ahora sólo hasta la casa de mis padres? ¡Y qué les digo de cuanto aquí ha pasado que es propio de gentes dementes, llenas de resentimientos?..

Nada comprendía de cuanto a su alrededor estaba pasando.

sando, pero la verdad para el era una sola: En aquel pueblo que con tanta alegría les recibió quedaba enterrada su hermana. Para Cristián había allí un mar de confusiones todas muy turbias. Si estaban en el pueblo y lo estaba Fernán, metido en semejantes amoríos y luchas de religiones ¿por qué les llevó a ellos a pleno combate, si podían ser víctimas de sus envidias y recelos? Bien claro estaba que el proceder de Fernán dejaba mucho que desear, pero, esto no se lo podía decir a nadie de la familia. Hubo un error, ya estaba saldado, pero, le estaba resultando cada hora que pasaba más desagradable seguir conviviendo con aquella familia. Si todo esto era más que suficiente, cuando se ha marchado Magda de la casa, alguien ha dicho que el hijo de aquella mujer era de Fernán. ¿Hasta dónde llegaba la poca seriedad de ese capitán, que, aparentemente era tan bella persona?

¿No estaban todos dementes en Castilla? ¿No era verdad, aquello que se decía por Fládes, que eran una tierra de locos y lunáticos?

La salida de Cristián de Navarrete no se hizo esperar. Al día siguiente partía solo y sin alharacas de ningún género, después de darle una cordial y cariñosa despedida todos los Torrecillas. Allí quedaba para siempre una Duboniet enterrada en Navarrete. Pocas palabras les dijo al marchar ¿para qué? Sólo, acompañado por Fernán unas leguas, salió de la Villa con lágrimas en los ojos, pensando en lo que dejaba y hacia donde regresaba.

Pocos días después de salir Cristián de Navarrete llegaba el Duque de Nájera con su abundante séquito.

Entre las muchas noticias que traía para la Villa,

portaba una especial para los Torrecillas. Se le comunicaba a don Fadrique o a su hijo Fernán si lo creía provechoso, a tomar el cargo de Gobernador de la Región, en una provincia de Indias, dentro del Virreinato del Perú, y muy próxima a la ciudad de Quito.

Cuando esto lo supo Fernán, no dudó en aceptar ese ofrecimiento ya que anhelaba marchar cuanto antes a lejanas tierras, por ver si podía olvidar tan funestos acontecimientos como habían vivido. ¿Qué podía esperar de un pueblo donde hasta las paredes parece que le lanzaban miradas llenas de odio y blasfemias? Si Magda había marchado sola por olvidar todo, también el lo haría y no por uno o dos años como le ocurrió en Flandes. Quien va a las Indias, lo hace casi siempre por una eternidad.

Con la autorización en el bolsillo, anhelaba partir cuanto antes para aquellas lejanas tierras, donde nadie le conocía y donde esperaba hacer grandes servicios a Dios y a España, lavando todas las culpas que llevaba sobre sus espaldas.

CAPITULO X X I I I

Tres años hacía que faltaba Fernán de su tierra española y de su pueblo, y qué reciente estaba todavía en su memoria aquella dolorosa despedida con su hijo.

Aún lo seguía viendo, la buena de doña Leonor, **asomando** la cabeza y el brazo por la portezuela de la diligencia -con grave riesgo de caer al suelo- para decirle adiós a su madre con el blanco pañuelo. ¡Adiós madre; -le gritaba. ¡Adiós, madre mía, adiós;... A doña Leonor le parecía un hasta siempre definitivo. Aquella separación era un hasta siempre total... ¡Las Indias;...

¡Ay, dónde estarán esas Indias; Muchos iban a ellas en busca de aventuras y de traer dinero para solucionar su pobreza local, y nadie volvía. Los que lo hacían venían enfermos y nunca más se recuperaban. ¿Le ocurriría algo de esto a su hijo Fernán? Tendría que vencer allí tantas zancadillas, enfermedades y batallas contra el nativo. Luego, los mares interminables; las

epidemias exterminadoras de pueblos enteros; la ferocidad de aquellos indios; las luchas entre los mismos españoles y las lacras que traían por unirse a mujeres llenas de enfermedades malignas, propias del demonio.

Claro -pensaba doña Leonor- que esto también ha sido cosa de Dios, el destinar a España para volver a millones de indios a la religión verdadera. Hay que sacrificarse y nada más. También de la forma que estaba el

viejo mundo poco podía esperarse. Todo eran guerras y ambiciones. Quién sabe si de allí no vendrá un amanecer mejor para todos.

Pensando en esto se daba por bien retribuida si con ello ayudaba su hijo para el engrandecimiento de la fe y de su querida patria. Yo no he de verlo -decía doña Leonor sentada en la cama y aquejada de terrible mal- y no he de verlo porque cada día estoy más próxima a la sepultura, pero gozo esperándole. ¿Qué será de él, Dios mío? ¿Estará vivo o se habrá muerto aquel hermoso y valiente hijo?

En las dos cartas que habían recibido, les daba Fernán toda clase de detalles, desde el penoso y largo viaje, que nunca tenía fin, hasta de la presencia del Virrey y de la toma de posesión de su Gobierno.

Les decía que, aquellas tierras eran de muy rica sustancia al no haberse sembrado en ellas nunca desde la creación del mundo, pero, que Dios mediante, él iba a tratar de hacer de esa región un vergel que le recordara a su vega navarretana, ya que no era peor la posición geográfica de aquella. Les hablaba de los indios y les decía que era muy curioso verles, pues iban con poca ropa encima, tan solo una manta, más larga que ancha, la que tenía un agujero por el que metían la cabeza y se la dejaban colgando.

Que el cabello lo tenían laxo y muy largo, gustando de hacerse largas trenzas como se hacen en nuestra tierra las mujeres. Eran muy holgazanes y amigos de beber y masticar plantas que les acarreaban placeres y la muerte prematura, la cual no les importaba mucho ya que a su existencia no le daban el más mínimo valor. Su espíritu es guerrero en ocasiones, pero las más son muy pacíficos. Viven ignorantes de todo, sus fiestas son muy curiosas y su religión ridícula y trágica.

He visto grandes piedras, en las cuales hay un dios que ellos adoran hasta el sacrificio, pero, aun siendo

tan intransigentes con sus ritos, a nuestros misioneros los escuchan pacíficamente, acabando casi siempre por conquistarles sus almas. Tengo un padre misionero que es un verdadero santo. El solo va leguas y leguas, buscando los poblados más salvajes a donde aún no ha llegado de nosotros la palabra de Dios. Los reúne y les habla despacito, muy despacito, con el crucifijo en la mano y el corazón en la otra. Ellos, que son no poco ingenuos, creen en aquella bondad y como ven que no le guía el móvil del oro, ni de la plata, lo escuchan y aunque sólo sea por señas, les hace ver que Ese que está clavado en la cruz, es el verdadero Dios y no los fetiches horribles que ellos tienen en las rocas. Este Dios -les dice- pide por vuestras vidas y por vuestras almas, y quiere que nos amemos todos, vosotros y nosotros los que hemos llegado de otros lugares muy alejados. Así les habla, queridos padres, y con ellos se pasa semanas enteras. cuando ya lo creo muerto. Aparece lleno de amigos que le siguen y le llevan los obsequios que le han regalado. Es un verdadero apostol nuestro y de ellos. Como este nos hacían falta muchos, pero, como ahí en España, los buenos son tan claros como los obispos.

En estos tres años que faltaba Fernán de su Villa, tampoco habían tenido noticia alguna de Magda. Desde que marchó aquella primera noche, cuando le dieron la libertad, no había dado señales de vida. Esto también hería no poco a los Torrecillas. Se habían quedado sin dos hijos, y hasta sin el Rodrigo, que era como un nieto para ellos.

Magda tampoco olvidaba la casa de los Torreci-

En ella se había criado y habían pasado todos los mejores años de su vivir. Salvo los últimos dos años, que fueron a cuales más amargos hasta acabar en el cadalso... los anteriores habían sido muy hermosos para el recuerdo.

Desde que salió de la Villa, mucho había peregrinado en busca de aquellos mendrugos que le alargaban manos extrañas cuando pedía limosna por las puertas todas en nombre de Dios. El norte con sus delicadas praderas;

Castilla con su tierra seca y abierta, conocían bien de sus pasos por ciudades y pueblos. En noviembre cruzaba la vega navarreteña camino de levante porque era terreno más cálido para el mendigo. Puestos madre e hijo

en el centro del terreno le decía a su Rodrigo:

- ¿Ves ese pueblo que está allí, tan hermoso, erguido y señorial? Pues aquel es tu pueblo, hijo mío. ¿Ves aque-

lla gran casona, que tiene un blacón largo muy largo abajo y encima dos pequeños? Si sí, aquella que está entre tres otros palacios a la izquierda y a la derecha. ¡Esa,

la que tiene un enorme escudo entre los blacones. Pues allí has nacido tú, Rodrigo. En ella viven don Fadrique,

doña Leonor, don Fernán... Bárbara ¿Te acuerdas de Bárbara y de Paula? ¿Sí; ¿Y de Martín? ¿Quieres que en-

tremos a verles?... No no no. No se puede, no se puede. Cuando tú seas grande, muy grande y fuerte sí que

debes entrar y que sepan cómo te llamas y cómo se llamaba tu madre y tu padre.

Más adelante entraban en Aragón y, en ocasiones llegaban hasta Teruel. ¡Malditos recuerdos le traían la familia de los Alcanadre;

Y después, las vegas valencianas llenas de naranjos y de flores.

Así, de un lado para otro, pasó tres duros inviernos buscando terreno de calor, y en verano lugares más frescos subiendo hacia tierras del norte.

Ese día en que estaba, como hemos visto, doña Leonor, sobre la cama recordando todas aquellas palabras que les decía su hijo en las cartas que le enviaba desde Indias, estaba Magda, una vez más frente a Navarrete, sobre un montículo que hay a mitad del camino para Entrena y que hay una ermita llamada del Buen Suceso. Allí estuvo elevado el viejo convento de franciscanos antes de llevarle a Navarrete. Allí en Prado de Jesús, se elevaba una cruz de madera que decían tenía la virtud de curar las tercianas, y venían gentes de Navarra, Burgos y Aragón, buscando aquel milagro.

De las Ollerías salen tres densas columnas de humo, procedentes de tres alfares de oleros. Están cocinando sus cacharros y aquel humo perfuma todo el pueblo como delicado sahumero. Se dice que hasta es bueno para evitar las enfermedades respiratorias.

Sobre la torre están volando las cigüeñas, planean suavemente sobre el nido que tienen hecho hacia la parte de Oriente. Es primavera. Qué hermosa ha venido una vez más la primavera por estas tierras riojanas y qué diáfanos mañanas salen de las penumbbras de esa noche que han dormido en la ermita madre e hijo.

Desde allí escuchan el tocar de las campanas de la Villa y sus sonidos parecen llegarles desde el infinito.

Por el camino que viene de Nalda a Navarrete, una vez cruzado de parte a parte Entrena aparece un carruaje que viene en loca carrera. Lleva

un brioso caballo y en el pescante un hombre que azota sin cesar a la bestia, y que a Magda, desde que le vio le ha parecido conocido. ¡¡Martín!! ¡Es Martín!!

¡Es Martín, hijo mío! Lo vamos a detener y le preguntaremos por todos, ya verás qué contento se pone cuando vea que somos tú y yo.

Cuando el carruaje estaba próximo a ellos, salieron madre e hijo al camino deteniendo el galopar del sudoroso caballo.

- ¡¡Quitad de ahí, que llevo prisa!

- ¿Es que no me conocéis?...

Un poco le costó al buen caballero saber que aquella mujer era la preciosa niña Magda. Cuando al fin la conoció no había palabras para demostrarle el cariño que le tenía él y todos los de la casa. Le contó que venía de buscar a un gran médico para que reconociese a doña Leonor que estaba en sus últimos días de vida, según le había dicho don Fadrique.

- Pobre doña Leonor...

- ¿Por qué no venís a verla? No sabéis cómo lo había de agradecer estando como está. Más de mil veces ha preguntado por tí y por éste granuja. Nos ha dicho que salgamos a buscaros por todos los caminos, pero... ¡Venid! ¡Venid que ella se ha de recuperar viéndoos!

Convencida Magda, subió al pescante con Rodrigo y siguiendo el camino que iba a dar a la Puerta del

Caño entraron a la Villa. Martín en ese corto viaje le contó todo lo de la casa. Que Fernán estaba en Indias y la tristeza que tenían los padres al estar solitos.

Cuando llegó a la puerta y se bajó del carruaje ya habían quedado de acuerdo en que aquella visita se callase lo no volvía a ver a doña Leonor.

Así se hizo. Magda y el niño llegaron hasta la casa de los Torrecillas penetrando por la callejuela de los Cocinos, que era precisamente, la puerta donde a ella la había dejado a los pocos días de nacer la bruja Titiritaina.

Dio tiempo a que saliera el médico y a que don Fadrique no estuviera presente, por ahora no quería verlo, no por rencor ni orgullo, es que no le quería ver para que no se viese obligada a quedar en una casa cuya visita sólo hacía para darle un beso a la que tantos años tuvo por madre y como tal se lo merecía.

CAPITULO X X I V

Cuántos recuerdos le traían aquellas habitaciones que estaba cruzando temerosa con aquellos pies mal calzados y llenos de llagas. Cómo notaría la ausencia del hijo de don Fadrique, quien fue ventura y desventura en su vida.

Desde que Martín le dijo que Fernán estaba en Indias, ya no pudo quietar de su mente aquellas lejanas tierras de promisión, sobre las que tantas maravillas se contaban.

Después de abrazarse con la noble y entrañable Bárbara, que para ella había sido como una madre, penetró en la habitación de doña Leonor, para notificarle sobre una visita muy importante, pero que no le convenía emocionarse -ya sabe, le decía la fortachona Bárbara- lo que le tiene recomendado el médico: nada de emociones ni de preocuparse por nada, aunque se queme la casa y todo el inciensario...

Después de esta preparación, dejando a doña Leonor altamente preocupada, salió la fregona y le dijo a Magda que ya podía entrar. Cuando Magda apareció en la puerta y doña Leonor la vio con el semblante tan desencajado, se le cayó el alma a los pies ¿Dónde estaba aquella madre tan guapa de hace tres años? Bien se veía que, tanto y tanto dolor almacenado había de traer graves cosechas. Se acercó a ella procurando no emocionarla, pero, no pudo contenerse y se tiró a ella para abrazarla. Doña Leonor también le daba un abrazo pero liviano como un aleteo. Lo que sí gozaba era llamándola sin cesar:

- ¡Magda... Mi pequeña Magda... Mi alegre criatura traída del cielo para dicha de esta casa y después para destruir a mi pequeña hija. ¡Ven a mí... Abrazame con todas

tus fuerzas, que yo no las tengo, hija mía.

- Calle, calle usted, por favor... calle, que le puede hacer daño.

- Que me muera, que me muera ahora mismo deseo, hija de mi alma. Pero si es Dios quien te envía para darme el último beso.

- Calle, cállese, madre.

Fundidas las dos en un abrazo no cesaban de hablar y de besarse mutuamente.

- Hija mía, le he pedido mucho a Dios que no le tengas odio a tu padre, ni a Fernán, ellos te han querido mucho pero, aquella mala mujer...

- No recordemos más aquello. Cállese...

Magda no quería saber nada de todo lo pasado y así quería hacérselo entender a doña Leonor. Sentada sobre la cama quiso que doña Leonor le contara muchas cosas

y, hasta le veía que estaba más animada dentro de su enfermedad. También ella le pidió a Magda que le dijese qué había hecho estos años desde que se fue de su

casa "sin haberla echado nadie, porque a tí hija mía nadie te echó de mi casa, que yo eso jamás lo hubiera permitido".

Cuando se quedaron solas y Paula cerró la habitación por fuera, le dijo Magda al oído:

- He guardado durante cinco años un secreto que sólo Dios y yo sabemos y que ahora, madre, os quiero hacer

saber. El camino que quiero emprender es largo y será difícil, pero estoy dispuesta a llevarlo a cabo y tras de este luchar durante tres años, creo que lo puedo conseguir.

No me guía el ir al lejano mundo, otro objeto que presentar a vuestro hijo, lo que de hecho y por ley de Dios le corresponde, y porque creo que ya

hacían falta a Magda pero como las circunstancias...

hacían falta a Magda pero como las circunstancias...

es llegado el momento de que así proceda. Yaveis si lo sabido guardar hasta lo más hondo de mi ser por no deshonrar a los apellidos de esta casa, pero; él necesita ayuda y su madre debe decirle toda la verdad.

Poco a poco fue la enferma interpretando el verdadero sentir de aquellas palabras, hasta que loca de alegría acabó por decirle:

- Pero es que, entonces...hija mía... ese hijo tuyo es...

- Si. Es fruto de un amor que yo no supe contener desde que me dijeron que no éramos hermanos

- ¡Bendito sea Dios y la Virgen Santísima qué alegría me has traído, hija mía;

Fue todo tan precipitado. Se sucedía una desgracia tras de otra, que jamás pude decir nada y hubiera muerto sin aclararlo. El niño mismo nada sabe de esto, pero hay que decírselo.

- Pues claro que sí, claro que sí. Si es un descendiente de los Torrecillas, claro que sí. ¿Dónde está ese pequeño nieto mío, dónde, dónde?...

- Cállese, por favor...

- Pero ¿por qué quieres tú ir a Indias estando aquello tan lejos?

- Tengo que ir. Estoy decidida. Le ruego que no diga nada a don Fadrique de todo esto, porque no sé yo si lo sabrá el comprender.

- Yo quiero ver al niño. Traedme a ése pequeño al que yo desde siempre le miraba y decía: Pero si tiene unos ojos... ¿a quién se parece este hijo que no lo puedo saber?

Fue traído el niño y presentado a la enferma.

Las palabras que decía doña Leonor al paqueño Rodrigo hacían llorar a Magda pero cómo las agradecía. Por fin

había encontrado alguien que le quisiera como ella y fuese de su familia.

- Pero si eres exacto a mi hijo... Pero si tiene hasta la misma barbilla que su abuelo... Mirad este lunarcito aquí, aquí tras de la oreja, exacto al de Fernán.

¿Sabéis por qué lo lleva su padre? Pues por un antojo que tuve de recién casada y no me lo satisfizo mi marido. Su pelo, sus ojos, su gracia...

Y lo colmaba de besos, estando Rodrigo extrañado y hasta deseando que lo retirara su madre de aquella mujer enferma.

- Abrid esa puerta y sacad un pergamino muy interesante que han traído de Madrid hace diez días. ¡Ay Dios mío qué bien sabes hacer las cosas y aún hay quien se empeña en negarte;

Del interior de una amplia cómoda, sacó Magda un flamante pergamino en el que leyó en voz alta:

"Yo, Don Felipe el Segundo: Por la divina Gracia Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Galicia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Mallorca, de Sevilla, de Córdoba, de Córcega, de Portugal, de Jaen, de los Algarves, de Gibraltar, de Flandes y de las nuevas tierras de Indias, a Vos don Fadrique de Torrecillas, Alcalde Ordinario de la Villa de Navarrete, Salud y Gracia. Vistos los grandes merecimientos que en vuestro hijo don Fernán han concu-

rrido tanto en nuestro suelo con en Flandes y al otro lado de la mar Oceana, donde cumple como merece a su sangre y dignidad, or otorgo este privilegio, merced al cual, serán armados Caballeros como lo sois vos y vuestro hijo, todos cuantos herederos provengan de

tan pura y heroica sangre, como así también sus descendientes, para lo cual no es preciso testimonio alguno de pureza de ramas ya que yo, el Rey, premio sus actos con este favor, en prueba de sus grandes merecimientos y que firmo en el Real Sitio de Madrid dando testimonio con puño y letra en el presente pergamino, el cual va avalado con mi gracia y sello de plomo atravesado, con los colores de mi real Casa.

Madrid once de abril del año 1586.

La satisfacción que esto le produjo a Magda fue inmensa. Ya soñaba a Rodrigo, Caballero de Calatrava, merced a ese pergamino que les envió el Rey. ¡Oh, Señor, cómo sabremos agradecer tantas gracias como nos llevas concedidas en estos últimos años, y que siempre que nos ves en angustias nos mandas una tabla de salvación. Qué importa - decía - lo pasado si al final está el porvenir de mi hijo.

Besó a doña Leonor nuevamente y le rogó que le dejara llevar aquel pergamino con ella. Mucho dudaba doña Leonor de entregárselo sin permiso de don Fadrique, pero, considerando que a su hijo era a quien más le interesaba y Magda pretendía verle donde quiera que estuviese, pues se lo entregó. Besó nuevamente al niño, y seguía admirándose de lo guapo que era y qué cara tenía de listo.

Les rogó que no se marcharan de casa, ya que, según veía...le quedaba muy poca vida. Le dieron palabra de quedarse.

Cuando salió se encontró nuevamente a Paula y a Bárbara que estaban cuchicheando al otro lado de la puerta. Se metió Magda el pergamino en el pecho y fueron con Bárbara para que les diese algo de comer, que tenían el estómago desfallecido.

Puestos junto a la lumbre donde Lisandro contaba aquellas bellas historias hacía más de veinte años, le rogó Magda que le bajase las cartas que había escrito Fernán, para saber desde dónde eran salidas. Subió Bárbara a l piso de los señores y presto bajó unos papeles que entregó a la querida y sufrida mujer. Con los arrugados pliegos en las manos le parecía ver a su eterno tormento y, aunque deseaba leerlas sólo en ese momento se preocupó del lugar donde estaban escritas y que a juzgar por el encabezamiento era el siguiente: Virreynato del Perú, en la Gobernación de Quito, a cien leguas de la ciudad.

Lo leyó repetidas veces y se las entregó nuevamente a Bárbara para que las llevara donde las tenía don Fadrique.

Cuando las campanas daban alegres sonidos que indicaban la hora de comer, hora aquella en que los niños titulan de "las habas verdes" porque el ritmo de la entonación así parece indicarlo, salían de la casa-palacio Magda y su hijo, cuando por la Calle Mayor regresaba a su casona, quizás proveniente de la de La Villa, don Fadrique.

Con el hijo en la mano, poco menos que llevado a la fuerza, salía de la casa por la puerta de las cuadras. Llevaba en la mente un destino que cumplir en beneficio de aquella criatura, que, llorando le decía por qué no se habían quedado más en aquella casa con la buena señora enferma y con tanto criado que tenían mucha comida y eran muy buenos. Magda callaba y marchaba rápida por la pasada de la Orden. Dejó a su derecha al viejo monasterio de San Juan de

Acre, con su preciosa portada que fue trabajada trescientos años antes y donde se daba la Orden de aquellos Caballeros y siguió para no ser reconocida por nadie de tantos labriegos que acudían a casa para comer con la familia.

Cuando llegó al cerro más alto, donde se domina tanto Navarrete como Fuenmayor y Logroño, miró hacia el pueblo donde ambos habían nacido, y escuchó el sonar de una campana que le hizo detenerse. Unas notas graves y sueltas

cuyos intervalos eran angustiosos la conmovieron. Siguió escuchando con la máxima atención y por cuanto indicaba bien se veía que era una mujer. Era la campana Maria que estaba tocando a Viático. ¿Viático para quién?... Era

de suponer que lo habían pedido para doña Leonor.

- Arrodillémonos hijo mío, que esa campana está tocando por la que es tu abuela. Lo quieran o no es tu abuela.

- Pues si quieres le rezamos un Padrenuestro.

- Eso mismo vamos a hacer, Rodrigo. Recemos por el alma de aquella buena señora que tantos besos y caricias te ha hecho y no quería que nos fuésemos de su casa. Reza, hijo, reza, tanto por ella como por su desventurado hijo, que lo tiene al otro lado de la mar Oceana y está ignorante de lo que le pasa a su buena madre.

Cuando hubieron rezado con la devoción máxima con que se puede decir una plegaria para el descanso de aquella madre, ~~que~~ comenzaron la marcha camino del Sur, Magda y su hijo. Antes de dar el primer paso, se tocó el pecho y bien notó que allí iba aquella preciada joya, que tenía que entregársela a Fernán donde quiera que estuviese.

Mirando hacia poniente, le pareció que la voz de doña Leonor, le decía sobre el alto castillo de la villa, aquel que tenía dos torreones y una campana de uno a otro col-

Virreynato del Perú, en la Gobernación de Quito...

Virreynato del Perú, en la Gobernación de Quito...

Con estas frases en los oídos arrancó definitivamente la vista de aquella vega y de aquella preciosa Villa y se volvió resuelta hacia el medio día, buscando la pequeña ciudad de Logroño y, después, los campos de Aragón y Valencia, que ya conocía. Tenía que llegar al mar Mediterráneo y, una vez allí Dios diría qué camino tomaría.

Madre e hijo iban ahora diciendo, mientras en pequeño saltaba ilusionado por lo que habían de recorrer:

¡Virreynato del Perú, en la Gobernación de Quito;

CAPITULO XXV

Después de haberle dedicado una oración, como hemos visto y de decirle adiós a su tierra no sabían si para siempre siguieron la ruta que marca el ebro. Por el camino que iban ahora qué distinto todo y estando tan junto. Aquellas tierras de Carra-Logroño, entre el Pe-

dregal y Lardero son propias para criar conejos; viveros de tomilares y romero. Tierras de color arcilla y arenisca. A la izquierda dejaban Logroño y su cresta Cantabria, montículo que le sirve de atalaya. A la derecha

Clavijo donde dicen que se dio la batalla entre cristianos y moros, decidiéndola Santiago con su espada flamígera. ¡Santiago matamoros!

- No te importe, Rodrigo, lo que sea el camino. Nos interesa el final. Tenemos que seguir paso a paso venciendo todo cuanto se nos ponga delante, pero, llegaremos, ya verás cómo llegaremos.

- ¿Y veremos muchos indios?

- Muchos. Y en todos ellos manda tu padre.

- Andá qué bien.

Al cabo de tres meses que dejaron las tierras de La Rioja, ya estaban en el lugar que Magda buscaba. Habían vencido cientos y cientos de leguas, caminando por sitios donde reinaban las fieras; habían sido detenidos en varias ocasiones por gentes que se dedicaban al bandidaje; les ocurrieron enfermedades, soportar tormentas, inundaciones, pero, andando andando vinieron a caer a Sevilla, la populosa y ambicionada Sevilla de ese tiempo, desde la que salían para Indias barcos y barcos llenos de gentes, de animales

y de elementos indispensables para vencer aquellas gentes salvajes, entre otros: armas y caballos.

Por aquellas zig-zagueantes calles iban pidiendo limosna para aguantar el sufrido cuerpo. Vieron la Giralda, la Torre del Oro y decenas de iglesias a cual más bonitas. Magda buscaba una casa donde le dijeran que contrataban a las gentes para ir a Indias. Le parecía que habían dicho como Casa de la Contratación.

Fueron a ella y después de intentarle todo que dieron descorazonados porque no era admitida, ni ella ni su hijo. Allí querían hombres, y a ser posible jóvenes, y en todo caso, matrimonios. Con palabras llenas de buenas razones, le recomendaron que se diese media vuelta y, dejándose de fábulas, quedara a vivir en La Rioja, en Castilla. Uno de aquellos jefes, hasta le vino a proponer que, para hacer el viaje que pretendía, nada mejor que casarse con uno de aquellos hombres que ya estaban en lista para hacer embarque.

- ¡Ni por todo el oro del mundo; ¡Jamás; ¡Antes muerta; ¡Ni me vuelvo para Castilla ni me caso con un borracho de estos que por aquí hay tirados a manta;

No tuvo más remedio que desistir en ese momento y pasear nuevamente por Sevilla. Aquel río humano que dejaba a España despoblada, era la compensación, con creces, de aquellos cargamentos de oro y plata que venían desde los virreinos. A veces, quizá haya sido más el resplandor de la fantasía que la verdad de cuanto llegaba, pero, toda España estaba sabedora de ello y así querían ir hacia las tierras del oro, miles y miles de españoles que trabajando de sol a sol apenas ganaban para comprar un poco de azúcar, o un mal paño. Ir a Indias era soñar con riquezas fabulosas. Había

que intentarlo.

No era mujer esta heroína que se arrojase tan fácil-
 máxime llevando en el pensamiento y corazón tan grandes
 ideales como el amor y la fe. Si en Sevilla no le admi-
 tían para ir a las tierras donde estaba Fernán, ella había
 de ir al puerto de donde le habían dicho que salieron las
 grandes naos cuando Colón partió con los Pinzones.

El camino de Sevilla a Cádiz no le fue difícil después
 de cuanto tenía hecho por tierras peores.

Caminando siempre llenos de optimismo, dieron con los
 huesos en la Cádiz árabe y soñadora. La ciudad de las ca-
 lles cortadas y de los bellos rincones morunos, que se ador-
 mecían al sonsonete de suspiros gitanos que desde las aguar-
 denterías y tabernas salían. Tuvieron que esperar a
 que el sol comenzara a rayar por oriente, un oriente sin mon-
 tañas que se perdía lejos muy lejos sobre las aguas del
 mar. ¡El mar; ¡Otra vez el mar; Los ojos del peque-
 ño Torrecillas se le salían de las órbitas al ver aquel
 espectáculo que jamás había visto.

Cuando el sol comenzaba a salir -y hasta se veía- debajo
 del agua y subía...subía hasta quedar todo él fuera, ya co-
 menzaban a levantarse todos los trabajadores de la ciudad.

Se ponía en marcha el músculo que todo lo mueve.

Andando por aquellas calles y callejuelas, divisaron unos
 altos palos sobre los que flotaban movidas por la brisa
 blancas velas, remendadas en cien pedazos, como los panta-
 lones y chaquetas de los hombres del campo. Aquel era un
 navío velero... ¡Iría para Indias?... Se fueron acer-
 cando y vieron que, efectivamente, cargaban caballos, vacas,
 gallinas, conejos, semillas, árboles metidos en tinajas, y
 todo cuanto se necesita para fundar una nación, un conti-

nente. También desde aquel continente traían no pocas cosas nuevas a España, frutos y alimentos que no se conocían. Era un intercambio para mejorar este mundo en que vivimos o, nos desvivimos.

El niño miraba a los forzudos hombres que, con sus largas barbas y bigotes, manejaban pesados fardos, como si fuesen sacos de humo o de paja. Magda, viendo las caras de aquellos hombres, curtidas por cien soles de los más diversos países, ya se estaba imaginando a Fernán, a quien muy pronto había de confesar todo aquello que se guardaba. Al verla tan bonita y tan joven, no faltaban hombres que le decían cosas muy bonitas, pero que ella no escuchaba. Otros, le decían disparates de los que el hombre sabe hacer gala cuando está entre otros de su mismo género, y a Magda le venían hasta el oído igual que un salivazo.

Rodrigo, miraba a estos sucios trabajadores que a tal se atrevían con su madre y refunfuñaba por lo bajo como gatito que se ve hostigado por alevosa mano.

Tenía Magda mucho deseo de preguntar hacia dónde iba el navío, pero, también no poco miedo de que aquello fuese escuchado por los hombres. En el vértice de la nave, lo que en términos marineros se llama proa, tenía puesto un letrero con letras muy bonitas que decía: "Virgen del Carmen", a al pie del muro donde estaba amarrado con grandes maromas, había una lujosa diligencia.

Paseando la vista por entre los grandes montones de comestibles, armas, barricas, animales, etc; vio a un fraile que, sentado en un malecón leía un breviario.

Fue hasta él y trabó conversación. El padre era de Loyola y salía en aquella nao que estaba anclada. No iba a donde ella pretendía, pero, le dijo, que bien se

podía llegar hasta allí una vez desembarcada. Eran no pocas jornadas de viaje, pero muy posible.

Cuando supo lo que pretendían, no se quiso comprometer el jesuíta, les dijo de muy buenas maneras que el no tenía poder para tanto y que haciéndolo somprometía su dignidad de eclesiástico. Tanto y tanto le rogó aquella mujer, que acabó por convencerle; entendió que la decisión de Magda era capaz de meterse en el navío sin permiso de nadie y, antes de que cayera en manos de aquellos hombres que, siendo buenos, no se podía fiar de ellos y menos durante una travesía tan larga, no tuvo más remedio que intervenir con la mejor intención ante el Almirante Estrada el cual atendió la petición del fraile, y más aún cuando fue sabedor del pergamino que aquella mujer portaba, firmado por el propio Rey don Felipe.

Se les prodigó un cómodo lugar para madre e hijo y cuatro días después se hacían a la mar, diciendo ahora adiós a Cádiz y a España.

Cuando la nave se iba retirando del muelle y se decían adiós, todas aquellas gentes desde arriba y desde abajo, Magda y Rodrigo, que no tenían a nadie que viniese a decirles adiós, se contentaban con mirar al cielo y suponer que por allí se iba a Castilla y a Navarrete.

Pensó la joven madre en doña Leonor, que quizá ya había pasado a mejor vida. Poniéndose la mano en el pecho y tocando el material duro del pergamino dijo:

- Te veré, vaya si te veré, Fernán. Cada día estamos más cerca. Dentro de un mes, llegaremos, si esta nao no se va al fondo del mar al Virreynato del Perú, Gobernación de Quito. A cien leguas de la ciudad. Allí nos veremos.

CONCLUSIÓN

Cuatro años llevaba ejerciendo su mandato de Gobernador don Fernán de Torrecillas y, por cierto, con gran tanto por parte de los indígenas como por los espa-

ñoles allí residentes, los cuales, bien por envidia o por indisciplina, le habían producido más de cuatro al-tercados, de los que siempre había salido victorioso, tanto por su hombría y temple, cuanto por su inteligen-cia y buenas maneras. Eso es lo que quería el mo-

marca del Escorial para las tierras del Nuevo Mundo: hom-bres que, llevando la cruz con amor supieran llevar la espada con altura. Hombres del temple de aquellos prime-ros expedicionarios, de los que aún estaban frescas por Indias las huellas.

Cuando llegó el joven Fernán a la ciudad de Xico-nahuco, se encontró envuelto en una turba de desórdenes promovidos por jefes ambiciosos que sólo buscaban el im-ponerse unos a otros para adquirir con poderío rique-zas, a costa de aquel puñado de soldados que los secun-daban. Desde el primer instante que asumió el

mando ya tuvo que ejercitarse en tácticas guerreras, muy distintas a las que había vivido en Flandes. En Bélgi-ca había un enemigo potente, pero, ordenado, que daba la cara donde quiera que se le buscara. Aquí -decía- no ves al enemigo nunca, parece que no está y lo tenemos por todas partes. Detrás de un cactus, pegado a una

roca, tendido sobre la resaca de los ríos o en las márgenes de las lagunas, se elevan uno, dos, diez, cien, que desnudos nos acometen por todos los lados buscando tan sólo hacernos muertes, sin pretender ganar batalla.

La técnica de España y las armas de fuego, vencían a los pobres indios, sobre los que caían caballos aloca- dos, que buscaban el pisar carne humana con sus destrozados cascos. Para ellos, todo aquel pertrecho de los espa- ñoles les parecía diabólico; enviado por el dios de los infiernos.

Los españoles, estaban empeñados en poblar todas aquellas provincias tan recién conquistadas, y a las cuales iban poniendo nombres de los que un día -hace cientos y cientos de años- tenían los de su patria.

Archidona. Coca. San Marcos. Nueva España. Nueva Gra- nada, etc etc. Muy rica era esa zona que había estado siempre bajo el mandato de los Incas peruanos y en la cual se produce abundante trigo, aceite, arroz, pata- ta y una cantidad enorme de algodón.

Don Fernán de Torrecillas era querido y admirado por todos, tanto de los nativos como de sus paisanos los españoles. Interpretó fielmente el testamento de su Reina Isabel, y, así les dio igual preferencia en todo a los indios como a los españoles, no haciéndoles trabajar en cosas que fuesen deshonorosas, ni tenerles bajo el látigo como hicieron otros gobernadores.

Fundó diversas ciudades y levantó grandes iglesias, al uso y estilo de aquellas tierras. Labró campos vírgenes y dentro de tan corto gobierno, se veían crecer preciosos vergeles, donde antes había desoladas es- tepas, sólo para llenarlas de cardos y de fieras.

Allí donde se elevaba una fundación, a seguido se er-
guía en el centro del casco urbano, la iglesia y una
escuelita para enseñar a los niños el idioma de los
españoles. Se cultivaron los sistemas de riego y era
sin duda alguna, uno de los mejores hombres de mando
que por allí se habían instalado.

En poco tiempo, se adueñó de todas las voluntades
y eran pocos los indios hostiles, aquellos que, de tar-
de en tarde se acercaban a los poblados buscando el
desquite, no por culpa de Fernán, sino porque estaban
resentidos y oprimidos por los anteriores mandatarios
españoles. Por todos estos merecimientos de que go-
zaba el joven gobernador, iba a ser objeto de un home-
naje multitudinario por parte de todo su pueblo.

Próxima a la ciudad de Xiconahuco, hay una alque-
ría recientemente adquirida por una mujer blanca, cu-
ya soledad y misterio sorprende a todos los españoles.

Los que allí van a beber vino y licores traídos de
la lejana patria, preguntan por ella porque les han
dicho que es bellísima, como para ponerla en un altar.

Nadie la ve. Nunca sale de día, y cuando lo hace
en caballería, siempre se le ha visto con el rostro
tapado. Se dice que nunca habla con nadie, y que
sólo tiene trato con un indio muy forzado y muy inte-
ligente, que puede estar enamorado de la cristiana.

Las porfías que arman los soldados mientras apu-
ran las jarras de vino, son curiosísimas. Hace cua-

tro días, ha muerto uno por ser atrevido. Apostó a que penetraba en el cuarto de ella y le haría salir y hasta decir su procedencia y que si tal no lograba pagaba cinco rondas del vino mejor traído de Andalucía. Entró, los compañeros esperaron a que saliera y no apareció.

Preguntaron al indio por él, y aquel les dijo que le vio huir por la ventana trasera... Al regresar al pueblo le encontraron muerto en el centro del camino, con un cuchillo clavado en la espalda. ¿...?

La ciudad de Xiconahuco, se engalana con todo el boato que lo pudiera hacer Madrid, Burgos, León o Sevilla, cuando han de llegar a ella los reyes.

Se quiere celebrar una gran fiesta en honor de su Gobernador, para lo cual están invitados todos los jefes de las ciudades lindantes, que ya han prometido la visita, y al decir lindantes queremos señalar que son muchas leguas y no dos o cuatro como en España. Gigantesca quieren que sea la fiesta, tanto o más que aquella hecha a Pizarro, cincuenta años atrás.

Camino de esa población va una mujer y un niño de ocho años. La noche se les ha echado encima y deciden cobijarse al amor de una alquería. No llamarán porque quizá, no han de ser admitidos. Si los dejan estar pegaditos a la pared de adobe, ya están más que bien.

Sueltan el atado de ropa que llevan perforado por más de cien agujeros y, después de comer unos mendrugos de seco pan -galleta marinera- y unas frutas que han hallado por el camino, se tienden para descansar esa noche.

- ¿Falta mucho madre, para ver a ese Fernán, que dices es mi padre? ...

- Si Dios quiere, hijo mío, mañana hemos de verlo.

Poco le importaba a Magda que fuese o no fuese Gobernador de aquel Estado. No le importaban cargos, como poco o nada le importaba también su misma vida, que la había puesto varias veces en peligro de muerte. ¿Acaso no la tuvo a merced del hacha del verdugo y esperaba paciente el golpe definitivo? Todo lo hacía por su hijo. El niño tenía ocho años y necesitaba a su padre. Habían cruzado toda España y el Océano, a más de medio continente de Indios, para hallarle y decirle, donde quiera que estuviese: Esto que viene conmigo es tuyo. ¡Este es tu hijo; Aceptale como merece que lleva tu sangre y además debe ser como tú Caballero de Calatrava, aquí están las autorizaciones, concedidas por el Rey a quien sirves;

Pensando estas cosas y mirando aquellas estrellas y la coqueta luna, que quizá estaba mandando también su gesto a las tierras que a ella tanto la vilipendiaron, quedaron dormidos, no sin antes haber oído hablar dentro de la casa a una mujer y a un hombre cuanto decían y que era de este tenor:

- ¡No te lo digo más Michicoan; ¡Mañana debes cumplir lo que manda tu dueña o te dejaré abandonado para siempre;

- Yo, dueña mía, ir donde mande mujer blanca, pero el peligro ser grande.

- Si eres listo nada te harán. Estar frente a Gobernador, Casa Expedicionaria armado de ballesta y clavar corazón del hijo de Dios maldito. ¿Lo harás? ¿Verdad que lo vas a hacer Michicoan?

Pero ¿qué era lo que estaba oyendo?... ¿No era aquello como un sueño diabólico? ¿Es fantasía o es realidad, Dios mío?... Así que están tratando

de matar al Gobernador, a Fernán?... Lo había oído muy bien: "Armado de ballesta y clavar en el corazón del hijo del Dios Maldito" ¿Cabía en este mundo tanta casualidad? Pues si ello es así ¿qué he de hacer sino dar gracias a Dios por esta feliz circunstancia?

¡Grande suerte ha sido, que sea yo, yo, precisamente quien ha venido aquí a dormir, para tener que escuchar esta confabulación contra Fernán, contra tu padre;

Esto es un milagro, sólo un milagro.

III

Antes de comenzar a rayar el alba, aquella mujer y su hijo habían abandonado la pared para penetrar tiempo después en la ciudad de los Incas. Por las estrechas calles pasaban mercaderes que ofrecían las más variadas mercancías y objetos, desde piedras preciosas, hasta oro, espejos, cadenas, ropas de vicuña, herramientas, armas y trabajos en hueso y platería.

Preguntaron por el palacio del Gobernador y, después de sabida su posición se fueron camino de la plaza donde estaba levantado el estrado, en el que tomaría asiento el mandatario. Ahí, --le dijo a su hijo Rodrigo-- es donde tu padre ha de recibir a todos los grandes hombres que vienen a felicitarle y darle muchos abrazos. Cuando estaba viendo aquel amplio estrado pasó por su mente aquel otro que para ella elevaron en la plaza del Coso... Pensando estos hechos retrospectivos, vio cómo frente al estrado, había una casa

de regular altura y con trazos de construcción mitad indígena mitad española, hasta muy parecida a las casas que había visto por tierras andaluzas. Aquella tenía que ser la Casa de Expedición. Dentro de ella había muchos soldados que charlaban animados, dando la sensación de que estaban en un palacio de Aragón, Castilla o Andalucía, por sólo citar tres regiones en las que habiendo veinte hombres no hay quien pueda entenderse: que lo digan las tabernas y casinos de España.

De todos aquellos soldados qué pocos habían de volver a sus tierras. América, si daba oro y plata para la tierra que la conquistó, estaba siendo la sepultura de miles y miles de españoles; tesoros que nunca se habían de tener en cuenta porque eran los hombres de nombre desconocido, esos soldados que mueren en las batallas y nadie se acuerda jamás de ellos. Lo más que hacen es ponerles una lápida o un fuego que arde día y noche. ¡A buenas horas;

Desde aquella casa, pensó Magda, ha de salir la flecha envenenada que matará al Gobernador, siempre que aquello que escuchó se hiciera realidad.

A las diez de la mañana todo estaba listo. La plaza atestada de público del más variado color en ropas y cutis. Sobre el reluciente acero de los soldados, destacaban los chillones colores de las ropas indias.

Era un inmenso arco iris: Yelmos, petos, espadas, picas, ballestas y arcabuces o espingardas, sobre caballos lujosamente enjaezados. El programa que habían dicho a Magda era el siguiente: Ofrenda. Misa y nuevo Plan a exponer durante el periodo de tres años que comenzaba desde ese día.

La tribuna estaba llena de soldados que, a Magda le parecían jefes. Ella no conocía categorías en la milicia, pero, se figuró que habían de ser autoridades a juzgar por sus vestimentas. Hablaban unos con otros esperando el momento de la llegada de don Fernán de Torrecillas. La joven navarretana, con disimulo se subió a la tribuna por la parte de atrás, no sin antes haber colocado al niño que, ansioso le pedía que le subiera con ella.

En ese preciso momento sonaron cuatro cañonazos y comenzó a sonar una música alegre de gaitas y tamboriles.

¡¡Allí venía el Gobernador; ¡ Ya era llegada su soñada hora de ver al padre de aquel angelito con quien tantas fatigas había pasado en su duro peregrinar;

Con gran pompa y precedido de altos estandartes en los cuales flameaban los colores patrios y los de las tropas que allí luchaban venía el Gobernador. Sobre el claro y trasparente azul de las Indias, destacaba fulgurante el sol Inca, que lleno de fuego quemaba a toda la soldadesca invasora y al pueblo indio que pacientemente se sumaba a las órdenes que daban los blancos.

Cuando Magda le vio, tembló como un junco. ¡Ah qué alegría y qué ilusión ver a su "hermano", que era el jefe de todos aquellos hombres y mujeres; ¡Qué arrogante, qué majestuoso y qué lleno de juventud avanzaba sonriendo a todo el hijo de doña Leonor.

¡Mira, mira hijo; ¡Ese es, ese es; ¡Aque que viene allí escoltado por los grandes jefes del ejército español; ¡Parece un Rey, un Rey...y es tu padre, hijo mío;

¡Qué hacer? -se pensaba- y por su mente pasó una vez más el ventarrón del pudor y del reparo. Mientras tanto la comitiva llegó hasta el estrado, y todo el pueblo que llenaba la plaza comenzó a vitorearlo. Se daban vivas a Es-

paña, a Perú y al señor Torrecillas, su mejor Gobernador. Mirando Magda hacia aquel pueblo que lo aclamaba y vitoreaba sin descanso, vio la casa de donde había de partir la envenenada flecha. Fijándose estaba en las ventanas del edificio, cuando vio a un hombre que se echaba la ballesta a la cara. No necesitó ver más. ¡Era el; ¡El asesino; ¡Era el hombre que obedecía a una mujer de la que estaba enamorado;

Rápida como un toro de lidia que sale al redondel buscando enemigo, abrió paso entre aquellos mandatarios de ambas razas, y se tiró al pecho del Gobernador, diciéndole: ¡Fernán; ¡Fernán; Era el preciso momento en que la saeta había sido soltada del arco indio y venía salvando las cabezas de los asistentes en la plaza a clavarse en las enflaquecidas espaldas de la doncellita de los Torrecillas. Un grito de horror salió de mil bocas que aquello habían presenciado.

El de la ballesta, se tiró desde la ventana en busca de un caballo que estaba en la estrecha calleja.

Viendo fracasado el atentado, una mujer que estaba al lado del asesino, agarró el arco y se dispuso a repetir el disparo con otra flecha, pero, un soldado del Gobernador que tenía a su lado sacó la espada y se la clavó en el pecho, en el justo momento que el arma caía tan pronto como fue soltada la mano.

Cuando Fernán vio que tal mujer le había salvado la vida, le dijo asustado:

- ¿Quién eres tú?

- No me conoces... ¿Es que no me quieres conocer, Fernán?

- ¡Tú;

- Soy aquella mujer que te dio el cuerpo como te hubiera dado el alma. **Magda...** Soy Magda... Magdalena...

- ¿Tú eres Magda?... ¡¡Llevala urgentemente y que se le cure con lo mejor que haya en nuestros hospitales;¡¡

- No creo que me haga falta. Dadle ayuda y socorro -ya que para mí no hace falta- a este hijo que os traigo desde Navarrete, éste hijo que es el vuestro, y al cual ni habéis querido mirar nunca por ser deshonra, Fernán.

- ¡Maldición; Es verdad. ¡Levanta, levanta de ahí,

Magda; ¡Ven, Ven a mis brazos, hijo mío;¡¡

Magda que los estaba viendo, mientras el veneno le mordía las entrañas les decía:

- Así, así... así, padre e hijo... ¿Has visto Rodrigo cómo hemos hallado a tu padre?... Pierdes una madre pero te he dado un padre.

- Magda... Magda... Tú no debes morir. Ven a mis brazos y perdóname tanto daño como te hicimos todos, todos.

Las gentes que allí estaban escuchando aquello quedaban asombradas. No sabían nada de nada, pero el diálogo entre los tres seguía:

- Hijo querido, tu padre te ha de hacer como el, que tú eres un Torrecillas como todos ellos. Tomad esto que lo traigo desde vuestra casa y me lo dio doña Leonor...

Es un pergamino firmado por el Rey para que Rodrigo sea también Caballero de Calatrava.

Viendo Fernán que nada se podía hacer, llamó a un fraile y aquel le dio la bendición, recomendándole el alma a Dios.

Las manos del Gobernador, las manos de Fernán, estaban manchadas con varias gotas de sangre que salían del pergamino que le entregó Magda. Era sangre de ella.

Sangre de la noble mujer que recorrió medio mundo para

encontrar al que le prometió amores y la engañó. Para hallar al padre de aquel hijo que no merecía seguir siendo maldito porque había sido engendrado por uno de los Torrecillas.

La vida de la infeliz y resignada mujer había sido perdida en Indias, como la de tantos y tantos hombres y mujeres, pero había cumplido una promesa que se había hecho, y lo que era más importante aún: con su cuerpo había salvado la vida del padre de su hijo. Siempre, siempre, dándose a los demás y no recibiendo nada en beneficio propio; Todo en este mundo es cosa de naciencia, y Magda por más faja que se colocara había de enseñar la barriga, y en esa barriga iban todas las desgracias. Lo dice un dicho gaucho; "El que nace barrigón, es al pedo que lo fajen"

I V

A las dos horas de estar Fernán con su retoño, dándole consuelo para que se recuperase de la muerte de aquella madre que era todo para él en el mundo, había llegado la noticia al Gobierno de un hecho extraño que lo dejó desorientado. Puesto junto al Gobernador firme, muy firme, le decía el capitán Robledo, que la mujer blanca que quiso repetir el lanzamiento de otra flecha envenenada contra el Sr Gobernador, se había comprobado que era de Castilla, y de un lugar de La Rioja que llaman Navarrete, sin duda el del señor Gobernador.

- ¿Y su nombre? ¿Se sabe su nombre, capitán?

- Beatriz de Alcanadre.

- ¿Dónde está esa maldita mujer? ; Quiero verla;

- Quedad tranquilo que fue muerta en el instante. Ya se le ha dado sepultura...

- ; Si no hubiera nacido qué gran suerte para esta sociedad a la que ella tanto odiaba;

A solas pensó en lo distinto que eran aquellos dos corazones, que por extraña coincidencia, el mismo día y momento habían dejado de existir. La una buscaba no amor para ella sino para los demás evitándome hasta la muerte, tras de ser yo quien a ella quiso sacrificarla.

¡ Ah qué imbécil he sido no entendiendo a esa pobre mujer; La otra, no buscaba amor noble, sino eliminar al que no pensaba como ella y de él se había de beneficiar. Así pagó con su vida en vergonzoso tributo, aquella que, en dos ocasiones más por vanidad y resentimiento, quiso ser Esposa de Cristo cuando no era capaz de serlo de un pobre hombre.

El pobre Rodrigo, lloraba sin cesar, mientras el Gobernador atendía sus problemas y a las gentes que ese día habían acudido para obsequiarle. Para aquel niño no había más cariño y amor que el de su madre. ¿ De que le servía un padre Gobernador, si lo dejaba abandonado? No es tan fácil, decir ése es tu padre y quererle, porque a él debes la vida. Ya estaba viendo que era preferible la vida con miseria pero con amor, que no el lujo mezclado con abandono y desinterés. Cuántas veces le había dicho su madre que, pasase lo que pasase ella siempre había de estar junto a él, y ahora, cuando más la necesitaba ; hala; , me quedo sin madre. Y lloraba desconsoladamente, sin hacer caso a soldados ni a nadie que viniera a calmarle o a divertirle. ¿ Por qué has

dejado sólo a tu Rodrigo, por qué, madre por qué...?

Pasaba el tiempo y pensando Fernán que, allí el niño estaba sin cariño y en un constante peligro tanto por el clima como por la guerra que sin cesar tenían contra ciertos caciques, decidió llevarle a Castilla, de paso que hacía un viaje a su tierra, que ya era hora.

Se lo entregaría a don Fadrique, para que un día le hiciera Caballero de Calatrava. ¡Lástima grande que su pobre madre ya no vivía;

Cada día más decidido a cumplir tal misión y darle al nuevo Torrecillas una educación esmerada y hacerse cargo de palacio y propiedades de la Villa, se decidió a abandonar las tierras conquistadas junto al pequeño huérfano, que no dejaba de sí la tristeza.

Antes de salir de aquella flamante ciudad, fueron hasta el cementerio llevando un ramo de rosas cada uno, cuando el sol se iba ocultado por el noroeste.

Puestos a cada lado de la sepultura, que cubría a la desventurada madre, le rezaron varias oraciones poniéndole después otra nueva cruz, con aquellos palos que besaron muchas veces. El niño rezaba hincado de rodillas como si una fuerza sobre-humana lo tuviera en el suelo clavado, sin dejarle mover, que era mucho lo que quería a su madre. De las manos del Gobernador caían pétalos que iban coloreando la tierra, y también

se le escapaba alguna lágrima que bien se merecía la que estaba pudriendo debajo. ¡Había sido tan ingrato con ella! Cuando terminó quiso levantar al niño pero aquel se opuso.

- ¡¡No!! ¡No!! Yo quiero seguir a su lado, siempre a su lado. (Y se tiró sobre las flores y los pétalos

abrazando la tierra y llenándola de besos.

Preciso fue que Fernán lo levantara por fuerza y en brazos se lo llevara del cementerio.

Al día siguiente zarpaba una carabela con el rumbo enfilado hacia la península Ibérica. Sobre ella y mirando a las tranquilas aguas iba don Fernán de Torrecillas, leyendo el pergamino que le entregó Magda en sus últimos momentos y sobre la plataforma del ceremonial.

¡Ay de mí, cuántas veces, cuántas veces, habrá leído la pobre Magda, estas líneas soñando llegar hasta mi lado y que su hijo -y el mío- fuese como el padre y como el abuelo, Caballero de ésta orden que llevo sobre el pecho.

Una esquina de aquel valioso documento, estaba coloreada por dos franjas de roja sangre, de aquella bendita sangre de una mujer que recorrió tierras y mares para darle a su hijo un padre y un título que le correspondía.

¿Qué mejor sello que aquel? ¿Dónde podía estar más orgulloso el sello y firma del Rey don Felipe el Segundo?

Recordando aquellos momentos en que fue armado Caballero y viendo a todo el Tribunal vestido con sus cruces simbólicas y, entre todos destacando a su padre don Fadrique, orgulloso de ver a su nieto en el altar, creyó oír una voz que le parecía bajaba del cielo y que decía en tono muy suave:

"Don Rodrigo de Torrecillas, estais dispuestos a hacer honor con vuestra vida y costumbres, y con vuestra acendrada fe, en Cristo a honrar la Orden en la que os dan entrada estos Caballeros?"

¡Lo estoy con alma y con vida; -dijo el joven Rodrigo.

De las transparentes y verdosas aguas del Océano, de las que no apartaba la vista Fernán, se fue haciendo poco a poco visible -así le parecía a su afiebrada mente- una cara de mujer conocida, y que en esos momentos le parecía divina. Estaba acompañada por dos ángeles gigantescos que le ayudaban a salir del agua. Sonriéndole, dijo como un suave susurro de las olas que contra el casco de la nao se estrellaban:

- Gracias, gracias Fernán. Así quería yo que un día hicieras con nuestro hijo. Que fuese primero soldado de Dios y, después, de nuestra patria. Yo he querido que fuese uno más de los Torrecillas, como su padre... como su abuelo... y que llevara al pecho esa Cruz de Calatrava que le pertenece, y no la mancilla a que se ha visto obligado. Gracias Fernán por todo cuanto llevas hecho para él, y que no era desde hace años otra mi voluntad en ese mundo.

Fijo en las aguas, sin levantar la vista para nada, se le cayeron dos lágrimas y juró llevar siempre en su memoria el nombre de aquella santa mujer.

F I N

--

-

Argentina. Buenos Aires.

Villa Domínico, año 1952

de las preparaciones y verdaderas aguas del Océano, de
 azules que no apartaba la vista Fernán, se iba haciendo po-
 co a poco visible -salí la parcela a un alfilerado mente-
 una cara de mujer conocida, y que en esos momentos le
 parecía divina. Estaba acompañada por dos ángeles
 gigantescos que le ayudaban a salir del agua. Sorrién-
 dose, dijo como un suave susurro de las olas que contra
 el casco de la nao se estrellaban:
 - Gracias, gracias Fernán. Así queréis yo que en día
 niétras con nuestro hijo. Que fuese primero así-
 cado de Dios y, después de nuestra patria. Yo he
 querido que fuese uno más de los Tortecillas, como
 su padre... como su abuelo... y que llevara el pecho

ese Cruz de Calatrava que le pertenece y no la man-
 Ha sido copiada en estas
 1 al 10 del VIII de 1985

DEL ORIGINAL
 BASTANTE DETERIORADO

por todo cuanto lleva he
 desde hace años otra mi voluntad en ese mundo.
 hijo en las aguas, sin levantar la vista para na-
 da, se le caieron los lágrimas y sólo llevar aien-
 pre en su memoria el nombre de aquella santa mujer.

llero y vino a todo el Tribunal vestido con sus cruces
 ridad nos eras a consagrarte a los santos y casados
 río óyelo, tanta le en el alma a la vez en osollugo, sup
 una voz que le parecía bajada del cielo y que decía en
 tono muy suave:
 - Hacer honor con vuestra vida y costumbres, y con vues-
 Argentina. Buenos Aires.
 Villa Dominica, año 1952

TEATRO

PRINCIPAL

NAVARRETE

EMPRESA MORENO

Rafael Moreno (Director)

Arturo Guzmán (Director)

Por la Compañía de grandes espectáculos Guzmán-Moreno
Lunes 2 de Diciembre de 1946, a las diez en punto de la noche

¡Estrenos! ¡Estrenos! ¡Estrenos!
De la grandiosa comedia
cómico-dramática en 3
actos del congochero
toro D. Antonio Gilero Ulla
copiada

Juan Navarrete (Director)

Arturo Guzmán (Director)

¡¡ COMO UNA MADRE !!

Grandioso éxito de toda la
Compañía con asistencia
del autor

Rafael Moreno (Director)

Arturo Guzmán (Director)



Aurora Guzmán. (1.ª actriz)

TEATRO PRINCIPAL ✂ NAVARRETE ✂



Rafael Moreno. (1.º actor)

EMPRESA MORENO

Lunes, 2 de Diciembre de 1946, a las diez en punto de la noche

Por la Compañía de grandes espectáculos Guzmán-Moreno



Hermi Navarro. (Dama joven)

¡Estreno! ¡Estreno! ¡Estreno!

De la grandiosa comedia
cómico-dramática en 3
actos, del consagrado au-
tor D. Antonio Cillero Ule-
cia, titulada



Tina Navarro. (Dama joven)

¡¡COMO UNA MADRE!!



José Moreno. (Galán)

Grandioso éxito de toda la
Compañía, con asistencia
del autor



Antonio Cillero. (Autor)



Emeri Navarro. (Segunda)

REPARTO

AURORA, Aurora Guzmán.

CATI, Hermi Navarro.

DOLORES, Leonor Buisán.

REPARTO

RODRIGO, Rafael Moreno.

MANOLO, Andrés Sigüenza.

TITO, Jesús Moreno.

MACARIO, Pedro Cristóbal.

BARBERO, José Moreno.

REPARTO

AURORA, Aurora Guzmán.

CATI, Hermi Navarro.

DOLORÉS, Leonor Buisán.

REPARTO

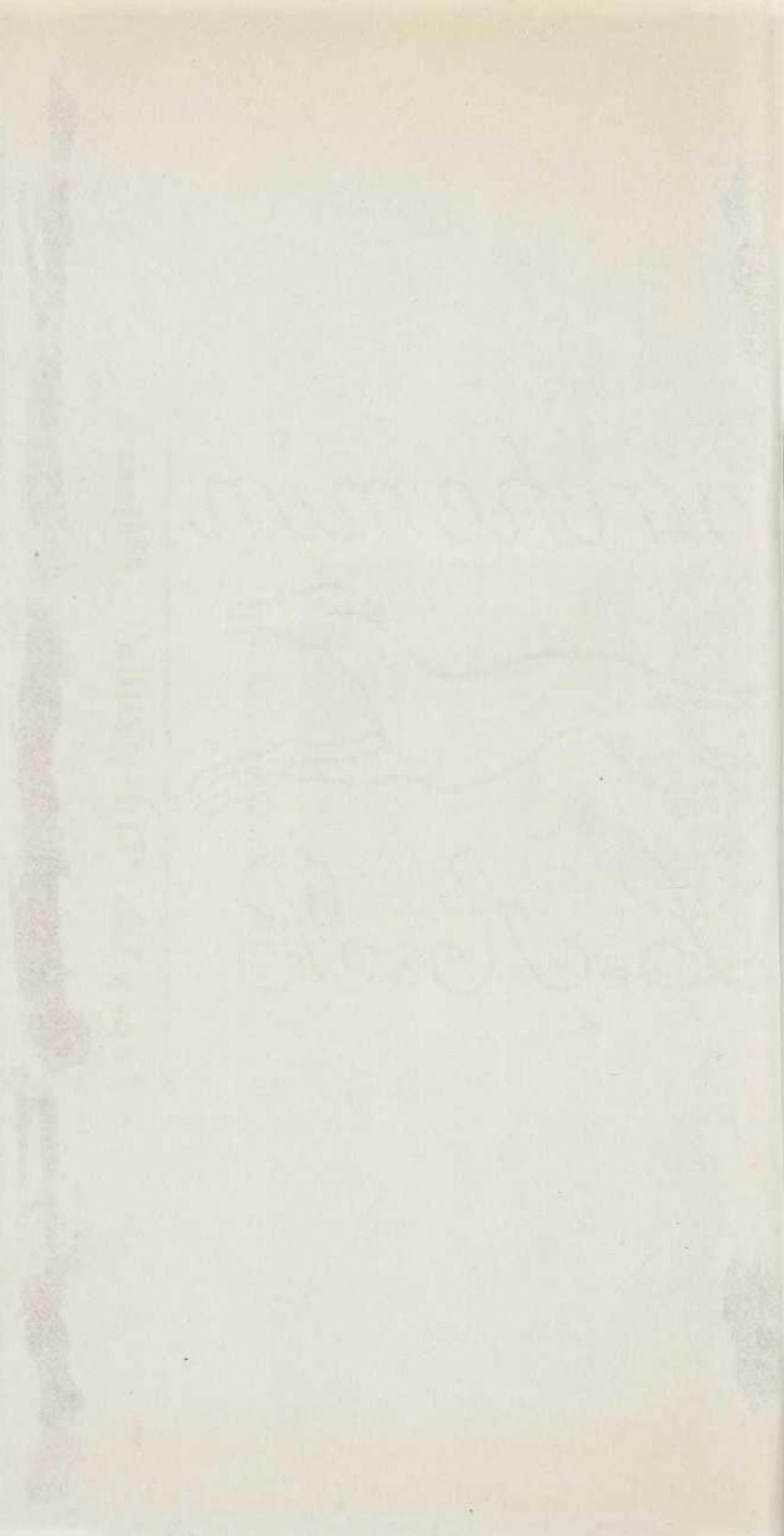
RODRIGO, Rafael Moreno.
MANOLO, Andrés Sigüenza.
TITO, Jesús Moreno.
MACARIO, Pedro Cristóbal.
BARBERO, José Moreno.



Antonio Cillero. (Autor)

Imp. y Lib. "El Najerilla" - Nájera

Faint, illegible text on the left side of the page, possibly bleed-through from the reverse side.



TEATRO AVENIDA

Avenida de Mayo 1222

Buenos Aires

Día 10 de Octubre de 1960

a las 21.45 hs.

Extraordinaria Función de Gala

El Instituto Argentino Hispánico, en homenaje al
DÍA DE LA RAZA y en conmemoración del
150 aniversario de la Revolución de Mayo

PRESENTA

1º El Sensacional Estreno Universal

Rucamará

Tragedia en tres actos (basada en una leyenda argentina)
Original del dramaturgo y poeta Antonio Cillero Ulecía

La Interpretación estará a cargo del Conjunto Vocacional
GONZALO DE BERCEO

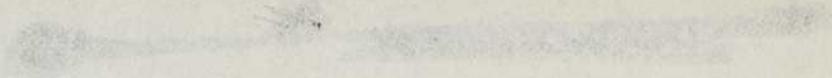
ESPAÑA y ARGENTINA en una época gloriosa

Una página arrancada del 1775

Pasión — Poesía — Historia — Tragedia

2º **Coronación de la Reina de la Colectividad
Española**

3º **Fin de Fiesta con el más representativo
Folklore de España y Argentina.**



MEMORANDUM



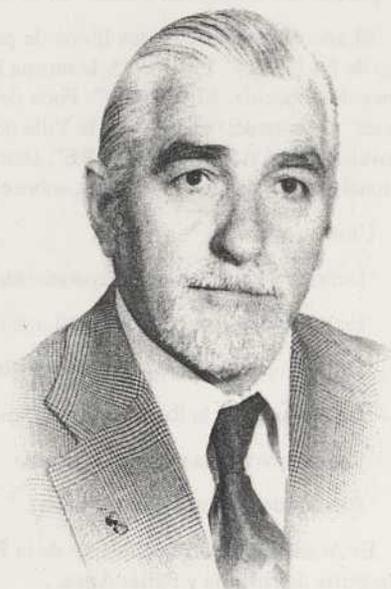
W. H. & C. Co.



ANTONIO CILLERO ULECIA, Nace en Navarrete (La Rioja) el 13 de junio de 1917.

El año 1940 estrena su primera obra de teatro. En 1942 ingresa en la Sdad. Gral. de Autores de España.

De 1943 a 1948, varias compañías de teatro que van recorriendo España llevan libros suyos, entre otras: Antonio Navarro, Guzmán-Franco y Ernesto Gómez. En esos años aparecen editadas algunas obras estrenadas: "Con ese hombre no me caso", "El señorito", "Como una madre", "Don Severísimo" y "El Condestable". Mantiene amplia correspondencia con Don Jacinto Benavente, quien le pronostica grandes triunfos en el teatro.



El año 1949 marcha con su familia a Buenos Aires (Rca. Argentina) y estrena allí: "El bobalicón", "El pan del año", "Tierra sedienta", "La amansadora", "Usted manda... mister", "Anteo y Cloride" y "Rucamará".

Aparece editado el drama "Testigo de una pasión", y, el libro de poemas: "Brisas castellanas". Colabora en la prensa bonaerense, en Radio Porteña y Radio Argentina de Buenos Aires. Pertenece a la Sociedad Argentina de Escritores, al Club de Letras, a la Sociedad Ibero-Americana de Escritores y, al Instituto Argentino Hispánico.

En 1965 regresa a España y estrena en el Ateneo de Madrid: "Confesión pública", obra que, más tarde, será representada en varios países ibero-americanos. En 1969 vuelve a estrenar en Madrid: "La gran mascarada".

Ha quedado finalista en varios premios de novela y teatro, entre los que merece destacarse, el Alfaguara 1972 con su libro: "TIAGO HERNÁEZ" y, el Lope de Vega 1969, con su obra: "LA LIBERTAD ENCADENADA". *Y, EN EL AÑO 1994, CON AJUSTE DE CUENTAS.*

Con motivo del tercer centenario de la muerte de Don Esteban Manuel de Villegas publica la Editorial Ochoa: "El Cisne del Najerilla".

El año 1973 aparecen dos libros de poemas: "Mi sentir y mi canción" y, "El llanto de las fuentes". En el 1975, la misma Editorial Ochoa, publica el ensayo: "Una cuenca desconocida. El Najerilla". Poco después aparecería el poemario: "Callado padecer". Más tarde: "Historia de la Villa de Navarrete" (1978). Por último en 1980 la novela: "PASCASIO Y VINAGRE". Dentro del mismo año, es premiado en el VI Nacional de Periodismo F. Paternina, sobre el tema: "PROTAGONISTA EL RIOJA".

Últimas obras:

"Delirios y vivencias de los conquistadores" (Novela histórica).

"En busca de Cipango y Catay" (La gran aventura) (Novela histórica).

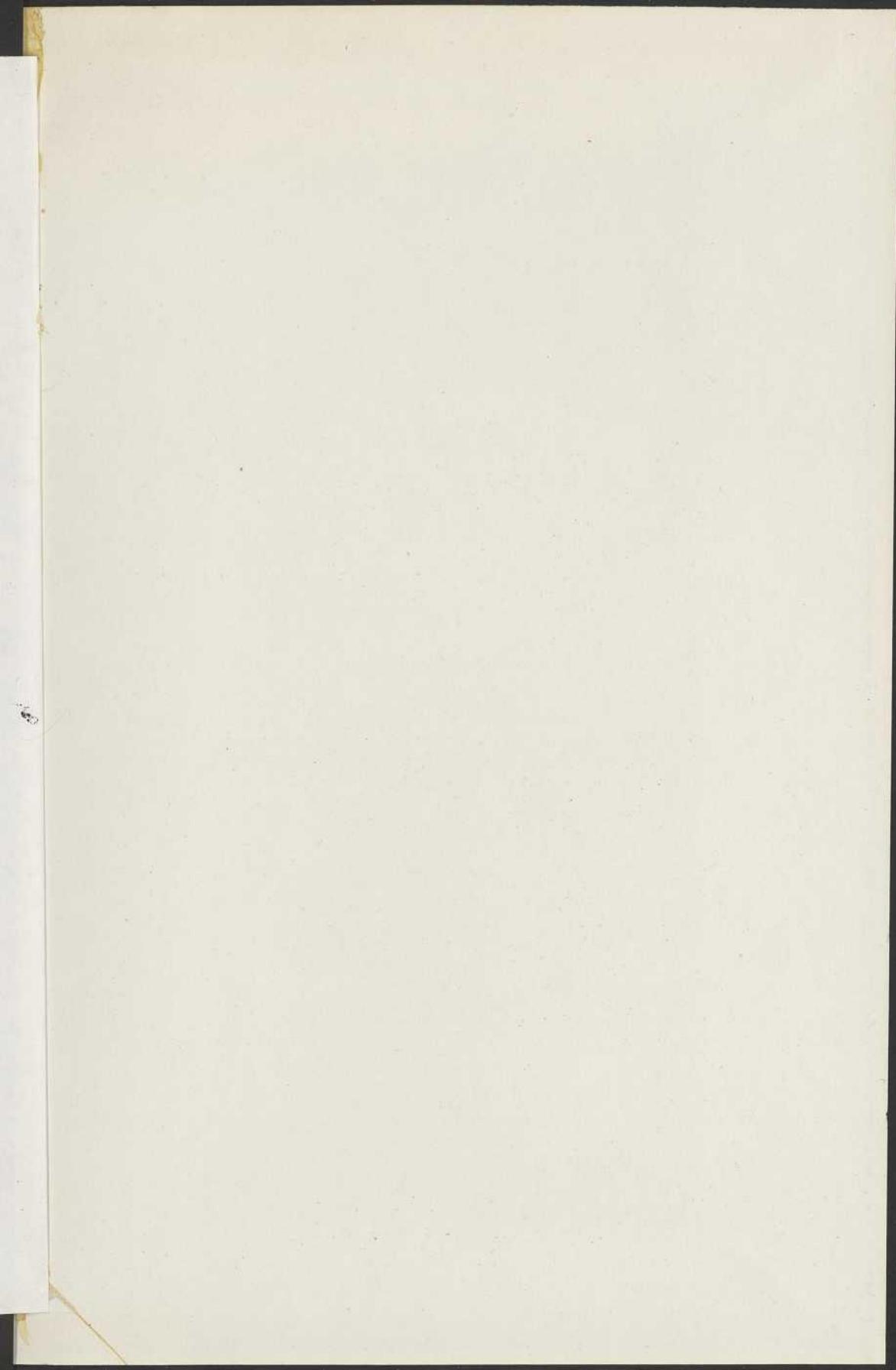
"Réquiem por los Corcuetos" (Novela histórica).

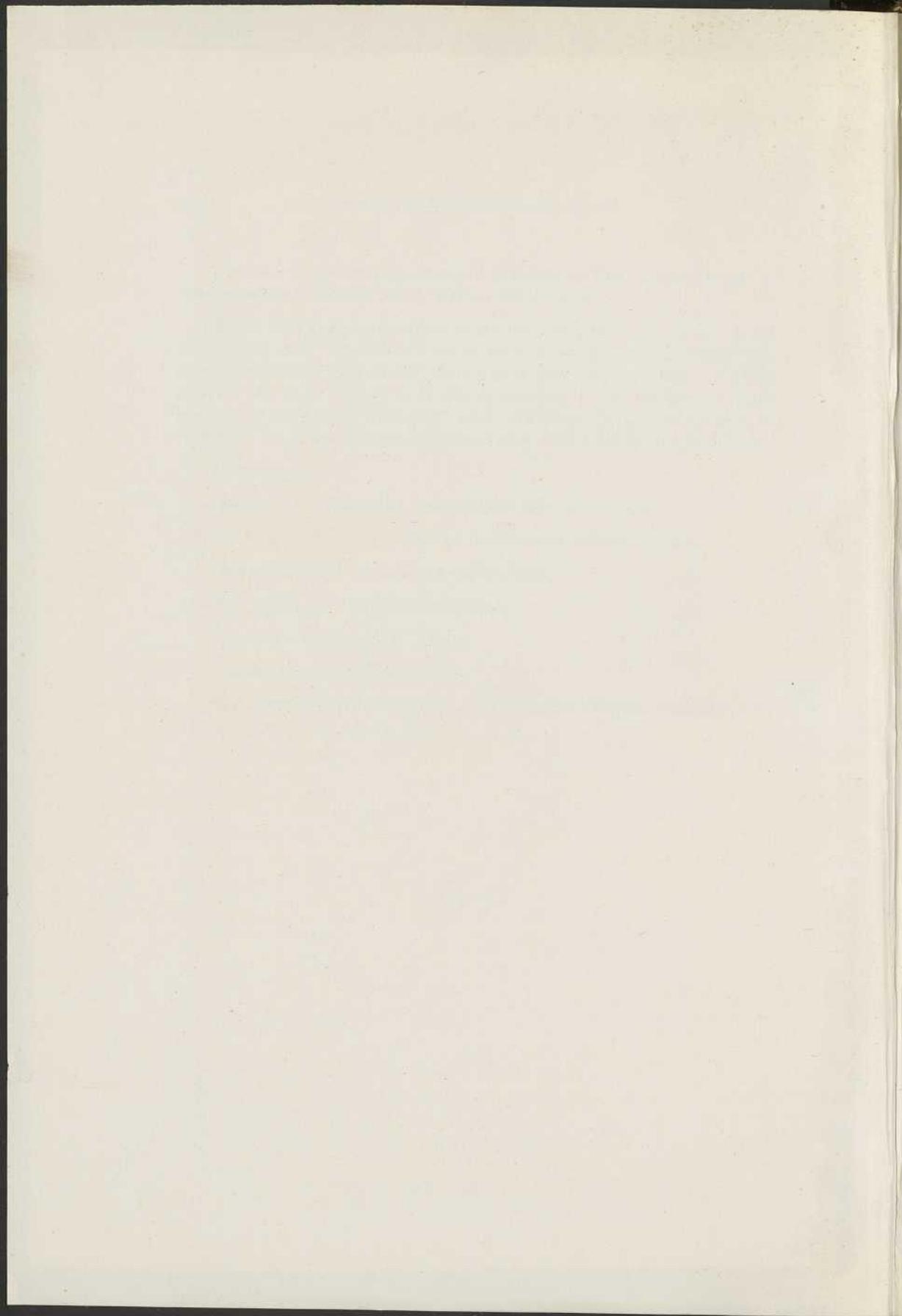
"Dos pícaros por la Ruta Jacobea" (Novela).

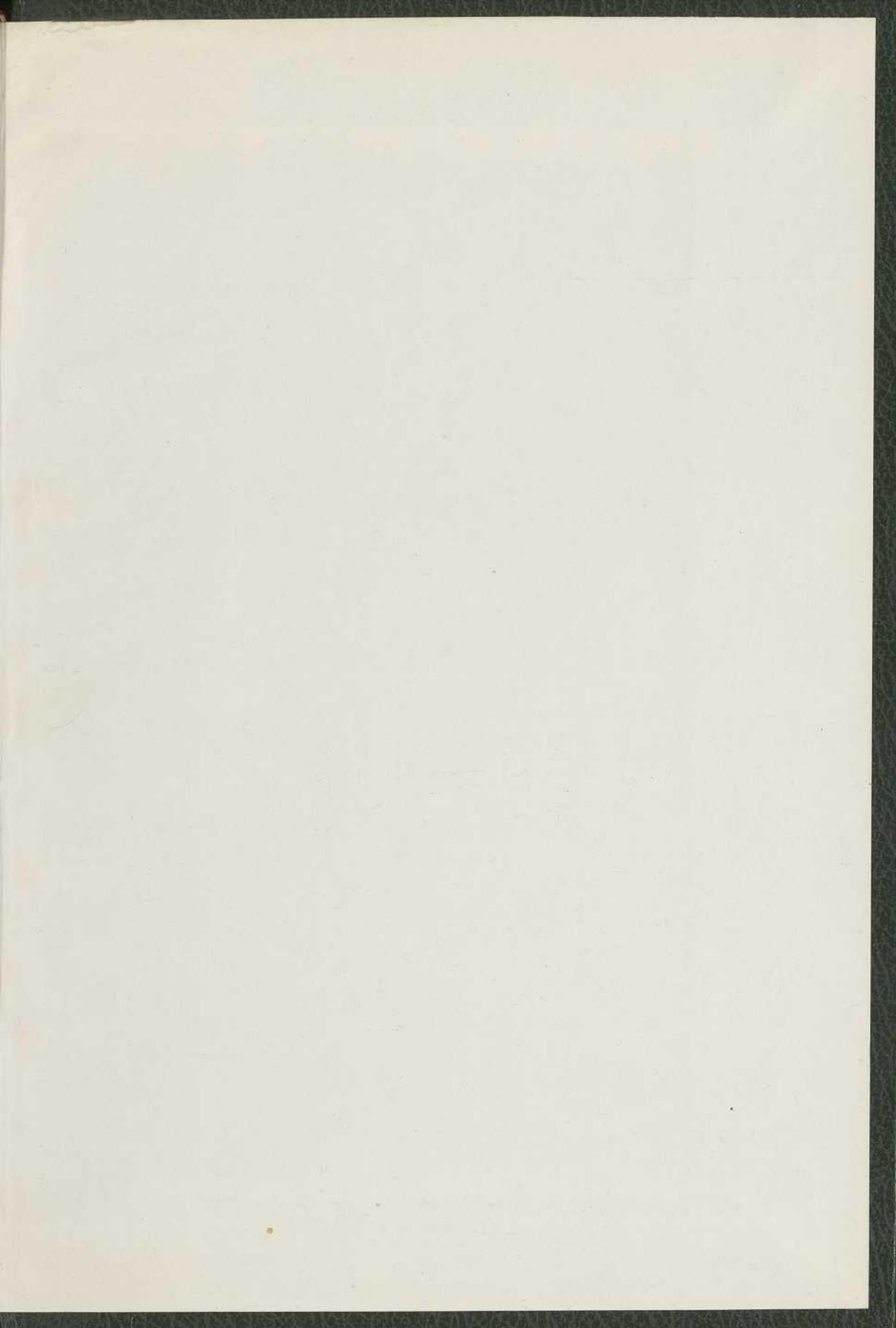
" Los genios nunca mueren" (Teatro).

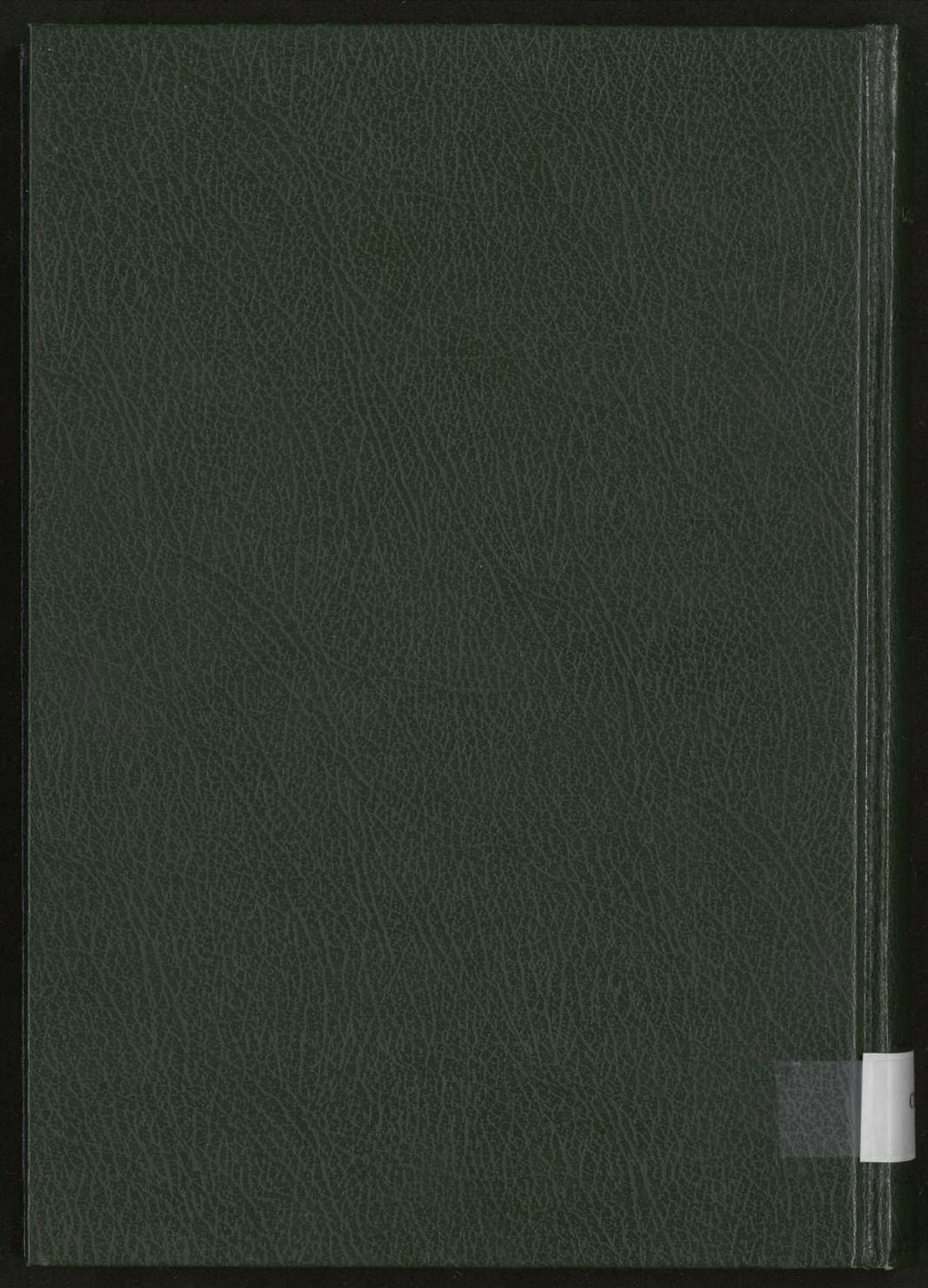
"Sonetos de mi desolación" (Poesía).

Es Académico Correspondiente de la Real Academia Hispano Americana y de la Burgense de Historia y Bellas Artes.









A GILLES
MILECIA

EL
CABALLERO
DE
CALATRAVA

CIL-13